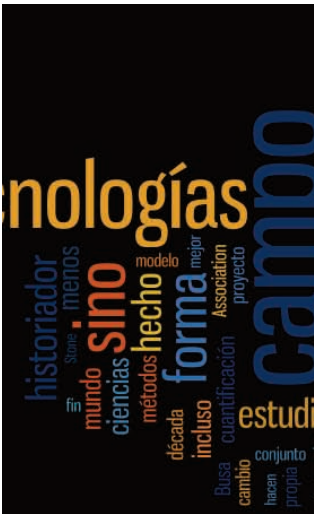
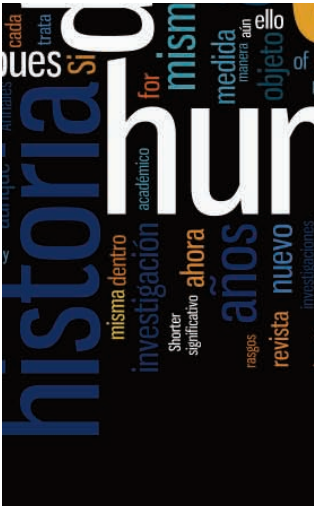


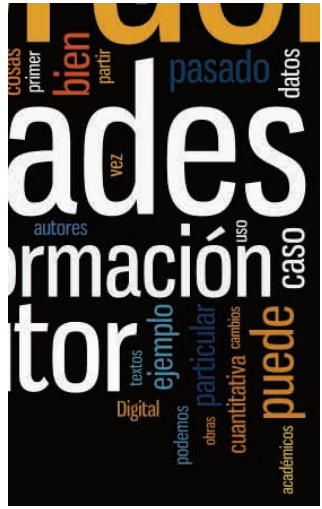
Anaclet Pons

El desorden digital

Guía para historiadores y humanistas

SIGLO XXI ESPAÑA





SIGLO

XXI

ESPAÑA

Creative Commons

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto
para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no
comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o
traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar
como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).

Anaclet Pons

EL DESORDEN DIGITAL

Guía para historiadores y humanistas

SIGLO XXI
ESPAÑA

SIGLO XXI ESPAÑA

Diseño interior y cubierta: RAG

Creative Commons

© Anaclet Pons, 2013

© Siglo XXI de España Editores, S. A., 2013

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.sigloxxieditores.com

ISBN: 978-84-323-1642-5
Depósito legal: M-7.827-2013

Impreso en: Marbán Libros, S. L.
Villanueva de la Cañada (Madrid)

Y si soy hombre de ciertos estudios, soy hombre de memoria nula. Así, no garantizo certeza alguna, si no es la de dar a conocer hasta qué punto llega en estos momentos el conocimiento que tengo. Que no se fijen en las materias, sino en la forma que les doy.

Que vean, por lo que tomo prestado, si he sabido elegir con qué realzar mi tema. Pues hago que otros digan lo que yo no puedo decir tan bien, ya sea por la pobreza de mi lenguaje, ya por la pobreza de mi juicio. No cuento mis préstamos, los peso. Y si hubiera querido hacer valer el número, habría cargado con el doble. Todos son, o casi todos, de nombres tan famosos y antiguos que no necesitan presentación. De las razones e ideas que trasplanto a mi solar y que confundo con las mías, a veces he omitido a sabiendas el autor, para sujetar las riendas a la temeridad de esas sentencias apresuradas que se lanzan sobre toda suerte de escritos, especialmente sobre los jóvenes escritos de autores aún vivos y en la lengua vulgar, que permite hablar a todo el mundo y parece acusar de vulgar también a su concepción e intención. Quiero que den en las narices a Plutarco a través mío y que escarmienten injuriando a Séneca en mí. He de ocultar mi debilidad tras esas celebridades.

MICHEL DE MONTAIGNE, «De los libros»

A Maria, Andreu i Núria, per tot el temps…

ÍNDICE

Agradecimientos 11

Introducción. Sin esperar a mañana 13

I. Las humanidades digitales. En tierra de nadie 31

II. Los nuevos soportes de lo escrito. ¿Es tranquilizador mirar hacia el pasado? 67

III. Lecturas en pantalla. Fragmentadas y superficiales 97

IV. La poética de la colaboración. No hay nadie que de sabio no presuma 129

V. ¿Dónde está el archivo? Documentos que no se ven ni se tocan 163

VI. Escrituras. Infinitas historias, infinitamente ramificadas .. 209

VII. Comunicar, difundir y publicar. ¿Cómo? 243

VIII. Panorama de la historia digital. Algunos lugares y unas pocas cosas 275

Conclusión. Estudiamos el pasado, proyectamos vivir en el futuro 299

AGRADECIMIENTOS

Este libro tiene su origen en un proyecto de investigación, que a su vez fue presentado y juzgado en un acto académico. Deseo, pues, agradecer los comentarios que entonces me hicieron los doctores Carlos Forcadell, Carmen García Monerris, Elena Hernández Sandoica, Pedro Ruiz Torres y Antoni Segura. De igual modo, estoy en deuda con las sensatas apreciaciones de Francisco Gimeno Blay a algunos de los capítulos y de Francisco García Fuster a todos ellos, pues leyó el manuscrito completo con atención y esmero, señalándome errores y dudas. Pero la mayor gratitud queda reservada para mi compañero Justo Serna, a quien además de todo lo anterior debo otras muchas cosas, tantas que me es imposible exponerlas.

INTRODUCCIÓN
Sin esperar a mañana*

> Las novelas largas escritas hoy acaso sean un contrasentido: la dimensión del tiempo se ha hecho pedazos, no podemos vivir o pensar sino fragmentos de metralla del tiempo que se alejan cada cual a lo largo de su trayectoria y al punto desaparecen. La continuidad del tiempo podemos encontrarla solo en las novelas de aquella época en la cual el tiempo no aparecía ya como inmóvil y no todavía como estallando, una época que duró más o menos cien años, y luego se acabó.
>
> Italo Calvino, *Si una noche de invierno un viajero*

Aunque sea en modo condicional, admitamos que nuestro apego a los libros no evitará que los leamos en pantallas ni que escribamos en ellas o para ellas; de igual modo, reconozcamos que nuestras ocupaciones están ya mediadas por un entramado de redes y que, siendo así, necesitaremos conocer el significado de esos cambios. Dicho de otro modo: si el pasado se torna digital, porque los nuevos vestigios que estudiaremos habrán sido originados por medios electrónicos o porque muchos de los viejos documentos habrán sido reconvertidos en dígitos binarios, tendremos que preguntarnos por las consecuencias e implicaciones de todo ello. Si una experiencia particular tiene algún valor, si no difiere en exceso de las de otros colegas historiadores o humanistas, entonces me apresuraré a sostener que los usos y costumbres de nuestra práctica académica han cambiado sensiblemente en las últimas décadas. Acaso en algunos aspectos no sea tanto lo alterado, pero en otros la transformación es muy sensible. No me refiero a si determinados objetos son ahora más apreciados que antaño, a si la memoria o lo político han ganado terreno a lo social, a lo económico o incluso a lo cultural; tampoco

* Todas las citas a enlaces de internet que se contienen en este volumen han sido revisadas en julio de 2012. Por otra parte, todas las traducciones de textos sin versión española son responsabilidad del autor.

aludo a que sea distinta la perspectiva, a si el análisis macro tiene más adeptos que el micro, a si lo extenso, lo transnacional o lo global o lo mundial prevalecen sobre la mirada más localizada e intensa; ni siquiera insinúo nada sobre si la antropología o los estudios literarios han desplazado o no a la economía o a la sociología entre nuestras amistades disciplinarias. Sugiero que hay una mutación tan general como evidente, derivada del impacto de las denominadas tecnologías de la información y la comunicación.

Pensemos en cómo hacíamos las cosas hace algún tiempo y en cómo las hacemos ahora. Podemos evocar lo que era habitual antaño entre quienes empezábamos a visitar los archivos y hacíamos nuestras primeras incursiones en el terreno de la escritura histórica. Parece tan distinto que es como si fuera propio de una generación muy alejada en el tiempo, de otra época, pero ocurrió hace muy poco, o casi. Reparemos en lo más obvio, en las operaciones más elementales.

Nuestras primeras armas eran el papel y el bolígrafo o el lápiz. Equipados con esos pertrechos, podíamos empezar consultando a nuestro mentor, para saber si el tema escogido o la hipótesis propuesta habían sido tratados con anterioridad y si, por tanto, eran susceptibles de estudio. En caso de obtener una respuesta favorable, salíamos ya con algunas indicaciones bibliográficas y, con un poco de suerte, archivísticas. El siguiente paso era leer, amasar conocimientos e interpretaciones sobre el asunto, acopiando un sinfín de notas que, a su vez, sugerían otros textos a leer y otras fuentes primarias a consultar. Así lo ha descrito, por ejemplo, Keith Thomas:

> Cuando voy a las bibliotecas o a los archivos, tomo notas de forma continua en hojas de papel, poniendo el número de página y el título abreviado de la fuente al lado de cada pasaje extraído. Cuando llego a casa, copio los detalles bibliográficos de las obras que he consultado en un libro que tiene un índice alfabético, de modo que puedo citarlas en mis notas al pie. Luego corto cada hoja con un par de tijeras. Los fragmentos resultantes son de tamaño variable, dependiendo de la longitud del pasaje transcrito. Estos recortes de papel se acumulan en el suelo. Periódicamente los archivo en sobres viejos, dedicando un sobre a cada tema. Junto a ellos van recortes de periódico, listas de libros y artículos que aún no he leído y notas sobre cualquier otra cosa que me pueda ser útil cuando me ponga a pensar en el tema de forma más analítica. Si las notas sobre

> un tema en particular son especialmente voluminosas, las pongo en una caja o en un archivador de cartón o en un cajón del escritorio. También mantengo un índice de los temas que tengo fichados en un sobre o en un archivo. Puedo tener miles de sobres[1].

El proceso daba lugar a un abultado material, previo a la definitiva inmersión en el archivo. Esa visita era y sigue siendo el momento crucial, del que, junto con las lecturas bibliográficas, obteníamos vestigios y noticias que utilizaríamos durante toda nuestra vida académica. Desplazarse por lo común a otra ciudad, ingresar en el imponente edificio y registrarse por primera vez para empezar las consultas es y ha sido toda una liturgia, compartida por historiadores y humanistas de toda condición que, con el paso del tiempo, lo han recordado y compartido en amenas conversaciones salpicadas de anécdotas y chascarrillos. Ese rito de paso, que nos ha constituido como académicos, comenzaba preguntando a los archiveros, si andábamos descolocados. Si la fortuna no era esquiva, los encargados de la documentación atendían nuestras consultas y nos ayudaban en las pesquisas, creando una interacción que nos permitía no solo conocer los fondos, sino familiarizarnos con su entera estructura e incluso con su historia. Cumplido lo anterior, llegaba el momento de situarnos directamente ante los ficheros: los índices que desplegaban los fondos, secciones, series, cajas y legajos o los catálogos alfabéticos y de materias.

Si el papel ya nos había acompañado en la primera etapa, ahora se hacía imprescindible, y en volumen mucho mayor. Solo en casos extremos recurríamos al microfilm, cuando aquello que debíamos reproducir excedía con mucho nuestras posibilidades o nuestra paciencia, a sabiendas de que aquella pequeña caja metálica con la reproducción fílmica tardaría semanas, incluso meses, en llegar a nuestras manos. Así pues, consumíamos las horas leyendo y copiando, con un método y unas rutinas que no se apartaban mucho, aunque no lo advirtiéramos, de lo que habían predicado nuestros maestros más antiguos.

A pesar de sus inconvenientes, decían Charles-Victor Langlois y Charles Seignobos, «todo el mundo está de acuerdo hoy en que con-

---

[1] Keith Thomas, «El arte de tomar notas», *El Malpensante* 114 (2010), pp. 40-47 [hay versión digital en http://www.elmalpensante.com/index.php?doc=display_contenido&id=1717].

viene anotar los documentos en fichas». De ese modo, uno las puede archivar donde desee, ordenarlas a voluntad y combinarlas según interese, agrupando las que se refieren a un mismo asunto e intercalando otras nuevas cuando sea el caso. «Hay quienes se aferran al rudimentario método de los cuadernos», decían aquellos metódicos, pero la movilidad de las fichas aseguraba su prevalencia, de ahí que aconsejaran incluso cómo hacerlas y conservarlas: han de ser resistentes y del mismo tamaño, aptas para ser atesoradas en sobres o gavetas. Cierto: cada cual es libre de hacer lo que estime conveniente, pero sin perder de vista que «tales hábitos, conforme sean más o menos eficientes o adecuados, influirán de modo directo en los resultados del trabajo científico»[2]. El resultado final, entonces y después, ha sido la acumulación desproporcionada de papeles y fichas.

Keith Thomas, de modo humorístico, nos remite a la descripción que hacía Anatole France del erudito ahogado por una avalancha de sus propias notas en *La isla de los pingüinos*[3]. Allí, el narrador nos anuncia su magnífico propósito: escribir la historia de los pingüinos. Hace excavaciones, escudriña tumbas, lee, consulta, se pregunta si existe algún historiador original, recibe de uno de estos una negativa en toda regla y, a la postre, discute el asunto con el reputado especialista Fulgencio Tapir, que aparece entre montones de papeles y folletos, con el suelo y las paredes invadidos por carpetas rebosantes, legajos abultados, cajas con papeles innumerables. Yo poseo todo el arte, asegura Tapir, «dispuesto en papeletas clasificadas alfabéticamente por orden riguroso de materias». La escena termina con el narrador encaramado a una escalera y luchando por alcanzar una de esas cajas; la impericia o el agolpamiento hacen que, al intentar abrirla, todo se derrame como una cascada, hasta sepultar al erudito: «¡Cuánto arte!», exclama entonces Tapir. Esa es la imagen que tenemos, la que hemos visto reproducida y la que en ocasiones hemos vivido, la que ha traducido nuestros hábitos.

«Influirán de modo directo», decían los historiadores franceses, y les asistía toda la razón. Pero no solo esas rutinas median en el trabajo del historiador, también lo hace el proceso posterior, la forma de escritura. Por entonces, nos afanábamos en verter ingentes cantidades

---

[2] Charles-Victor Langlois y Charles Seignobos, *Introducción a los estudios históricos,* con estudio introductorio y notas de Francisco Sevillano Calero, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2003, pp. 128-130.

[3] Keith Thomas, «El arte de tomar notas», cit.

de tinta en el papel manuscrito, acumulando borradores e ideas, que después se atiborraban de tachaduras, rectificaciones y adiciones. Era el paso previo a la máquina de escribir, casi siempre una humilde Olivetti, el momento de «pasar a limpio» aquel torrente de papeles desordenados. La operación era delicada, porque cualquier error liviano obligaba a utilizar un líquido corrector o, en los casos más graves, a rescribir toda la página. De tal modo que lo hacíamos con calma, reflexionando sobre cada frase, con la esperanza de acertar en las palabras y conscientes de las dificultades de reemplazar lo ya escrito. No era extraño, pues, que sacáramos el folio del carrete y lo estrujáramos, insatisfechos, con destino a la papelera, adminículo imprescindible; en otras ocasiones, en cambio, el malcontento con lo escrito no nos impedía seguir adelante, en aras de avanzar en la argumentación deseada. Y siempre con el miedo a la pérdida, a que las hojas acumuladas volaran o se mancharan de algún residuo grasiento o se traspapelaran, motivo por el cual había quienes calcaban su texto con el papel carbón. Terminado el trabajo, nadie osaba eliminar, añadir o insertar, porque cualquier tentación en ese sentido podía descomponer toda una hoja y, en ese caso, el proceso requería un cálculo milimétrico para que una página concluyera de modo tal que la siguiente no se viera alterada. Luego venía la publicación, o más bien los desvelos por encontrar un editor o una revista que accediera a llevar a la imprenta algunas de nuestras reflexiones. Nuestra pesadilla era que todo ese ingente trabajo no llegara a difundirse, que quedara en el olvido, solo accesible a los pocos investigadores que consultaban los trabajos manuscritos en un archivo o en una biblioteca.

¿Qué queda hoy de todo aquello? Me estoy refiriendo, como se ha visto, a las operaciones más elementales, aunque en ellas se incorporan muchas otras más complejas, de índole epistemológica, características del método histórico o humanístico. La pregunta no es si nuestras disciplinas se practican hoy de manera fundamentalmente distinta. De hecho, aunque no nos reconociéramos en aquellos usos, sí lo haríamos en lo que representan, porque entiendo que no se ha producido una alteración ontológica. La cuestión es que si poco de aquello le es familiar a quien inicia hoy una investigación es porque muchas cosas son diferentes y porque, al compás de lo nuevo, se están produciendo cambios epistemológicos de primer nivel. Ahora mismo, decía nuestro colega Anthony Grafton, incluso el académico de mente más tradicional acostumbra a utilizar algún buscador. Es más, si hemos de creer lo que le confió un editor de la Cambridge Univer-

sity Press, «siendo cautos, el 95 por 100 de todas las investigaciones académicas empiezan en Google»[4]. Pero eso es solo el principio.

Prosigamos con esas rutinas esenciales. En un artículo de modesta pretensión, si es que tiene alguno que pueda calificarse así, Carlo Ginzburg escribe sobre ciertos usos del ordenador. Nos cuenta que, promediada la década de los noventa del pasado siglo, había escrito un texto sobre Voltaire y que, en el transcurso de esa investigación, decidió realizar un pequeño experimento. Escogió un pasaje del *Tratado de metafísica* de este ilustrado francés, uno en el que se nos habla de un ser proveniente de una remota estrella que desembarca en el llamado País de los Cafres o Cafrería. La tentativa que se había impuesto el historiador italiano consistía en buscar esos últimos términos en un catálogo electrónico, en concreto el de la UCLA, a resultas de lo cual dio con un escrito de principios del setecientos, una memoria sobre ese país africano, del que era autor un tal Jean-Pierre Purry. No importa aquí quién sea este último, ni es relevante que Carlo Ginzburg acabara por dedicarle un ensayo[5], un nombre que por entonces le era totalmente desconocido.

El historiador italiano aprovecha la ocasión para hablar de los procedimientos de la investigación, de esos sondeos casuales y de su significado, recordándonos que con ellos descubrió parte del contexto que compartían Voltaire y sus lectores, aunque había llegado allí y había reparado en Purry desde determinados presupuestos. Eso valdría para cualquier tipo de búsqueda, pero la novedad estaba en que Ginzburg tuvo una alternativa: podía dedicarse a leer la ingente bibliografía volteriana o podía «perder el tiempo» vagando por ese catálogo electrónico, de nombre *Orion.* Es decir, «ampliar la posibilidad del contexto *emic* –a saber, el de Voltaire y sus lectores– haciendo surgir constelaciones de datos de hecho no mediados (y por lo tanto no contaminados) por las categorías de investigación preexistentes»[6].

---

[4] Anthony Grafton, «Future Reading: Digitization and its Discontents», *New Yorker*, 5 de noviembre de 2007 [ed. cast.: «La lectura futura», *Trama & Texturas* 5 (2008), pp. 17-26].

[5] Carlo Ginzburg, «Latitude, Slaves and the Bible. An Experiment in Microhistory», *Critical Inquiry* 31, 3 (2005), pp. 665-683 [ed. catalana: «Latituds, esclaus i la Bíblia. Un experiment de microhistòria», *Afers. Fulls de Recerca i Pensament* 22, 57 (2007), pp. 355-373].

[6] Carlo Ginzburg, «Conversar con Orión», recogido en su volumen recopilatorio *Tentativas,* Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2003, pp. 321-336 y, en concreto, p. 329.

Reconoce, además, que con los índices antiguos solo habría podido buscar por temas, mientras ahora se le presentaba la oportunidad de rastrear dentro del conjunto casual de volúmenes de esa biblioteca universitaria, multiplicando las posibilidades de toparse con algo imprevisto, ni siquiera sospechado, como así sucedió. El historiador concluye que esas excursiones vagabundas por los catálogos, sean impresos o electrónicos, se asemejan a las del fotógrafo que transita por una ciudad y capta en una instantánea una realidad contingente y fugaz: como si el «clic» de la cámara y el del ratón pudieran parangonarse. Son, añadiríamos, iluminaciones que recuerdan a las que propuso Walter Benjamin.

Modifiquemos la escala de observación, ampliemos la perspectiva: hagamos una breve excursión por internet. Carlo Ginzburg habla en un momento en el que aún se está iniciando la transformación que vivimos actualmente y se refiere a un catálogo limitado y a un tipo de búsqueda que ahora calificaríamos de rudimentaria. Con muchísima mayor rapidez, hoy podemos efectuar esa consulta en distintos catálogos y, en ocasiones, estamos en disposición de obtener una copia digitalizada de aquello que nos interese. Por ejemplo, aunque Google Libros no sea comparable al catálogo de la UCLA, por muchas y diversas razones, tardamos unos minutos en conocer y ojear un sinfín de obras geográficas publicadas en la España del setecientos en las que se habla de la Cafrería; leemos una breve observación sobre el particular en *El filósofo solitario,* obra atribuida al padre portugués Teodoro de Almeida, traducida y publicada en Madrid en 1788; reparamos en lo que dice de los cafres el fraile Mateo Anguiano en 1706, en su curioso *Epítome Historial y conquista religiosa del Imperio de Abisinia en Etiopía la Alta o Sobre Egipto;* por no hablar de Juan de Mariana o Benito Feijoo, no yendo más allá de 1800. Todo ello ahora mismo; no sé lo que obtendríamos en unos días o semanas o meses.

Podemos asimismo contemplar la versión digital de la obra citada por Ginzburg, las escasas ochenta páginas de la *Mémoire sur le pays des Cafres* (1718) de Purry, que ha cedido graciosamente la Princeton University. Él tuvo la fortuna de que su biblioteca dispusiera de una fotocopia de la edición original, pero nosotros no podríamos conseguirla de no ser gracias a las nuevas tecnologías, o al menos no de manera tan rápida, pues tendríamos que desplazarnos a la Biblioteca Nacional de España, en cuyo catálogo consta. Como colofón, incluso estamos en condiciones de rebatir o confirmar algu-

nas de sus conjeturas. Carlo Ginzburg se preguntaba entonces por la red de referencias y asociaciones en las que se insertaban las ideas de Voltaire, barajando incluso la posibilidad de que el filósofo francés hubiese leído a Purry, pero sin poder resolverlo ni entonces ni después. En cambio, por ejemplo, tenemos acceso a un índice de textos publicados por *Le Journal des Savants* entre 1665 y 1750, donde esa obra sobre los cafres aparece mencionada en 1720 y, sobre todo, advertimos que el volumen de Purry está entre los que se citan en el libro *Voltaire's catalogue of his library at Ferney* que George R. Havens y Norman L. Torrey publicaron en Ginebra en 1959. Acaso él lo hubiera sabido de sumergirse en la ingente masa documental de los estudios volterianos, que ocupa estantes y estantes en la UCLA, pero no lo hizo; nosotros apenas nos hemos esforzado, aunque lo obtenido no nos excusaría de revisar todos esos volúmenes si el tema nos interesara. Si no me equivoco, algunas de las conjeturas de Carlo Ginzburg quizá ya no serían necesarias, aunque la fuerza de su efecto retórico se conserva; si no me equivoco, otras afirmaciones suyas continuarán siendo insustituibles.

¿Qué hemos hecho que no pudiera hacer Ginzburg hace menos de veinte años? ¿Qué nos distancia de la manera en la que solíamos trabajar hace tres décadas? La respuesta parece clara: una revolución tecnológica centrada en la información y que ha transformado nuestra cultura en sentido amplio, una alteración que va mucho más allá de ese ejemplo de consulta documental. El sociólogo Manuel Castells lo ha llamado «la sociedad red» y lo compara a lo que fue la revolución industrial en su momento, insistiendo en que lo central no son el conocimiento y la información en sí mismos, sino cómo aplicamos esos instrumentos para tratar y generar más conocimientos, así como los procesos que con ello desplegamos, en un mundo tan complejo como integrado e interconectado[7]. Dado que la comunicación es una parte fundamental de nuestra existencia, cualquier cambio significativo la moldea de otro modo. Por eso mismo, y en nuestro caso, la comparación quizá no debiera establecerse solamente con la introducción del vapor; más bien, las transformaciones asociadas a lo que llamamos la revolución digital habrían de equipararse a la invención de Gutenberg hace más de quinientos años.

---

[7] Manuel Castells, *La era de la información*, vol. 1, *La sociedad red,* Madrid, Alianza, 2000.

En efecto: miremos a nuestro alrededor, examinemos nuestra conducta, nuestros hábitos, nuestras aficiones, nuestra ocupación. Pasamos buena parte del tiempo intercambiando información: lo hacemos cuando adquirimos algo a crédito, cuando hablamos por teléfono, cuando nos relacionamos con cualquier administración, mientras trabajamos y, sobre todo, al entrar en internet y realizar alguna de las operaciones que allí se nos ofrecen. Hablamos sobre ello diariamente y está modificando hasta los aspectos más triviales de nuestra existencia. Es eso que Castells rotula como la «era de la información», un apelativo que remite a distintos aspectos relacionados.

El primero tiene que ver con el elemento que se comunica, con el mensaje o la noticia, algo que no tiene nada de nuevo, pues si bien las maravillas tecnológicas que nos acompañan hacen creer que no hay parangón en el pasado, los historiadores sabemos perfectamente que no es así. Reparemos, por ejemplo, en uno de los muchos escritos que Robert Darnton ha dedicado a este asunto, uno particularmente apropiado: el Caso de los Catorce. En la primavera de 1749 el lugarteniente general de la policía parisina recibió la orden de arrestar al autor de una oda subversiva, un poema malicioso que calumniaba al mismo rey. La maquinaria de vigilancia y control se puso en marcha de inmediato, movilizando a agentes y confidentes, hasta que uno de los espías aportó una pista, un hilo del que tirar. Tras el correspondiente pago, proporcionó una copia del escrito y un nombre, el de un estudiante de medicina: el sospechoso fue detenido e interrogado. Sus declaraciones permitieron reconstruir el contexto de la circulación de esa oda: el interfecto dijo haberla copiado en el curso de una reunión con dos sacerdotes, uno de los cuales la había mostrado mientras conversaban sobre el contenido de ciertas gacetas y deploraban la malicia de componer versos satíricos en contra del monarca. Se siguieron nuevos arrestos: el del sacerdote implicado fue el primero, que incriminó a otro eclesiástico, quien a su vez denunció a un tercero, que inculpó a un estudiante de derecho, y este al escribiente de una notaría que, por su parte, remitió a un estudiante de filosofía que confesó haberlo obtenido de un condiscípulo quien reconoció habérselo facilitado otro escolar, pero este pudo esconderse y jamás fue encontrado. Así pues, nos dice Darnton, el poema pasó a lo largo de una línea de estudiantes, empleados y sacerdotes, casi todos amigos y todos ellos jóvenes.

Estos y otros poemas igualmente sediciosos descubiertos en el curso de las pesquisas seguían un patrón: se leían, se memorizaban, se

intercambiaban, se copiaban e incluso se imprimían de manera clandestina. No era propiamente una conspiración política, sino algo más sencillo: una creación colectiva en la que la gente sumaba y restaba estrofas, alterando el poema a su gusto y gestando lo que llamaríamos la «opinión pública». A mediados del siglo XVIII, concluye Darnton, París no estaba listo para una revolución, pero había desarrollado un sistema de comunicación efectivo que informaba a la gente de los acontecimientos y los comentaba. Ayudó incluso a formar un público, porque los actos de transmitir y recibir información construyeron una conciencia común de implicación en los asuntos públicos. El Caso de los Catorce revela, pues, la forma en que una sociedad de la información trabajaba cuando dicha información se difundía oralmente y la poesía llevaba mensajes a la gente común, de forma muy efectiva y mucho antes de que apareciera internet[8].

Leían, memorizaban, intercambiaban, copiaban e incluso imprimían de manera clandestina; muchas resonancias de lo que hacemos ahora. He rescatado esa vicisitud, entre muchas posibles, para subrayar que ha habido otras «eras de la información» y que, por tanto, no podemos encontrar aquí el rasgo diferenciador de nuestro tiempo. No deberíamos afirmar que los cambios que ahora vivimos carecen de precedentes, porque el pasado también muestra alteraciones sustanciales en determinados períodos. Ahora son, eso sí, mucho más rápidos y de impacto más inmediato. Las redes sociales, por ejemplo, han mostrado hasta qué punto la información se multiplica y se convierte en una fuerza. No obstante, tampoco es la rapidez un elemento realmente nuevo, y no solo porque esta dependa de una percepción psicológica a partir de una cronología que remite a la naturaleza. La velocidad y el acortamiento del tiempo son rasgos propios de la modernidad secularizadora, en la que los progresos de la ciencia y la cultura se producen y difunden cada vez más deprisa. Con la pretensión de dominar lo natural y organizar lo social, el progreso moderno siempre se ha verificado por la aceleración de descubrimientos e invenciones, una de cuyas manifestaciones es precisamente la experiencia de una red de comunicaciones integrada y la convergencia entre el momento de una acción o un hecho y el de su notificación. No es que la aceleración sea una experiencia

---

[8] Robert Darnton, *Poetry and the Police. Communication Networks in Eighteenth-Century Paris,* Harvard, Harvard University Press, 2010, p. 145 [ed. cast.: *Poesía y policía. Redes de comunicación en el París del siglo XVIII,* México, Cal y Arena, 2011].

propia de nuestro tiempo, es que se ha convertido en el modelo de experiencia desde el setecientos, aunque hoy hayamos alcanzado cierto nivel de saturación[9].

Si no es la información ni su celeridad lo realmente nuevo, sospecho que el factor característico está en otro lugar. En 1948, mientras trabajaba en los laboratorios Bell, el ingeniero electrónico y matemático Claude E. Shannon dio con una de las claves, estableciendo las bases de la comunicación actual:

> El problema fundamental de la comunicación es reproducir en un punto exacta o aproximadamente un mensaje seleccionado en otro punto. Frecuentemente los mensajes tienen un *significado;* esto es, que se refieren o están correlacionados con algún sistema que posee ciertas entidades conceptuales o físicas. Estos aspectos semánticos de la comunicación son irrelevantes desde la perspectiva de la ingeniería.

Al establecer esta teoría matemática de la información, Shannon se refería a algo muy distinto de lo que nosotros entendemos habitualmente por tal cosa. Su objeto de estudio, al separarse del contenido o significado de un mensaje dado, era el de la cantidad de información que se podía transmitir, la capacidad del medio, medida según el sistema binario (0 o 1), y la velocidad a la que transferirla. Vistos así, todos los mensajes son iguales, equivalentes informativamente hablando. Es decir, según esta presunción no importa si uno está lleno de significado y el otro rebosa de sandeces, pues ambos son similares desde ese punto de vista. Nos estamos refiriendo no tanto a «lo que se dice, sino a lo que *se podría decir.* O sea, la información es la medida de la libre elección de un mensaje». La razón es simple: a mayor libertad, más información, aunque ello acreciente la incertidumbre, entendiendo que «la incertidumbre que surge en virtud de la libertad de elección por parte del emisor es una incertidumbre deseable. La que surge a causa de los errores o a causa de la influencia del ruido es una incertidumbre indeseable»[10]. De ese modo, si el sentido es irrelevan-

---

[9] Tomo estas ideas de Reinhart Koselleck, *Aceleración, prognosis y secularización,* Valencia, Pre-Textos, 2003.

[10] Claude E. Shannon, «Teoría matemática de la comunicación», p. 45 y Warren Weaver, «Contribuciones a la teoría matemática de la comunicación», pp. 25 y 34, en

te, aumenta nuestra libertad para manipular los contenidos y tratarlos como mera abstracción matemática. Y es así como entramos en la edad del dato, sin cosas físicas, con dígitos planos, ceros y unos sin sustancia, sin principio ni final, con un medio que lo registra todo y con el que experimentamos el mundo. La inundación y la saturación actuales son el resultado de ese flujo.

Acaso no lo hayamos advertido, pero nuestro lenguaje coloquial ya se refiere a textos, libros, películas, sonidos y, en fin, documentos y archivos en ese preciso sentido. Desde cierto punto de vista comunicativo, lo que importa es su velocidad, en bits, y lo que ocupan, su volumen en bytes, kilobytes, megabytes, gigabytes…, lo cual alienta una esperanza y propone una exigencia. Ambas remiten, en nuestro mundo textual, a la tantas veces repetida metáfora borgiana de la biblioteca de Babel, ese hexágono de galerías, anaqueles y un espejo que duplica las apariencias. «Los hombres suelen inferir de ese espejo –dice el narrador– que la Biblioteca no es infinita (si lo fuera realmente ¿a qué esa duplicación ilusoria?); yo prefiero soñar que las superficies bruñidas figuran y prometen el infinito». Es la esperanza de un universo total, interminable, que registra todas las combinaciones, todo lo que es dable expresar y que, por eso mismo, causa inicialmente la extravagante felicidad de la que habla Borges: «todos los hombres se sintieron señores de un tesoro intacto y secreto. No había problema personal o mundial cuya elocuente solución no existiera: en algún hexágono». En efecto, porque eso nos hace repensar la noción de información y todo lo que a ella asociamos. Esa conversión en dígitos binarios cambia todos los órdenes: el soporte, el almacenamiento, la transmisión, la producción y el acceso, incluso augura una rematerialización de lo textual, con los presagios de una democratización en todos los sentidos.

En buena medida, eso es internet, pero no solamente eso[11]. A principios de la década de los sesenta, Leonard Kleinrock se propu-

---

Claude Shannon y Warren Weaver, *Teoría matemática de la comunicación,* Madrid, Forja, 1981. Sobre la importancia de esta teoría, véase James Gleick, *La información. Historia y realidad,* Barcelona, Crítica, 2012.

[11] La historia de internet se ha contado muchas veces. Entre ellas, hay una versión original, la de Barry M. Leiner *et al.,* «A Brief History of the Internet», en *Histories of the Internet,* Internet Society (1997) [http://www.isoc.org/internet/history/brief.shtml]. Entre esos autores está también Leonard Kleinrock, que ha escrito la suya: «History of the Internet and its Flexible Future», en *IEEE Wireless Communications,* febrero de 2008, pp. 8-18.

so realizar una tesis doctoral sobre una teoría matemática de las redes de paquetes, es decir, sobre la posibilidad de que pudiera haber una red descentralizada de comunicaciones de ese tipo a partir de la conexión entre distintas computadoras. En realidad, la cosa venía de atrás. El origen estuvo en parte en el lanzamiento de un satélite soviético, el Sputnik, en el otoño de 1957, y en las consecuencias que se derivaron en los Estados Unidos. Al año siguiente, este país lanzaba el suyo, el Explorer, al tiempo que creaba la Advanced Research Projects Agency (ARPA), cuyo objeto era promover la investigación en ciencia y tecnología, con la esperanza de evitar que los comunistas volvieran a adelantarles de modo semejante. Entre los departamentos de ese organismo estaba la Information Processing Techniques Office (IPTO), dedicada a promover los trabajos en las llamadas ciencias de la computación, siempre muy relacionados con los investigadores del Massachusetts Institute of Technology (MIT). De allí salieron sus primeros directores, como Ivan Sutherland, una de cuyas ideas fue crear redes de distintos nodos que permitieran conectar las pocas computadoras que en aquellos tiempos podía haber, por ejemplo, en una Universidad.

Esta última voluntad coincidió con distintas líneas de investigación en las que se trabajaba en cuestiones semejantes, entre ellas la de Kleinrock en el MIT, pero no cuajó de inmediato. De hecho, ARPA se volcó en disponer de una red propia para conectar sus ordenadores y que pudieran compartirlo todo. Ese sería, como es sabido, el origen de ARPANET. En el verano de 1969 la UCLA anunciaba la instalación del primer nodo, con lo que la nueva conexión estaba dispuesta para dar su primer paso: el mensaje inicial («log»), que ahora puede parecernos ridículo, se envió a última hora de la noche del 29 de octubre. Un año después, tras ampliar los nodos a otros centros académicos, la nueva red atravesaba los Estados Unidos, conectando California con Massachusetts. Y fue en este último lugar, en BBN Technologies, donde a principios de los setenta apareció la primera interfaz y también el correo electrónico con la arroba como signo característico.

Tal fue el origen de internet, pero no el de la web. Al menos si por lo primero entendemos la red global de ordenadores interconectados que, entre otras cosas, permite la existencia de la segunda. Pero no solo eso, porque internet también hace posibles otras muchas cosas, ya sea determinadas conexiones telefónicas o volar en un avión comercial. Es como la electricidad, que no solo usamos para tener luz,

sino para otras muchísimas aplicaciones. Por tanto, una cosa sería la red en sí y otra los distintos servicios que proporciona, entre los cuales está la web, lo que vemos cuando interactuamos con una pantalla[12]. Eso llegó después. Primero tuvo que ocurrírsele a Tim Berners-Lee un proyecto de hipertexto, el conocido con el nombre de *World Wide Web* (WWW), algo que ocurrió en 1989 y que permitió que dos años después asombrara de nuevo al mundo con la primera web accesible a través de la red. Por supuesto, aquello en poco se asemeja a lo que ahora vemos en nuestras pantallas, una riqueza de contenidos que empezó a vislumbrarse cuando aparecieron los llamados navegadores, Mosaic (1993) y Netscape (1994).

Pero junto a la esperanza que promete todo ese mundo de redes y comunicaciones queda el reverso, la exigencia, la necesidad de rescatar el significado que, si bien no se ha perdido, se ha reformulado y adquiere una presencia distinta, hasta el punto de determinarlo, porque esa nueva aparición de lo digital, ya anunciada desde hace décadas, da forma a lo existente y, al hacerlo, impone una nueva mediación. Como se ha señalado, «lo real se escenifica en vistas a sus reproducciones, pues la realidad social más masiva se ajusta a las mismas y, con ello, se convierte en reproducción de sus reproducciones»[13]. De hecho, no podemos sino reivindicar los significados: es lo que hace que una información sea relevante y tenga un propósito, es lo que estudiamos. «Yo sé de una región cerril», imagina Jorge Luis Borges, en la que los «bibliotecarios repudian la supersticiosa y vana costumbre de buscar sentido en los libros y la equiparan a la de buscarlo en los sueños o en las líneas caóticas de la mano», pues sostienen «que los libros nada significan en sí».

«No puede ser, pero *es*», dice este narrador argentino en *El libro de arena,* y nosotros debemos ser igualmente conscientes de la llegada de lo numérico, de lo casi infinito, de lo monstruoso. He propuesto recuperar el significado, pero no solo o no tanto del que se encierra en los libros como del que despliega por sí misma la pesadilla digital. Esto último es lo que pretende esta reflexión. La pregunta que me planteo es si hay algo en las reglas del trabajo histórico

---

[12] Esa distinción, por ejemplo, en W. Daniel Hillis, «Introduction: The Dawn of Entanglement», en John Brockman (ed.), *Is the Internet Changing the Way You Think? The Net's Impact on Our Minds and Future,* Nueva York, Harper Perennial, 2011, pp. XXIX-XXX.

[13] Günter Anders, *La obsolescencia del hombre,* vol. 1, Valencia, Pre-Textos, 2010, p. 201.

o humanístico que haya cambiado con la mutación a la que asistimos. Presumo que debe de haber algún punto intermedio entre quienes creen que nada puede alterar los fundamentos de nuestra labor y quienes opinan que la transformación es radical, entre quienes sienten recelo o desconcierto y quienes abrazan con entusiasmo e impaciencia las promesas de la edad de la información. Porque, en efecto, las nuevas tecnologías han generado posiciones y emociones encontradas. Nadie rechaza su uso, pero pocos quieren ver lo que de ello se deriva y menos aún adentrarse en ellas con todas sus consecuencias. Sin llegar tan lejos ni quedarnos cortos, posiblemente ese punto medio esté en el compromiso con nuestra práctica para seguir siendo relevantes, en reflexionar sobre cómo estamos haciendo y haremos historia, sobre cómo incide en la manera de abordar el pasado y en la forma de comunicarlo.

Los problemas no son pocos, los procesos que desencadenan son igualmente complejos y nos llevan a situaciones imprevistas, con las que hemos de tratar y negociar en el seno de la disciplina. La historia, los historiadores y los humanistas pertenecen a la cultura escrita, tanto porque tradicionalmente han desarrollado sus quehaceres con textos, con documentos, como porque el resultado de sus trabajos se concreta en un proceso de escritura. Esta lógica ha permanecido más o menos inalterable durante siglos, hasta que un cambio repentino ha venido a alterar todo ese entramado. Hemos pensado inútilmente, de manera ingenua, que la revolución tecnológica era simplemente un aumento de las herramientas que tendríamos a nuestra disposición, un incremento de las posibilidades con las que contábamos, como había ocurrido otras veces. Sin embargo, a poco que reparemos en ello entenderemos que la modificación va mucho más allá, pues altera las formas de producción y de comunicación, no el método que nos caracteriza pero sí las prácticas que ejercitamos diariamente (o mejor, no hay variación ontológica, como he apuntado, pero sí epistemológica). Por eso reclamo que necesitamos ser conscientes de tales variaciones, para comprender cómo se está alterando nuestra práctica sin dejarnos arrastrar pasivamente por la deriva digital. Ese es el significado al que aludo.

He señalado antes y reiteraré ahora que me sumo a quienes sostienen que los nuevos medios digitales han desencadenado el más grande trastorno que ha vivido la corporación académica en los últimos tiempos y que, en caso de conjeturar una correspondencia en el pasado, deberíamos buscarla en la invención de la imprenta. Aña-

diré ahora que no soy un informático, que mis conocimientos sobre redes y ordenadores son superficiales, que mi formación es autodidacta. Si no ando desmemoriado, mis primeros contactos con esas máquinas proceden de mediados de los ochenta, cuando mi Departamento adquirió un reluciente IBM que nos turnábamos los más osados. Con ese ordenador y con otro que muy pronto adquirí a precio exagerado pude elaborar mi tesis doctoral, leída en 1987, dando mis primeros pasos en ese aprendizaje informal. Soy, pues, un historiador a la vieja usanza que emplea herramientas digitales. Por eso, como les ha ocurrido a otros colegas, no me atrevo a afirmar que las páginas que siguen sean fruto de una investigación concienzuda, así que me conformaré con sostener que proceden de la experiencia, de la propia y de la de otros[14]. Pero eso tiene sus ventajas. Precisamente porque pertenecemos a una generación textual, o quizá porque somos historiadores y conocemos el pasado y los cambios acaecidos, podemos comprender mejor el significado de las nuevas transformaciones que hemos vivido y se avecinan.

No ha sido difícil seleccionar aquellos aspectos en los que centrar este trabajo. La elección procede de la confluencia entre aquello que la era digital es en sí misma y lo que constituye la práctica histórica. En primer lugar, deseaba plantear si existe algo que podamos llamar «historia digital», si existe una definición del campo que permita distinguirlo de otros y, en ese caso, qué sentido tiene tal delimitación. Ese es el modo en el que empieza este estudio, pero también la manera en que se cierra, con una breve radiografía de las prácticas que se corresponden con esa etiqueta. Aunque a lo largo de los distintos capítulos se muestren ciertos ejemplos de escritura digital, he creído conveniente reunir y presentar los más significativos en un breve apartado específico. He de añadir aquí una advertencia: dados mis conocimientos y el área en la que trabajo, la mayor parte de los casos aportados, así como muchas reflexiones, pertenecen o tienen que ver con lo que denominamos historia contemporánea. Y a pesar de que he procurado que el examen fuera genérico y sirviera no solo para todos los historiadores sino incluso para los humanistas, no descarto haber errado en el intento, razón por la cual lo expreso para evitar malentendidos.

---

[14] Algo semejante afirma Rolando Minuti en *Internet et le métier d'historien,* París, Presses Universitaires de France, 2002, pero no es el único que se expresa en esos términos.

Junto a la delimitación del campo y la presentación de sus resultados, el análisis se centra en aquellos aspectos que he considerado más importantes. En realidad, todos remiten a un mismo asunto, de modo que diríamos que dialogan entre sí, se vinculan y se enlazan en torno al problema de la digitalización, el de la nueva materialización. O como dijo Borges en el epílogo de *El hacedor,* «un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de los años puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de islas, de peces, de habitaciones, de instrumentos, de astros, de caballos y de personas». «Poco antes de morir –concluye–, descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara.» Quizá aquí también abunden ideas desordenadas, acaso sobren esos reflejos e interpolaciones de los que habla el narrador argentino, pero me ha sido imposible no retornar una y otra vez sobre la misma cara digital desde los diversos ángulos que configuran su rostro. En ese sentido, el lector podría incluso empezar su recorrido modificando el orden propuesto, como en el texto de Italo Calvino con el que abro este prólogo. Creo que el capítulo central, el que se alza para dar orden al resto, es el que trata sobre el archivo, tanto porque aborda un asunto fundamental para el historiador, el del documento y su conservación, como porque es el apartado que me es más cercano como académico, en el que me he sentido más cómodo. Eso no significa que en él se agote todo el volumen. A su lado, antes y después, abordo otros aspectos que me parecen esenciales: el cambio en los soportes, el nuevo tipo de lectura, el auge del conocimiento en colaboración, los modos de escritura y las formas de difusión del conocimiento.

Solo me resta por indicar que este ensayo no es una defensa de la historia digital y de sus logros, sino una reflexión sobre las implicaciones de esa mutación, hecha por alguien que estudia el pasado y proyecta vivir en el futuro. Con dos acotaciones. La primera es que considero, como muchos otros, que necesitamos las nuevas tecnologías, que vamos a tener que utilizarlas si pretendemos ampliar nuestro público, el de nuestro trabajo académico. Los historiadores podemos convenir en que nuestra disciplina goza de una excelente salud, al menos por la enorme variedad de objetos que estudia y de perspectivas que utiliza; podemos estar de acuerdo en que la historia suscita un constante e incluso creciente interés en el público; pero igualmente estaremos en lo cierto si concedemos que son otros quienes, a la hora de transmitir esos conocimientos que nosotros

elaboramos, consiguen conectar mejor con los interesados, logrando una mayor audiencia. En parte es un problema que tiene que ver con la forma en la que escribimos, pero también con los medios que utilizamos. Sería un error dar la espalda a las nuevas herramientas digitales. No todos podremos utilizar esos nuevos instrumentos, muchos hemos llegado tarde o nos costará mucho emplearlos, pero hemos de incorporarlos a la disciplina para que otros los puedan usar sin reparos y para ello es necesario que la corporación sea consciente de su significado y asuma su relevancia. Hay, pues, razones de orden defensivo, para que otros no lo hagan por nosotros y nuestra práctica quede diluida o distorsionada; pero también se puede tomar como una ventaja, la de aprovechar las nuevas oportunidades[15]. La segunda acotación quizá sea innecesaria, pero quiero recordarla para concluir:

> No es solo información lo que ellos necesitan. En esta Edad del Dato la información domina con frecuencia su atención y rebasa su capacidad para asimilarla. No son solo destrezas intelectuales lo que necesitan, aunque muchas veces la lucha para conseguirlas agota su limitada energía moral. Lo que necesitan, y lo que ellos sienten que necesitan, es una cualidad mental que les ayude a usar la información y a desarrollar la razón para conseguir recapitulaciones lúcidas de lo que ocurre en el mundo y de lo que quizás está ocurriendo dentro de ellos[16].

---

[15] A pesar de los años transcurridos, esa proclama de Edward L. Ayers no ha perdido vigencia: «The Pasts and Futures of Digital History», Virginia Center for Digital History (1999) [http://www.vcdh.virginia.edu/PastsFutures.html].

[16] Charles Wright Mills, *La imaginación sociológica,* México, Fondo de Cultura Económica, 1961, pp. 24-25.

I. LAS HUMANIDADES DIGITALES
En tierra de nadie

> Los hombres cultivados, que pertenecen a la cultura al menos en la misma medida en que la cultura les pertenece a ellos, siempre tienden a aplicar a las obras de su época categorías de percepción heredadas y a ignorar al mismo tiempo la novedad irreductible de obras que, por oposición a las obras «académicas», simples actualizaciones de un *habitus* preexistente, aportan con ellas las normas de su propia percepción.
>
> Pierre Bourdieu, «Disposición estética y competencia artística»

1

«Yo premedité alguna vez un examen de los precursores de Kafka», escribió Jorge Luis Borges. Concedamos que no es una operación muy distinta de la que solemos acometer cuando nos enfrentamos a un asunto nuevo y carecemos de coordenadas con las que interpretarlo adecuadamente. Si aceptamos lo anterior, otorgaremos también que la cultura digital es uno de esos casos en los que lo diferente nos interpela y nos exige reflexión, más aún en el ámbito de las humanidades. Es decir, nos reclama que situemos el contexto de su difusión y establezcamos un recorrido argumental en el que aparezcan aquellos que han perfilado su contorno. Si como dijo el narrador argentino cada escritor *crea* sus precursores, del mismo modo una nueva rama del conocimiento, al menos en la medida que pretenda serlo y constituirse académicamente como tal, requiere ciertos antecedentes. En este caso, sin embargo, la posible genealogía no debería alterar nuestra concepción del pasado, la de los predecesores, pero sí que nos ayudará a conjeturar mejor sobre el futuro. El resultado, a la postre, será idéntico al trazado por ese prosista: «Si no me equivoco, las heterogéneas piezas que he enumerado se parecen a Kafka; si no me equivoco, no todas se parecen entre sí. Este último hecho es el más significativo».

Jorge Luis Borges creyó reconocer una primera voz kafkiana en la paradoja de Zenón contra el movimiento y, de allí, el azar de sus lecturas le condujo a un apólogo del prosista Han Yu, a otra fuente más previsible, los textos de Kierkegaard, y a unos cuantos escritores más. No pretendo llegar tan lejos en la pesquisa retrospectiva, sobre todo porque lo inverosímil tiene menor cabida en el análisis histórico, aunque muchos de los rasgos que caracterizan el mundo digital podrían ser igualmente rastreados en el tiempo, llegando incluso a los tiempos de Zenón.

A la hora de buscar antecesores, y de hallarlos en una época no muy distante, el candidato habitual es el ingeniero Vannevar Bush. Su figura es bien conocida y no me detendré en ella, pues lo que me interesa es su texto, igualmente célebre, aparecido en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial: «Cómo podríamos pensar»[1]. Tanto ese texto como el informe que remitió en la misma época al presidente de su país («Science, the endless frontier») respondían a una preocupación bien definida: que no se rebajaran los fondos dedicados a la investigación una vez que la contienda hubiera tocado a su fin. De hecho, la primera pregunta que aparece en «Cómo podríamos pensar» es la siguiente: ¿a qué se dedicarán los científicos a partir de ahora? Pero Vannevar Bush no se detenía en esa duda, no pretendía solamente que continuaran fluyendo los fondos que había obtenido sin cortapisas hasta ese momento.

Su comprensión de lo que estaba aconteciendo alcanzaba también a la propia situación académica, heredada del novecientos y poco porosa ante ciertos cambios que consideraba apremiantes. La especialización disciplinaria, por ejemplo, era necesaria, pero a medida que aumentaban los conocimientos se hacía cada vez más difícil tender puentes entre las distintas áreas. Los métodos para transmitir y evaluar las investigaciones son tan antiguos, decía, que ya no se adecuan a la finalidad para la que fueron creados, de modo que se presentan dos opciones: o bien uno dedica todo el tiempo del que dispone poniéndose al día en su campo de estudio; o bien descarta esa eventualidad y se consagra a la investigación con el probable riesgo de que sus conclusiones hayan sido adelantadas por alguien en otro lugar. En fin, se publica tanto y tan variado que su suma total excede con mucho nuestra capacidad de absorber y asimilar lo que

[1] Vannevar Bush, «As We May Think», *The Atlantic Monthly,* julio de 1945 [ed. cast.: «Cómo podríamos pensar», *Revista de Occidente* 239 (2001), pp. 19-52].

allí se contiene. Pero el problema es doble, concluía, pues no se circunscribe solo a esa constatación. A ella hay que añadir la forma con la que manejamos tal información, al menos en cuanto que lo que nos preocupa suele ser encontrar algo concreto que nos ayude a perfilar el objeto o la perspectiva que estamos estudiando en un momento determinado.

Esa situación, añadía Bush, está en trance de cambiar gracias a nuevos y potentes instrumentos mecánicos que están transformando la manera en la que archivamos, un adelanto que necesariamente ha de tener consecuencias de algún tipo. La primera y más importante es la utilidad que esa mejora pueda reportar a la ciencia, para lo cual se exige el almacenamiento de la información en un lugar concreto, su capacidad de ampliación continuada y, como corolario inexcusable, que se pueda consultar fácilmente. De lo contrario, nos encontraríamos con la situación del archivo tradicional, en el que se alberga una información cuya dificultad de consulta es proporcional al fondo conservado. Proyectemos eso mismo hacia el futuro, aventuraba Bush, y pensemos que quizá algún día toda una enciclopedia en papel cabrá en una caja de cerillas y nuestra biblioteca, incluso si es de un millón de volúmenes, estará disponible en un rincón de nuestro escritorio.

El estudioso americano era consciente de que la máquina no podía sustituir al pensamiento maduro, a la reflexión creativa, pero entendía que todo lo relacionado con la actividad reiterativa encontraría una ayuda inestimable. Vislumbraba ya entonces que el manejo mecánico de los procesos repetitivos no quedaría circunscrito exclusivamente al ámbito estadístico, pues disponer los datos y establecer las combinaciones entre ellos supone aplicar un proceso creativo. Y eso es lo que faltaba en las bibliotecas y los archivos, donde las ideas se almacenaban de un modo ajeno a las mejoras mecánicas. Ponía el ejemplo de los sistemas de indexación, de tipo alfabético o numérico, completamente artificiales, que remiten a un único lugar, cuya localización suele ser ardua y engorrosa. Artificiales en tanto se alejan del funcionamiento de la mente humana, la cual prima la asociación. De hecho, Bush estaba sospechando una de las ideas centrales de la cultura digital, la del enlace o hipervínculo, porque insistía en lo que denominaba la «red de senderos» *(web of trails)* de ideas que transporta el cerebro y que le permiten ir de un sitio a otro de forma instantánea. Aprendamos de nuestra mente, defendía, seleccionemos por asociación y no por indexa-

ción, imaginemos un aparato futuro que funcione como archivo privado mecanizado: el *memex*[2].

¿Qué entendía por *memex*? «Un aparato en el que una persona almacena todos sus libros, archivos y comunicaciones, y que está mecanizado de modo que puede consultarse con una gran velocidad y flexibilidad»; en suma, «un suplemento ampliado e íntimo de su memoria»[3]. Es el lugar de trabajo, sí, un escritorio algo particular con pantallas, botones y palancas, pero con la peculiaridad de que puede además ser consultado a distancia y no tiene problemas de capacidad. Allí caben libros, publicaciones periódicas, correspondencia, imágenes y cualquier otra información. En fin, lo sustantivo de esa idea no era tanto el tipo de almacenamiento; la característica esencial de ese *memex* estaría en su capacidad para enlazar elementos distintos. Si archivamos de otro modo, de forma asociativa, entonces podremos decidir que cada ítem guardado remita o llame a otro u otros. Y así tendremos nuevos senderos por los que transitar.

Desde el punto de vista del científico de 1945, el problema del avance del saber pasaba necesariamente por su mecanización, la única forma de no sobrecargar la limitada memoria del individuo. Bush se solazaba pensando en «excursiones conceptuales» más placenteras, aquellas en las que uno puede permitirse olvidar todo lo que no precisa tener a mano porque sabe que, en caso de necesidad, podrá encontrarlo cuando lo considere oportuno. Podrá hacerlo, además, conectando unas cosas con otras. Y esto se dará en todas las disciplinas, aprovechándose de ello abogados, médicos, químicos o historiadores:

> El historiador, que tiene frente a sí la vasta historia de un pueblo, establecerá paralelismos por medio de un sendero de información que contiene paradas únicamente en los elementos más sobresalientes, y puede seguir, en cualquier momento, senderos contemporáneos que le conducen a través de toda la civilización existente en una época determinada. Aparecerá una nueva profesión, la de los trazadores de senderos, es decir, aquellas personas que encuentran placer en la tarea de establecer senderos de información útiles que

---

[2] James M. Nyce y Paul Kahn (eds.), *From Memex to Hypertext: Vannevar Bush and the Mind's Machine,* San Diego, Academic Press, 1991.

[3] Vannevar Bush, «Cómo podríamos pensar», cit., pp. 42-43.

> transcurran a través de la inmensa masa del archivo común de la Humanidad. Para los discípulos de cualquier maestro, la herencia de este pasará a ser no solo sus contribuciones al archivo mundial, sino también los senderos de información que fue estableciendo a lo largo de su vida, y que constituirán el andamiaje fundamental de los conocimientos de los discípulos[4].

Estas ideas no dejan de ser una suerte de profecía, cumplida eso sí, pero profecía al fin y al cabo, que solo podían imaginar ciertos especialistas, algunos iluminados. Más aún si cabe en una época en la que se establecía definitivamente una clara separación entre esas dos culturas. Así lo expresaría de forma provocadora C. P. Snow una década después, en 1959, diciendo que los intelectuales, especialmente los literatos, eran luditas por naturaleza[5]. Sin embargo, no todos lo eran y tampoco todos estaban dispuestos a renunciar a los avances mecánicos. Entre ellos estaba el jesuita italiano Roberto Busa, que pasa a ser en este breve recorrido un segundo precedente de la cultura digital de la que hablamos, ahora ya en el terreno humanístico[6]. Es importante detenerse en este estudioso, no solo para conocer el trabajo que llevó a cabo sino porque de ese modo se puede comprender la razón por la que la filología y los estudios literarios fueron, dentro de las humanidades, los campos que más pronto aceptaron las ventajas de la mecanización digital, así como los que más y mejor han reflexionado sobre sus consecuencias.

El padre Busa ideó en 1946 un proyecto monumental, la elaboración de un *index verborum* con el que recopilar todas las palabras contenidas en las obras de Tomás de Aquino y de otros autores con él relacionados, hasta un total de más de once millones de registros[7]. La presentación oficial se realizó en Barcelona en 1948, en el transcurso de un Congreso de Filosofía, y al año siguiente lo divulgó en distintas publicaciones. Sus razones eran filosóficas y derivaban de una preocupación fundamental: aclarar la metafísica de la idea de

---

[4] Vannevar Bush, «Cómo podríamos pensar», cit., p. 49.

[5] C. P. Snow y F. R. Leavis, *Las dos culturas,* México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006, que contiene la airada respuesta de Leavis en 1962.

[6] Susan Hockey, «The History of Humanities Computing», en Susan Schreibman, Ray Siemens y John Unsworth (eds.), *A Companion to Digital Humanities,* Oxford, Blackwell, 2004, pp. 3-19 [http://www.digitalhumanities.org/companion/].

[7] Roberto Busa, «The Annals of Humanities Computing: the Index Thomisticus», *Computers and the Humanities* 14, 2 (1980), pp. 83-90.

«presencia» en el citado Tomás de Aquino. Estudiando las obras de este padre de la Iglesia advirtió que los términos *praesens* y *praesentia* eran marginales en sus escritos, de modo que la doctrina sobre ese particular dependía del uso de la partícula *in*. La cuestión era, pues, averiguar la función que desempeñaba esa preposición y ver de qué modo alteraba el significado de los términos a los que precedía. Es decir, para aclarar la frase «en presencia» era preciso conocer los matices de «en». La solución pasaba por establecer la concordancia de todas las palabras escritas por Tomás de Aquino, incluyendo preposiciones y pronombres, lo cual daba resultados millonarios, inaccesibles a sus posibilidades de trabajo. De ahí que acudiera a la empresa IBM, donde tenían experiencia en la manipulación mecánica de tarjetas perforadas.

Los resultados de este trabajo tardaron en aparecer, pues el primero de los más de cincuenta volúmenes de su *Index Thomisticus* no vio la luz hasta 1974 y la edición digital no se presentó hasta 1992, pero el modelo estaba ya en marcha y Busa escribió durante esos años un sinfín de artículos sobre el mundo informático y su hermenéutica[8]. A su modo de ver, esta mecanización marcaba el comienzo de una nueva era. Aplicada a su campo de estudio, tal constatación no significaba abandonar la investigación tradicional en morfología, sintaxis o léxico, pero era necesario restablecerla, reformarla, «reformatearla» y reformularla. Si las humanidades, decía Busa, pueden definirse como la ciencia de las expresiones humanas, la tecnología no ha de verse como la contraparte de las dos culturas de las que hablaba Snow. Por muy diferente que sea, es otra forma de expresión humana y como tal debe integrarse. La diferencia real entre esas dos culturas es que los textos literarios son obras de arte, que buscan la belleza, mientras que en las máquinas prima la utilidad. Pero ambos son productos cuyo valor deriva de una expresión humana interior, la cual necesitamos conocer en todos los órdenes, ya estemos produciendo textos o artefactos informáticos. En eso consiste lo que Busa llamaba la «espeleología informatizada», que recupera las raíces profundas del lenguaje humano, para lo cual las humanidades son la principal fuente y principio[9].

---

[8] La edición de 1992 era en CD-ROM. Hoy en día tenemos la edición electrónica de Eduardo Bernot y Enrique Alarcón [http://www.corpusthomisticum.org/].

[9] Roberto Busa, «Picture a Man… Busa Award Lecture», *Literary and Linguistic Computing* 14, 1 (1999), pp. 5-10.

A partir de los trabajos de Busa, las entonces denominadas *Humanities Computing* empezaron a prosperar, sobre todo en la década de los años sesenta[10]. La avalancha de estudios de este tipo ya no se produjo solamente en el terreno de las concordancias, aunque hubo muchos trabajos de ese tipo, sino que empezó a afectar a otros ámbitos: aproximaciones cuantitativas al estilo o la obra de un escritor; determinación de la autoría; etcétera[11]. Fueron los años, además, de los primeros centros, congresos y asociaciones, así como de la aparición de la primera revista: *Computers and the Humanities* (1966).

La consolidación definitiva no llegaría hasta la década posterior, pero el auge se demoró hasta mediados de los ochenta, sobre todo con la paulatina popularización de los ordenadores personales y el correo electrónico. La razón es comprensible, no tanto si observamos el fenómeno desde nuestra realidad actual cuanto si atendemos al contexto de aquella época: los estudiosos ya no necesitaban trasladarse a un centro de cálculo para llevar adelante sus investigaciones, podían hacerlo desde su despacho o su casa utilizando su propio ordenador, ayudándose bien pronto de los primeros procesadores de texto. Lo mismo cabe decir del correo y de su derivado, la lista: *Ansaxnet* nació en 1986 y un año después se envió el primer mensaje de la que se convertiría en la más importante de todas ellas, *Humanist.* También empezaron a aparecer recopilaciones de iniciativas y publicaciones *(Humanities Computing Yearbook)* y se crearon estándares de codificación para el intercambio de textos electrónicos.

Los noventa, como todos sabemos, inauguraron la época actual, la de internet, que se inició en 1993 con Mosaic, el primer navegador. La curiosidad inicial pronto dio paso a las expectativas: las de publicar, difundir y promocionarse de forma sencilla y efectiva. A partir de aquel momento, y con las sucesivas innovaciones, la cultura digital se desdobló: ya no solo interesaba la máquina

---

[10] Dolores M. Burton publicó cuatro artículos sobre esos trabajos en la revista *Computers and the Humanities.* Los tres primeros aparecieron en el volumen 15 (1981) y el cuarto lo hizo en el 16 (1982), pero todos con el mismo encabezamiento («Automated concordances and word indexes…»): n.os 1 (pp. 1-14), 2 (pp. 83-100), 3 (139-154) y 4 (pp. 195-218).

[11] En este último sentido, por ejemplo, uno de los casos más sonados fue la obra sobre *El Federalista* de dos estadísticos, Frederick Mosteller y David L. Wallace: *Inference and Disputed Authorship: The Federalist,* Reading, Addison-Wesley, 1964.

para computar, para realizar tareas repetitivas, sino también el tipo de textos elaborados, el nuevo soporte. Los recursos electrónicos, y el hipertexto en particular, se convirtieron en objetos de estudio y llegaron finalmente a los programas académicos. Pero, de nuevo, la división de las dos culturas emergió por la creciente complejidad de los procesos y la multitud de herramientas disponibles en el entorno digital.

2

El breve recorrido que acabo de completar se puede resumir de otra forma, y así se suele hacer, señalando la existencia de tres períodos en esa relación entre humanidades e informática. Por un lado, tendríamos el período heroico, el de la *Literary & Linguistic Computing* iniciado con el proyecto de Roberto Busa, que se caracteriza por la voluntad de cuantificar el estilo de una obra o un autor, midiendo regularidades. En segundo lugar, la etapa anterior a la web, la de las *Humanities Computing,* desde principios de los ochenta hasta mediados de los noventa, la época de creación de centros y redes en torno al correo electrónico, pero también de proyectos que siguen el impulso anterior, como el Oxford Text Archive. Finalmente, la llegada de la web daría paso a las *Digital Humanities,* cuando la informática está ya al alcance de todos y las prácticas a ella asociadas se multiplican, con una economía cuya característica es la abundancia.

Pero, ¿cómo definir el campo? Lo más sencillo sería entenderlo como un conjunto de prácticas variadas de investigación y de comunicación que utilizan medios informáticos, en las que uno de los elementos centrales es la colaboración entre las dos culturas. Pero realmente eso dice muy poco sobre su significado, sobre todo en la época de las *Digital Humanities,* en la que el campo se expande y se renegocia sin cesar. Eso quiere decir que no está muy claro si es un área académica bien delimitada y definida dentro de las humanidades o si se trata de un concepto inclusivo en el que caben iniciativas diversas que se sitúan en la intersección entre estas disciplinas y las tecnologías de la información. De hecho, quienes han estudiado este objeto no coinciden en sus rasgos, aunque todos parecen convenir en que la fase actual, la multimodal o correspondiente a la Web 2.0, representa un cambio sustantivo en relación

con lo que se hacía unos pocos años atrás. Además, el objeto tampoco está claro, pues existe una evidente dualidad entre quienes ven en las nuevas tecnologías un tema de estudio en sí mismo y quienes las toman como herramienta aplicada a sus investigaciones, aunque los cambios que de ello se derivan puedan acercar las posiciones de unos y otros.

Una buena manera de diferenciar lo que se hace es entender qué objeto se privilegia. Podríamos establecer dos distinciones genéricas[12]. En primer lugar, tenemos a quienes ven en las tecnologías de la información una herramienta que nos permite hacer muchas más tareas y nos facilita otras: máquinas de cálculo, de texto, etcétera. Dejando de lado el uso pasivo o instrumental, eso implica contribuir parcialmente a desarrollarlas, comprenderlas y evaluarlas para que sirvan al fin propuesto[13]. Un paso adicional en esa misma dirección es entender las tecnologías como medio expresivo, no contentarnos con comentar cómo las usamos sino primar la participación de forma activa. Es algo que va más allá de lo apuntado en primer lugar, porque implica explorar el potencial interactivo de la expresión multimedia, en la que el texto deja de ser el vehículo fundamental.

En segundo lugar, las tecnologías de la información pueden ser tomadas como objeto de análisis. Esta pretensión es mucho más problemática, por cuanto implica introducir un objeto «nuevo» dentro de campos académicos de larga tradición y, en última instancia, supone reclamar una disciplina separada acorde con ese tema. Trataré este aspecto más adelante, pero hay otros elementos que conviene abordar ahora. Si tomamos las herramientas digitales como objeto de análisis, entonces nos estamos preguntando por lo que son, por cómo funcionan y por sus usos. Podemos hacer muchas cosas con ellas. Podemos investigar o ir de compras, trabajar o divertirnos, leer atentamente o fisgonear. En todos los casos, la interfaz es la misma, con idéntico universo discursivo, pero sirve para realizar operaciones muy distintas, y entre ellas están precisa-

---

[12] Para esa diferenciación, sigo a Patrik Svensson, «The Landscape of Digital Humanities», *Digital Humanities Quarterly* 4, 1 (2010) [http://www.digitalhumanities.org/dhq/vol/4/1/000080/000080.html].

[13] Un ejemplo de este tipo de herramientas es *Hypercities:* Todd Presner, «Hypercities: A Case Study for the Future of Scholarly Publishing», en Jerome McGann (ed.), *The Shape of Things to Come,* Houston, Rice University Press, 2010, pp. 251-271 [el resultado está en http://hypercities.com].

mente las humanidades digitales. En ese sentido, la característica del campo es que el ordenador es usado como herramienta que modela las humanidades, al ajustar los datos e informaciones con los que trabajamos, y la comprensión que de ellas tenemos. Eso no tiene nada que ver con utilizar esa máquina para telefonear, escribir una carta o ver una película. De ahí que, finalmente, pueda resultar de ello una ambiciosa definición, según la cual hablar de humanidades digitales es referirse a una práctica de representación, a una forma de modelar o de imitar (mimesis) y, en última instancia, a un peculiar modelo de razonamiento y ciertos presupuestos ontológicos[14].

¿Qué se puede concluir de todo ello? Por una parte, la diversidad y heterodoxia del campo, demasiado indisciplinado. Por ejemplo, el *Digital Humanities Manifesto 2.0* incide en que no es un campo unificado, sino un conjunto de prácticas convergentes que exploran un universo donde lo impreso ya no es el medio exclusivo y las herramientas digitales han alterado la producción y difusión del conocimiento. Es decir, una constatación de los cambios y una llamada a la reflexión sobre lo que eso puede significar en nuestra labor. Algo que no es exactamente lo mismo a lo aprobado en el verano de 2010 en París, con el *Manifeste des Digital Humanities,* donde se reitera lo anterior y se defiende la existencia de una «transdisciplina» que tendría que ser reconocida como tal:

> 1. Los cambios trascendentales experimentados en el ámbito digital por nuestras sociedades modifican y cuestionan las condiciones de producción de los saberes. 2. Consideramos que las Humanidades Digitales abarcan el conjunto de las Ciencias Humanas y Sociales, de las Artes y de las Letras. Ahora bien, las Humanidades Digitales no hacen tabla rasa del pasado. Al contrario, se apoyan en el conjunto de los paradigmas, de los saberes y conocimientos propios de estas disciplinas, a la par que van movilizando herramientas y perspectivas propias del campo digital. 3. Por Humanidades Digitales se entiende una «transdisciplina» portadora de los métodos, dispositivos y perspectivas heurísticas relacionadas con procesos de digitalización en el campo de las Ciencias Humanas y Sociales.

---

[14] John Unsworth, «What is Humanities Computing and What is not?», *Jahrbuch für Computerphilologie* 4 (2002), pp. 71-84.

Hay una tercera vía, intermedia, que representaría la posición defendida en el volumen *A Companion to Digital Humanities*[15]. En este caso, si podemos decir que la historia es lo que hacen los historiadores y la física lo que hacen los físicos, entonces las humanidades digitales pueden ser definidas por lo que realizan sus practicantes. De ese modo, se asegura que «tiene una larga y dinámica historia que se ilustra mejor examinando los lugares en los que esta específica práctica disciplinaria se entrecruza con la computación». Y ¿qué tienen en común? Sobre todo la noción de que existe una relación clara y directa entre las estrategias interpretativas que emplean los humanistas y las herramientas que usan, las cuales asimismo facilitan una manera de explorar los artefactos originales que construyen con esas estrategias interpretativas. Por tanto, no se reclama la existencia disciplinaria, pero se habla de su originalidad y de cómo eso transforma el quehacer del estudioso. Pensemos, por ejemplo, en la digitalización de archivos, en la forma de consulta que permite, en cómo eso puede cambiar nuestra forma de ver el pasado, escribirlo, difundir nuestra labor, etcétera. Trataremos todos estos aspectos con posterioridad.

¿Son, pues, las humanidades digitales una disciplina académica o no lo son?, ¿son una transdisciplina? A grandes rasgos, y a juzgar por lo dicho hasta aquí, podríamos decir que quienes ven las nuevas tecnologías como herramienta o como medio expresivo no sienten la necesidad de defender la existencia de una disciplina. En cambio, suele ser habitual que esa reclamación se produzca cuando son el propio objeto de análisis. Veamos eso mismo a partir de otras posiciones ligeramente disímiles, encabezadas por distintos académicos, muy reconocidos. Expongamos sus razones.

Por un lado, Lou Burnard[16]. Este estudioso parte del reconocimiento de que una disciplina es una construcción social, de la cual

---

[15] Para el primer caso, véase http://www.humanitiesblast.com/manifesto/Manifesto_V2.pdf; para el segundo, http://tcp.hypotheses.org/487; para el tercero, Susan Schreibman, Ray Siemens y John Unsworth, «The Digital Humanities and Humanities Computing: An Introduction», en Susan Schreibman, Ray Siemens y John Unsworth (eds.), *A Companion to Digital Humanities,* cit.

[16] Lou Burnard, «Is Humanities Computing an Academic Discipline? or, Why Humanities Computing Matters» [http://www.iath.virginia.edu/hcs/burnard.html] (presentado al seminario «Is Humanities Computing an Academic Discipline?», organizado por el Institute for Advanced Technology in the Humanities, University of Virginia, noviembre de 1999). Algo similar indica en «Dalle "due culture" alla cultura digitale: la nascita

resulta una subdivisión institucional de las distintas actividades que componen el mundo académico. Por tanto, remite a una organización burocrática y a las relaciones de poder que le son consustanciales. En ese punto, nada se puede objetar, ni tampoco a las consecuencias prácticas que de ello se derivan. En efecto, reclamar la existencia de algo llamado humanidades digitales tiene que ver con la creación de un nicho académico, algo cuya posibilidad varía según los sistemas educativos existentes. Por ese mismo motivo, tiene cierta tradición en el mundo anglosajón, especialmente en las universidades norteamericanas, aunque poco a poco se haya ido extendiendo por buena parte de los países europeos. Por idéntica razón, resulta más arduo cuando el modelo educativo tiene una estructura administrativa férrea, poco porosa ante los cambios de este tipo. Es difícil pensar, en ese caso, que los departamentos universitarios modifiquen su composición y alteren el objeto que los define. Tampoco es habitual en algunos lugares que se creen centros interdisciplinarios para acoger esos nuevos intereses.

Pero una disciplina no es solo eso, una convención. Incorpora, como también reconoce este estudioso, un marco teórico, una manera peculiar de estudiar su objeto y de unificar los logros intelectuales, un estilo de hacer las cosas, todo ello a través de un método. Ahora bien, indica, eso no garantiza un éxito superior al que se puede obtener fuera de ese marco institucional estrecho. Tal vez sería mejor decir que la presencia de una teoría y un método predisponen hacia la institucionalización, y no tanto a la inversa. Por todo ello, Burnard entiende que las humanidades digitales tienen tanto derecho a ser una disciplina como las demás. Y con sus propios rasgos. Es un campo intrínsecamente interdisciplinario, que no solo traspasa las barreras académicas convencionales, sino que se relaciona con cualquier aspecto de la vida cultural y afecta a materiales de todo tipo, antiguos y modernos; está metodológicamente centrado, privilegiando una mirada empírica y realista; es socialmente necesario, por su efecto enriquecedor sobre cualquier objeto de estudio. Y está históricamente fundado, con unos padres fundadores y un inmenso potencial.

En una posición ligeramente distinta, no muy alejada, podríamos hallar a otros estudiosos, como Willard McCarty o Tito Or-

---

del demotico digitale», *Bollettino 900*, núm. 1 (2001), que reproduce su intervención en el seminario CLIP 2000 (Alicante, 16-17 de octubre de 2000) [http://www3.unibo.it/boll900/numeri/2001-i/].

landi[17]. Para este último, hablar de disciplina no tendría sentido si nos referimos a una ayuda tecnológica, pues en ese caso nos bastaría cierta «alfabetización». Pero las aplicaciones digitales no son un simple apoyo, sino que juegan un papel fundamental en todo el campo de las humanidades. En la medida en que su influencia es transversal, sería acertado sugerir la existencia de tal disciplina separada. Ello no obedece a que tenga un objeto propio y definido, como tampoco lo tendría estrictamente la filosofía, sino a que aplica una perspectiva particular que deriva de la existencia de unos métodos, unos procedimientos y unas problemáticas que mancomunan a sus practicantes y los distinguen de otros. Razonable sí, pero no imprescindible.

Ambos autores entienden que hemos de tomar esas innovaciones como herramientas con implicaciones cognitivas, de lo que se deduce la necesidad de entender lo que son y sus efectos, en especial el hecho de que median y modelan nuestro trabajo. Verlas así es reparar en nuestro método, historizarlo, reconocer que hoy en día no podemos separar las humanidades del entorno digital en que se producen, porque no podemos separar lo que vemos de cómo lo vemos. Cuando exigimos una disciplina distanciada es porque entendemos esta realidad académica de forma estricta. Una disciplina existe independientemente de la voluntad de quienes la conforman, con ciertos ideales y funciones, pero remite tanto a la idea de doctrina como a la de arte o facultad (práctica). De ese modo, la podemos entender de forma deductiva, desde la observancia de unos principios rígidos, o inductiva, desde lo que hacen sus practicantes. Lo primero conduce a la separación, a la compartimentación severa del saber; lo segundo acarrea una visión en la que se combina la unidad del método propio con la interdisciplinariedad. Como señala McCarty, esa condición transversal significa asumir que las humanidades digitales son un intersticio, una zona común

---

[17] Véanse: Willard McCarty, «Humanities Computing as Interdiscipline» (presentado al seminario «Is Humanities Computing an Academic Discipline?», organizado por el Institute for Advanced Technology in the Humanities, University of Virginia, noviembre de 1999) [http://www.iath.virginia.edu/hcs/mccarty.html]; Tito Orlandi, «Is Humanities Computing a Discipline?», *Jahrbuch für Computerphilologie*, núm. 4 (2002), pp. 51-58. Por otra parte, en *Humanities Computing* (Londres, Palgrave, 2005), McCarty dedica un capítulo al tema («disciplina») manteniendo los mismos supuestos. Véase, asimismo, Tito Orlandi y Raul Mordenti, «Lo status accademico dell'Informatica umanistica», *Archeologia e Calcolatori* 14 (2003), pp. 7-32.

que se mueve entre culturas y que comercia con distintas técnicas. De ahí deriva su auténtico potencial, del hecho de comunicar diferentes saberes entre sí. Por eso no sería propiamente una disciplina, sino un campo interdisciplinar.

Entiendo que ambas posiciones se pueden considerar acertadas, pero es la idea de transversalidad la que mejor responde a las circunstancias del campo, sobre todo para los historiadores. El área de las humanidades digitales existe, al menos porque formalmente reúne los requisitos que suelen adornar cualquier otra: revistas, asociaciones, congresos y seminarios, así como personas que escriben en las unas y participan o asisten a los otros. ¿Pero es eso suficiente para delimitar un campo de estudio específico? Sabemos que se trata de una cuestión más o menos controvertida, pues de continuo surgen áreas concretas que reclaman su autonomía o su peculiaridad dentro de la disciplina, especialmente cuando nos referimos a una, la historia, tan activa y que tantas transformaciones ha experimentado en cuanto a temas de investigación. La pareja «nuevos objetos» es ya proverbial en nuestra profesión o en las humanidades en general, o más bien lo es el calificativo de «nuevo» para referirnos a enfoques, temas, giros, etcétera. Sea como fuere, también hemos de entender que la tradición tiene su sentido y que la institucionalización de las distintas disciplinas nos enseña las razones y los modos a través de los cuales cada una de ellas se ha ido identificando con un asunto particular.

Este proceso, como sabemos, se produce a lo largo del siglo XIX y está relacionado con distintos factores. Entre ellos, el auge de las ciencias naturales, su impacto sobre cualquier otro tipo de conocimiento y el triunfo de la industrialización. Todo ello quedará consolidado a medida que las universidades se renueven, entre cuyas funciones estará formar a los especialistas que las nuevas fábricas demanden. Aunque se mantenga el ideal del sabio, triunfará el especialista, si bien la fragmentación del conocimiento será paulatina[18]. Paulatina pero inevitable, a medida que tal cosa suponga la profesionalización, es decir, el establecimiento de una clara diferencia con el aficionado, aquel que no ha pasado por las aulas universitarias y no domina el método, ese método que, por ejemplo, fijan para los historiadores Charles-Victor Langlois y Charles Seignobos en la

[18] Julie Thompson Klein, *Interdisciplinarity: History,Theory, and Practice,* Detroit, Wayne State University Press, 1990, pp. 19 y ss.

Francia de finales de la centuria o sus pares alemanes en época no muy distante. De ese modo, objetos que podrían haber sido tratados por diversas disciplinas, quedarán asociados a una de ellas, la cual establecerá el modo de estudiarlos.

Ese modelo no ha sido plano ni lineal, al menos en el terreno de las humanidades y las ciencias sociales, donde ha existido igualmente una tendencia a retornar a la síntesis y a la contaminación disciplinaria. Así pues, la interdisciplinariedad existe, cómo no, pero cuando pensamos en ella no nos estamos refiriendo necesariamente a un espacio institucional, sino a estudiosos que leen a colegas de otras disciplinas para enriquecer su comprensión del objeto estudiado. Si ese académico lo consigue, su obra interpelará a investigadores de otros campos, puede incluso que su trabajo sea así difícil de clasificar dentro de un mundo institucional con delimitaciones estrictas. Hablar de interdisciplinariedad en ese contexto no es hacerlo de una familia de disciplinas, ni de un campo más completo y rico, ni un nuevo brote o rama del árbol del conocimiento. Hablamos de una colaboración que no afecta al modelo de departamentos y centros existentes, o hablamos de asuntos comunes a los distintos saberes. Esperamos que esa relación produzca resultados significativos, pero no necesariamente que se traslade a un marco institucional estable[19].

Pero es igualmente comprensible que haya quienes defiendan la posición contraria y entiendan que estamos ante un campo separado, porque las prevenciones ante los géneros confusos son igualmente razonables. El confort del espacio construido y acondicionado con el tiempo nos hace sentir incómodos ante propuestas que cuestionan no tanto el método como la costumbre. Cualquier desafío exige una reflexión adicional y un replanteamiento de nuestro quehacer. Si solo se trata de usar otra herramienta, que sustituye a la anterior sin mayores consecuencias, la adoptamos fácilmente porque no nos obliga a un nuevo esfuerzo. Pero si el instrumento incluye un manual de instrucciones complejo y modifica la manera en la que trabajamos, entonces el coste nos desanima y preferimos defender lo conocido. En la medida en que la introducción de la tecnología digital es reciente, introduce además una cuestión generacional. Son los más jóvenes, y con mayores dificultades para acce-

[19] Mario Biagioli, «Postdisciplinary Liaisons: Science Studies and the Humanities», *Critical Inquiry* 35 (2009), pp. 821.

der al mundo académico, quienes pugnan por defender un campo que los mayores no dominan igualmente. Y a la inversa. En ese reparto institucional, decir que las humanidades digitales no son una disciplina sino que tienen un carácter transversal puede ser a veces otra forma de salvaguarda. Para que el área prospere es imprescindible la colaboración activa y continuada de quienes son considerados como referentes en cada disciplina. De lo contrario, si su participación en congresos y revistas es escasa, no prenderá dentro del mundo académico.

Así pues, a la pregunta de qué son las humanidades digitales y si son un área separada, retomo la respuesta que apunta la *Digital Humanities Quarterly,* en cuyo primer editorial, fechado en 2007, se puede leer lo siguiente:

> Es tentador, en el primer número de una revista con este nombre, plantear la pregunta de qué son las humanidades digitales, y tal vez intentar una respuesta. En su lugar, aplazaremos la cuestión para un futuro, con la expectativa de que será respondida, o al menos abordada, en los anales de lo que ha de ser escrito y publicado aquí. No ya el primer número, ni siquiera el décimo podrá dar un sentido cabal de esta forma emergente: se necesitará tiempo para que la variedad de textos remitidos establezcan los contornos reales del campo. Y habrá un nuevo proceso dialéctico de lectura y autoría, de provocación y de respuesta, a través del cual podemos esperar que el campo evolucione. La pregunta que se plantea esta revista no es qué son las humanidades digitales, sino cómo damos forma a las humanidades digitales[20].

3

De nuestra disciplina, la historia, se puede predicar lo mismo que antes he expuesto en relación con las humanidades. Con algunas diferencias en intensidad y ritmo. La asunción de las nuevas tecnologías fue algo posterior a lo ocurrido en los estudios literarios. La participación en proyectos relacionados con ese campo también

[20] Julia Flanders, Wendell Piez y Melissa Terras, «Welcome to Digital Humanities Quarterly», *Digital Humanities Quarterly* 1, 1 (2007) [http://www.digitalhumanities.org/dhq/vol/1/1/000007/000007.html].

se demoró. Pero los rasgos generales son muy semejantes, porque el impacto es el mismo. Como decía Orville Vernon Burton, si el reloj mecánico es la metáfora que solemos utilizar para caracterizar los albores de la modernidad y la máquina de vapor nos sirve para ejemplificar la revolución industrial, el ordenador es el símbolo de nuestra época[21]. Nadie mejor que nosotros para entenderlo, porque el estudio del contexto y del cambio son dos de nuestras preocupaciones fundamentales. Solo necesitamos un poco de perspectiva para comprender lo ocurrido.

Es lo que hizo hace unos años Edward. L. Ayers, mostrando su propia experiencia personal[22]. Señalaba este historiador que quienes empezaron a ejercer la profesión entre finales de los sesenta y principios de los ochenta han vivido tres diferentes revoluciones tecnológicas, y a veces de forma solapada. La inicial fue la de los primeros ordenadores, la época de los grandes artefactos y las tarjetas perforadas, cuando empezó a atisbarse que las columnas de números y datos podían alterar de algún modo la comprensión que teníamos del pasado. Aquello, dice, tenía algo de incongruencia, porque los resultados de unos procesos muy complejos se tenían que verter al papel con una simple máquina de escribir o directamente a mano. De ahí que la segunda etapa fuera precisamente la aparición de los procesadores de texto, con la milagrosa posibilidad de copiar, pegar, borrar, guardar, etcétera. Muy poco después vino la tercera revolución, la de internet, favorecida por los ordenadores personales y los navegadores. Las consecuencias no parecían evidentes entonces. Ayers reconoce, por ejemplo, que lo que le atraía era la historia social y escribirla a escala humana, algo en donde el ordenador no parecía tener ninguna cabida, excepto como mera herramienta. Es lo mismo que pensaban sus colegas, contentos con haber arrinconado los bolígrafos en favor del teclado. En ese contexto, poco a poco fue emergiendo el convencimiento de que la aplicación de las nuevas tecnologías a la historia tenía otras implicaciones que valía la pena explorar y que la inocencia de los primeros años ya se había terminado.

---

[21] Orville Vernon Burton, «Introduction: The Renaissance», en O. V. Burton (ed.), *Computing in the Social Sciences and Humanities,* Champaign, University of Illinois Press, 2002, p. 1.

[22] Edward. L. Ayers, «Technological Revolutions I Have Known», en O. V. Burton (ed.), *Computing in the Social Sciences and Humanities,* cit., pp. 19-28.

Pero vayamos por partes y retrocedamos para ver cómo nos hemos relacionado con las nuevas herramientas digitales y cómo, paulatinamente, se ha ido constituyendo un área de estudio llamada historia digital. A tal fin, estableceré dos recorridos paralelos, pero separados, que concluyen de forma bien distinta: los casos francés y norteamericano, ambos entrecruzados en un momento determinado.

El antecedente, el más próximo y alejado a la vez, de las relaciones con el mundo digital lo podemos encontrar en la historia cuantitativa, para lo cual nos podríamos retrotraer hasta principios del pasado siglo. Esa conexión es, por supuesto, anacrónica, en la medida en que en aquellos años no existían aún las grandes computadoras ni lógicamente los investigadores se planteaban su uso. Existía, eso sí, el impulso que permitiría enlazar ambos mundos. En el ejemplo francés, tendríamos que remontarnos al impulso de Émile Durkheim, a su defensa de la construcción del hecho social y a su llamada a los historiadores en tal sentido. Esa apelación estará siempre presente, pero se concretará en mayor medida en los años treinta, a través de los trabajos de François Simiand y Ernest Labrousse. El contexto era propicio. Son los años de la crisis económica, del desastre monetario, por lo que son muchos los científicos e historiadores que se preocupan por las cifras, por las estadísticas y, más en concreto, por conocer cómo funcionan los precios y cómo se comportaron en el pasado[23].

Ese interés por la cifra, por el número, entroncará con algunos de los rasgos de la escuela de *Annales,* hasta el punto de generar una importante adhesión entre sus discípulos. El que Marc Bloch y Lucien Febvre desestimaran el acontecimiento, rechazando el modelo que la escuela metódica había proclamado, favoreció ese camino, en el que se primaba lo profundo, la preocupación sociológica. Es lo que propugnarán los mencionados Simiand y Labrousse, es lo que Fernand Braudel practicará en la Sexta Sección de la École des Hautes Études. De ese modo, estos y otros historiadores, como Pierre Vilar o Pierre Goubert, defenderán la aplicación del método cuantitativo, ya no solo en los precios sino en otros objetos de estudio gracias al tratamiento estadístico que se podía dar a distintos documentos.

---

[23] Parte de ese recorrido se puede ver en Emmanuel Le Roy Ladurie, *Le Territoire de l'historien,* París, Gallimard, 1973.

Tal perspectiva conducirá a perfilar incluso un nuevo campo de investigación, el de la historia serial, cuyo campeón inicial será Pierre Chaunu[24]. Alumno de Braudel, este historiador marcará una cierta ruptura a mediados de los años cincuenta, con la consolidación de este nuevo campo y su difusión por toda la disciplina. En un texto aparecido en 1960 dirá que una historia que se reclame útil ha de ser serial, tal como se ha practicado desde la tercera década del siglo, a favor de una sociología auténticamente global. ¿De qué se trata? De «una historia que no se interese tanto por el hecho individual (sobre todo por el hecho político, pero también cultural o económico) cuanto por el elemento repetido, integrable en una serie homogénea, susceptible de remitir de inmediato a los clásicos procesos matemáticos de análisis de las series»[25]. Se trata de hacer un nuevo tipo de historia total que proporcione respuestas a los grandes interrogantes planteados por las ciencias sociales.

Chaunu no se refiere a la máquina, a la computadora, pero sí a los procesos matemáticos que esta realiza. Y no es el único. Un año antes, en 1959, François Furet y Adeline Daumard habían proclamado que, científicamente hablando, no hay más historia social que la cuantitativa[26]. En su caso, se trataba de vaciar los protocolos notariales, de extraer de ellos las distintas informaciones, reagrupando los hechos múltiples que contienen en torno a unas cuantas nociones significativas. ¿Cómo hacerlo? Lo llamaban «explotación mecanográfica», es decir, explotación mecánica y automática de una tarjeta cifrada y perforada. Con las prevenciones oportunas, precisan, la mecanización del trabajo de selección y clasificación proporcionará una inmensa mejora, tanto de la labor histórica como del propio investigador.

Será en los sesenta cuando aparezcan en la revista *Annales* las primeras alusiones a este tipo de instrumento de cómputo, que ya no recibe el confuso nombre de mecanógrafo[27]. Pero la auténtica

---

[24] Pierre Chaunu, *Histoire quantitative, histoire sérielle,* París, Armand Colin, 1978.

[25] «Dynamique conjunturelle et histoire sérielle», *Industrie* (1960), reproducido en *Histoire quantitative, histoire sérielle,* cit., p. 11.

[26] Adeline Daumard y François Furet, «Méthodes de l'Histoire sociale: les Archives notariales et la Mécanographie», *Annales ESC* 14, 4 (1959), pp 676-693.

[27] Son dos los casos: el de los arqueólogos Jean-Claude Gardin y Paul Garelli, «Étude par ordinateurs des établissements assyriens en Cappadoce», *Annales ESC* 16, 5 (1961), pp. 837-876 ; y el de los investigadores soviéticos Alexey V. Ustinov e Ivan D. Koval'cenko, «Les calculateurs électroniques appliqués aux études rurales: la Russie au XIXe siècle», *Annales ESC* 20, 6 (1965), pp. 1128-1149.

expansión se produciría en las dos décadas siguientes. En el caso de la historiografía francesa, no será Chaunu quien abandere las nuevas tendencias, sino Emmanuel Le Roy Ladurie, que pertenece a la nueva generación de *Annales* y que completará el ciclo de poder dentro de la historia académica francesa, sobre todo cuando en 1973 suceda a Braudel en el Collège de France. Cinco años antes, en 1968, había publicado uno de los textos más conocidos y citados sobre la relación entre la historia y la nueva máquina.

«L'historien et l'ordinateur» es un texto breve, de circunstancias, aparecido a primeros de mayo, poco antes de la célebre noche de las barricadas, en *Le Nouvel Observateur*[28]. Le Roy Ladurie empieza su artículo defendiendo la tarea del historiador, indicando que lo que cuenta no es la máquina, sino la pregunta que hacemos al pasado, de modo que el interés de aquella radica en que nos permite abordar nuevas cuestiones y contenidos, con una amplitud hasta ahora desconocida. En ese sentido, se abren nuevas perspectivas, todas ellas muy fecundas, en particular en el análisis de los corpus documentales. El ordenador-historiógrafo, como él lo denomina, tiene ante sí un sinfín de posibilidades que todos reconocen por igual. Y lo que es más importante, genera un nuevo tipo de archivo y un nuevo especialista en su conservación y manejo, una suerte de «ingénieur en histoire» que nada tiene que ver con el antiguo egresado de la École des Chartes. Le Roy Ladurie termina con una admonición, muchas veces citada. La historia social, económica y cuantitativa francesa, la que desciende de Febvre y Bloch, se halla ante un desafío, el de la revolución tecnológica procedente de los Estados Unidos. Si queremos mantenernos en la vanguardia, exclama, si no queremos descolgarnos de la historia serial que se hará en las próximas décadas, entonces no hay más remedio: «en este campo al menos, el historiador del mañana será programador o no será nada».

Es algo parecido a lo que señalará unos años después François Furet en *Annales*[29]. También él entendía que la historia cuantitativa estaba de moda, impulsada por la presencia creciente del orde-

---

[28] Emmanuel Le Roy Ladurie, «L'historien et l'ordinateur», *Le Nouvel Observateur*, 8 de mayo de 1968, reproducido en *Le Territoire de l'historien,* cit., pp. 11-14.

[29] François Furet, «Histoire quantitative et construction du fait historique», *Annales ESC* 26, 1 (1971), pp. 63-75. Este texto se incluyó en 1974 en el primer volumen de Jacques Le Goff y Pierre Nora (eds.), *Hacer la historia. Nuevos problemas,* Barcelona, Laia, 1978, pp. 55-73.

nador. Esa moda, decía Furet, genera algunos problemas de distinto orden: de tipo metodológico, en la medida en que ninguna técnica es neutral; de perspectiva, porque la historia serial reduce el dominio de estudio al centrarse en lo económico o demográfico; de objeto, en tanto construye el hecho histórico con series temporales homogéneas y comparables, orillando quizá la dimensión diacrónica de los fenómenos. Aun así, las ventajas le parecían evidentes: aunque haya parcelas del pasado que se le escapan, proporciona a una disciplina tan veterana como la historia un rigor y una eficacia desconocidas, superiores a las de la metodología cualitativa. Eso sí, no seamos ingenuos. El hecho de que el ordenador nos libere del trabajo mecánico no debe hacernos olvidar la labor previa, la que hacemos al buscar, organizar y dar significado a determinados datos. Con todo y con eso, la historia serial no solo transforma el material con el que trabajamos; es una revolución de la conciencia historiográfica. Si la historia *événementielle* se basaba en la idea de que el acontecimiento es único e imposible de integrar en una serie estadística, ahora ocurre todo lo contrario. Si antes el tiempo se presentaba como un conjunto de discontinuidades descritas sobre el plano de lo continuo, ahora se subrayan las continuidades sobre el plano de lo discontinuo; la historia-problema sustituye a la historia-relato.

«Y luego se nos fue a *Montaillou*… Por uno de esos virajes que tienen más de moda que de ciencia, más de signo de los tiempos y de demanda de los medios de comunicación que de desarrollo coherente de una disciplina científica, la historia cuantitativa quedó relegada en algún armario», dirá Antoine Prost varios años después refiriéndose a Le Roy Ladurie[30]. Prost tiene razón al subrayar este viraje personal, pero en aquel momento las cosas eran muy distintas y los historiadores aún no habían abandonado esa preocupación serial[31]. Por otra parte, tanto Chaunu como Le Roy o Furet señalaban entonces que había un área en la que la fecundidad del tratamiento estadístico era evidente, hasta el punto de que el ordenador estaba en el centro de la mayoría de esas investigaciones: la demografía histórica. Los registros parroquiales, con las innumerables referen-

---

[30] Antonie Prost*, Doce lecciones sobre la historia,* Madrid, Cátedra, 2001, p. 213.

[31] Este último la retomaría, en otro contexto y bajo otra perspectiva, cuando pasó a dirigir en 1987 la Bibliothèque Nationale francesa: Emmanuel Le Roy Ladurie, *L'historien, le chiffre et le texte,* París, Fayard, 1997.

cias a bodas, bautizos y fallecimientos, eran un campo prometedor. Ya lo empezaban a demostrar Peter Laslett y E. A. Wrigley, que en 1964 habían fundado un grupo de trabajo en Cambridge, pero la tendencia se había generalizado.

Quizá el mejor ejemplo de eso último, aunque no en Francia, fue el volumen que en 1971 publicó Edward Shorter, al que por entonces empezaban a preocupar las cuestiones demográficas. Con el título de *The Historian and the Computer*[32], Shorter escribía un libro para «orientar al historiador en el trabajo con computadoras». A tal fin, su pretensión era reparar en el tipo de «pruebas» con las que se topaban estos investigadores, intentando diluir las reservas que solían tener cuando utilizaban técnicas procedentes de las ciencias sociales. Esas pruebas, no obstante, quedaban circunscritas al tratamiento de datos, a las fuentes cuantitativas que tantos frutos estaban dando, a su juicio, en la historia política, económica o demográfica. En suma, se trata de llenar un vacío, de satisfacer una necesidad cada vez más acuciante que se derivaba del auge de la historia cuantitativa, la cual resultaba de escasa utilidad «al omitir consideraciones específicas sobre fichas perforadas y programas de computadores, elementos ambos indispensables».

Así pues, Shorter incide sobre la misma vinculación que ya he puesto de manifiesto en los trabajos franceses. Hay determinados trabajos históricos en los que la estadística y la computación resultan imprescindibles; de hecho, están «en el meollo de las más recientes de las nuevas historiografías», la cuantitativa. ¿Pero por qué defenderla? Porque, a juicio de Shorter, el caso individual que examina cualquier historiador, se dedique a la biografía, a estudiar las ciudades o la misma sociedad, suele ser escasamente representativo cuando de lo que se trata es de abordar fenómenos más amplios. Con esta nueva propuesta podemos abstraer rasgos a partir de innumerables acontecimientos y ofrecer un análisis comparativo inédito, lo cual viene a ser una dimensión básica de la perspectiva cuantitativa. En última instancia, con ese tipo de trabajo el historiador se acerca a los científicos sociales, utilizando su aparato conceptual. Además, expone inocentemente Shorter, «el computador y la estadística son elementos neutrales, ya que no obligan al historiador a embarcarse en un camino que pueda resultarle perjudicial». Eso sí, como no puede ser de otro modo, este investigador reconocía que las ventajas

[32] Ed. cast.: *El historiador y los ordenadores,* Madrid, Narcea, 1977.

que se obtienen son «de tipo metodológico, no conceptual», porque la máquina no piensa[33].

Puede que sorprenda hoy en día este optimismo, esa confianza en los datos, esa ingenuidad positivista que toma la herramienta como instrumento neutral con el que acceder a la verdad y al pasado en bruto, sin mediación alguna. Pero hay que entender esas afirmaciones y a quien las hace en su contexto, el de finales de los sesenta. Puede incluso que Shorter, dedicado hoy a la historia de la ciencia, no se reconozca completamente en esas aseveraciones, pero son fruto de lo que muchos investigadores predicaban entonces, no solo en Europa, como hemos atisbado, sino al otro lado del Atlántico, en los Estados Unidos en particular. Las críticas vendrían algo después, denunciando la indecorosa importación de métodos y técnicas de otras disciplinas, la obsesión con las cifras y la búsqueda del estatus científico por parte de científicos de ordenador y de determinados sociólogos[34].

4

Los supuestos frutos que la cuantificación le estaba dando a la historia no se reducían a los aspectos sociales o demográficos, sino también a los políticos, de un modo que quizá pueda nuevamente extrañar. Pero tenía su sentido. Para entenderlo, es necesario repasar lo ocurrido en los Estados Unidos. Si en Francia lo serial había surgido de *Annales* y, en última instancia, de la sociología durkheimiana, los académicos americanos habían llegado a las tarjetas perforadas a partir del impulso dado por Vannevar Bush[35]. En efecto, lo cuantitativo está ya presente en los años cuarenta, con una primera fase en la que destacan estudiosos como Frank Owsley, Merle Curti y, sobre todo, William Osgood Aydelotte. Pero el auge tiene lugar en la déca-

---

[33] Edward Shorter, *El historiador y los ordenadores,* cit., pp. 9-27, en particular las páginas 13, 14, 19 y 23.

[34] Tony Judt, «A Clown in Regal Purple: Social History and the Historians», *History Workshop Journal* 7, 1 (1970), pp. 66-94. La respuesta de Shorter, en «Clowns in Regal Purple. A Response», *Theory and Society* 9, 5 (1980), pp. 670-674.

[35] William G.Thomas II, «Computing and the Historical Imagination», en Susan Schreibman, Ray Siemens y John Unsworth (eds.), *A Companion to Digital Humanities,* cit., pp. 56-68. Para este recorrido norteamericano, véase también el texto de Stefano Vitali, *Passato digitale. Le fonti dello storico nell'era del computer,* Milán, Bruno Mondadori, 2004.

da siguiente, sobre todo a raíz de la fundación en 1962 del Interuniversity Consortium for Political and Social Research en la Universidad de Michigan. Entre otras cosas, ese centro ofrecía gran cantidad de datos estadísticos sobre censos demográficos y procesos electorales, lo cual generó numerosas investigaciones con ese perfil cuantitativo. Tanto fue el éxito que empezaron a aparecer las primeras voces críticas. A finales de aquel año, en la conferencia anual que ofrecía el presidente de la American Historical Associaction (AHA), cargo que recaía en Carl Bridenbaugh, los asistentes pudieron escuchar una severa amonestación por esa deriva. Dentro de un texto titulado «La gran mutación», Bridenbaugh advertía: los mejores historiadores no serán quienes sucumban a los métodos deshumanizadores de las ciencias sociales, sean cuales sean sus usos y valores, que se apresuraba a reconocer. Tampoco será beneficioso el culto del historiador en el santuario de esa «Bitch-goddess, QUANTIFICATION». La historia, añadía, ofrece valores y métodos radicalmente diferentes. Bridenbaugh venía a defender en cambio una idea de tono historicista, reclamando un conocimiento completo e imaginativo del pasado, requisito indispensable a partir del cual cada uno podía abocarse a lo que quisiera, incluso a esa diosa-arpía que era la cuantificación. De lo contrario, quedará desnaturalizada, estéril y sin sentido. Conviene retener esas palabras, porque volverán unos años después, como lo harán también sus advertencias. Vayamos con cuidado, decía, no abandonemos lo que nos corresponde dejándolo en manos del biógrafo o del novelista histórico, cuya materia prima se ha extraído precisamente de las obras de los historiadores[36].

A pesar de todo, la propia asociación que comandaba y a la que se dirigía Bridenbaugh acabaría asumiendo también esa nueva perspectiva. Hacía 1967, Jerome Clubb y Howard Allen podían decir que desde principios de los sesenta se había ido reconociendo el «inmenso valor del ordenador como una ayuda para la investigación». Si bien eso era algo que se debía dar por descontado en las ciencias sociales, la historia no se quedaba atrás, pues sus practicantes habían empezado a apreciar las ricas potencialidades del procesamiento electrónico de datos. Es solo un primer paso, concluían[37].

---

[36] Carl Bridenbaugh, «The Great Mutation», *American Historical Review* 68, 2 (1963), pp. 315-331.

[37] Jerome M. Clubb y Howard Allen, «Computers and Historical Studies», *The Journal of American History* 54, 3 (1967), pp. 599-607.

Y a ese primer peldaño se añadió otro más firme en la década siguiente. Podríamos incluso decir, llevando las cosas al extremo, que hay un año clave: 1974. Si regresáramos al ejemplo francés, debería señalarse que es entonces cuando Jacques Le Goff y Pierre Nora editan los tres volúmenes de *Faire de l'histoire,* que recupera aquel texto que François Furet había escrito tres años antes para *Annales.* Pero los responsables no comparten su entusiasmo. Para Le Goff y Nora, la historia está siendo acosada por las ciencias sociales para que se convierta en laboratorio de experimentación de esas disciplinas, para que sustituya el impresionismo por el rigor estadístico. Hay que evaluar las ventajas y los inconvenientes, señalan, pero la subordinación a lo mensurable no parece ser el camino: «cada día más especializado, no ha conseguido siquiera una tecnicidad que, de un lado, lo pusiera al abrigo de la promiscuidad de los vulgarizadores de escaso vuelo, de los plumíferos de la historieta y, de otro, lo levantara al prestigio de los nuevos héroes científicos de la segunda mitad del siglo XIX»[38]. Entre un imposible Michelet y un inalcanzable Einstein, el historiador es como Bloch, hombre de oficio.

En 1974, estos dos investigadores franceses lamentan que su tarea siga siendo algo demasiado emparentado con el arte, incluso se interrogan sobre su futura condición de ciencia. El historiador, añaden, «no puede ser (¿todavía?) Einstein». Mientras tanto, del lado americano, es entonces cuando se crea la Social Science History Association, una agrupación que promoverá la unión entre el trabajo histórico clásico y los nuevos métodos de las ciencias sociales, favoreciendo en particular la cuantificación. También en esa misma fecha la Organization of American Historians decide encargar un texto que aborde el impacto de lo cuantitativo sobre la nueva generación de historiadores y, en particular, la importancia de los ordenadores[39]. No obstante, por encima de cualquier otro factor que pueda considerarse significativo, 1974 es un año decisivo porque es entonces cuando se publica una obra de dos historiadores económicos, Robert Fogel y Stanley Engerman: *Time on the Cross*[40].

---

[38] Jacques Le Goff y Pierre Nora (eds.), *Hacer la historia. Nuevos problemas,* cit., p. 11.

[39] El ensayo se le encomienda a Robert P. Swierenga, que se había formado en la «escuela de Iowa» con Aydelotte y había publicado en 1970 un manual sobre la cuantificación en historia: «Computers and American History: The Impact of the "New" Generation», *The Journal of American History* 60, 4 (1974), pp. 1045-1070.

[40] Robert Fogel y Stanley Engerman, *Tiempo en la cruz: la economía esclavista en los Estados Unidos,* Madrid, Siglo XXI de España, 1981.

En términos generales, quienes han reconstruido los antecedentes norteamericanos de la historia digital sitúan este volumen en la encrucijada de su desarrollo temprano, con un antes y un después. La razón no es otra que haber llevado lo cuantitativo al extremo, pregonando una «revolución cliométrica», favorecida por un ingente procesamiento de datos numéricos. Se trata, pues, de aplicar nuevas técnicas a un tema ya antiguo, el estudio de la esclavitud: «una serie de rápidos avances en economía, estadística y matemáticas aplicadas, junto a la existencia de computadoras de alta velocidad puso la información guardada en oscuros archivos a disposición de una nueva generación de historiadores»[41]. Eso permitía a los autores presentar distintas y significativas correcciones a la definición tradicional de la economía esclavista, cuyos extravíos criticaban. Los errores habían sido de tipo metodológico, al no haber podido advertir la importancia de las matemáticas y la estadística en el análisis histórico.

Las numerosas y sustanciales críticas que generó este libro no solo detuvieron el recorrido de la cuantificación en historia sino que, de rebote, devaluaron el papel que los ordenadores habían estado desempeñando dentro de las humanidades, al menos a ojos del historiador. Las celebraciones o predicciones que habían hecho distintos investigadores, desde Aydelotte a Le Roy Ladurie, pasando por Furet o Shorter, sonaban ahora huecas. Quizá el autor que certificó su fenecimiento momentáneo, dada la difusión que tuvo, fue Lawrence Stone, en un texto de 1976. Para este investigador, las ciencias sociales habían influido positivamente en la historia en varios aspectos. La cuantificación era uno de ellos, pero siempre que se usara con discreción y sentido común, siempre que el entusiasmo ante las nuevas técnicas no nublara el buen juicio. Ejemplo de lo contrario, de empleo desmedido e irreflexivo, era precisamente, a su juicio, el trabajo de Fogel y Engerman: «la pretensión de haber derrumbado exitosamente un siglo de erudición histórica merced al uso de los métodos cuantitativos más modernos no es más que hueca arrogancia»[42].

Stone no se conformaba con rebatir este trabajo sobre la esclavitud, señalando la imposibilidad de dar por fiables las fuentes estadís-

---

[41] *Ibidem,* pp. 1-2.

[42] Lawrence Stone, *El pasado y el presente,* México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 47.

ticas anteriores a la primera mitad del siglo XX. Extendía sus reparos a la cuantificación en su conjunto, a su falsa apariencia de cientificidad, expresada en decimales, pero incapaz de resistir medianamente los métodos clásicos de verificación documental. La retórica de las cifras era ineficaz para dar cuenta cabal del pasado, en parte por su tendencia a ignorar u omitir aquello que no fuera susceptible de ser cuantificado. Y no solo Fogel y Engerman habían caído en esa tentación, pues entre los damnificados estaban también los grandes proyectos de Le Roy Ladurie en Francia o E. A. Wrigley en Gran Bretaña. Es posible, concluía Stone, que todo eso se liquide «en la edad financiera del hielo» de los ochenta. En ese caso, «puede que algunos de ellos no dejen tras de sí más que un buen caudal de millas de cinta de computadora, lo mismo que cúmulos de copias impresas, que causen admiración en los años venideros tanto por su valor potencial para la labor erudita, como simplemente por su magnitud». En fin, de ese modo liquidaba Lawrence Stone «el virtuosismo técnico» de los sesenta, un abuso que incorporaba la semilla de su propia destrucción[43]. Su solución: diversidad metodológica y pluralismo ideológico.

Dos años después, en 1978, un nuevo manifiesto francés, *La Nouvelle Histoire,* exponía reparos semejantes, aunque no tan duros. Todos los historiadores que se habían acercado al número lo habían hecho con sus miras puestas en los ordenadores, con resultados desiguales: unos excepcionales progresos y ciertas limitaciones metodológicas. La nueva historia, se decía, es en parte cuantitativa, porque ha permitido una explosión documental considerable y se ha extendido a todo cuanto podía ser computado, fruto de su preocupación por todos los hombres y sus variados registros. El peligro es despreciar aquello que no puede ser cuantificado, creer que la máquina permite realizar el viejo sueño positivista: «asistir pasivamente a la producción "objetiva" de la historia por los documentos»[44].

Los inicios de la década de los ochenta, por distintas razones, ya no iban a ser favorables a esas veleidades seriales. Lo expuso con claridad Bernard Baylin a finales de 1981 al dirigirse a los afiliados de la AHA, que presidía en aquel año[45]. Prolifera la información,

---

[43] *Ibidem,* pp. 53-54.

[44] Jacques le Goff, Roger Chartier y Jacques Revel (eds.), *La nueva historia,* Bilbao, Mensajero, 1988, pp. 286-287.

[45] Bernard Bailyn, «The Challenge of Modern Historiography», *The American Historical Review* 87, 1 (1981), pp. 1-24.

decía, sobre muchos aspectos del pasado, y en buena medida cuantitativa, lo cual si bien no produce un todo coherente sí genera una enorme euforia. No nos dejemos llevar por el confort, la claridad y la gran precisión de los números, porque la historia no está para resolver problemas técnicos. Es decir, si entendemos que la cuantificación puede ser valiosa, defendía Baylin, es porque es algo diferente de la computación y del análisis formal que permiten los ordenadores. Ha sido esa unión la que ha exagerado la novedad y su importancia. A la postre, reconocía, los historiadores no deben ser analistas de problemas técnicos aislados, extraídos del pasado, sino narradores de mundos en movimiento, mundos complejos, impredecibles y transitorios.

Las exposiciones de Baylin y Stone son importantes no solo por la liquidación y clausura de lo cuantitativo como la gran novedad disciplinaria, sino por lo que se apunta. En realidad, sus críticas no hacen sino compendiar de forma definitiva lo que otros tantos habían dicho desde mediados de los sesenta, aunque en buena medida contra corriente. Uno de los primeros había sido el propio Fernand Braudel en Francia. En 1969, para su recopilación *Écrits sur l'histoire,* redactaba un preámbulo que concluía de este modo:

> temo, para hacer rabiar un poco de pasada a Emmanuel Le Roy Ladurie, que no deja de haber alguna ilusión, o alguna coartada, cuando al hablar de una «historia estadística» se afirma que el historiador del provenir «será programador o no será». Lo que me interesa es el programa del programador. Por el momento, debería aspirar a la reunión de las ciencias del hombre (¿se les puede, gracias a la informática, fabricar un lenguaje común?) más que al perfeccionamiento de tal o cual taller. El historiador de mañana o fabrica ese lenguaje, o no es historiador[46].

Por tanto, las críticas de Stone unos años más tarde condensan posiciones previas, aunque toman mayor relieve por el contexto de mediados de los sesenta y por el impacto que tuvo el trabajo de Fogel y Engerman. Además, como veíamos, lo significativo en el historiador británico es lo que sugiere. No lo dirá claramente en 1976, cuando más bien expone un acusado escepticismo sobre la relación

[46] Fernand Braudel, *Escritos sobre la historia,* México, Fondo de Cultura Económica, 1991, p. 9.

con las ciencias sociales, sino tres años después, en 1979. La novedad ya no estará en lo numérico, sino en el retorno de la narrativa, que se produce precisamente como consecuencia del desencanto con respecto a la pretendida historia científica y a su modelo explicativo determinista, donde lo económico desempeñaba un papel predominante. «Si mi diagnóstico es correcto», defendía Stone, «el desplazamiento hacia la narrativa por parte de los "nuevos historiadores" señala el fin de una era: el término del intento por producir una explicación coherente y científica sobre las transformaciones del pasado»[47].

Las palabras de Stone eran justas, incluso sabemos ahora que fueron en buena medida proféticas. Pero no deberíamos olvidar el significado que tuvo en su momento la historia cuantitativa, so pena de descontextualizarla. Porque las críticas al trabajo de Fogel y Engerman, numerosas y merecidas, tendieron un velo gris, excesivamente sombrío, sobre las investigaciones de todos aquellos que habían visto en ese campo una forma de mejorar el quehacer del historiador. Y es significativo que, por otra parte, muchos de los primeros reproches que se les hicieron provinieran de algunos de los historiadores más conservadores, sobre todo en el caso norteamericano. No olvidemos, por ejemplo, que parte de aquel impulso procedía de la voluntad de impugnar el acontecimiento único, el gran documento desde el que se primaba la historia clásica, la de los vencedores. Muchos de los que propugnaban el modelo serial lo hacían para recuperar los márgenes, las vidas anónimas y olvidadas. Que lo hicieran de un modo que hoy nos parece mecánico, incapaz de recuperar la carnalidad del desposeído que sí consiguieron otros, no significa que debamos tergiversar su pretensión. Y no todo era historia económica, por cierto, sino también social, de las mentalidades. No olvidemos tampoco que aquellos fueron tiempos de enorme predicamento de las ciencias sociales, ante las que los humanistas quedaron deslumbrados y no quisieron quedar descolgados de las promesas y novedades desplegadas. Nos ha quedado, en cambio y es cierto, su ilusión aritmética, una especie de retorno al positivismo que los *Annales* de Bloch y Febvre combatían, un retorno paradójico, porque también los cuantitativistas impugnaban otras cosas de aquellos primeros tiempos, como no podía ser de otro modo.

---

[47] Lawrence Stone, *El pasado y el presente,* cit., p. 115.

El cambio se produjo, en efecto, de modo que quienes habían defendido la historia serial o utilizado la computación en sus trabajos quedaron a la defensiva. Más aún, el lenguaje cuantitativo dejó de ser habitual, siendo sustituido por otro muy distinto asociado al «giro lingüístico», los estudios culturales, el género y el posmodernismo. Entramos así en la última fase, la que se inicia en los años noventa con la difusión de los ordenadores personales y la aparición de los navegadores. Ambas cosas renovarán el interés por esas máquinas, pero el recuerdo de lo ocurrido en los setenta marcará el posible camino a seguir. Es curioso constatar, por ejemplo, que cuando empiecen a publicarse manuales sobre la historia y los ordenadores, sus autores intentarán dejar claro que nada tienen que ver con la cuantificación:

> Nosotros no somos abanderados de la «cliometría», ni de la «cuantificación», la «nueva historia» o la «historia científica», ni siquiera de lo que se llama la «social science history». Algunos historiadores todavía creen que los ordenadores y la cuantificación deberían marcar la agenda de la investigación histórica. Desde nuestro punto de vista, sería el mundo al revés. Por tanto, este no es un tratado sobre la computación o la cuantificación en historia. Nosotros mismos somos historiadores bastante tradicionales, aunque la experiencia personal nos ha hecho llegar a la convicción de que el ordenador es una herramienta extremadamente útil –aunque entre muchas otras– para los historiadores[48].

Esas palabras proceden, por lo demás, de un texto publicado en Gran Bretaña, donde en 1986 se había fundado una Association for History and Computing, que tres años después empezaría a publicar su revista *History and Computing.* Esa primera reunión ya había dado lugar a un volumen recopilatorio con parecidas prevenciones. Hay un cierto optimismo, dicen los compiladores, que parece derivarse del dominio del ordenador, lo cual parecería proporcionar un valor utilitario a sus investigaciones. Pero eso, añaden, no justifica su uso, más bien es un pasaporte al desastre, al menos si no se some-

[48] Evan Mawdsley y Thomas Munck, *Computing for Historians: an Introductory Guide,* Mánchester, Manchester University Press, 1993, p. XIII.

te a lo cualitativo, a las habilidades tradicionales[49]. Tantas son las suspicacias que, al otro lado del Atlántico, tendrán que esperar una década para que aparezca una asociación semejante, la American Association for History and Computing, que dos años después empezará a publicar su *Journal of the American Association for History and Computing.* Eso sí, ninguna de las dos revistas conseguirá cuajar dentro de la profesión[50].

En consecuencia, es en los años noventa cuando aparece la nueva historia digital. En aquellos momentos, los historiadores empiezan a usar la tecnología no (solo) con ánimo de computar datos sino para desarrollar una nueva forma de escritura dentro de internet. En ese sentido, hay dos obras que podríamos considerar pioneras en la nueva relación con lo digital a principios de los noventa: el proyecto que Edward Ayers y William Thomas III llevaron a cabo en el Virginia Center for Digital History a principios de aquella década, el *Valley of the Shadow Project,* una investigación que pretendía analizar las semejanzas y diferencias existentes entre dos localidades, una del norte y otra del sur, en el contexto de la guerra civil americana, en los años 1860-1861; y el *Who Built America?,* de Roy Rosenzweig, Steve Brier y Joshua Brown, sobre la vida americana entre 1876 y 1914[51].

Volveré más adelante sobre este último, pero *Who Built America?* puede servirnos ahora para mostrar los rasgos que definirían desde entonces la relación de la historia con el nuevo medio. Este proyecto se planteaba la posibilidad de ir más allá del texto impreso del que procedía, incorporando otro tipo de objetos en el discurso. No solo imágenes y documentos escritos, que se ofrecían

---

[49] Peter Denley y Deian Hopkin (eds.), *History and Computing,* Mánchester, Manchester University Press, 1987, p. IX. En 1990 se creó la rama española, la Asociación Historia e Informática, que organizó un congreso internacional en 1998: F. J. Aranda, F. Fernández Izquierdo y P. Sanz Camañes, *La historia en una nueva frontera,* Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2000.

[50] En el caso de la primera, dejará incluso de existir en 2002, siendo sustituida por otra de título más genérico: *International Journal of Humanities and Arts Computing.* Lo mismo ocurrirá con otra publicación destacada, la *History Computer Review,* que se publicará entre 1985 y 2003.

[51] Un repaso a lo ocurrido a los noventa en William G. Thomas III, uno de los coautores de *Valley of Shadow,* en «Blazing Trails Toward Digital History Scholarship», *Histoire Sociale/Social History* 34, 68 (2001), pp. 415-426; en cuanto al otro proyecto, véase Roy Rosenzweig y Steve Brier, «Historians and Hypertext: Is It More than Hype?», *Perspectives* 32, 3 (1994) [http://www.historians.org/perspectives/issues/1994/9403/9403COM.cfm].

parcialmente en la versión impresa, sino sonidos y películas. Eso permitía al lector hacer «excursiones», es decir, viajar desde el relato principal a otros, en particular para ver, leer o escuchar las fuentes incorporadas. Este era un nivel posible de lectura, basado en la interacción, pero no el único. La cantidad de información recopilada tenía valor en sí misma, pero se acrecentaba en la medida en que era fácilmente consultable, pues se podía buscar cualquier cuestión o palabra de forma rápida y eficaz. Combinando todo eso, decían los autores, se obtiene la simultaneidad, la capacidad de moverse por toda la obra sin problemas, yendo de un lado a otro a voluntad del lector. Todo eso está ausente en un soporte tradicional; en particular, un libro no puede ser multimedia, lo cual supone cierta desventaja. Si el pasado ocurre en varias dimensiones, ahora podremos ser capaces de restituirlo de forma múltiple. *Who Built America?,* decían los autores, no es un proyecto convencional. Quizá por eso mismo, por la novedad que introducía en la disciplina, su presentación gráfica era muy semejante a la del libro tradicional del que partía. Incluso se permitía que el lector tomara notas en los márgenes.

Lo que me interesa subrayar es cómo esta experimentación con el medio electrónico generó un nuevo campo de estudio y de trabajo. Es decir, el uso de las nuevas tecnologías es el que suscita la posibilidad de reclamar la existencia de un área denominada historia digital. Una solicitud que, por otra parte, se aleja de la vecindad con las ciencias sociales para demandar la plena identificación con las humanidades. En los años sesenta y setenta, el ordenador se percibía como una máquina de cuantificar, de construir hechos sociales, de explicar, lo cual parecía derivar en una disciplina con voluntad cientifista. En cambio, en los noventa ya no es el ordenador lo que estimula, sino las diversas posibilidades de internet, en particular las nuevas formas de trabajar con el texto y los distintos modos de comunicar la investigación, cuestiones ambas que hacen más estrecha la clásica relación con el mundo humanístico, con la comprensión.

Por tanto, la historia digital se entiende de dos modos. Por un lado, es el resultado de un proceso general, cuyos efectos son revolucionarios:

> Es el proceso por el cual los historiadores son capaces de utilizar ordenadores para hacer historia de una forma que es imposible sin

> el ordenador. La historia digital es algo más que escanear artículos académicos y ponerlos en línea o publicar el programa de un curso en la World Wide Web. La historia digital es una revolución en la profesión histórica que cambiará la forma en la que se hace la historia en todos los órdenes, en la investigación, en la docencia y en el uso cotidiano que para su trabajo hacen los historiadores de las bibliotecas y las bases de datos[52].

Esta es la definición que en 2005 ofrece Orville V. Burton, al que ya he mencionado anteriormente. Para él y para otros, esa proposición es una forma de manifestar no tanto la existencia de un campo separado, cuanto una manera de poner de relieve cambios que afectan al conjunto de la profesión. Burton entiende que la corporación parece ajena a esa mutación, al menos en las corrientes dominantes, algo que se puede observar en la escasa presencia de ese objeto dentro de la academia. Ahora bien, la falta de discusión se debe también en parte a su extendido uso, al hecho de que cualquier historiador utiliza los nuevos medios, hasta el punto de que se ha acostumbrado a trabajar de un modo que le resultaría imposible hacerlo si no tuviera a su disposición las herramientas digitales. Si no vamos más allá, si no discutimos sobre ello, es por miedo y porque no hay suficiente familiaridad con las habilidades que se requieren.

Por otro lado, además del contexto que a todos afecta, la historia digital supone una nueva perspectiva y unos nuevos métodos. Así lo señala William Thomas III en un debate organizado en 2008:

> La historia digital es una propuesta para el examen y la representación del pasado que trabaja con las nuevas tecnologías comunicativas del ordenador, de internet y de los sistemas de software. Por un lado, la historia digital es un espacio abierto de producción y comunicación académicas, que abarca el desarrollo de nuevos materiales didácticos y de recopilaciones de datos académicos. Por otro, se trata de un enfoque metodológico enmarcado por el poder hipertextual de estas tecnologías para hacer, definir, consultar y anotar asociaciones en el registro humano del pasado. Hacer historia digital, pues, es crear un marco, una ontología, a través de la tecnología

[52] Orville Vernon Burton, «American Digital History», *Social Science Computer Review* 23, 2 (2005), p. 207.

para que la gente experimente, lea y siga un razonamiento sobre un problema histórico[53].

Además de lo anterior, y como rasgo definitorio, esta forma de hacer historia tiene la particularidad de que anima a los lectores a investigar y a establecer conexiones por su cuenta. Al lector no se le presenta un texto, con un orden jerárquico y una estructura comprensiva prefijados, sino un conjunto de elementos interpretativos que puede manejar por sí mismo. Aunque un texto también incorpore esta posibilidad, ahora se hace más explícita y en ello radicaría la capacidad del lector para «jugar», experimentar, manipular y, en suma, participar. La forma abierta en la que se ponen a prueba las interpretaciones ofrecidas permite al receptor sumergirse en el pasado, acceder a los documentos y ofrecer nuevos puntos de vista. El objetivo de la historia digital podría ser, indica Thomas, crear entornos que captaran a los lectores no tanto por la fuerza de un argumento lineal como por la experiencia de una mayor inmersión y por la curiosidad de establecer conexiones. O dicho de forma más simple, utilizando el argumento que introduce Daniel J. Cohen en ese mismo debate de 2008: lo que tenemos ante nosotros, y se acrecentará en el futuro, es una abundancia desconocida de documentos, frente a la escasez para otros períodos del pasado, por lo que la historia digital bien puede ser la teoría y la práctica que utilizamos para abordar con la tecnología esa plétora de fuentes a la que tenemos que hacer frente. Por tanto, son técnicas para buscar y encontrar; formas de manipular y combinar lo que hallamos, métodos de compartir y colaborar en el trabajo.

Estamos, pues, ante una familia recién llegada al ámbito académico, la de las humanidades digitales o la de la historia digital, que despierta un interés y una curiosidad notables, especialmente entre los investigadores más jóvenes y en determinadas historiografías. La cuestión, no obstante, es cómo se conformará en el futuro. Son muchos los que reclaman la existencia de una disciplina independiente, sea por su valor en sí misma o por las reticencias académicas que despierta, sobre todo al no otorgar a ese tipo de trabajos el valor que sí se concede a las investigaciones hechas con el soporte y los medios tradicionales. Lo razonable, y esto es algo que también está en el

[53] Daniel J. Cohen *et al.,* «The Promise of Digital History», *The Journal of American History* 95, 2 (2008), pp. 442–451.

debate anteriormente citado, es pensar que lo que ahora parece novedad pronto dejará de serlo, al menos en la misma medida. Como etiqueta, posiblemente desaparecerá, como otras que también se han diluido en el tiempo. La pregunta es más bien si dentro de algunas décadas, por no referirnos al presente, habrá alguien que no utilice los medios digitales. Seguramente, no, con lo que asumiremos lo que representan sin que tengamos que parcelar la disciplina. De ese modo, lo que interesa al historiador es reflexionar sobre sus efectos, sobre cómo afectará al soporte, a las fuentes, a la escritura, a la comunicación, a la producción y difusión del conocimiento histórico, en suma. Y cuando podamos entender todo eso quizá también seremos capaces de interrogarnos sobre si tales cambios tienen alguna consecuencia significativa sobre nuestra manera de tratar con el pasado.

II. LOS NUEVOS SOPORTES DE LO ESCRITO
¿Es tranquilizador mirar hacia el pasado?

> La línea consta de un número infinito de puntos; el plano, de un número infinito de líneas; el volumen, de un número infinito de planos; el hipervolumen, de un número infinito de volúmenes…
>
> Jorge Luis Borges, *El libro de arena*

> Al discutir de la muerte del libro con historiadores japoneses, tuve la sorpresa de verlos sonreír, y, cuando les pregunté si este miedo también se manifestaba entre ellos, me contestaron que esa era una curiosidad occidental. El libro, para ellos, no tenía ningún carácter obligatorio, y si algún día acabara por desaparecer, eso sería porque se habría descubierto algo mejor. La ausencia de referencia sagrada al Libro explicaba según ellos la diferencia entre Oriente y Occidente. Muy por el contrario, el libro, en su forma más extendida de códice, era considerado por ellos como un producto de importación, poco adaptado a su cultura, una forma de pensamiento que tenían que sufrir.
>
> Michel Melot, «¿Y cómo va "la muerte del libro"?»

1

Podría suponerse que tanto la reflexión sobre las herramientas digitales como su mismo uso han sido escasos dentro de la corporación de los historiadores. Pero esa sospecha es cierta en parte, solo en parte. Tras los primeros tiempos de recelo y asombro, muchas de las aplicaciones aparecidas, las más sencillas y no por eso menos significativas, se han ido incorporando al quehacer cotidiano. Las hemos interiorizado como recursos habituales, como si las hubiéramos disfrutado desde siempre, como si fueran naturales y no hubieran modificado en absoluto nuestra manera de ejercer la profesión. Y ello hasta el punto de que no nos damos cuenta de que si careciéramos de esas prótesis, de esos utensilios de escritura, de consulta o

de comunicación, nos costaría por eso mismo recobrar las prácticas previas. Ahora bien, estar acostumbrados a un objeto no nos ahorra la reflexión sobre su significado, aunque a algunos así se lo pueda parecer. A no ser, claro está, que tampoco antes reparáramos en exceso en la máquina de escribir, en la correspondencia manuscrita o en el repaso a los índices bibliográficos o archivísticos. En caso de que así fuera, y por idéntica razón, el silencio ante lo numérico no sería incoherente, se comprendería entonces que casi no se advierta lo que puede significar un simple procesador de textos y que se dedique menos tiempo aún a indagar en los otros instrumentos digitales que tenemos a nuestro alcance y en cómo pueden alterar nuestros modos de hacer historia.

¿Es eso cierto? ¿Podemos decir, pues, que los historiadores muestran desinterés por la tecnología digital, que no han reflexionado sobre las consecuencias del cambio que supone? La respuesta requiere cierta matización. Son numerosos los estudiosos de nuestro campo que se han preocupado por tal mutación y han escrito sobre sus secuelas desde distintos puntos de vista. Numerosos, sí, pero pocos en proporción y, por lo general, en los bordes de la academia. No se trata de que, por su situación o por esos intereses, estén en los márgenes, sino de que se saben o se sienten orillados en la medida en que los grandes representantes del colectivo, los más citados y reconocidos, no conceden a esa reflexión la importancia que ellos sí le otorgan y reclaman del resto. Y ciertamente tampoco las publicaciones periódicas más reconocidas ofrecen sus páginas a esas prácticas, salvo contados casos y no siempre ilustres, en su mayoría norteamericanos; ni las mejores editoriales les ceden espacio en sus catálogos; ni la promoción académica las tiene en cuenta. Son, pues, unos pocos planos en el volumen que escribe su grupo, unos escasos volúmenes en el hipervolumen de la historia que se difunde y publica. Pero hay excepciones.

La singularidad es en este caso comprensible. De entre los muchos colectivos que pueblan la corporación y los muchos campos que cultivan, hay uno en particular que se ha mostrado sensible desde el principio a las alteraciones que nos han traído las nuevas tecnologías digitales: el de los estudiosos del libro y la lectura. Cualquiera que conozca esta área de investigación y al mismo tiempo se detenga en observar las innovaciones que nos rodean entenderá las razones. Consecuencia lógica es que autores tan acreditados y respetados como Roger Chartier, Robert Darnton o Anthony Grafton se

cuenten entre los que han dedicado su tiempo y su pluma a mostrar el significado de estos cambios, glosando y preocupándose por algunas de sus bifurcaciones. Aunque otros historiadores relevantes también hayan hecho eso mismo, escasos son los que gozan de su predicamento. Por eso incluso se repiten, reinciden una y otra vez, porque cuando hemos de requerir voces autorizadas hay pocos a los que podamos acudir. La academia los utiliza y los reclama a menudo para dar seriedad y fundamento a algo que muchos ven aún como simple pasatiempo. Si gentes como ellos no aportan su respaldo, ofreciendo la sapiencia e incluso la gravedad disciplinarias, una reunión para tratar asuntos de ese tenor puede pasar por simple divertimento de jóvenes *geeks,* fanáticos de la tecnología y la informática.

2

En ese contexto, se entenderán la relevancia y significación de apellidos como los citados. Modernistas todos ellos, si es que pueden ser etiquetados, han abordado la emergencia digital bajo un mismo prisma, el ya citado del libro y la lectura, pero cada uno lo ha hecho a su modo. Darnton y Grafton, que ejercen en universidades norteamericanas, han sido más proclives a insertar esas reflexiones dentro de sus estudios empíricos o en el contexto de las urgencias de las instituciones en las que sirven. En cambio, dentro de una tradición distinta, Chartier ha mostrado una mayor preocupación teórica, sin olvidar nunca los antecedentes históricos en los que podemos entender muchas de las nuevas mutaciones. Por esa razón, nos detendremos sobre todo en las ideas de este historiador francés.

Roger Chartier nos ha mostrado que cualquier consideración que deseemos hacer sobre el mundo digital ha de partir del estudio de las múltiples vicisitudes que están viviendo los textos, entendidos en sentido laxo. Esto es algo que, a su vez, no puede captarse en toda su extensión y profundidad si no les aplicamos la perspectiva de lo ocurrido previamente, para comprender cómo se ha forjado la relación que mantenemos con la cultura escrita. En ese sentido, sus conclusiones se pueden resumir muy brevemente[1]. Estamos, sin duda,

[1] Se pueden seguir, por ejemplo, en su «¿Muerte o transfiguración del lector?», *Revista de Occidente* 239 (2001), pp. 72-86. Por supuesto, que los historiadores no hayan prestado mucha atención a este asunto no significa que no lo hayan hecho otros huma-

viviendo una revolución, asociada a la aparición del texto digital. ¿De qué tipo de revolución estamos hablando? Triple. Por un lado, las nuevas herramientas están cambiando la técnica con la que producimos y reproducimos los textos; por otro, alteran significativamente el soporte de lo escrito; y, finalmente, trastornan las prácticas de lectura. Las consecuencias de todo ello son necesariamente turbadoras, en particular porque cada una de esas mutaciones transforma nuestra relación con la cultura escrita, caracterizándola de un modo distinto.

¿A qué tipo de efectos se está refiriendo Chartier? En primer lugar, al que provoca la distinta forma de representar lo escrito: lo que hace la pantalla digital es variar radicalmente la noción de contexto y de cuerpo, lo cual resulta fundamental en la medida en que es a través de ese procedimiento como estamos acostumbrados a construir el sentido de un texto. La continuidad física del libro es sustituida por la movilidad digital. En segundo término, ese proceso opera otra alteración que consiste en redefinir la materialidad de las obras. Diríamos, por ejemplo, que parece disolverse la identificación inmediata entre un texto dado y el objeto que le sirve de soporte, lo cual permite además que el lector adquiera un protagonismo, si no mayor, desconocido. Para el historiador francés, eso cambia todo el sistema de percepciones que tradicionalmente asociamos a los textos. Por último, y de forma paradójica, ese nuevo tipo de lector acaba recordando en algo al de la Antigüedad, con la particularidad de que el nuevo rollo se despliega verticalmente en la pantalla, o de cualquier otra forma, y a su vez contiene lo característico del libro (índice, paginación, etcétera). En conclusión: se trata de lógicas entrecruzadas que dan lugar a una relación muy original con el texto.

Tal relación, por otra parte, viene dada por algunas de las nuevas características que el nuevo soporte despliega. Esos rasgos han sido ampliamente estudiados y merecen ser tenidos en cuenta, aunque aquí no interese abordarlos en toda su amplitud. Uno de los pocos historiadores españoles que ha reparado en ello ha sido Antonio

---

nistas, en particular los filólogos, y desde diversas perspectivas. En Europa, por ejemplo, cabe señalar los trabajos de Domenico Fiormonte, como *Scrittura e filologia nell'era digitale,* Turín, Bollati Boringhieri, 2003, y su más reciente contribución a Teresa Numerico, Domenico Fiormonte y Francesca Tomasi, *L'umanista digitale,* Bolonia, Il Mulino, 2010; o de Peter L. Shillingsburg, *From Gutenberg to Google,* Cambridge, Cambridge University Press, 2006.

Rodríguez de las Heras[2]. Para este estudioso, el medio digital presenta distintas peculiaridades. La primera de ellas podría ser su capacidad de atracción, el hecho de que todo aquello que habita en nuestro espacio tridimensional puede ser absorbido por el nuevo entorno. Tal posibilidad acaba materializándose en todos los órdenes y de un modo creciente, lo cual es debido a la densidad de ese soporte, a su elevadísima capacidad de almacenamiento. Es la contraparte de aquel volumen de inusitado peso que Jorge Luis Borges describe en *El libro de arena:* «el número de páginas de este libro es exactamente infinito. Ninguna es la primera; ninguna la última. No sé por qué están numeradas de ese modo arbitrario. Acaso para dar a entender que los términos de una serie infinita admiten cualquier número». Es lo mismo que acaecería en el entorno digital, que se empapa sin cesar y sin límite.

En el relato de Borges, el vendedor de ese libro sagrado añade: «si el espacio es infinito estamos en cualquier punto del espacio. Si el tiempo es infinito estamos en cualquier punto del tiempo». En efecto, este es otro rasgo de la pantalla. La palabra, insiste Rodríguez de las Heras, está sostenida en el visor electrónico. En realidad, no miramos solo a una superficie, vemos un punto en el espacio y en el tiempo, suspendido entre un clic y el siguiente. Cuando pasamos a otro lugar, las letras, los sonidos o la imagen se diluyen en la inmensidad digital. No sabemos en ese momento si la desaparición será o no momentánea, si será definitiva. Porque ese mundo, además de denso, es amorfo y blando. Lo que acabamos de ver puede haber sido borrado o retocado o transformado, actualizado. Así ocurre cuando utilizamos un procesador de textos y podemos expandir o contraer los párrafos o las páginas, añadiendo o quitando letras, palabras y frases. Al hacerlo, vemos esa condición muelle, porque el contenido se reajusta automáticamente sin dejar rastro aparente de lo que hubo antes, aunque aún se nos permita rehacer, volver atrás y eliminar lo nuevo.

Finalmente, a la densidad y blandura se le añade la ubicuidad, la deslocalización. Si habláramos de un libro, diríamos que no hay lu-

---

[2] Véase, por ejemplo, «El libro digital», *Digithum: Las humanidades en la era digital* 2 (2000) [http://www.uoc.edu/humfil/digithum/digithum2/catala/teorica/index.html]; «La lectura en pantalla», en José Antonio Millán (coord.), *La lectura en España. Informe 2002,* Madrid, Federación de Gremios de Editores de España, 2002, pp. 357-379; y «El libro de arena. Transformaciones de la escritura y de la lectura», en *El eBook y otras pantallas. Nuevas formas, posibilidades y espacios para la lectura,* Madrid, Fundación Germán Sánchez Rupérez, 2010, pp. 15-26.

gar al que trasladarnos para su consulta; es decir, si la biblioteca es infinita estamos en cualquier punto de ella y podemos acceder desde múltiples lugares. De nuevo, Borges nos mejora con su descripción en «la Biblioteca de Babel»: «La biblioteca es ilimitada y periódica. Si un eterno viajero la atravesara en cualquier dirección, comprobaría al cabo de los siglos que los mismos volúmenes se repiten en el mismo desorden (que, repetido, sería un orden: el Orden)». Decimos así que el objeto y lo que contiene no residen en un sitio concreto, que dispensa el saber y lo jerarquiza. Al perder su contexto físico privilegiado y situarse en un entorno distinto, interactúa con vecinos diferentes, con lo que adquiere nuevos significados. No solo puede conectarse con otros contenidos, sino que estos también lo enlazan a su modo y voluntad. En última instancia, el soporte se puede imponer al texto o a la imagen o al sonido, dadas su blandura y su ubicuidad, moldeándolos según los fines de cada caso. Por eso, cada uno puede ver el mismo contenido de un modo distinto, según la pantalla usada, el navegador escogido, el tipo de letra, y puede copiarlo, guardarlo, incrustarlo en otro lugar, traducirlo, etcétera.

Roger Chartier, que por supuesto está interesado en los rasgos del nuevo soporte, no repara en exceso en ellos, ya que su preocupación está más en la genealogía de la revolución técnica a la que asistimos. Para comprenderla, nos dice, hay que volver atrás y de ese modo advertir que una mutación de esta índole no se decreta, no es algo que se pueda imponer, pero tampoco se puede obviar ni suprimir. Si se modifican las formas en las que se transmite lo escrito, si se alteran los soportes con los que se recibe, entonces necesariamente se han de trastornar los usos e interpretaciones que podemos hacer. Y los ejemplos sobran:

> ahí está, por ejemplo la suerte del *Lazarillo de Tormes,* letra apócrifa, sin título, sin capítulos, sin ilustración, destinado a un público letrado y transformado por sus primeros editores en un libro cercano, por su presentación, a las vidas de santos o a los *occasionneis,* en ese entonces los géneros de mayor circulación en la España del Siglo de Oro. Así, en Inglaterra, para las obras teatrales, el paso de las ediciones isabelinas, rudimentarias y compactas, a las ediciones que a comienzos del siglo XVIII, adoptando las convenciones clásicas francesas, vuelve visible el corte en actos y en escenas y restituye, mediante la indicación de los juegos de escena, algo de la acción teatral en el texto impreso. De manera que, más todavía, las formas

> nuevas que se aplican a todo un conjunto de textos ya publicados, más generalmente de origen culto, es con el fin de que puedan alcanzar a los lectores más «populares» y constituir así el repertorio de las librerías ambulantes en Castilla, Inglaterra o Francia[3].

Por eso, «la revolución iniciada es, ante todo, una revolución de los soportes y las formas que transmiten lo escrito». Además, «en esto el mundo occidental no tiene más que un solo precedente: la sustitución del volumen por el códice, por el libro compuesto de cuadernos reunidos en lugar del libro en forma de rollo, ocurrida en los primeros siglos de la era cristiana». Y ello porque la invención de la imprenta no es «la aparición del libro», que tiene lugar antes, con el códice, que va desarrollando lentamente elementos que la imprenta heredará sin alterarlos radicalmente, desde los índices y la paginación hasta la tipología para asociar géneros y formatos. Vista desde esta perspectiva, la actual revolución supera a la de Gutenberg: «no solo modifica la técnica de reproducción del texto, sino también las estructuras y las formas mismas del soporte que transmite a sus lectores»[4].

Si Chartier no se interesa tanto por el soporte en sí es debido a que no le preocupa tanto el medio como las prácticas que van asociadas, que son las que le permiten captar el verdadero sentido de la mutación a la que asistimos. Adopta una posición pragmática, entendiendo por tal aquella según la cual una obra no existe para el estudioso del libro al margen de las formas materiales que reviste y a través de las cuales es usada, vista, oída o leída. Por tanto, descarta analizarla como un objeto en sí que trascendería sus múltiples y posibles encarnaciones[5]. Esta segunda opción puede ser legítimamente defendida, sobre todo para quienes desde una perspectiva «platónica» desean descubrir el texto «ideal», el que habría imaginado su autor y el tiempo o la técnica desvirtuaron. El ejemplo por excelencia, dejando *El Quijote* al margen, son las obras de William Shakespeare, pero hay otros muchos, incluida la *Encyclopédie*[6].

---

[3] Roger Chartier, «Del códice a la pantalla: trayectorias de lo escrito», *Quimera* 150 (1996), pp. 43-49; la cita procede de la página 48.

[4] Roger Chartier, «Del códice a la pantalla: trayectorias de lo escrito», cit., pp. 45-46.

[5] Roger Chartier, «¿Qué es un libro?», en Roger Chartier (ed.), *¿Qué es un texto?,* Madrid, Círculo de Bellas Artes, 2006, pp. 7-35.

[6] Como ha señalado Robert Darnton, la edición francesa más conocida de la *Encyclopédie* incluía páginas y más páginas que no estaban en la versión original. El redactor

La cuestión es que la estabilidad textual no ha existido históricamente. Entonces, si la información nunca ha sido estable, no tenemos documentos fijos de una vez y para siempre, sino textos cambiantes. Por eso mismo, tanto Darnton como Chartier prefieren remitirse a lo dicho por D. F. McKenzie. Es decir, estudiamos los textos en cuanto formas, reparando en cómo se producen, cómo se transmiten y cómo son recibidos. En ese sentido, todos los textos tienen formas y estas repercuten en su significado. Comprenderlo es, pues, atender a la sociología de los textos, a por qué fueron escritos, al motivo por el cual se editaron, a los modos en que se leyeron, etcétera. El objeto es, además, amplio: «los datos verbales, visuales, orales y numéricos en forma de mapas, imágenes, impresos y música, archivos de registros sonoros, de películas, vídeos y la información computerizada; de hecho, todo desde la epigrafía a las últimas formas de la discografía»[7].

Si a Darnton esa alusión a McKenzie le lleva a defender la preservación de los libros como objeto físico en la era de la digitalización, a Chartier le conduce a preguntarse por otro rasgo del nuevo entorno: la extraordinaria abundancia de textos y las consecuencias que de ello se derivan para la capacidad de apropiación de los lectores, que quedarían así totalmente desbordados. En realidad, nos dice, las técnicas de reproducción electrónica de los textos nos permiten observar tres mutaciones o rupturas de distinto calado[8].

3

En primer lugar, la referida al orden de los discursos. La cultura escrita es resultado de distintos sedimentos, producto a su vez de sucesivas innovaciones. En particular, la sustitución de los rollos por el códice, es decir, el libro encuadernado que se compone de hojas y

---

fue un eclesiástico que tuvo a bien incorporar extractos de un sermón de su obispo para ganarse su favor: Robert Darnton, «Las bibliotecas en la era digital», *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo* 27 (2008), pp. 7-18. Véase, asimismo, su libro *El negocio de la Ilustración. Historia editorial de la Encyclopédie, 1775-1800,* México, Fondo de Cultura Económica, 2006.

[7] D. S. Mckenzie, *Bibliografía y sociología de los textos,* Madrid, Akal, 2005, p. 31.

[8] Roger Chartier, «Lengua y lecturas en el mundo digital», en Roger Chartier, *El presente del pasado. Escritura de la historia, historia de lo escrito,* México, Universidad Iberoamericana, 2005, pp. 195-218.

páginas, que la imprenta heredará y modificará a su vez. Ese cambio implica una nueva materialidad, a la que se asocian gestos que previamente eran imposibles y que permiten usos impensados. La misma página, la foliación y la indexación establecen una relación desconocida entre la obra y el objeto, por un lado, y el lector y sus libros, por otro. Además, a finales de la Edad Media aparece el «libro unitario», en el que un único autor se apropia del volumen y ofrece sus pensamientos en lengua vulgar, algo que hasta ese momento se reservaba en exclusiva para autores canónicos y en latín. Ese libro se constituirá, una vez impreso, en un objeto material e intelectual claramente identificable, en relación al cual distinguiremos inmediatamente otras formas posibles de expresión escrita, ya sea un simple documento, una carta, un diario o una revista.

Precisamente es eso último lo que viene modificado con la aparición de la pantalla digital, pues aquella capacidad de atracción de la que hablábamos hace que el lector tenga ante sí multitud de textos distintos en un único soporte, con la misma forma. La antigua relación entre un tipo de texto determinado y un soporte particular ha desaparecido. La materialidad en la que se inscribían ya no sirve para distinguirlos, clasificarlos o jerarquizarlos, porque ahora prima la continuidad y la contigüidad entre unos y otros. Además, las formas de los textos ya no son cosa del autor o del editor, que decidían una materialidad según sus intenciones; ahora no hay distinciones morfológicas, pues todas las presentaciones son semejantes y dependen de lo que el lector decida hacer con el texto. La estructura y apariencia de este último jamás estuvieron antes en manos del usuario, su poder nunca fue tan grande.

En épocas pretéritas, por ejemplo, pudo haber momentos en que la cultura escrita primaba las recopilaciones de fragmentos, las antologías, el florilegio, pero ese despedazamiento no se imponía por sí mismo, se le ofrecía al lector en un todo organizado, con un sentido de uso que era percibido de inmediato. De ahí, como viene a decirnos Chartier, que se ofreciera un texto cuyos formato y contenido se compaginaban con las expectativas que se creaban en los lectores, de modo que la variación en los unos se ajustaba a cambios en las otras. Ahora ya no ocurre así, pues lo segmentado y discontinuo no quedan contrarrestados por coherencia o singularidad algunas, entre otras cosas porque lo escrito no se inscribe en ningún objeto particular, está descontextualizado, desmaterializado, con lo que no se lo puede identificar de inmediato, ni clasificarlo o jerarquizarlo.

Esa polifonía infinita, ese palimpsesto, es lo que sacude todo el orden literario que hemos conocido desde tiempo atrás.

Por la misma razón, la lectura es también entrecortada. Volveré sobre este aspecto más adelante, pero ahora podemos reparar en algo obvio: el capítulo de un libro, por ejemplo, ya no forma parte necesariamente del volumen que lo contiene. Puede ser desgajado y presentado de forma independiente, por lo que el lector puede consultarlo desconociendo el contexto de la obra en la que se inscribe y que le daba sentido. Lo mismo ocurre con el artículo de una revista o de un periódico, de los cuales ignoramos a menudo la totalidad de la que formaban parte. Y eso altera la idea misma del soporte tradicional al que estamos acostumbrados. Por ejemplo, si podemos consultar un artículo concreto, deja de tener sentido que una publicación serial continúe editando números con un conjunto de aportaciones que van unidas y se distribuyen al unísono. Esos mismos textos pueden continuar circulando, pero la contigüidad ya no es una característica importante de sus representaciones. Por tanto, las revistas electrónicas pueden ser simplemente listas periódicamente actualizadas de títulos y resúmenes. Por su parte, muy pocos lectores verán la mayoría de esos artículos, y serán menos aún quienes los leerán. En consecuencia, será difícil que una revista electrónica preserve esa relación de intertextualidad física que procura una publicación impresa[9].

En suma, si la identidad y la coherencia textuales han sido una herencia de la cultura impresa, podemos decir que la estamos perdiendo, porque la percepción que se impone es radicalmente distinta en algunos casos. En el extremo, los textos dejan de ser lo que son porque pueden ser leídos de forma distinta, porque cambian las prácticas de lectura, o pueden hacerlo. Aunque un volumen sea digitalizado respetando su unidad y el usuario no lo fragmente para su lectura o estudio, el mero hecho de devenir electrónico hace que pueda convertirse, por ejemplo, en una base de datos, en metadatos, modificando profundamente su sentido. La recepción resulta no solo imprevista sino insólita, al reparar en elementos que de otro modo habrían quedado orillados.

Roger Chartier entiende que esta primera mutación transforma nuestros hábitos y, en algunos casos, conduce al desasosiego, por el

---

[9] Geoffrey Nunberg, «The Places of Books in the Age of Electronic Reproduction», en Howard Bloch y Carla Hesse (eds.), *Future Libraries,* Berkeley, University of California Press, 1995, p. 23.

desafío al que nos hemos de enfrentar, acostumbrados como estamos a determinados hábitos. Leer, pues, ya no es el mismo proceso, o al menos no necesariamente. Ahora tenemos un texto inmaterial, discontinuo, manipulable, que nos exige nuevas relaciones, y seguramente distintas técnicas intelectuales. Eso ya sucedió en épocas pasadas, con el códice y la imprenta, pero también es cierto que muchas de las anteriores revoluciones de la lectura se produjeron sin que la tipología del libro se viera afectada por modificaciones estructurales, mientras que ahora ambas cosas van unidas.

4

El reto es también de otro calibre. Asociada a la ruptura del orden de los discursos, hay una segunda quiebra referida a lo que este historiador francés denomina el orden de las razones. Es decir, los cambios que afectan a los argumentos que el lector tiene en su mano frente a un texto, así como el modo en que los puede utilizar. La cuestión aquí planteada se refiere al tipo de escritura, algo sobre lo que me extenderé en otro apartado. Recordemos ahora que el texto impreso incorpora una lógica lineal y cerrada, jerárquica, en la que el autor pretende controlar y guiar a través de la sucesión de páginas. El texto digital, por su parte, es abierto, descontrolado, flexible e interactivo. Sus posibilidades son distintas y múltiples, por lo que el lector puede escapar en cualquier momento, abandonar la lectura inicial y trasladarse a otro lugar totalmente disparejo. En última instancia, y para los historiadores o académicos en general, esa alternativa supone un cambio epistemológico de primer orden. En la escritura tradicional, por ejemplo, nosotros remitimos a la cita para probar lo dicho y permitirle al lector una ulterior reconstrucción del recorrido que presentamos. En el entorno digital, no sucede lo mismo.

Reparemos un momento en el proceso tradicional. Como nos ha mostrado ejemplarmente Anthony Grafton, el trabajo de los historiadores se materializa en dos planos conectados: escribimos y citamos. Con lo primero elaboramos un texto para convencer al lector, le mostramos persuasivamente nuestro argumento; con lo segundo intentamos demostrar la veracidad de nuestra exposición, señalando las fuentes a partir de las cuales la hemos elaborado y, de paso, revelando que nuestras consultas documentales han sido las pertinentes. Lo que decimos con esas citas es: somos competentes, he-

mos consultado la información relevante y, con ello, procuramos convencer al lector, persuadirlo de la validez de nuestro trabajo. Como dice Grafton, eso puede resultar algo paradójico, en la medida en que exige al autor cierta originalidad y a su vez le impone remitir cada afirmación a una fuente, pero así es en el campo académico. De hecho, en los tiempos de constitución de la disciplina, en el siglo XIX, uno podía granjearse mayor fama con la redacción de las notas, con el aparato crítico, que con el relato en sí, pues se mostraba el inconfundible dominio de la materia. Puede que con posterioridad ese arte se convirtiera en rutina, pero siempre ha estado dando fe de que el trabajo está basado en una investigación suficiente. Por eso, la nota exige también un considerable esfuerzo narrativo: «solo el trabajo literario de componer esas notas le permite al historiador representar, de manera imperfecta, la investigación que sustenta el texto. El estudio de la nota revela que los esfuerzos rigurosos por distinguir la historia como arte de la historia como ciencia solo se destacan por su pulcritud»[10].

¿Qué puede ocurrirnos en el entorno digital? Sobre todo que la remisión puede ser instantánea, por lo que ya no solicitamos solo que se confíe en nuestra argumentación y en que hemos usado adecuadamente las fuentes, sino que podemos poner al lector frente a la prueba o la referencia mismas. Al hacerlo así, ha de cambiar la persuasión, porque el lector no está obligado a creernos, a menos que con posterioridad reconstruya todo nuestro proceso de investigación, sino que puede impugnarnos al tener la posibilidad de acceder directamente a la misma fuente. Mostrar y demostrar pueden, pues, ir unidos en una sola retórica. Tal mutación quizá nos exija otro tipo de exposición y tenga consecuencias que ahora no podemos aventurar, pero el solo hecho de exponer el documento a la vista del lector permite y acaso obliga a elaborar un nuevo relato. Como he indicado, retomaré este asunto en otro lugar.

Ese desorden de los discursos, añadido al desarreglo de la técnica clásica de la prueba, conduce a una última mutación que afecta al orden de las propiedades. En la medida en que la pantalla permite una interacción inédita, el lector es dueño del texto de otro modo, pues ya no se queda en la anotación, el comentario o el subrayado, sino que interviene directamente. Con anterioridad, el usuario po-

---

[10] Anthony Grafton, *Los orígenes trágicos de la erudición,* México, Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 132.

día manejar a su antojo los espacios en blanco de un volumen, pero no dejaban de ser los márgenes de la escritura. Desde que a lo largo del seiscientos los impresores se ocuparon del trabajo de producir libros, dejaron al lector fuera: ya no tenía que poner nada a mano, como en los incunables, todo estaba en la letra impresa. Desde entonces, se impuso una forma rígida según la cual la participación del usuario quedaba reservada para la lectura; de otro modo, la intervención solo era posible de modo furtivo, en la encuadernación, en la hoja en blanco que cerraba un capítulo, en los huecos limpios de cada página, etcétera.

Ahora es distinto, se aprovecha la movilidad del texto para copiar, pegar, guardar o borrar. Se puede incluso eliminar al autor y reapropiarse de lo dicho o descontextualizarlo, incorporándolo a un relato que nada tenga que ver con el original. Y eso, por otra parte, resulta hasta cierto punto paradójico. En efecto, las peculiaridades de la reproducción electrónica parecen devolvernos al mundo del *scriptorium* medieval y nos alejan del mundo de la imprenta capitalista. Porque en aquel lugar los textos eran efectivamente «copiados» (ahora diríamos transferidos, bajados, impresos) por individuos que los tenían a su entera disposición cómo y cuándo querían. Y como entonces, las propiedades físicas del documento resultante pueden variar de una copia a otra, escogiendo el usuario cuánto texto contiene y cómo se despliega, decidiendo el tipo de letra, el tamaño, el color, si contendrá ilustraciones u otros elementos añadidos, etcétera[11].

Esos variados desarreglos de los que nos habla Chartier generan una lógica desazón, pues sus consecuencias perturban los lindes del mundo textual que nos ha sido familiar durante siglos y en el que nos reconocemos. El hecho de que el cambio parezca apresurado e irreversible no ayuda a tranquilizarnos, sino que nos llena de dudas. Más aún cuando el remolino de novedades e innovaciones conduce a mirar solamente al futuro y, frente al paisaje digital que se avecina, el pasado se asemeja a un matorral intrincado y espeso, sin la claridad diáfana que promete lo numérico: «por momentos el historiador de los medios tiene la sensación de que la mejor metáfora en relación con el pasado reciente es la de "matorral". La tecnología cambia tan rápidamente y su presencia es tan

[11] Geoffrey Nunberg, «The Places of Books in the Age of Electronic Reproduction», cit., p. 22.

penetrante que la historia más amplia queda olvidada y, cuando se la examina, no todo converge»[12].

Retomaré más adelante algunas de las reacciones que ha suscitado esa situación, pero avanzaré ahora algunas cuestiones, matizando tal sensación desde nuestro conocimiento del pasado. Una de las mutaciones que trajo la impresión con tipos móviles fue también la pérdida del control sobre los textos, que suponía por extensión un control semejante sobre las gentes que de ellos dependían. Lo primero, sobre todo, generó no pocos problemas, por lo que muchos prefirieron continuar con la escritura manuscrita. Aunque no ha sido el único, el clasicista James O'Donnell nos ha legado algunos bellos ejemplos de esa costumbre. Las quejas de entonces, las que hacían preferir el manuscrito, solían basarse en cuatro ideas. De un lado, la falsificación, la incorrecta edición de clásicos, con el peligro de que al quedar impresas esas obras fijaran lecturas inapropiadas. De otro, la amplia difusión de errores, cuyo germen no era otro que la propia imprenta y su enorme capacidad de difusión de las ideas y los textos. A mayor producción libresca más probabilidad de que dichos deslices abundaran. Y, con tantas copias en el mercado, ¿cómo comparar y corregir? La confusión estaba asegurada; al menos los manuscritos favorecían la tarea de cotejar sus contenidos. Luego estaban los lamentos de quienes señalaban la fragilidad del papel, cuya duración era incomparable con la que aseguraban los manuscritos. Finalmente, el temor, el de quienes custodiaban el saber y no acertaban a entender los beneficios de que el vulgo accediera a esos tesoros. Al fin y a la postre, una de las funciones «más valiosas de la biblioteca tradicional no ha sido su inclusividad sino su exclusividad», como ocurría en los monasterios[13].

Lamentaciones de ese tenor se produjeron por todas partes, sin excepción. Como ha señalado Roger Chartier, la novedad de la imprenta era despreciada incluso por los autores, al menos por los más «fieles a un modelo aristocrático de lectura: corrompía las obras, deformadas por yerros y gazapos; la ética literaria, por la codicia y piratería de los editores; el sentido mismo de los textos, dándolos a

---

[12] Asa Briggs y Peter Burke, *De Gutenberg a internet. Una historia social de los medios de comunicación,* Madrid, Taurus, 2002, p. 356.

[13] James O'Donnell, *Avatares de la palabra. Del papiro al ciberespacio,* Barcelona, Paidós, 2000, p. 53; por lo que respecta a las reticencias ante la imprenta, véanse pp. 73 y ss.

leer a lectores incapaces de entenderlos»[14]. El manuscrito, en cambio, circulaba de forma más acorde con la costumbre, de modo que esos textos llegaban a manos de quienes mejor los podían apreciar, de aquellos capaces de valorar lo que era una práctica intelectual erudita. El desasosiego de los autores, pues, no se limitaba a los yerros y gazapos, sino que iba mucho más allá, prefigurando algunas de las quejas que hoy se expresan, aunque en un contexto ciertamente muy distinto[15]. Unas tenían que ver con la mercantilización de lo escrito, pues lo que movía en buena medida a impresores y libreros era la búsqueda de la ganancia, para lo cual sacrificaban la calidad del papel y aumentaban las tiradas cuando oteaban un buen negocio. Por supuesto, ello conllevaba el apresuramiento en la impresión y producía mermas considerables en la escritura reproducida. Pedro Calderón de la Barca lo expuso claramente en una misiva fechada en 1680:

> Yo, señor, estoy tan ofendido de los muchos agravios que me han hecho libreros e impresores (pues no contentos con sacar, sin voluntad mía, a luz mis mal limados yerros, me achacan los ajenos, como si para yerros no bastasen los míos, y aun estos mal trasladados, mal corregidos, defectuosos y no cabales), tanto que puedo asegurar a vuecencia que, aunque por sus títulos conozco mis comedias, por su contexto las desconozco; pues algunas que acaso han llegado a mi noticia, concediendo el que fueran mías, niego que lo sean, según lo desemejadas que las han puesto los hurtados traslados de algunos ladroncillos que viven de venderlas[16].

Es la misma queja que los ilustrados franceses expondrán un siglo después, lamentándose al ver sus obras maltratadas y pirateadas. En ello, la imprenta se convirtió en fuente de toda suerte de conflictos, porque el manuscrito permitía en principio un mayor control de lo que se difundía, al cuidado de su autor o de su poseedor. Por

---

[14] Roger Chartier, «El lector y los grupos lectores», en Víctor Infantes, François López y Jean F. Botrel (eds.), *Historia de la edición y de la lectura en España, 1472-1914,* Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez,, 2003, p. 145

[15] El mejor ejemplo en el texto de Fernando Bouza, al que seguimos: «Para qué imprimir. De autores, público, impresores y manuscritos en el Siglo de Oro», *Cuadernos de Historia Moderna* 18 (1997), pp. 31-50.

[16] Citado por Fernando Bouza, *Corre manuscrito. Una historia cultural del Siglo de Oro,* Madrid, Marcial Pons, 2002, pp. 41-42.

necesidad, la copia a mano producía pocos ejemplares, que eran así escasos y solemnes, frente a la abundancia y la austeridad que adornaban lo impreso. Y así Calderón se lamentaba no solamente del yerro que se le asociaba, sino de su incapacidad para controlar y fijar lo que su mano había producido. La paradoja es que la imprenta prometía la posibilidad de fijar los textos, al reproducir copias idénticas, mientras la transferencia manual era más proclive al defecto y al mal traslado. Pero la apropiación indebida, las de los ladroncillos, y la búsqueda del lucro daban como resultado que las obras quedaran desemejadas del original.

Otras, tanto o más habituales si cabe, eran quejas por lo que salía de la imprenta y por algunas de sus consecuencias, destacando sobremanera el que se ofrecieran textos a lectores que no merecían tener acceso a ellos. A principios del siglo XVII, Lope de Vega y Francisco de Quevedo coincidieron en ese punto, solapándose en las palabras escogidas para hacer tal denuncia. El primero lo recogerá en *Fuente Ovejuna,* pero ya antes lo expone en *Los melindres de Belisa,* mientras el segundo lo escribe en el «Sueño del infierno»:

> Pues es tanta mi desgracia, que todos se condenan por las malas obras que han hecho, y yo y todos los libreros nos condenamos por las obras malas que hacen los otros, y por lo que hicimos barato de los libros en romance y traducidos de latín, sabiendo ya con ellos los tontos lo que encarecían en otros tiempos los sabios: que ya hasta el lacayo latiniza, y hallarán a Horacio en castellano en la caballeriza[17].

Este malestar, como se ve, combina aquí varias cosas. La desazón de ver el nombre de uno, labrado con tanto esfuerzo, mezclándose con otros que no merecerían figurar en letra impresa, por mendaces e inútiles. Y la duda, quizá la incomodidad, de ver trasladados a lengua romance y en barato textos de autores canónicos. Un exceso, pues, de malos libros, y excesiva libertad en las traducciones. Como dirá el personaje de Barrildo en *Fuente Ovejuna,* «después que vemos tanto libro impreso,/ no hay nadie que de sabio no presuma».

---

[17] El texto de Lope ha sido citado en varias ocasiones. Entre otros por Fernando Bouza en «Necesidad, negocio y don. Usos de la traducción en la cultura del Siglo de Oro», en Peter Burke y R. Po-Chia Hsia (eds.), *La traducción cultural en la Europa moderna,* Madrid, Akal, 2010, p. 275. Bouza entiende que Lope citaría directamente el pasaje de Quevedo, que procede de su *Sueños* (Madrid, Akal, 1991, p. 69).

A lo que su compañero de cuitas, Leonelo, responderá que sin la imprenta «muchos siglos se ha pasado/ y no vemos que en este se levante/ un Jerónimo santo, un Agustino». También sobre este asunto me extenderé posteriormente.

5

Es ese descontrol el que a todos nos preocupa, lo que nos desasosiega, pero no está completo si no se ensancha con otra secuela. Roger Chartier, de nuevo, nos muestra cómo se están tambaleando los criterios y categorías con las que habíamos identificado las obras, atendiendo a la estabilidad, la singularidad y la originalidad. Ahora abunda la escritura polifónica, múltiple y colectiva que genera palimpsestos ubicuos y deslocalizados, hasta el punto de que incluso la propiedad jurídica queda cuestionada y el autor, debilitado. Esta última derivación ha sido, como es lógico, una de las más debatidas y polémicas, atendiendo a las consecuencias económicas que de ello se derivan. Es un aspecto importante, pero que no interesa abordar aquí, porque hay otros que parecen más significativos para lo que estamos tratando. En particular, hay dos elementos que merecen resaltarse.

En primer lugar, esa disputa sobre los derechos de autor nos devuelve una vez más a épocas pretéritas. Chartier nos ha expuesto también cómo en la Edad Moderna hubo un amplio rechazo a imprimir obras teatrales, una reticencia debida a dos motivos: las obras eran para ser representadas, no para ser aprisionadas bajo una materialidad libresca; hacerlo no solo las despojaba de vida, sino que las exponía a un sinfín de errores mecánicos. Pero no había otro remedio. Ante todo, porque no era posible disuadir a quienes realizaban copias furtivas y, en segundo lugar, para fijar un texto original, distinto muchas veces del que se representaba, pues en estos casos era costumbre adaptar la obra a las exigencias del auditorio. Fue esa insistencia en imprimir, o bien la necesidad de hacerlo, la que fue fijando una relación de propiedad. Poco a poco, la representación pasó a ser, entre otras cosas, una forma de mostrar la creación de alguien, que así transmitía su originalidad. De hecho, mientras la representación tuvo mayor importancia, la situación del autor no estaba clara. En la España del siglo XVII, por ejemplo, había dos papeles un tanto ambiguos: el «poeta», nombre que recibía el drama-

turgo, y el «autor de comedias», que no era otro que el director de la compañía. Es decir, por autor no se entendía de ningún modo quien escribía el texto, sino quien lo compraba para representarlo, para lo cual solicitaba licencia, montaba la compañía, alquilaba locales, repartía los personajes, ponía el escenario y la vestimenta, etcétera[18].

Aún habrá de pasar otro siglo hasta que despunten los conceptos modernos de autor y autoría, con los derechos que conllevan. Pero cuando ocurre tampoco adoptan plenamente los rasgos que ahora les suponemos. El famoso *Statute* inglés de 1710, el de la reina Ana, no surge de las reclamaciones del dramaturgo o del simple escritor para que se les reconozca ese derecho burgués que la revolución inauguró en la centuria anterior, sino que es consecuencia de la cerrada defensa que los libreros hacen de sus privilegios. Lo que estos desean por encima de todo era que se conserve eternamente el derecho que tenían sobre los títulos de su catálogo particular. La nueva norma lo que hace es desbaratar esa prerrogativa y conceder a cambio un *copyright* por catorce años, añadiendo la posibilidad de que el autor (si sigue vivo) tenga otro derecho de duración equivalente tras agotarse el anterior y que, al margen de ello, pueda solicitar uno propio. Es, pues, esa solución la que provocará la defensa del derecho perpetuo del autor sobre su obra, para evitar así que otros impresores o libreros pudieran acceder libremente a esos textos después de 1710 y una vez transcurrida el plazo de reserva. Pero, por otra parte, la posibilidad de multiplicar los textos, de forma lícita o furtiva, de darles también diversas formas materiales, incluso de desmaterializarlos representándolos o contándolos de viva voz, hace que el autor emerja, en tanto que identifica una entidad personal y textual que tiene una determinada existencia más allá de esa enorme variedad en la que se encarna.

De ese modo, hasta principios del siglo XVIII una obra de Lope de Vega o una pieza de Shakespeare es casi una propiedad común, susceptible de ser reescrita por otros. El ejemplo supremo es quizá el Cardenio, un texto que no existe, pero que fue obra de teatro, atribuida a Shakespeare, quien habría tomado la trama de *El Quijote.* Un escrito, pues, efímero, plástico, que no pretende ser impreso

---

[18] Para lo que sigue véase Roger Chartier, *Entre poder y placer. Cultura escrita y literatura en la Edad moderna,* Madrid, Cátedra, 2000; véase, asimismo, «¿Qué es un autor?», en *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna,* Madrid, Alianza, 1993, pp. 58-89.

sino representado y al que no se buscará autoría hasta que el presunto autor sea famoso y eso inspire restaurar su archivo[19]. Que es precisamente lo que cambia en 1710, siendo el bardo inglés y sus textos canonizados. Como señala Chartier, siguiendo la senda de Michel Foucault, eso inaugura la aplicación de la función-autor, lo cual llevará de inmediato a esa idea ya citada del texto ideal, expurgado de la corrupción posterior, y a la entronización del autor por encima de sus obras, una idea de genio y de autoridad que se desarrollará en el período romántico. Veamos lo acontecido en España y Francia, abordando para ello dos cuestiones conexas: los derechos de autor y la circulación de lo impreso.

En el caso español, por ejemplo, esos cambios normativos que se dieron en Inglaterra no se materializaron hasta 1763, año en el que Carlos III promulgó una ley que mandaba que «no se conceda a nadie privilegio exclusivo para imprimir ningún libro, sino al mismo autor que lo haya compuesto». Un año después otra norma decretaba que esos privilegios concedidos a los autores «no se extingan por su muerte, sino que pasen a sus herederos»[20]. Con todo, y en términos generales, durante el Antiguo Régimen los autores vendían a impresores o libreros la propiedad de su obra, quienes la disponían de forma absoluta y sin interrupción. Así pues, el reconocimiento del derecho legal de los autores hubo de esperar hasta la época liberal.

El primer momento de esta nueva etapa, como en tantas otras cosas, fue la Constitución de 1812, que decretó la libertad de prensa y otorgó a los escritores la propiedad de sus obras, reconociéndolos como los únicos capacitados para darlas a la imprenta, derecho que podían traspasar a sus herederos durante diez años. Ahora bien, la primera ley específica sobre los derechos de autor no se publicó hasta el 10 de junio de 1847. Se entendía allí por propiedad literaria «el derecho exclusivo que compete a los autores de escritos originales para reproducirlos o autorizar su reproducción por medio de copias manuscritas, impresas, litografiadas o por cualquiera otro semejante». Así quedaría durante la vida del autor, mientras que sus herederos gozarían de idéntico derecho durante cincuenta años.

---

[19] Roger Chartier, *Cardenio entre Cervantès et Shakespeare. Histoire d'une pièce perdue,* París, Gallimard, 2011 [ed. cast.: *Cardenio entre Cervantes y Shakespeare. Historia de una obra perdida,* Barcelona, Gedisa, 2012].

[20] Seguimos en este punto a Jesús A. Martínez Martín, *Vivir de la pluma. La profesionalización del escritor, 1836-1936,* Madrid, Marcial Pons, 2009, pp. 37-72, en este caso pp. 59-60.

Como ha señalado Jesús A. Martínez Martín, «se trataba del reconocimiento de un derecho individual del autor y de la originalidad de la creación, formando parte de universo liberal»[21].

La mencionada norma no impidió que la vida del escritor estuviera plagada de inestabilidades y dificultades para hacer valer su obra, pues la ley no la reconocía como creación inmaterial, sino vinculada a un objeto físico, el libro. La solución definitiva vino con otra ley, de 10 de enero de 1879. Ahora ya no se hablaba de propiedad literaria, sino de propiedad intelectual, que se extendía a todas las formas posibles y no solo en su materialidad. Como en anteriores ocasiones, era reconocida a los autores mientras vivieran, pero los derechos de los herederos se ampliaban hasta los ochenta años. El cambio fue sustancial, marcando un antes y un después en esa protección. Un caso sintomático y conocido, por ejemplo, es el de José Zorrilla[22]. Como muchos otros autores, sus ingresos eran escasos, por lo que vendía a cuenta, es decir, obtenía un adelanto a cambio del cual cedía a su editor, a sus sucesores y herederos, las obras a escribir hasta cubrir el anticipo o bien los textos que salieran de su pluma en un período determinado. En otros casos, entregaba una obra concreta. Y así por el *Tenorio* obtuvo poco más de cuatro mil reales, sin imaginar los beneficios que tal acuerdo reportaría al editor y sus sucesores. Por esa razón, un autor de éxito como este arrastró deudas con aquel mientras vivió. Es justo, se preguntaba el dramaturgo, «que quien mantiene a tantos muera en el hospital o en el manicomio, por haber producido su *Don Juan* en tiempo en que aún no existía la ley de propiedad literaria». Así exponía su desgraciado caso:

> No puedo hacer al tiempo volver atrás; no puedo quitarme de encima ni uno solo de mis sesenta y cuatro años; no puedo hacer volver a mis manos el capital pagado por las deudas de mi herencia paterna, ni lo por mi gastado en vivir bien o mal; no puedo rescindir los contratos de venta de mi *Don Juan* ni de mi *Zapatero y el Rey,* escritos cuando la ley de propiedad no existía; esta ley no tiene efecto retroactivo ni protege mi propiedad por lesión enorme; y no puedo pedir limosna en España, sino poniéndome al pecho un cartel que diga: «este es el autor de Don Juan tenorio, que mantiene en la primera quincena de Noviembre todos los teatros de verso de Espa-

[21] *Ibidem,* pp. 66-67.
[22] *Ibidem,* pp. 84-92.

ña y América»; pero para eso sería preciso que yo explicase cómo el autor de tal obra podía pedir limosna; cosa muy fácil de explicar, pero muy difícil de comprender[23].

Mucho antes de que eso ocurriera en España, en la Francia del Antiguo Régimen el panorama era algo más embarullado, tanto en lo referido a esos derechos de autor como a otros aspectos[24]. En el setecientos, el comercio del libro francés estaba basado en privilegios, monopolios, inspectores, censores y todo un conjunto de eventualidades de distinto tipo y condición. Existían entonces dos mundos paralelos, a veces muy interconectados. Por un lado, el de la edición legal, el de los maestros impresores y libreros, que regentaban con pompa y boato un negocio excluyente. A cambio de la gracia que se les concedía, proveían al mercado de libros tradicionales que, no obstante, apenas saciaban la demanda de un público ávido y con gustos literarios cada vez más cambiantes. Por otro, el de la impresión clandestina, donde estaba la innovación, que eludía la fiscalidad estatal y reproducía al instante cualquier título que hubiera demostrado tener buenas ventas en París. Era también el mundo de los libelos anónimos y de los «libros filosóficos», catálogos en los que coincidían la seriedad de *El contrato social* de Rousseau y la obscenidad de *Los amoríos de Charlot y Toinette,* que detallaba para solaz del pueblo las supuestas orgías de la reina.

Robert Darnton señala el caso del mismísimo Voltaire. La edición furtiva estaba tan extendida que no era común hacer grandes tiradas; distintos editores competían en el mercado literario imprimiendo simultáneamente pequeñas cantidades. Y en ese desorden, cada uno hacía lo que mejor entendía para ganarse los favores del público lector, revisando, abreviando o ampliando, sin preocupación alguna por la intención del autor o sus derechos. Así que Voltaire, consciente de la manipulación y copia de sus textos, en cuanto componían una de sus obras volvía a presentarla de otro modo, con adiciones y correcciones, tanto que hasta los libreros se quejaban. De ahí que incluyera una irónica advertencia en la publicación de sus *Questions sur l'Encyclopédie* en 1772: «Se permite a cualquier vendedor de libros

---

[23] José Zorrilla*, Recuerdos de tiempo viejo,* Barcelona, Imprenta de Sucesores de. Ramírez y Cª, 1880, pp. III y VII.

[24] Robert Darnton, *Edición y subversión. Literatura clandestina en el Antiguo Régimen,* Madrid, Turner y Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 187-229.

[re]imprimir mi estupidez, ya sea verdadera o falsa, a su cuenta y riesgo, peligro y beneficio». Y lo mismo ocurrió pocos años después cuando la edición en cuarto de la *Encyclopédie* permitió descubrir el enorme mercado que había para las ediciones baratas de esta obra. Darnton ha mostrado que esta se inició también como una edición pirata, con la particularidad de que tan pronto como apareció «ya no pudo enterrar su tesoro una vez que lo convirtió en legítimo. Otros piratas supieron de él y corrieron al ataque»[25].

En 1789 se produce una liberalización total al grito de «libertad de prensa», de modo que cualquiera puede ya imprimir o vender libros, sin censura previa ni permisos legales, y así «los primeros años de la Revolución francesa asistieron al desmantelamiento del sistema literario corporativo del Antiguo Régimen y a su sustitución por un mercado libre en el mundo de las ideas»[26]. Y el resultado fue la anarquía editorial y cultural, con al menos dos consecuencias. Por un lado, los panfletos y los libelos sepultaron a los textos ilustrados, que fueron desapareciendo de imprentas y librerías. Y ello no solo fue debido a los gustos del público, sino al cuestionamiento radical de los derechos de autor, que hacía inviable esa dedicación letrada. Por eso en 1793 se instaurará bajo otras premisas la «civilización del libro», dotando de identidad privilegiada al autor como agente de conocimiento y saber públicos, dueño y a la vez responsable de lo que daba a la imprenta. Por otra parte, ese desorden puso a los folletos en el objetivo preferente de la censura, por su carácter corrosivo y disolvente, de modo que, pasados esos años de libertad, se fue primando al libro y a su autor identificable frente a otro tipo de textos, de carácter clandestino.

En ese punto hay otro aspecto que merece ser considerado, por sus concomitancias con lo que sucede en la nueva realidad digital. El volumen impreso tendía a reproducir, en su forma y en su contenido, lo existente; el panfleto desplegaba ideas que podían cuestionar el sistema de modo más radical. En efecto, el libro forma parte de un sistema literario más elaborado, en el que hay que pensar,

---

[25] La referencia de Voltaire, en Robert Darnton, «A Library Without Walls», *The New York Review of Books*, 4 de octubre de 2010 [http://www.nybooks.com/blogs/nyrblog/2010/oct/04/library-without-walls/]; la de la Enciclopedia, en *El negocio de la Ilustración. Historia editorial de la Encyclopédie, 1775-1800,* cit., p. 147 y ss.; asimismo, véase su «Las bibliotecas en la era digital», cit.

[26] Carla Hesse, «Los libros en el tiempo», en Geoffrey Numberg (comp.), *El futuro del libro,* Barcelona, Paidós, 1998, pp. 29-30.

pasar unos filtros, leer otros autores, escribir según unas normas, llevar el texto a la imprenta, etcétera. Si uno escribía dentro de la legalidad podía componer textos críticos, como hicieron muchos ilustrados, pero en general abundaba una literatura de orden, que quería imponer su autoridad y el buen gobierno establecido sobre los lectores. La monarquía francesa del Antiguo Régimen perdió parte de su legitimidad a finales del siglo XVIII, pero en buena medida no se debió a esos volúmenes, ni siquiera a los que redactaron los *philosophes,* sino a la literatura clandestina y a lo que denominaríamos el texto circulante: el libelo, el folleto, el pasquín, el rumor. En momentos de cambio, como el de la Revolución francesa, la prioridad estaba en estas formas, porque parecía que lo más importante era la información, su circulación y difusión; en cambio, el libro adoptaba una posición férrea, incapaz de dar cuenta del continuo movimiento de las cosas y de los órdenes: «otorgar prioridad al texto circulante hace que la información parezca autosuficiente y el libro, por el contrario, una cárcel»[27]. Como resultado, se construía una imagen idealizada de la información y de esos soportes efímeros que se asemeja en buena medida a la que hoy se puede tener de las nuevas tecnologías. Y con idénticos problemas, como el de la difamación anónima: entonces la maledicencia se cebaba en los personajes de la corte real, hoy afecta a muchos más.

Ahora bien, todos esos avatares muestran que la figura del autor y la forma de la cultura literaria que hoy conocemos no son resultado necesario de la aparición de la imprenta ni de su progresiva implantación. Son fruto de la negociación entre, por un lado, la nueva realidad emergente de difusión de las ideas y el conocimiento y, por otro, las exigencias del Estado. Eso se traduce en un conjunto de medidas políticas y legales que a la vez que resguardan el ideal del individuo libre y autónomo, dueño de su trabajo, lo responsabilizan de sus obras y de su contenido. Los gobiernos entienden la esfera pública como un espacio controlado en el que no todo cabe, por lo que la llamada ilustrada al acceso al conocimiento por parte de los ciudadanos tiene sus límites. Y estos pasan por la identificación. Así lo indicarán las leyes de imprenta del ochocientos: un texto legal ha de proceder de un establecimiento tipográfico autorizado y el nombre del impresor ha de ser conocido, para que siempre haya un res-

[27] Paul Duguid, «Cuestiones materiales: el pasado y la futurología del libro», en Geoffrey Numberg (comp.), *El futuro del libro,* cit., p. 89.

ponsable cuando se ataque al orden establecido, sea la familia, la religión, las autoridades o el derecho de propiedad.

Hoy, en la medida en que el texto no necesariamente es cerrado, ese autor identificable se disuelve y, en tanto que lo escrito es inmediato, no es posible controlarlo. Ambas cosas van unidas, como lo estuvieron a la inversa en épocas pretéritas. Historizar todo ese proceso ayuda, pues, a entender el concepto de autor y sus derechos. Pero señalábamos que había dos elementos a resaltar. Uno es el que acabamos de mencionar, el de la propiedad jurídica; otro tiene que ver con otra forma de debilitamiento del autor en un mundo instantáneo e interconectado. Digamos, por ejemplo, que la recepción de una obra es un fenómeno mucho más amplio de lo que lo ha sido hasta ahora, con muchísimo más ruido. El lector está acostumbrado a interpretar lo que lee y expresar su parecer, pero la participación actual está multiplicada, a veces incluso se ha buscado y se ha creado para generar expectación o eco.

¿Por qué ocurre así? Por varias razones, algunas de las cuales ya he adelantado. Entre ellas está la desmaterialización de los escritos. Cuando tenemos un volumen impreso, o más bien cuando solo existe ese tipo de escrito, proyectamos una ilusión de estabilidad: el contenido parece algo independiente; se nos presenta como inalterable, sin que le afecten nuestras lecturas, la forma en que los individuos de distintas generaciones lo descifran. Como mucho, el interesado manosea el libro y anota sus comentarios, pero ese uso es privado y desaparece frente al impreso que se está vendiendo o que se reeditará, que siempre insiste en la versión del autor. Muy distinto es lo que ocurre en el medio digital, con la presencia de textos sin corporeidad, sin embalaje físico, que proyectan su evanescencia sobre lo impreso. El escrito que tenemos en la pantalla puede tener un autor reconocido, por supuesto, pero es un discurso maleable, sujeto a modificaciones y reapropiaciones ilimitadas e irresponsables. Hasta ahora, el autor cerraba su texto y solo él podía reabrirlo, retocarlo, alterarlo, cortarlo, ampliarlo, etcétera. Esa capacidad era infinita, pero se le reservaba, solo él le daba forma. En cambio, ahora se pierde esa forma definitiva, porque la capacidad de manosear está al alcance de cualquiera y en todos los sentidos.

De algún modo, esa mutación afecta a uno de los elementos centrales del sistema literario: la originalidad. El autor cierra un texto cuando lo considera más o menos completo, cuando entiende que contiene ideas originales, distintas a las de otros, merecedoras de ser

expuestas como propias. El lector también lo ve así, reconoce el esfuerzo de creación que va asociado a un nombre y una trayectoria. Por eso mismo, desconfía del anonimato, de quien se esconde tras él y no suele darle crédito, porque es el propio autor escondido quien se declara irresponsable, bien porque entiende que su escrito carece de la debida meditación o bien porque no quiere que se le pueda exigir responsabilidad alguna. Por supuesto, este es un fenómeno propio de la modernidad, cuando los amanuenses que ocupan sus días copiando, plagiando, rechazando lo nuevo y repitiendo lo antiguo, dejan paso al autor que tiene algo nuevo que decir. Ahora parece que hayamos vuelto al palimpsesto, con la particularidad de que el texto digital está abierto a todas las interferencias e injerencias posibles.

Este proceso, sin duda, cuestiona de algún modo el valor de lo original, en tanto se impone la mezcla, la reapropiación de posibles lectores infinitos y yuxtapuestos, que no muestran su nombre, sino su trabajo anónimo. Pero tiene también alguna bondad. Pensemos en los comentarios medievales a las obras de los clásicos, incluso en los que Marx hace en sus *manuscritos* a las obras de los economistas clásicos o a la filosofía de Hegel. Son glosas, interpretaciones, fragmentos que se añaden a textos de otros. Durante mucho tiempo, esa fue la fórmula por la que progresaba el conocimiento. La aparición del nombre, el triunfo individual, rompe esa tradición, porque lo que importa es la novedad, la ruptura, ser el primero en exponerla y difundirla, algo a lo que contribuirá eficazmente la imprenta, al permitir que alguien se apropie de una idea y ponga su sello, condenando al resto a la contemplación o a la cita mesurada, porque la reiteración sería ahora plagio, literatura secundaria.

Tienen razón, pues, los que como Roger Chartier subrayan el cuestionamiento e incluso la disolución del concepto de autor como uno de los procesos más señalados que se derivan de la aparición de nuevas tecnologías de comunicación. Dicho lo cual, conviene recordar que esta reflexión a menudo queda contaminada por una de sus vertientes antes apuntada, la económica, referida a la gestión de los derechos que de ello se derivan. Por supuesto, cuando Chartier o Darnton aluden a esta cuestión no lo hacen para defender un determinado modelo mercantil, sino que lo sitúan en su contexto histórico, lo estudian como parte de un transcurso complejo, no exento de disputas e intereses. Por eso mismo, quizá debamos añadir algunas precisiones.

Hemos indicado que el espacio digital erosiona los criterios de identificación de las obras, que ya no necesariamente son estables,

singulares y originales, y que ello repercute sobre el criterio que utilizamos para definir la autoría. En general, esto se atribuye a la desmaterialización y a su efecto, la reproductibilidad técnica, pero ese desgaste estaría relacionado también con la aparición de un tipo particular de lenguaje: el hipertexto. Lo veremos más adelante, pero no está de más adelantar que la idea de autor, aunque emerja en la modernidad, va ligada ya a la aparición de la escritura misma, a la revolución alfabética que iniciaron los griegos. La individualidad, su presencia, sería un efecto consustancial al proceso que se sigue de la disociación entre una persona y el mensaje que emite, algo que no se daba con la oralidad, como bien ha señalado el helenista Eric Havelock. Así pues, habría un doble cuestionamiento. Por un lado, el que procede de la circulación infinita de los textos, así como de su recepción y manipulación igualmente indefinida por parte de lector-usuario, que se convierte en última instancia en autor de lo que copia, corta, pega, etcétera. Por otro, el que resulta de la aparición de un lenguaje multidimensional, donde se combina lo textual con lo sonoro y lo visual dentro de un espacio repleto de enlaces a otros lugares, dificultando la identificación de una única voz como portadora del discurso.

Más aún, y es algo que retomaré más adelante, ese lenguaje favorece implícita o explícitamente no ya el anonimato sino la colaboración. Las múltiples dimensiones exigen una mayor participación, ya sea incorporando a otros de manera enlazada o favoreciendo una escritura polifónica. Las enciclopedias electrónicas, en particular la Wikipedia, serían el ejemplo por antonomasia, pues suponen esa disolución de la autoría única y reclaman un modelo en el que quien elabora la información es una masa de sujetos. Desde otra vertiente, esa concurrencia de la multitud, esa participación, remite también a la recepción de lo impreso. El ruido mediático es tal que parece imponerse sobre el texto del que surge y, aunque no afecte a la materialidad del libro en el que se contiene, ayuda a despojar al autor de cierta responsabilidad, pues el control o la intervención pasan a manos del grupo.

6

Todas estas transformaciones, en estos tres órdenes que hemos señalado o en otros que se les asocian, producen la perplejidad a la que vengo aludiendo. Y un sinfín de preguntas. Roger Chartier se

plantea, por ejemplo, cómo será la nueva textualidad, cómo se puede mantener la categoría de libro como entidad textual si la nueva técnica lo suprime como materialidad particular[28]. Se interrogaba sobre esos aspectos hace algunos años en un diálogo mantenido con Antonio Rodríguez de las Heras. Si hay una nueva y definitiva textualidad, insistía Chartier, entonces el problema que nos acucia es el de la fragmentación y el desorden, pero el texto, cualquiera que sea, siempre será dado a leer y necesitará un soporte. Tenemos una nueva técnica y como tal, vista en perspectiva histórica, no desharía las referencias y percepciones habituales. Si el libro digital es blando, mantenía Antonio Rodríguez de las Heras, estamos abocados a una realidad en la que la materialidad es la del soporte, no ya la del texto, porque no se puede trasladar la materialidad del libro a la de un ordenador. Aunque de entrada ese volumen se recrea en el nuevo espacio a imagen del papel, como si ese nuevo lugar fuera un espejo, tal simetría especular acaba desapareciendo y la obra en cuestión toma formas insospechadas.

Algo similar a esto último defiende Milad Doueihi, para quien el cambio digital representa una modificación primordial, de lo estático a lo dinámico. Lo impreso es inerte como objeto, fijo e inmutable. Es su contenido el que está vivo, pues se modifica en los lectores. Mientras no se fija, es el autor quien lo mueve y lo reescribe, dándole vida constante. Con posterioridad, son quienes lo poseen los que se lo apropian, discutiéndolo, pensándolo y dando lugar en muchas ocasiones a otros textos que lo incorporan o impugnan. La impresión, pues, representa la inmovilización gracias a una forma material determinada. El paso al entorno digital viene a abolir ese momento fundamental de fijación y le devuelve la agilidad inicial, multiplicándola[29].

Así pues, aunque el libro sigue siendo un objeto fetiche, se ve abocado a enfrentarse a una nueva realidad con una doble cara: por un lado, el libro impreso que está disponible en la red y, por otro, el libro digital en sí mismo, un objeto de la red. Para Doueihi, la dimensión sensible de la lectura ha llevado en ocasiones a que los historiadores, como Chartier, ponderen en demasía la exclusividad del libro impreso. Si bien es cierto que tener un libro entre las manos,

---

[28] Roger Chartier y Antonio Rodríguez de las Heras, «El futuro del libro y el libro del futuro», *LITTERAE. Cuadernos sobre Cultura Escrita* 1 (2001), pp. 13-40.

[29] Pierre Mounier, «Le livre et les trois dimensions du cyberespace», en Marin Dacos (dir.), *Read/Write Book,* Marsella, Cléo, 2010, pp. 175-183.

tocarlo, juega un papel importante en su apreciación, no es menos cierto que el entorno digital permite navegar y hojear de otro modo, con sus placeres específicos y su propia estética. Negarse a considerar esos rasgos propios, concluye, pone de relieve la idea de que el libro sigue siendo la vara de medir, un objeto ideal e inaccesible. Como si el libro estuviera condenado a seguir siendo el paraíso perdido de la tecnología digital. Entender la mutación a la que asistimos, así como la aparición de un tipo de lectura más compleja y múltiple, propia de la sociabilidad digital, exigiría reconocer que se modifican nuestras relaciones con el libro como vivero privilegiado de lectura[30].

Volvemos, pues, al punto de partida. La cuestión no es tanto si se trata realmente de una revolución, que puede serlo en su escala, sino si su impacto será tan generalizado que afectará sustancialmente a los modos de escritura y lectura a los que estamos acostumbrados. Podemos coincidir con Chartier cuando dice que de lo anterior nos queda una constatación que es ineludible: «el significado, o más bien los significados histórica y socialmente diferenciados de un texto, cualquiera que este sea, no pueden separarse de las modalidades materiales en que se dan a leer a sus lectores»[31]. ¿Leeremos en pantalla? ¿Desaparecerán los libros y las bibliotecas tal como ahora los entendemos? Lo lógico es pensar, siguiendo la idea de este historiador francés, que el modelo será semejante al ocurrido con la aparición del libro impreso, que no sustituyó totalmente al manuscrito, sino que ambos convivieron durante largo tiempo. El futuro, diríamos, será híbrido.

Hay múltiples razones para pensar de ese modo. Una de ellas, de momento, es la fragilidad de los soportes digitales. Como se ha señalado tantas veces, los medios con los que ahora transportamos y almacenamos información son más perecederos que el propio libro. Lo hemos vivido con las cintas de casete, con los videos de formato VHS, con las grabaciones en vinilo o con los discos flexibles, y no sabemos qué ocurrirá con los nuevos soportes. Conocemos, eso sí, que a veces ya ni siquiera somos capaces de encontrar aparatos que lean aquellos formatos antiguos y damos por perdida la información

---

[30] Milad Doueihi, «Le livre à l'heure du numérique: objet fétiche, objet de résistance», en Marin Dacos (dir.), *Read/Write Book,* cit., pp. 95-103. Asimismo, su volumen *La gran conversión digital,* México, Fondo de Cultura Económica, 2010.

[31] Roger Chartier, «Del códice a la pantalla: trayectorias de lo escrito», cit., p. 48.

allí almacenada. Porque al desaparecer cintas de casete casi se han eliminado los aparatos que las leían y al prescindir radicalmente de los discos flexibles ya no encontramos ordenadores que incluyan ese tipo de ranuras en las que los introducíamos. Es una idea reiterada, que está presente en todos los pensadores que se han formado en el mundo libresco y que se resisten a otorgar al entorno digital la preeminencia que reclama. Lo podemos leer, por ejemplo, en el diálogo entre Umberto Eco y Jean-Claude Carrière cuando dicen que los libros siempre estarán disponibles, precisamente porque su objeto ha sido tanto difundir la información como preservarla, mientras los nuevos soportes buscan sobre todo lo primero. Los unos se podrán leer a la luz de una vela, los otros siempre necesitarán electricidad. Así lo expone Eco: «nunca jamás se ha inventado un medio más eficaz, que yo sepa, para transportar información. El ordenador, con todos sus gigas, tiene que conectarse de algún modo a un enchufe eléctrico. Con el libro este problema no existe. Lo repito. El libro es como la rueda. Una vez inventado, no se puede hacer nada mejor»[32].

Quizá haya quien, con esos mismos presupuestos, se declare hoy apocalíptico, porque una persona formada en lo impreso puede verse perturbada en exceso por las nuevas mutaciones. Pero estemos tranquilos, las formas y soportes actuales de lo escrito no desaparecerán, al menos en un horizonte cercano. Convivirán seguramente, como lo hicieron en tiempos pasados. Si el pasado sirve de ejemplo, Fernando Bouza nos lo muestra en su historia cultural del Siglo de Oro, cuando señala que la escritura *ad vivum,* el manuscrito, fue un eficaz complemento, un competidor incluso, de lo tipográfico, dando lugar a una ocupación más o menos profesionalizada que ofrecía un ágil sistema de copias[33]. Igualmente lo expone Armando Petrucci, uno de los mejores estudiosos del libro y la escritura, que no se ha cansado de señalar como algo incontrovertible que en la historia de la imprenta primitiva convivieron el libro impreso y el manuscrito. Este último satisfacía completamente las necesidades de la mayor parte de los lectores, que necesitaban poquísimas obras; el impreso permitía solucionar los problemas de comunicación y «publicidad» de determinadas instituciones públicas, fueran laicas o eclesiásticas,

---

[32] Umberto Eco y Jean-Claude Carrière, *Nadie acabará con los libros,* Barcelona, Lumen, 2010, p. 109.

[33] Fernando Bouza, *Corre manuscrito. Una historia cultural del Siglo de Oro,* cit., pp. 16-17.

que deseaban «reproducir muchas copias y reproducirlas rápidamente», copias que en su mayoría no eran productos *librarios,* sino hojas sueltas, avisos, bandos, oraciones, etcétera[34]. Y puede que ahora esté sucediendo lo mismo.

Sea como fuere, lo que pueda ocurrir en el futuro no es objeto de esta reflexión, porque los historiadores no nos ocupamos de estos asuntos; simplemente revolvemos en el pasado para comprender el presente. Entonces, ¿por qué reflexionar sobre los nuevos soportes? Porque, en efecto, están cambiando poco a poco nuestra forma de escribir y de leer, porque necesitamos conocer sus propiedades, sus usos, sus consecuencias, y así alfabetizarnos nuevamente, del mismo modo que nuestras prácticas actuales nos han exigido asumir la instrucción que otros hicieron antes y que nosotros hemos heredado. Solo de ese modo podremos continuar explorando lo acaecido y dando sentido a lo que nos ocurre.

[34] Entre las muchas obras de Armando Petrucci, véase, por ejemplo, «Una nueva historia del libro», en *Libros, escrituras y bibliotecas,* Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2011, p. 27.

III. LECTURAS EN PANTALLA
Fragmentadas y superficiales

> La enorme multiplicación de libros en cualquier rama del conocimiento es uno de los grandes males de la época, puesto que constituye uno de los mayores obstáculos a la adquisición de informaciones correctas, poniendo en el camino del lector enormes pilas de trastos, entre los cuales debe abrirse camino a tientas, en busca de fragmentos útiles diseminados aquí y allá.
>
> E. A. Poe, *Marginalia*

1

En páginas anteriores, ha quedado apuntado el contexto que nos ayuda a comprender por qué la corporación de los historiadores, pero no solo la suya, ha mostrado algunos recelos y aun resistencias ante ciertas consecuencias provocadas por el entorno digital. Ha de reconocerse, con todo, que esas reticencias no se expresaron desde los inicios, sino que más bien fueron apareciendo conforme el nuevo medio definía claramente sus contornos. Esos lindes y lo que contenían no empezaron a popularizarse realmente hasta mediados de los noventa, cuando aparecieron los primeros navegadores. Dan Cohen y Roy Rosenzweig afirmaron en su momento que, entre mediados de 1993 y 1995 el número de servidores, es decir, de ordenadores que alojaban webs, pasó de 130 a 22.000[1].

Para estos dos estudiosos, las preocupaciones de quienes se interesaban entonces por el nuevo medio reflejaban otras inquietudes, acordes con aquellos tiempos: sus expectativas no estaban puestas en la conexión en línea y lo que pudiera ofrecer, sino en los soportes estáticos, como el CD-ROM. Con todo, empezaron a aparecer contenidos basados en el recién creado modelo del hipertexto, hasta el

[1] Daniel Cohen y Roy Rosenzweig, *Digital History A Guide to Gathering, Preserving, and Presenting the Past on the Web,* Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2005 [http://chnm.gmu.edu/digitalhistory/].

punto de que en 1993 nacía la sección de historia de la World Wide Web Virtual Library, que fue curiosamente la primera, a cargo de Lynn H. Nelson, un historiador de la Universidad de Kansas[2]. Fue a partir de aquel momento cuando empezaron las reacciones, en unas ocasiones de bienvenida y en otras de rechazo.

Entre las primeras estuvo la de George Welling, un historiador formado en Holanda que en 1987 había sido contratado por la Universidad de Groningen para encargarse de la sección de historia de un departamento dedicado a la informática en las humanidades. A resultas de esta experiencia, en el otoño de 1994 desarrolló un curso para su página electrónica sobre la Revolución americana. Ese sitio, *From Revolution to Reconstruction,* se convirtió de inmediato en uno de los lugares más populares y visitados entre quienes buscaban contenidos históricos[3]. Un año después, en una revista de la American Historical Association (AHA), tres historiadores presentaban a sus colegas de profesión una breve guía sobre lo que representaba la World Wide Web[4]. En aquel breve y entusiasta artículo se explicaba qué era, cómo funcionaba, el modo de usarla, las fuentes históricas disponibles y sus limitaciones, incluyendo al final unas instrucciones sumarias sobre la manera de crear una página electrónica propia. En conclusión, señalaban, la web proporciona no solo un recurso para hacer historia en el sentido de investigar, escribir y enseñar, sino que también puede facilitar la comunicación y el trabajo profesionales. Así pues, a pesar de los problemas que ya entonces se oteaban, estos historiadores entendían que sus ventajas eran enormes y la saludaban con ilusión.

Pero esa no fue la opinión mayoritaria, ni esos estudiosos se contaban entonces entre los más reconocidos del colectivo. Para la mayoría, en ambas orillas del espectro historiográfico, predominaban los inconvenientes o el desconcierto, y curiosamente unos y otros

---

[2] http://www.vlib.us/history/. Véase Lynn H. Nelson, «Before the Web: the Early Development of History on-line» [http://historicaltextarchive.com/sections.php?action=read&artid=696].

[3] «From Revolution to Reconstruction. A Hypertext on American History from the colonial period until Modern Times» [http://www.let.rug.nl/usa/]. Véase, asimismo, George Welling, «From Revolution to Reconstruction», *Craft. Newsletter of the CTI Centre for History, Archaeology and Art History* 13 (1996), pp.12-16.

[4] Andrew McMichael, Michael O'Malley y Roy Rosenzweig, «Historians and the Web: A Beginner's Guide», *Perspectives* (enero de 1996), pp. 11-16 [http://www.historians.org/perspectives/issues/1996/9601/9601COM3.cfm].

utilizaban el mismo término para alertar sobre los peligros de la tecnología: somos neoluditas, aseguraban. Desde el lado conservador, la primera en mostrar su disgusto fue Gertrude Himmelfarb en un breve texto aparecido a finales de 1996. Allí decía:

> En cuanto al asunto de nuestra última revolución tecnológica, el ciberespacio, soy neoludita. No una auténtica ludita; mi ludismo es cualificado, comprometido. Me deleito con el procesador de textos; agradezco la informatización de los catálogos bibliotecarios; aprecio la comodidad del CD-ROM; y reconozco la utilidad de internet para recuperar información y llevar a cabo una investigación. Pero me preocupan algunos aspectos de la nueva tecnología, no solo por los tan debatidos problemas morales planteados por el cibersexo, sino también por el impacto de la nueva tecnología sobre la enseñanza y el aprendizaje[5].

¿Qué nos ofrece, pues, el nuevo medio? Más cosas malas que buenas, exponía Himmelfarb, pues al historiador no le preocupa tanto que haya una herramienta que permita recuperar información y combinarla cuanto la forma de comprenderla. Y corremos el peligro de que esto último se olvide en beneficio de lo anterior, degradando la tarea del historiador. Más aún, añadía, internet viene a reforzar la revolución intelectual de nuestro tiempo, el posmodernismo, recalcando la fuerza de términos como indeterminación, fluidez, intertextualidad y contextualidad del discurso, incluso el de deconstrucción. Por eso, al igual que el posmodernismo, internet no distingue entre lo verdadero y lo falso, entre lo importante y lo trivial, entre lo duradero y lo efímero. Y así, cuando buscamos una frase o un asunto o un nombre encontraremos cualquier cosa, sin orden ni concierto, desde una cita bíblica a un anuncio publicitario. Y este es un problema fundamental, concluía esta historiadora, pues absolutamente todo lo que aparece en la pantalla tiene el mismo peso y credibilidad, no hay autoridad que discrimine ni privilegie una respuesta sobre otra.

La posición de Gertrude Himmelfarb no era trivial, por supuesto, en tanto incidía sobre algunos asuntos relevantes, más allá de la un tanto forzada asociación con el significado del posmodernismo.

---

[5] Gertrude Himmelfarb, «A Neo-Luddite Reflects on the Internet», *Chronicle of Higher Education* 43, 10, 1 de noviembre de 1996.

En primer lugar, tiene razón cuando indica que la red no discrimina, no establece jerarquías en el sentido tradicional, de modo que un contenido de gran calidad puede aparecer junto a otro que es puro chismorreo o que incluso es deleznable. Este es un problema fundamental, sobre todo para quienes desconocen cómo funciona la red, y exigiría un esfuerzo de alfabetización numérica. Buena parte de los signos que van asociados al mundo textual no sirven en el digital. Cuando entramos en una librería, por ejemplo, somos capaces de distinguir un buen volumen apelando a distintos elementos externos, como el sello editorial y el nombre del autor, o a los propios paratextos, como la solapa o las críticas favorables que el editor estampa. Y lo mismo podríamos decir de un artículo en una publicación periódica, para lo cual nos puede bastar la tradición de esa revista, su «nombre». En cambio, ese no suele ser un criterio útil en internet, donde muchas veces no hay autor, ni «pie de imprenta», ni solemos conocer las publicaciones digitales más relevantes. Estamos desorientados. Lo que creíamos que era una página interesante puede resultar inane o simplemente mala. Un historiador podrá discriminarlo fácilmente, tras haber repasado los contenidos, pero un neófito puede aceptar cualquier cosa a falta de orientación previa. De todos modos, es lógico que así sea. Nuestras habilidades para valorar libros o revistas no son innatas, las hemos adquirido a medida que nos hemos ido formando como historiadores, pues son parte de la disciplina. ¿Por qué no hacer lo mismo con la red?

Además, lo anterior sucede porque, por ejemplo, cuando utilizamos un buscador obtenemos resultados de acuerdo con los criterios de esa herramienta, no según los del historiador. No conseguimos «hechos» en bruto, sino el resultado del consenso sobre ellos, de modo que internet se nos presenta como un particular foro de discusión sobre el pasado. En la red puede haber información relevante sobre el 11-S y, a la vez, sobre lo ocurrido en Roswell en 1947, precisamente porque hay mucha gente que cree que algo ocurrió allí. Por supuesto, la existencia de contenidos estrafalarios desafía el tipo de «consenso histórico» al que estamos acostumbrados, introduciendo aspectos que habitualmente no trataríamos en nuestras discusiones académicas, pero que son muy populares en internet[6].

---

[6] Roy Rosenzweig y Dan J. Cohen, «Web of lies? Historical knowledge on the Internet», *First Monday* 10, 12 (diciembre de 2005) [http://www.firstmonday.org/htbin/cgiwrap/bin/ojs/index.php/fm/article/view/1299/1219].

Es decir, jerarquiza y significa los hechos pasados de otra manera, modificando la relevancia establecida por la corporación.

El otro neoludita, aunque en un sentido bien distinto, apareció desde una posición cercana al marxismo. Al poco de publicarse el texto de la mencionada historiadora, David F. Noble expresaba igualmente su rechazo. La postura de este estudioso de la ciencia, la tecnología y la educación partía, en realidad, de un texto anterior publicado a principios de los noventa. Allí hacía una defensa del ludismo, de la lucha de los trabajadores contra la máquina, de la violencia contra unos telares que amenazaban sus empleos y les deshumanizaban, al socavar un modo de producir y de vivir tradicionales. Para Noble, era necesario proponer una visión diferente del progreso. La idea de la tecnología, decía, «ha perdido su carácter concreto y, con ella, cualquier referencia a su lugar y propósitos». Aislada, pues, de su contexto, de su espacio concreto, «la idea incorpórea también ha vagado a la deriva en el tiempo». Por esa razón, insistía, «el desarrollo tecnológico ha llegado a considerarse como algo autónomo, más allá de la política y la sociedad, con un destino propio que tiene que convertirse también en nuestro destino»[7].

Lo que hacía este historiador años después, a principios de 1998, era trasladar esa misma idea a otro problema. Del mismo modo que se ha dado una subordinación de la gente en el centro de producción mecanizado, por la parálisis y la inoperancia frente a la tecnología, también asistimos a un cierto sometimiento en el mundo educativo ante la emergencia de las nuevas tecnologías. Y de este modo, si como historiadores hemos devuelto el sentido y la racionalidad a los actos de los luditas reconstruyendo su tiempo, por la misma razón no hemos de asumir sin más lo nuevo, mistificándolo, sino desafiarlo, resistirnos. De lo contrario, la crisis financiera, la comercialización de la educación superior y los omnipresentes fanáticos de la tecnología convertirán las Universidades en factorías de diplomas digitales. Los promotores del cambio, indicaba, no son quienes estudian ni quienes les enseñan, sino las grandes compañías de productos informáticos, las empresas del sector y las que proveen de contenidos, apoyados por aquellos fanáticos de la tecnología. Así, transformar la enseñanza en mero producto comercial tiene dos tipos de implicaciones, unas relacionadas con la institución como lu-

---

[7] David F. Noble, *Una visión diferente del progreso. En defensa del ludismo,* Barcelona, Alikornio, 2000, pp. 8-9.

gar para la producción de mercancías y otras que pretenden convertirla en su propio mercado. Y eso último podría significar, a juicio de Noble, que los ricos sigan yendo al campus mientras quienes carecen de medios se tengan que conformar con la educación *online.* Son comprensibles las prisas en aplicar las nuevas tecnologías, por el temor a quedar obsoletos, a perder el tren del «progreso»; pero la auténtica razón es la que ya aprendieron los luditas, las exigencias del mercado. «Y es que aquí, como en todas partes, la tecnología no es sino un vehículo y un cautivador disfraz»[8].

La crítica de Noble merece ser tenida en cuenta y, en última instancia, es más ludita que la de Himmelfarb. Como Ned Ludd, no es que esté en contra de la tecnología, sino que desea atenuar los desequilibrios que comporta. Sin embargo, quizá se exceda en la lectura que realiza de estos cambios. Digamos que señala las amenazas, pero no ofrece una alternativa que no sea mantener incólume el modelo previo a la irrupción de las nuevas tecnologías de la información y el conocimiento. No dice nada, por ejemplo, de las redes sociales cooperativas ni de las comunidades a favor del código abierto, muchas de las cuales han aportado herramientas libres y gratuitas que han triunfado frente a las de las grandes corporaciones. Asegurar, por otra parte, que la docencia en línea va a suplir a la presencial se ha demostrado de momento como algo incierto. En cualquier caso, es un error ver estas tecnologías como algo opuesto e incluso contradictorio con lo que hacemos.

Estas son algunas de las críticas, no las únicas, ni siquiera las más importantes aun siendo significativas, pero sí las primeras. Hay otras que, asociadas con estas, abordaremos más adelante. De momento, conviene señalar que los recelos, incluso las resistencias a la novedad, no son nuevos, siempre han existido y rezuman cierto aire de familia, como en parte he apuntado previamente[9]. Muchas de esas

---

[8] David F. Noble, «Digital Diploma Mills: The Automation of Higher Education». Este texto se difundió inicialmente en la red, apareció al año siguiente en *First Monday* (vol. 3, n.º 1) y en *Monthly Review* (vol. 49, n.º 9), para finalmente retomarlo en *Digital Diploma Mills: The Automation of Higher Education,* Nueva York, Monthly Review Press, 2001 [ed. cast. en línea: http://firgoa.usc.es/drupal/node/24428/print].

[9] Véase, por ejemplo, José Luis Martín, «La ciudad y la Universidad de Salamanca en torno a 1500», en Felipe B. Pedraza, Rafael González y Gema Gómez (eds.), *La Celestina: V centenario (1499-1999),* Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2001, p. 72. Asimismo, Fernando Bouza, «Para qué imprimir. De autores, público, impresores y manuscritos en el Siglo de Oro», *Cuadernos de Historia Moderna* 18 (1997), pp. 31-50.

prevenciones, algunas con un cierto resabio elitista, han estado ligadas a la aparición de lo impreso y a uno de sus rasgos. Para Lucien Febvre y Henri-Jean Martin, «la imprenta puede considerarse como una etapa hacia la civilización de masas y la estandarización»[10]. Eso quiere decir que las imprecaciones, cuando las hubo, se referían más al desorden que de ello resultaba, con ciertos y lejanos paralelismos con lo denunciado por Gertrude Himmelfarb. Es decir, aludían a la pérdida del control sobre los textos. Ya se ha dicho. No se pueden traer ejemplos pasados para establecer analogías claras, no hay equivalencias que podamos fijar. Pero sí, también lo he anunciado, parecidos razonables, ciertas afinidades que ponen en solfa algunas de las críticas que hoy se plantean al iluminar lo ocurrido en el pasado.

2

Las contrariedades que expresaban David Noble y Gertrude Himmelfarb no han desaparecido, como no podía ser de otro modo, pues aquello que las causaba no ha dejado de crecer y de hacerse más complejo: el entorno digital. Tampoco son extemporáneas, ni simples resabios academicistas, ya se ha indicado; pues si bien se demuestran excesivas cuando se las toma fuera de contexto, denuncian problemas que existen y que, de agudizarse, acabarán siendo muy significativos.

Desde entonces, no obstante, han ido aflorando otras expresiones de desencanto, algunas ligadas en cierto modo a lo que estos historiadores ya apuntaron a finales de los noventa, otras emanadas de la constatación de nuevos fenómenos digitales o de las consecuencias que de ellos se han derivado. Me detendré en dos de esos aspectos por su relevancia y persistencia. El primero, que trataré de inmediato, expone los efectos que el mundo digital tiene sobre la lectura; el segundo, que abordaré en el siguiente capítulo, advierte sobre la vulgarización del conocimiento que se deriva del tipo de saber multitudinario, cooperativo, que se impone en la red. Ambas cuestiones, además, suelen remitirse, para su mejor identificación, a las dos herramientas predominantes dentro de internet: los buscadores, Google en particular; y la enciclopedia digital más popular, la

[10] Lucien Febvre y Henri-Jean Martin, *La aparición del libro,* México, Fondo de Cultura Económica, 2005, p. 301.

Wikipedia. En ese sentido, conviene precisar además que las actuales sugerencias y admoniciones no se exponen mayormente dentro de la comunidad de los historiadores, sino en un contexto más amplio en el que destacan los especialistas de los nuevos medios y otros estudiosos del diverso campo de las humanidades.

Vayamos al primer elemento, al de la lectura. Son muchos, y desde perspectivas diversas, los autores que se han preocupado en los últimos años por los efectos que el predominio de la pantalla está teniendo y provocará en el proceso de la lectura. Dado que repasar toda esa producción supondría establecer un recorrido excesivamente farragoso y erudito, nos centraremos de entrada en el estudioso que ha sabido focalizar y popularizar las secuelas que produciría la excesiva exposición digital: Nicholas Carr[11].

Sus preocupaciones se centran en dos aspectos relacionados: por un lado, el modelo que Google promueve y representa; por otro, sus efectos cognitivos o neurológicos.

En cuanto a lo primero, sus críticas no lo son tanto al buscador en sí cuanto a la compañía y a su filosofía empresarial, que pretendería controlar el funcionamiento de internet gracias a un centro de datos potente y centralizado[12]. Pero lo que me interesa aquí no es esa alerta, más o menos significativa y compartida con muchos otros estudiosos,

---

[11] Carr proviene del campo de la filología, pero su dedicación profesional ha sido siempre la de la escritura o la gestión en distintos medios de comunicación. Su texto fundamental continúa siendo «Is Google Making Us Stupid? What the Internet is Doing to Our Brains», *The Atlantic Monthly*, julio-agosto de 2008. Esas breves páginas han sido ensanchadas, en parte innecesariamente, en un volumen titulado en la edición castellana *Superficiales. ¿Qué está haciendo internet con nuestras mentes?,* Madrid, Taurus, 2011. De todos modos, la perspectiva de Carr no es nueva. Véase, por ejemplo, el repaso bibliográfico que realiza José Afonso Furtado, *El papel y el píxel. De lo impreso a lo digital: continuidades y transformaciones,* Gijón, Trea, 2007, pp. 59 y ss.

[12] Su posición en este punto es semejante a la de Barbara Cassin, *Googléame. La segunda misión de los Estados Unidos,* México, Fondo de Cultura Económica, 2008, p. 156. Otros críticos destacados, por dar varios ejemplos y cuyo interés es desigual, son Neil Postman, *Tecnópolis: la rendición de la cultura a la tecnología,* Barcelona, Círculo de Lectores, 1994; Andrew Keen, *The Cult of the Amateur: How Today's Internet is Killing Our Culture,* Nueva York, Doubleday, 2007; Tara Brabazon, *The University of Google: Education in a (post) information age,* Aldershot, Ashgate, 2007; Mark Bauerlein, *The Dumbest Generation: How the Digital Age Stupefies Young Americans and Jeopardizes Our Future,* Nueva York, Tarcher, 2008; Barrie Gunter, Ian Rowlands y David Nicholas, *Is there a Google Generation?: Information Search Behaviour Developments and the Future Learner,* Oxford, Chandos, 2009; o Jaron Lanier, *You Are Not a Gadget: A Manifesto,* Nueva York, Alfred A. Knopf, 2010.

sino el segundo aspecto. La idea de Carr es simple y alude a la mencionada cuestión de la lectura. En principio, y aunque en su volumen *Superficiales* lo procura, no nos remite a un recorrido histórico para explicar cómo ha evolucionado el acto de leer y cómo puede transformarse, sino que lo aborda a partir de una de las obsesiones norteamericanas: los efectos sobre la mente, el cerebro y la conciencia. Carr relata su propia experiencia: el tiempo que dedicaba a estar frente a una pantalla de un ordenador, abriendo y cerrando ventanas, yendo de un sitio a otro, buscando constantemente, haciendo clic sin parar, le creaba dependencia, modificando sus hábitos y rutinas. Con un corolario: su cerebro parecía funcionar de forma distinta, estaba hambriento, necesitaba *googlear,* y se dispersaba. En fin, Carr confiesa que se estaba embruteciendo. ¿Por qué razón?

El efecto digital es que ya no pensamos como lo hacíamos, antes de tener ordenadores y habernos enganchado, antes de sentir la necesidad de conectarnos. Y la mejor prueba de ese cambio cognitivo se nos presenta en los cambios en la forma de leer. La mayor secuela de nuestra exposición a las pantallas es que nos cuesta centrarnos en un libro entero o en un ensayo extenso, algo a lo que nos había acostumbrado la cultura impresa. Ni una trama bien presentada ni la disposición narrativa sirven ya para atraparnos, porque la concentración se disipa de inmediato, perdemos el hilo y el interés, con lo que pasamos a otra cosa, a otro libro, texto o pantalla. En suma, la lectura profunda es ahora una dura pugna contra nosotros mismos. La culpa la tiene internet, y Google en particular. Nos ofrece diversas bondades: facilita nuestras investigaciones, proporciona información al instante, etcétera. A cambio, cargamos con los inconvenientes, sobre todo el de quebrantar la capacidad de concentración, haciendo que nuestra mente sobrevuele ese vertiginoso flujo de partículas sin poder detenerse reflexivamente en ninguna.

Nicholas Carr recurre también a distintos estudios que analizan la manera en que suelen comportarse los individuos en la red, investigaciones en las que se pone de manifiesto esa tendencia a leer por encima, a saltar de un lugar a otro. Es decir, se produce un cambio, una ruptura que diferencia claramente lo que era leer en sentido tradicional y lo que es leer en línea, dejándonos llevar en este último caso por los titulares, los resúmenes, sin «leer» en el sentido convencional, sin poner atención profunda en el texto que nos ocupa. Carr insiste en que esa alteración en la forma de leer lo es también en el modo de pensar, en nuestra actividad neuronal. Su principal apoya-

tura teórica son determinados estudios sobre la psicología del desarrollo y de la educación[13]. Desde este punto de vista, el problema es que el medio digital no es adecuado para la actividad contemplativa, para la lectura profunda. Es decir, hace difíciles el conjunto de procesos que conducen a la comprensión de un texto, que suponen el uso de razonamientos deductivos e inductivos, el manejo de analogías, la reflexión, el análisis crítico, etcétera. Es algo que un cerebro avezado hace en segundos, pero que un niño necesita años en aprender. De ahí que la cultura digital pueda cambiar radicalmente la forma de aprender y de pensar. Porque el ser humano no nace preparado para leer, sino para moverse, ver, hablar y pensar. Leer es una función cognitiva que vino después y que necesitamos entrenar. En ese sentido, si bien el texto digital tiene enormes posibilidades, el peligro es formar aprendices pasivos, ingenuos, deslumbrados por la facilidad de acceso a todo. La lectura en línea lo que hace es premiar determinadas habilidades cognitivas, pero entre ellas no está ni la reflexión profunda ni el pensamiento original. Desde la perspectiva de determinada neurociencia cognitiva, la cultura digital refuerza los cambios de atención a costa de los procesos de comprensión más exigentes.

En suma, viene a decir Carr, es irónico que internet suponga la omnipresencia del texto y que ya no seamos capaces de prestarle la atención que merece, sin distracciones. Y así, aunque nos previene y nos dice que seamos escépticos con su escepticismo, su conclusión es diáfana, seremos diestros en la superficialidad: «lo último que la empresa quiere es fomentar la lectura pausada o lenta, el pensamiento concentrado. Google se dedica, literalmente, a convertir nuestra distracción en dinero»[14].

Esta posición no es, con todo, ninguna novedad. Sven Birkets ya lo señaló, por ejemplo, a mediados de los noventa con palabras muy parecidas: ya no vamos a lo nuclear, ya no pretendemos descubrir la verdad de las cosas, sino que solamente nos preocupa manejar información; se atrofia la memoria a largo plazo y se desarrolla la del corto plazo, con lo que «podríamos optar por convertirnos en los

---

[13] Maryanne Wolf, Cómo aprendemos a leer. Historia y ciencia del cerebro y la lectura, Barcelona, Ediciones B, 2008; véase asimismo su texto con Mirit Barzillai, «The Importance of Deep Reading», *Educational Leadership* 66, 6 (2009), pp. 32-37.

[14] Nicholas Carr, *Superficiales. ¿Qué está haciendo internet con nuestras mentes?,* cit., p. 192.

técnicos de mantenimiento de nuestros cerebros auxiliares, dominando no la información sino las funciones de recuperación y clasificación». La conclusión es, pues, semejante. Nuestra civilización escrita estaba basada en la escasez de información, algo que solíamos compensar con una lectura más intensa, profunda, conectada, vertical, en suma; ahora, cuando el número de textos a leer es inmenso, nuestra aproximación como lectores es horizontal: «una cosa es absorber un hecho situándolo junto a otros en una constelación y otra muy distinta contemplar ese hecho detenidamente, permitiendo que nos manifieste su relación con otros hechos, su destino temático y su resonancia»[15].

Sven Birkets, además, no se contentaba con señalar los riesgos del entorno digital, sino que apuntaba quiénes serían los principales afectados, las humanidades en general y la historia en particular. La sustitución de los libros, como objeto impreso a descifrar, por los datos, como realidad transparente, crea una ilusión de accesibilidad a lo real. Asimismo, pretendemos construir narraciones comprensibles, esto es, situarlas en contextos dotados de significado, algo que se rompe con las nuevas tecnologías, pues estas serían anticontextuales. En este caso, los límites de cualquier narración son inexistentes porque el contexto lo comprende todo, porque no hay ejes temporales ni espaciales, porque el texto no es estático ni tiene orden sintáctico, y lo que podríamos denominar el logro lateral, horizontal, pone en peligro la profundidad, lo vertical:

> mi gran temor es que, como cultura y como especie, nos estamos convirtiendo en seres superficiales; que hemos huido de la profundidad –de la premisa judeocristiana del misterio insondable– y que nos estamos acostumbrando a la seguridad prometida de una vasta conectividad lateral. Estamos renunciando a la sabiduría, cuya consecución ha definido durante milenios el núcleo mismo de la idea de cultura; a cambio, nos estamos adhiriendo a la fe en la red[16].

Una argumentación similar se puede leer también en autores académicos. Por citar un ejemplo europeo, sería el caso del filólogo Raffaele Simone. Su argumentación es que, tras las invenciones de la

---

[15] Sven Birkerts, *Elegía a Gutenberg. El futuro de la lectura en la era electrónica,* Madrid, Alianza, 1999, pp. 181 y 110 respectivamente.

[16] *Ibidem,* p. 293.

escritura y de la imprenta, estamos llegando a una tercera fase, cuya característica inmediata es la pérdida de importancia de la lectura, pues lo que sabemos ya no procede exclusivamente de lo escrito, sino que podemos haberlo visto o escuchado. O dicho de otro modo, el verbo leer tiene hoy otro significado porque no solamente leemos cosas escritas. Por tanto, hay un nuevo medio que permite otro modo de conocimiento, el cual lógicamente influye en los mensajes que transmite y en la mente de quien los recibe o descifra. El corolario es no solo que el libro deja de ser el principal emblema del saber, sino que con su erosión se pierden determinadas formas de conocimiento, que eran más avanzadas. Al fin y al cabo, mirar es fácil y leer exige un mayor esfuerzo:

> hemos pasado gradualmente de un estado en el que el conocimiento evolucionado se adquiría sobre todo *a través del libro y la escritura* (es decir, a través del ojo y la visión alfabética o, si se prefiere, a través de la inteligencia secuencial), a un estado en el que este se adquiere también –y para algunos principalmente– *a través de la escucha* (es decir, el oído) o la *visión no-alfabética* (que es una modalidad específica del ojo), es decir, a través de la inteligencia simultánea. Hemos pasado, así pues, de una modalidad de conocimiento en la cual prevalecía la linealidad a otra en la que prevalece la simultaneidad de los estímulos y de la elaboración[17].

Esa simultaneidad, por otra parte, va en perjuicio de la información y el conocimiento estructurados, algo propio de la cultura escrita. Ahora predomina una elaboración *no proposicional,* es decir, no contextualizada, no referencial, una masa amorfa de contenidos que viaja en nuevos soportes ilimitadamente modificables. A juicio de Simone, se trata de un cambio fundamental que nos devolvería a situaciones más «primitivas» en la forma de conocer, dado que estamos mermando la visión alfabética, cuyo soporte emblemático es precisamente el texto. Es decir, existiría una jerarquía natural en lo relativo a este asunto, de modo que la lectura estaría en el escalón superior y el habla y la escucha en los inferiores. Es más, ese orden respondería a un contexto social y a una evolución humana. Leer, señala Simone, es un determinado acto de inteligencia, una de sus

---

[17] Raffaele Simone, *La Tercera Fase. Formas de saber que estamos perdiendo,* Madrid, Taurus, 2001, p. 37.

formas, con lo que la pérdida de la una implica necesariamente el declive de la otra, pasando de lo secuencial a lo simultáneo. Por supuesto, si lo escrito queda disminuido, se contrae la importancia del libro y se degradan sus formas más idealizadas, entre ellas y sobre todo la literatura[18].

Se puede decir, pues, de muchas maneras, pero todos estos autores deploran lo mismo: el espacio digital jamás nos proporcionará las vibraciones y las resonancias intelectuales que el texto escrito nos procura. La pregunta es, pues, si realmente somos o vamos encaminados a ser una sociedad de la distracción, de la trivialidad, de la interrupción, si nos convertiremos en saltamontes digitales, o si esas críticas responden a los mismos planteamientos maximalistas que ya se vivieron con el auge de la televisión. Con la diferencia sensible de que ahora se lee y se escribe más que nunca. Ahora bien, ¿quizá es que leer tiene ahora otro sentido? Seguramente es así, es decir, existe un cambio entre el papel y la pantalla y es lógico, en consecuencia, que la forma de apropiarnos de esos contenidos varíe cuando lo hace el soporte que los contiene. ¿Nos vuelve más estúpidos, nos embrutece? Si eso fuera así se habría constatado ya entre quienes más tiempo pasan conectados, bien sea por distracción o por interés tecnológico o analítico. ¿Existen esas víctimas «superficiales»? No lo parece, al menos entre los estudiosos y creadores digitales, cuyas contribuciones no se puede decir que sean triviales. Por otra parte, a pesar de las remisiones que estos críticos realizan a distintos especialistas en la materia, no parece que haya estudios concluyentes según los cuales internet degrade nuestra habilidad lectora. Otra cosa bien distinta es que lo sintamos así y expresemos nuestro malestar.

De hecho, hay otros muchos autores que sugieren todo lo contrario o que al menos no expresan los mismos temores, pues sostienen que nuestras habilidades cognitivas aumentan, no se embotan. Para ellos, los argumentos en contra de internet son los mismos que se usaron cuando apareció la imprenta, idénticos a los que se expresaron cuando aparecieron la radio, el cine, la televisión o los videojuegos. Y, además, carecen de fundamento, porque no hay ninguna prueba científica de esa degradación cognitiva, sino todo lo contrario. Así, quienes defienden la estupidez digital presuponen que los nuevos medios no cumplirán los objetivos que sí ha consumado la alfabetización. Y esto se basaría en tres creencias discutibles: que el

[18] Alvin Kernan, *La muerte de la literatura,* Caracas, Monte Ávila editores, 1996.

pasado reciente fue un apogeo glorioso e insustituible del logro intelectual; que el presente solo se caracteriza por cosas tontas y no por experimentos nobles, y que no podremos regular la abundancia de internet como sí se hizo con la cultura impresa. Pero ni el pasado es tan áureo ni el presente es tan desastroso, y más cuando podemos sostener que la red, de hecho, restablece la lectura y la escritura como actividades centrales de nuestra cultura. Lo que ocurre, pues, es que estamos desorientados, que no es fácil vivir en una revolución de esta magnitud, con unos soportes que cambian completamente el paisaje al que estamos habituados[19].

3

Demos de nuevo un paso atrás. Todos estos críticos de las nuevas tecnologías, cuya denuncia fundamental es la degradación de la lectura y sus efectos perniciosos, citan y se extienden sobre los antecedentes de esa queja contemporánea. También lo hacen aquellos que se les oponen, quienes les acusan de neoluditas. En todos los casos, aunque utilizándolo a favor de la propia causa, el recorrido se inicia con el *Fedro* de Platón, donde Sócrates relata lo sucedido a Thamus, rey de todo Egipto, a quien va a visitar Theut, nombre de la divinidad misma. Este le presentaba al soberano sus distintas artes con la finalidad de demostrarle las bondades que se derivarían de difundirlas entre su pueblo. Al llegar a la escritura, alega que hará a los egipcios «más sabios y más memoriosos», pero el rey le señala que ha olvidado sus efectos perniciosos: «producirá olvido en las almas de quienes lo aprendan, pues, por confiar en la escritura, dejarán de ejercitar su memoria y recordarán de forma externa, por marcas extrañas, y no desde el interior y por sí mismos». Para el rey, la escritura no era remedio que pudiera sustituir a la memoria, sino al hecho de recordar, cuya consecuencia sería hacer de la apariencia el sustituto de la verdadera sabiduría. Tendremos así gentes muy informadas, que conocerán

---

[19] Steven Pinker, «Mind Over Mass Media», *The New York Times*, 10 de junio de 2010. Entre sus obras, la más reciente es *El mundo de las palabras: una introducción a la naturaleza humana,* Barcelona, Paidós, 2007; Clay Shirky, «Does the Internet Make You Smarter?», *The Wall Street Journal*, 4 de junio de 2010. Véase asimismo su *Cognitive Surplus: Creativity and Generosity in a Connected Age,* Nueva York, Penguin, 2010. Otro ejemplo entre nosotros sería el de Germán Gullón, *El sexto sentido: La lectura en la era digital,* Vigo, Editorial Academia del Hispanismo, 2010.

muchísimas cosas y, sin embargo, nada sabrán por no haber recibido enseñanza, añade el monarca. Sócrates y Fedro coinciden en asumir las lecciones del rey tebano, rechazando que de lo escrito se origine algo seguro y estable. A diferencia de la oralidad, el texto calla cuando es preguntado, de modo que solo sirve para recordar lo ya sabido y, una vez hemos escrito, «rueda por todas partes, lo mismo entre los entendidos que entre aquellos a quienes no les concierne nada, y no sabe reconocer a quiénes debe dirigirse y a quiénes no»[20].

Aunque la distancia sea excesiva, el diálogo platónico es relevante porque expone lo ocurrido en un momento de trastorno, como el actual, un momento en el que la disputa lo es entre el orden de la oralidad y el de la escritura. Para el filósofo griego, las letras son una marca extraña que impide el verdadero conocimiento, una simple imagen de lo auténtico, del discurso vivo y animado, de lo hablado y conversado. Casi como hoy, cuando lo dicho y dialogado imponen determinadas formas de escritura. Y casi como el texto digital, pues lo escrito es algo que rueda (como le ocurría al rollo) por doquier, sin jerarquizar ni discriminar, de forma más bien aleatoria, necesitado de una voz que le otorgue sentido al leerlo. Por supuesto, la defensa de la oralidad tenía que ver con sus funciones sociales, muy distintas de las que ahora le damos. El uso escolar, ligado al dominio de la retórica, se ha perdido, pero puede que no haya ocurrido lo mismo con su relación con los textos, eminentemente ritual. Quizá lo que se perdió con la aparición de la lectura silenciosa y solitaria esté reapareciendo de otro modo, buscando ahora el efecto, igualmente ritual, que produce en el lector la panoplia de elementos y recursos que se pueden incrustar en una página.

Pero no necesitamos retroceder tanto en el tiempo para recordar épocas de cambio en las que se discutió sobre las bondades de la escritura y de la lectura. Mucho de lo que hoy se dice sobre la lectura frente a la pantalla es muy semejante, como en parte he adelantado, a lo que se expuso desde que apareció el códice. Esa forma de leer en la que predomina lo discontinuo y lo segmentado, donde el fragmento se impone sobre el conjunto, recuerda a la primera aparición de los índices de los libros, cuando uno podía finalmente dedicarse a hojearlos y no tenía necesidad de seguir todo el rollo. Por

---

[20] Platón, *Fedro,* edición de Armando Poratti, Madrid, Istmo, 2010, pp. 207-209. Véase asimismo Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (eds.), *Historia de la lectura en el mundo occidental,* Madrid, Taurus, 1998.

supuesto, dado que los cambios son ahora mayores y van acompañados de múltiples desórdenes, tal semejanza morfológica es limitada, pero ello no impide que haya similares preocupaciones.

Por supuesto, fue el códice el que favoreció la lectura individual que conocemos y defendemos, una lectura silenciosa y trabajada, al permitir sostener un volumen en una sola mano y dejar libre la otra para escribir o comentar. Pero también produjo otras mutaciones, porque la visión panorámica que imponía el rollo dejaba paso a los fragmentos, a las páginas, que impedían la visión de conjunto y facilitaban la búsqueda y la consulta de partes determinadas, de nuevo en sacrificio de la totalidad. Ese fue el modelo que se acabó imponiendo, al menos hasta el siglo XVIII. ¿Se produjo entonces una revolución de la lectura?

Como ha señalado Roger Chartier, no existe una opinión coincidente en ese punto, aunque se suela admitir que la lectura tradicional, de tipo intensivo, dio paso a otra moderna, de tipo extensivo, ligada al consumo de ficción, al triunfo de las novelas[21]. La causa es asimismo conocida: el crecimiento exponencial de la producción impresa, con textos de todo tipo, desde el libro al periódico, desde el libelo al tratado, y la creación de nuevos espacios de lectura, como los círculos o los gabinetes que reunían a ilustrados y burgueses. Pero por encima de todo está la laicización y la desacralización de lo escrito, que llevarán al triunfo de la ficción, que ya no nos enloquece como le sucediera a Alonso Quijano, sino que es más real que la propia realidad que acontece a diario. Pero que tiene sus particularidades. Por ejemplo, la nueva identificación del lector con los textos y con sus héroes, que pasan a ser referentes morales, permitiendo identificaciones y apropiaciones libérrimas, entre cuyas consecuencias está la existencia perpetua del texto, con sus múltiples adaptaciones, y el triunfo del autor como figura emblemática.

Pero tanto en el setecientos como en la centuria siguiente ese uso de los textos y la proyección que hace el lector de la ficción provoca, como decíamos, desasosiego. El discurso sobre la lectura, ha insistido Roger Chartier, se medicaliza, hasta el punto de ser considerada una enfermedad que causa los peores efectos, desde obstrucciones intestinales y alteraciones nerviosas hasta la inmovilidad y la parálisis. La palidez y el abatimiento son síntomas, pues, de demasiada

---

[21] Roger Chartier, *Entre poder y placer. Cultura escrita y literatura en la edad moderna,* Madrid, Cátedra, 2000, pp. 179-217

lectura y abandono a placeres solitarios nada recomendables, algo que se observaría en quienes son más propensos a ese vicio, las gentes de letras, o entre los más débiles, las mujeres.

Tomemos, entre los muchos ejemplos disponibles, el *Diccionario de Teología* del abate Bergier, un destacado y prolífico polemista contra los ilustrados. Nicolas-Sylvestre Bergier publicó una primera versión de esa obra en 1788, dos años antes de su fallecimiento, pero el volumen se reeditó tanto en Francia como en otros países, entre ellos España, a lo largo del siglo XIX y con sucesivos añadidos que se fueron extrayendo de sus diversos escritos. Este teólogo definía allí las novelas como «historias fabulosas, que regularmente tienen por objeto describir el amor profano», que contribuían a la depravación de las costumbres. «El menor mal que producen estas obras –añadía– es el de disgustar a los jóvenes de toda lectura seria, formando en ellos un espíritu de falsedad, pintándoles los hombres y las pasiones muy diferentes de lo que son en realidad». Por tanto, no cabía sino exhortar a los padres «a que preserven cuidadosamente a sus hijos de la lectura de las novelas, representándoles sus funestas consecuencias». Más aún cuando el gusto desenfrenado por tales obras llegaba al extremo «que se ven muchas personas que ya no son capaces de soportar otra lectura»[22].

Esta no fue la opinión común entre los ilustrados, que mayoritariamente saludaron esa nueva lectura. Roger Chartier cita a Diderot y se extiende, con razón, sobre su elogio a Richardson, que triunfa entonces con sus novelas *Pamela* y *Clarisa.* Pero tampoco todos abrazaban esa nueva. Estando ya en circulación esas obras, el barón de Holbach escribió un tratado de la moral, fechado en 1776, en el que deploraba al hombre imprudente y depravado, sin virtud, a quien la lectura solo agrada si fomenta sus inclinaciones desarregladas. De ahí «tantas novelas de amor, tantos versos y producciones que, siendo su insustancialidad su menor defecto, forman el único estudio de los mundanos, sirviéndose de ellas para robustecer las inclinaciones más funestas al reposo de las familias y de la sociedad». Y algo similar, aunque con mayor templanza, hay en Voltaire, en una de cuyas cartas filosóficas, la dedicada a John Locke, exclama: «Dividid al género humano en veinte partes; diecinueve estarán formadas por trabajadores que no sabrán nunca que existió Locke».

---

[22] Abate Bergier, *Diccionario enciclopédico de Teología,* Madrid, Imprenta de Tomás Jordán, 1833, vol. 7, pp. 121-122.

En cuanto a los restantes, nos dice, «¿cuántos hombres se dedican a la lectura? Y entre los que leen, veinte leen novelas y uno solo estudia filosofía. El número de los que piensa es muy reducido y, además, no se preocupan de turbar al mundo»[23]. Son, en fin, críticas severas, porque suponen que las novelas son simple distracción, lectura prosaica que en nada puede igualarse a lo poético o, más aún, a lo científico, porque conocer no es dejarse llevar, recrearse en el mundo de la imaginación autónoma, desbocada. Eso es puro escapismo. Serán los románticos quienes invertirán los términos para calificar a lo prosaico de vulgar, otorgando a la imaginación una fuerza creadora de la que la razón y la geometría carecerían.

Así pues, ¿realmente es ahora cuando ha aparecido esa fragmentación lectora de la que se habla? ¿Es en la actualidad cuando sentimos que la información nos desborda, hasta el punto de perdernos y deslizarnos por ella sin profundizar? Hay un párrafo que ha sido citado en varias ocasiones y que vendría a desmentir el aserto anterior. Fue escrito poco antes de concluir el seiscientos, hacia 1685, por Adrien Baillet, un erudito francés entre cuyas ocupaciones estuvo la de bibliotecario en una colección privada. En el primer tomo de su *Jugemens des savans sur les principaux ouvrages des auteurs* incluye una advertencia al lector que se inicia del siguiente modo:

> Tenemos razones para temer que la multitud de los libros que aumenta cada día de una manera prodigiosa haga caer los siglos siguientes en un estado tan lamentable como la barbarie que resultó de la decadencia del Imperio romano, a menos que tratemos de prevenir este peligro separando los libros que hay que tirar o dejar en el olvido de aquellos otros que uno debe guardar, y dentro de estos últimos elegir aún entre lo que puede ser útil y lo que no lo es[24].

Para Baillet, la vida que Dios le ha concedido al ser humano es tan corta y son tantos los libros a leer que de ello se siguen necesariamente ese discernimiento y esa elección. Por tanto, concluía, es el método más corto y seguro para toda suerte de estudios y toda clase de perso-

---

[23] Paul-Henri Thiry, Baron d'Holbach, *La moral universal o Los deberes del hombre fundados en su naturaleza,* Madrid, Imprenta de José Collado, 1812, vol. I, p. 237; Voltaire, *Cartas filosóficas,* Madrid, Alianza, 1998, p. 98.

[24] La edición consultada es Adrian Baillet, *Jugemens des savans sur les principaux ouvrages des auteurs,* París, 1722, tomo I.

nas, y mientras no se advierta esa realidad los hombres vagarán sin descanso a falta de una guía que los conduzca en el laberinto del saber. Lo curioso, como han señalado los académicos de hoy, es que esa reiterada percepción de la sobreabundancia de escritos acabó por alimentar la composición de más libros, pero de un género particular: los florilegios, los compendios, las enciclopedias, etcétera. El corolario fue precisamente, como se podrá deducir, la aparición de un nuevo tipo de lectura y de manejo de la información, en los que la densidad y la variedad de las obras publicadas eran reducidas a unas pocas páginas que condensaban lo que otros autores habían desplegado en extenso. Ahora bien, además de esos compendios, apareció su contraparte, la lectura parcial. De hecho, aunque no se pueda asegurar con total certeza, el que en un libro aparezcan comentarios marginales que no son continuos, desde el principio hasta un lugar determinado, sino que salpican determinadas partes de un volumen, indicaría que el lector solo estaba interesado en partes específicas de una obra[25].

Hasta los lectores impenitentes han reconocido ese mismo hábito, al separar los libros imprescindibles de aquellos otros que no lo son o no se lo parecen. Ralph Waldo Emerson, la pasión central de cuya vida fue leer y escribir, mantuvo entre 1865 y 1870 una intensa correspondencia con un joven estudiante del Williams College, de nombre Charles Woodbury. En esas cartas le recomendaba que evitara los «libros con fragmentos de otros libros, los libros de segunda mano». «Yo los quemaría», añadía, porque «nadie puede seleccionar por ti los más bellos fragmentos de otro. Serán los más bellos para él… y punto». Su consejo era meridiano: «Construye tu propia cantera». Le recomendaba incluso insistir con lo que le pareciera irrelevante, porque su costumbre en esos casos era leerlo aún más profundamente, «hasta que es pertinente a mí y a lo mío». Pero no siempre era así, pues se daba cuenta de que algunos volúmenes no eran más que «puntos de una circunferencia» y lo lamentaba. «Somos demasiado educados y corteses con los libros», decía. «Por unas pocas oraciones áureas nos abocamos a leer todo un volumen de cuatrocientas o quinientas páginas»[26].

---

[25] Ann Blair, «Reading Strategies for Coping with Information Overload, ca. 1550-1700», *Journal of the History of Ideas* 64 (2003), pp. 11-28, en concreto p. 17. De esta autora y de este texto procede inicialmente la anterior cita de Baillet.

[26] Robert D. Richardson, *Primero leemos, después escribimos. El proceso creativo según Emerson,* México, Fondo de Cultura Económica, 2011, pp. 21-31.

Pero esa consulta por partes, ya fuera de forma indirecta en un florilegio o leyendo directamente determinados capítulos o párrafos de un libro, no es solo una costumbre ligada al conocimiento en general, forma parte también del proceso de investigación que conocemos desde antiguo. El arte de tomar notas, resumiendo y extrapolando en ocasiones los argumentos de un autor determinado, es algo que nos caracteriza como historiadores y que, a su vez, puede predicarse de otros muchos estudiosos[27]. En ese sentido, puede que hayamos leído un texto o un documento al completo, pero finalmente reducimos todo su contenido a unas líneas o a una cita textual, en la que condensamos aquello que consideramos más relevante. En otras ocasiones, continuamos haciendo lo mismo que los antiguos y picoteamos en una variada bibliografía de la que extraemos determinadas informaciones sin haber completado la lectura de esos volúmenes, porque los consideramos secundarios o irrelevantes para nuestro propósito. Y aún así, sabemos que queda mucho por leer y que hay cosas que irremediablemente tendremos que sacrificar. Es parecida o idéntica posición epistemológica a la que adoptamos al estudiar el pasado. Sabemos que es irrecuperable y que por muchos documentos que revisemos y por muchas obras a las que podamos remitir es imposible tener acceso directo a aquella realidad desaparecida. Solo tenemos fragmentos y con ellos hemos de reconstruir lo muerto y esfumado para siempre.

Keith Thomas, un historiador nacido en 1933, lo advirtió con claridad:

> La verdad es que me he convertido en una especie de dinosaurio. Hoy en día, los investigadores no necesitan leer laboriosamente los primeros libros impresos, de principio a fin. Solo tienen que escribir una palabra elegida en la base de datos adecuada para descubrir todas las referencias sobre el tema que están estudiando. Trato de consolarme con la reflexión de que van a ser menos sensibles al contexto de lo que encuentran y que ellos no van a hacer esos descubrimientos inesperados que uno obtiene de chiripa. Pero la triste verdad es que mucho de lo que me ha llevado toda una vida cons-

[27] Ann Blair, «The Rise of Note-Taking in Early Modern Europe», *Intellectual History Review* 20, 3 (2010), pp. 303-316. Asimismo, para este asunto y el anterior, véase su libro *Too Much to Know: Managing Scholarly Information Before the Modern Age,* New Haven, Yale University Press, 2010.

> truir, a costa de una penosa acumulación, ahora lo puede conseguir un estudiante moderadamente diligente en el transcurso de una mañana. Por otra parte, los historiadores de hoy ya no toman notas en hojas de papel. Tienen programas de computador para la presentación y la indexación[28].

En suma, siempre hemos hecho una lectura parcialmente fragmentaria, a veces incluso superficial, de los textos a nuestro alcance. No hay nada nuevo, pues, en la pantalla digital, excepto el peso que ha adquirido, ni en la forma en la que recuperamos la información, con la salvedad de que ahora se requieren unas habilidades que hemos de perfeccionar.

4

> La lectura no se desarrolló en una sola dirección: lo extensivo. Asumió muchas formas diferentes entre diversos grupos sociales en épocas distintas. Hombres y mujeres han leído para salvar sus almas, mejorar sus costumbres, reparar máquinas, seducir a sus amores, enterarse de los acontecimientos actuales y sencillamente divertirse. En muchos casos, sobre todo entre el público de Richardson, Rousseau y Goethe, la lectura se volvió más intensiva, no menos. Pero el final del siglo XVIII en efecto parece representar un punto de inflexión, una época en la que más material de lectura fue asequible para un público más amplio, cuando se puede ver el surgimiento de una masa lectora que creció hasta alcanzar proporciones gigantescas en el siglo XIX con el desarrollo del papel hecho a máquina, las prensas de vapor, el linotipo y la alfabetización casi universal. Todos estos cambios abrieron nuevas posibilidades, no porque disminuyera la intensidad sino porque incrementaron la variedad[29].

Robert Darnton captó de ese modo y a la perfección lo ocurrido hacia finales del setecientos, con el aumento de lectores y la mayor

---

[28] Keith Thomas, «El arte de tomar notas», *El Malpensante* 114 (2010), pp. 40-47 [http://www.elmalpensante.com/index.php?doc=display_contenido&id=1717].

[29] Robert Darnton, «Primeros pasos hacia una historia de la lectura», incluido en su recopilación *El beso de Lamourette. Reflexiones sobre historia cultural,* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010, pp. 165-199, en particular la página 177.

circulación de lo impreso. Además, lo importante no es tanto si hubo o no determinados cambios y si estos adquirieron la forma de una evolución lectora, con unos hábitos extensivos[30]. De lo que no cabe duda es de que el contexto cambió y que aparecieron formas de apropiación de los textos que no eran habituales y que, precisamente por su infrecuencia o por su novedad, causaron perplejidad y cierto desasosiego. También Roger Chartier ha insistido en reiteradas ocasiones en que esas quejas, esa medicalización del lector, no abonan necesariamente la tesis de una revolución, sino más bien el hecho de que desde entonces, y por las razones aludidas, se movilizaron distintas formas de lectura, dando lugar a la existencia de una pluralidad de prácticas[31].

Por tanto, ¿qué sentido tiene la diatriba que hoy podemos leer en autores como Carr o Birkerts? Si entendemos que el entorno digital ha modificado de nuevo el modo de circulación de lo impreso, permitiendo distintas formas de apropiación, podemos concluir que las posiciones apocalípticas expresan una lógica perplejidad: «la lección de la investigación histórica es que el cambio trae complejidad y una metáfora apropiada para el cambio social será multidimensional y desorientadora como desorientador seria un modelo de algo real de haberlo vivido»[32]. A su vez, todos esos estudiosos ponen de relieve un asunto de la mayor importancia. Para matizarlo quizá fuera conveniente señalar otros dos aspectos fundamentales. El primero se refiere a la importancia de la escritura y a su función imperial, monopolizadora del conocimiento. El segundo trata de cómo esta nos afecta cognitivamente, a través de la lectura, en tanto se trata de una tecnología, algo no natural, pero que como tal nos constituye como seres humanos. En ese sentido, podríamos comprender algunos de los efectos que supuestamente nos estaría produciendo la pantalla digital.

Reparemos en la primera cuestión. Como hemos visto, superadas las primeras reticencias que los defensores de la oralidad achacaban a lo escrito, los textos comenzaron su reinado en todos los sentidos.

---

[30] Sobre esa revolución, véase Reinhard Wittmann, «¿Hubo una revolución en la lectura a finales del siglo XVIII?», en Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (eds.), *Historia de la lectura en el mundo occidental,* cit., pp. 435-472.

[31] Roger Chartier, *Entre poder y placer. Cultura escrita y literatura en la edad moderna,* cit.

[32] James O'Donnell, *Avatares de la palabra. Del papiro al ciberespacio,* Barcelona, Paidós, 2000, p. 37.

No fue un proceso rápido, aunque la imprenta lo favoreciera, pues durante muchos siglos compitió con lo visual o lo oral, aunque con distinta intensidad según las culturas y costumbres a las que hagamos referencia. Los campesinos, por ejemplo, siguieron fiando buena parte de sus conocimientos e impresiones a la tradición hablada o a las imágenes que veían, ya fueran en las iglesias, en la calle o, más adelante, en folletos y pasquines. Finalmente, no obstante, eso cambió. Ello en un doble sentido: por un lado, porque lo escrito es lo impreso, presentado como el epítome de la civilización, del conocimiento, del saber; por otro, porque por extensión todo es escritura. Jacques Derrida lo anotó con intuición:

> Ahora bien, merced a un lento movimiento cuya necesidad apenas se deja percibir, todo lo que desde hace por lo menos unos veinte siglos tendía y llegaba finalmente a unirse bajo el nombre de lenguaje, comienza a dejarse desplazar o, al menos, resumir bajo el nombre de escritura. Por una necesidad casi imperceptible, todo sucede como si, dejando de designar una forma particular, derivada, auxiliar, del lenguaje en general (ya sea que se lo entienda como comunicación, relación, expresión, significación, constitución del sentido o pensamiento, etc.), dejando de designar la película exterior, el doble inconsistente de un significante mayor, el significante del significante, el concepto de escritura comenzaba a desbordar la extensión del lenguaje[33].

Eso, en efecto, explicaría por qué se le concede tanta importancia a la muerte del libro, que en este caso vendría causada por la nueva lectura, incapaz de atenderlo en su materialidad y en sus instrucciones. Si solamente leemos fragmentos ya no necesitaríamos del libro, atacado además por la mutación de los soportes. Pero habría otra razón. Dado el carácter monopolístico de lo impreso, si ahora la escritura es digital puede heredar los mismos rasgos que hasta ahora le hemos concedido, con lo que no solo es que todo el programa cibernético sea un campo de escritura, como afirma el filósofo francés, sino que por eso mismo puede reinar sin rival. Con una salvedad: este reino, como ya sabemos, nos devuelve a la proliferación de lenguajes, pues lo escrito está ahora, o puede estarlo,

---

[33] Jacques Derrida, «El fin del libro y el comienzo de la escritura», en *De la gramatología,* México, Siglo XXI de México, 1971, pp. 11-12.

atravesado por lo visual o lo sonoro, es hipertextual. He aquí, pues, un primer desorden para comprender la desazón de tantos analistas.

Vayamos ahora al segundo de los aspectos señalados. Si hay innumerables estudiosos, desde distintas disciplinas o perspectivas, que deploran los efectos que tendría la lectura digital es porque, en última instancia, la escritura no es natural, es una tecnología. Puede que, al habernos acompañado durante tantos siglos, nos sea difícil advertir tal obviedad, pero podemos reparar fácilmente en ello si observamos los enormes costes (en esfuerzo personal e inversión económica) que supone enseñar a quien no sabe manejarse con las palabras: «la letra con sangre entra», se solía decir. Por eso, indicaba Walter J. Ong, la escritura es algo completamente artificial y bastante tardío en nuestra evolución, pues no podemos aseverar que escribimos «naturalmente», al menos en el sentido de que sí podemos decirlo del habla oral. Ahora bien, como toda tecnología, la escritura nos cambia y nos ha cambiado históricamente, no solamente porque afecta a la forma de expresarnos con la palabra hablada, sino porque antes de eso o en consonancia transforma también nuestra vida interior, nuestra conciencia; diríamos incluso que hace emerger esta última en el sentido moderno. Nos aleja de lo inmediato, de lo oral, y nos permite comprenderlo y verbalizarlo o rescribirlo de otro modo[34].

Muchos han entendido, en determinados contextos y como consecuencia de cambios concretos, que ese proceso degradaba al individuo al alterar modelos previos, firmemente establecidos. Pero la cuestión es que lo artificial forma parte de nuestra condición natural como seres humanos, es decir, no es algo ajeno, sino que nos ha acompañado siempre permitiéndonos mejorar. Entonces, si el alfabeto no nos ha matado, como en algún caso se llegó a decir, por qué nos ha de afectar tan negativamente esta otra tecnología, la digital. Por supuesto, lo que sí hace es perturbarnos, pudiendo alterar nuestra conciencia de las cosas, pero entonces también podemos plantearnos lo siguiente: si el paso de la oralidad a la escritura fue un avance en todos los sentidos, tanto en el plano individual, psíquico, como social; si lo fue asimismo la difusión de lo escrito con la imprenta, que permitió igualmente distintas e incuestionables mejoras; ¿no puede la tecnología digital beneficiarnos a pesar de todo? Se

---

[34] Walter J. Ong, *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra,* México, Fondo de Cultura Económica, 1997, p. 60. Es algo que ha estudiado con detalle otro helenista, Eric Havelock, *La musa aprende a escribir,* Barcelona, Paidós, 1996, pp. 19-39.

entiende, de todos modos, la preocupación, porque el modelo impreso con el que hemos vivido durante los últimos siglos tuvo entre sus logros, y no el menos relevante, el de la creación no ya del lector sino, con el tiempo, de un tipo concreto de lector. En ese sentido, muchas de las críticas obedecen a este punto, al hecho de que la tradición escrita, ya sea la de la literatura o la de la historia, nos ha acostumbrado a conectar con el lector imaginario, que es siempre el público de lo impreso, como ha afirmado el citado Walter J. Ong, mientras que los cambios digitales nos dejan expuestos, sin saber cuál es la intertextualidad a la que debemos remitir nuestros escritos. Por supuesto, si cambia el lector, y con esa alteración muda asimismo su conciencia, acabará modificándose también nuestro texto, pero también todas las estructuras anexas, económicas, sociales, políticas, etcétera. Más aún, de todo lo anterior somos conscientes gracias precisamente a las mutaciones que hoy vivimos: «Nuestra comprensión de las diferencias entre la oralidad y la escritura –señala Ong– nació apenas en la era electrónica, no antes. Los contrastes entre los medios electrónicos de comunicación y la impresión nos han sensibilizado frente a la disparidad anterior entre la escritura y la oralidad»[35]. Y, dicho sea de paso, este historiador escribió tales reflexiones antes de la explosión digital.

La cuestión de la lectura, pues, es un ejemplo de nuestras dificultades de adaptación al nuevo entorno, no el único ni quizá el más importante de todos ellos. Pero, en efecto, sirve para manifestar un doble problema. En primer lugar, uno de tipo cultural: todo lenguaje tiene un impacto fundamental en nuestra naturaleza y nos cambia, nos constituye desde el momento en que aparece, somos expresión de unos significados compartidos que nos han completado como personas; y cualquier cambio altera todo el conjunto. En segundo término, la tecnología produce una mediación cognitiva, puesto que sin duda alguna los instrumentos que poseemos pueden cambiar, y de hecho cambian, no solo lo que hacemos y la manera en la que lo observamos sino también la misma realidad pasada, la perspectiva desde la cual la abordamos. Si Twitter, Facebook y las tecnologías sociales en general modifican nuestros comportamientos e incluso contribuyen a alimentar movimientos masivos, también nos hacen ver de otro modo nuestro entorno y, al constituirnos culturalmente, nos obligan a interrogar al pasado en un sentido que puede ser inédito.

---

[35] Walter J. Ong, *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra,* cit., p. 12.

De esos dos aspectos se deduce una realidad multidimensional, compleja y desorientadora a partes iguales que, a pesar de ello, no impide reconocer en el pasado procesos similares a los que ahora estamos viviendo. Es decir, podemos conjeturar que asistimos a una consolidación de distintas modalidades de lectura, en las que conviven prácticas intensivas, extensivas y, finalmente, fragmentarias. Estas últimas son las que generan incertidumbre, desosiego y algunas críticas más o menos apocalípticas. Pero nada hace pensar, como tampoco ocurrió en otros momentos históricos, que se vayan a convertir en exclusivas y desplacen a las otras, las cuales cuentan con una larga tradición y unas virtudes cognoscitivas bien asentadas en nuestra tradición cultural y, por supuesto, en el mundo académico. Nadie aceptaría, por ejemplo, un acercamiento disciplinar a un texto que fuera así de rudimentario, inacabado, que despreciara su totalidad y reparara solamente en fracciones descontextualizadas. Tampoco quien disfrute con una obra de ficción se contentará con leer unos cuantos pasajes, abandonándolos de inmediato para ojear o examinar otros que pertenecen a una distinta. Y, a la vez, nadie defenderá que hemos de leerlo todo; lo sensato es admitir que habrá libros leídos fragmentariamente. Ya lo anunciaba Francis Bacon poco antes de concluir el siglo XVI en un aforismo muchas veces citado:

> Algunos libros son para probarlos, otros para devorarlos y algunos pocos para masticarlos y digerirlos; es decir, algunos libros son para leerlos solo en parte; otros para leerlos no con demasiado cuidado; y unos pocos para leerlos totalmente y con diligencia y atención. También algunos libros pueden leerse por delegación valiéndose de extractos hechos por otros; pero eso ha de ser en los temas menos importantes y en el tipo de libros más endebles, los demás libros destilados son como las aguas destiladas, insípidos[36].

Otra cosa es reconocer que los soportes digitales, así como su variedad y multiplicación, permiten acarrear contenidos que no son solo textuales y que, aun siéndolo, admiten incorporar otros modos de información y de conocimiento en los que no existe necesariamente la condición de obra cerrada, jerarquizada. Por el contrario, son literalmente obras abiertas, no solo en el sentido clásico, llevando al extremo la fundamental ambigüedad del lenguaje artístico,

[36] Francis Bacon, «De los estudios», en *Ensayos,* Buenos Aires, Aguilar, 1974, p. 198.

como diría Umberto Eco y ya temía el diálogo socrático, sino también en cuanto no tienen la forma habitual, fija y conclusa, con un principio, un fin y una materialidad irrevocables. Ahora bien, ambas realidades están interconectadas porque el proceso es semejante, aunque más radical. Haya o no una forma prefijada y acabada, y al margen del deseo del autor de que sea leída o vista de un determinado modo, siempre es el usuario el que decide la apropiación, la fruición, de acuerdo con sus prejuicios, su sensibilidad o su estado de ánimo. El hecho de que la página digital carezca de la materialidad impresa o permita el abandono inmediato no modifica el comportamiento que siempre se ha reservado el lector y, desde luego, no necesariamente nos embrutece, no nos hace más superficiales. Lo único que hace es abrir una nueva posibilidad de recepción, que se añade a las conocidas y que convierte en significativa una fórmula que hasta ahora era considerada banal. Porque, a la postre, la lectura fragmentaria ya la practicábamos con textos cuya única función era informativa, ya fueran catálogos o listas telefónicas. Como hemos visto, Raffaele Simone lamentaba que la linealidad hubiera dejado paso a la simultaneidad de los estímulos y de la elaboración y, en ese punto, todos podemos estar de acuerdo. Cosa bien distinta es deducir que el desarrollo de este tipo de inteligencia simultánea vaya a dominar en exclusiva y acabe por suponer la muerte del libro y de todo lo que representa.

Expuesto lo anterior, podríamos y deberíamos reconocer que el problema no es tanto el de la lectura, sino el de las causas que originan su fragmentación, ambas características del espacio digital. Una es, por supuesto, el tipo de soporte y lo que en él se puede incrustar, con la confusión entre lo leído, lo visto y lo escuchado, con distintas interacciones inéditas; una condición hipertextual que añade a lo anterior el hecho de vincularse con contenidos distintos y heterogéneos, todos ellos volátiles e inmateriales. Pero hay otra igualmente importante que remite a una característica de nuestra condición moderna, la del exceso de información, con lo cual no me refiero exclusivamente al ruido mediático sino a la proliferación de contenidos cognoscitivos que antes desconocíamos o evitábamos y que ahora no podemos ignorar. Como historiadores, o como humanistas, sabemos perfectamente cuál es el significado y cuáles son los problemas derivados de esta profusión de fuentes primarias y secundarias. La capacidad digital para hacer presentes, en parte o en todo, esos textos y reclamar nuestra atención a la hora de reflexionar sobre cual-

quier objeto puede llevarnos, en efecto, a combinar las prácticas de lectura clásicas con la fragmentaria. Ahora somos más conscientes que nunca de que aquello sobre lo que estudiamos no es novedad, que otros lo han abordado aunque sea parcialmente en otro lugar o que en sociedades distantes hubo gentes del pasado que vivieron experiencias semejantes a las que analizamos en nuestro entorno. Pero resulta imposible, por extenuante, abarcar esa complejidad.

No deducimos de lo anterior que nuestra práctica histórica vaya a empeorar, pero sí que hemos de reconocer que algunas cosas cambiarán significativamente haciendo distinto nuestro trabajo. A algunos, esa multiplicación de textos y contenidos puede llevarles a reafirmar la creencia positivista según la cual el pasado, la verdad evidentemente ocurrida, puede ser reconstruido y traído al presente de forma completa. Para otros, esa proliferación de fuentes vendría a reforzar el rechazo a tal ingenuidad, al ser más conscientes que nunca de nuestra imposibilidad de abarcar algo que, ya de por sí, es inabarcable, irrecuperable, imposible de ser reproducido para su observación y análisis. Y, en última instancia, puede incluso robustecer nuestra tarea, al menos en la medida en que a mayor ruido informativo se acrecienta por igual la necesidad de darle sentido, la exigencia de una interpretación que haga significativas acciones y procesos cada vez más embarullados.

Ahora bien, hay otro aspecto que debemos plantear: la perspectiva con la que abordamos nuestros objetos puede verse alterada con todo lo que ponen a nuestra disposición los nuevos medios digitales, por la forma en que podemos leerlo y tratarlo. Estamos acostumbrados, por ejemplo, a barajar una aproximación dual, micro o macro, y sabemos que ambas son relevantes y no excluyentes[37]. Es un signo de los tiempos que predomine lo global, lo universal, lo comparado, entre otras cosas porque nuestros medios son mejores que nunca y porque esas conexiones transnacionales nos preocupan como individuos e inquietan a las sociedades de las que formamos parte. Por añadidura, el medio digital favorece ese tipo de perspectiva, ese tipo de lectura. Pensemos no solo en el enorme depósito de datos e informaciones de todo tipo que nos proporciona internet, sino en las distintas aplicaciones que tenemos disponibles para manipularlos, técnicas que permiten analizar de otra forma vastos con-

[37] Justo Serna y Anaclet Pons, *Cómo se escribe la microhistoria. Ensayo sobre Carlo Ginzburg,* Madrid, Cátedra, 2000.

juntos de producciones sociales, económicas, culturales o literarias. Y tenemos ejemplos que así parecen indicarlo.

Siguiendo con lo que venimos tratando, Franco Moretti llama lectura a distancia (una *distant reading* por oposición a la *close reading*) a la práctica consistente en examinar cientos o incluso miles de textos de una sola vez. Nuestro trabajo, dice este filólogo, tiene límites evidentes que nos obligan a plantearnos cómo llevarlo a cabo y entre las soluciones no parece realista afirmar que la mejor sea leer más, pues es una tarea que se demuestra inagotable, que está destinada a poner de manifiesto nuestras carencias, lo que aún no hemos consultado. Si optamos por una «lectura directa», como suele defenderse, entonces hemos de arrostrar sus consecuencias, entre ellas la enorme reducción de lo que estudiamos. En el caso de los estudios literarios, pero también para la historia, eso supone manejar un canon muy reducido, con lo que hacemos un ejercicio teleológico, es decir, damos un «tratamiento muy solemne de unos cuantos textos que se toman muy en serio». ¿Por qué no subvertir esa perspectiva?: «sabemos leer textos, ahora aprendamos cómo no leerlos». Y concluye:

> La lectura distante, en la que la distancia, permítaseme repetirlo, es una condición para el conocimiento, nos permite centrarnos en unidades mucho menores o mucho mayores que el texto: recursos, temas, tropos; o géneros y sistemas. Y si entre lo muy pequeño y lo muy grande desaparece el texto en sí, bien, es uno de esos casos en los que es justificable decir que menos es más. Si deseamos comprender el sistema en su totalidad, debemos aceptar la pérdida de algo. Siempre pagamos un precio por el conocimiento teórico: la realidad es infinitamente rica; los conceptos son abstractos, pobres. Pero es precisamente esta «pobreza» la que hace posible manejarlos, y, por lo tanto, saber. Por eso menos es en realidad más[38].

Moretti no está defendiendo aquí una lectura fragmentada de los textos literarios ni de otros cualesquiera, pero de su mirada desde lejos resulta un proceso de reducción y abstracción que se plasma en una serie de objetos artificiales, denominados gráficos, mapas y árboles, que no serían posibles sin los medios digitales[39]. El propio Moret-

---

[38] Franco Moretti, «Conjeturas sobre la literatura mundial», *New Left Review* 3 (2000), pp. 67-68.

[39] Véase su *La literatura vista desde lejos,* Barcelona, Marbot, 2007.

ti defiende las humanidades digitales porque entiende que facilitan esa lectura alejada y porque, además, procuran beneficios cognoscitivos. Se trata, por un lado, de comprender que junto a los novelistas canónicos del siglo XIX hay otros muchos que son ignorados y que al lado de unas cuantas novelas ejemplares hay centenares y miles de obras que nadie ha estudiado. El entorno digital lo favorece porque funciona como una especie de telescopio, descubriéndonos cosas que estaban ahí y que antes prácticamente nadie había visto. Por otra parte, esa perspectiva ofrece cosas significativas al reparar en nexos no habituales, en interconexiones intelectuales, conceptuales, entre los objetos estudiados. Es un modelo explicativo, defiende, que se ha desarrollado con fortuna en la historia social. Y en ese sentido remite a la propuesta de historia comparada de Marc Bloch, a los trabajos de Fernand Braudel o a la economía-mundo de Immanuel Wallerstein, para indicar que en nuestra disciplina hemos reconocido que no abordamos solamente lo irrepetible, lo excepcional, que no defendemos una perspectiva ideográfica, sino que nos interesa asimismo lo cotidiano, la gran masa de actos y de hechos en los que se descompone el pasado. Por supuesto, esa idea de lectura distante, alejada, nos devuelve de nuevo a lo cuantitativo que es, en última instancia, la opción desplegada por este estudioso. Y por esa misma razón, la remisión a Bloch o Braudel, aun estando justificada, se queda corta, puesto que debería serlo a Durkheim y a Simiand, a su defensa de la comparación de los datos históricos y de la construcción de series de fenómenos con las que operar.

Es por esa razón por la que, como en el caso de la historia serial, este acercamiento a los textos literarios o a las fuentes históricas, esta lectura alejada de los objetos, adolece de los mismos defectos. Si la una desconoce al individuo y lo convierte en número anónimo sin reparar en sus actos y el significado que les otorga, Moretti propone un estudio de los textos que pasa por aprender a no leerlos, una preferencia por la explicación, por las formas y las estructuras profundas, antes que por la comprensión. Y no esconde lo que ello supone:

> la historia de la literatura se convertirá enseguida en algo muy diferente de lo que es ahora: se convertirá en algo de «segunda mano»; un rompecabezas con las investigaciones de otros, sin una sola lectura directa del texto. Aun así, sigue siendo ambiciosa, e incluso más que antes (¡literatura mundial!); pero la ambición es ahora di-

rectamente proporcional a la distancia con el texto; cuanto más ambicioso sea el proyecto, mayor deberá ser la distancia[40].

Es razonable, pues, señalar los riesgos de un acercamiento a los textos desde cierta negación de la lectura, sobre todo cuando se proclama que hemos de aprender a no practicarla, o a hacerlo de otro modo. Pero el problema no es absoluto, al menos en el plano cognoscitivo, es decir, no lo es si operar de este modo ofrece resultados significativos que se añaden, y no excluyen, otras fórmulas posibles. Mayores peligros se derivarían, en cambio, si consideráramos que esa propuesta no es inocente y que, más allá del autor que la practica, responde a una invasión o acometida desde el campo de las ciencias naturales o sociales, que de nuevo verían en las humanidades unas criadas proveedoras de hechos. En un contexto de crisis de las disciplinas humanísticas, a las que se les reprocha su escaso apego a la práctica y a la acción, recriminando su refugio en una jerga incomprensible e inútil, especulativa, puede que esa perspectiva juegue en contra de nuestros propios intereses, al menos en caso de generalizarse.

Ahora bien, con sus defectos y con las incertidumbres que genera, lo que me interesa señalar aquí es que se trata de un tipo de perspectiva favorecido por la digitalización. Y, como acabo de exponer, es en ese punto donde podríamos hallar los inconvenientes de una nueva lectura de los textos, pero admitiendo que esos problemas solo se materializarían si al abordar los objetos de este modo rechazáramos o elimináramos otro tipo de perspectivas, muchas de las cuales son imprescindibles y anteceden a la aplicación de una mirada distante[41]. Cuando uno lee a Franco Moretti advierte claramente que ese análisis de miles de novelas es posible porque antes o en paralelo tiene una comprensión cercana, intensa, del reducido canon que forman unas cuantas obras de ficción en un momento y un lugar dados. No aceptaríamos que hubiera perspectivas exclusivas, sino complementarias. Podemos alabar, por ejemplo, la propuesta microhistórica de Carlo Ginzburg, pero no ensalzaríamos

---

[40] Franco Moretti, «Conjeturas sobre la literatura mundial», cit., p. 67.

[41] La obra de Moretti ha sido ampliamente debatida. Véanse, por ejemplo, los textos contenidos en la revista *Critical Inquiry* 36, 1 (2009): el de Franco Moretti, «Style, Inc.: Reflections on Seven Thousand Titles (British Novels, 1740-1850)», pp. 134-158; la réplica de Katie Trumpener, «Paratext and Genre System: A Response to Franco Moretti», pp. 159-171; y la contrarréplica de Moretti titulada «Relatively Blunt», pp. 172-174.

que fuera la única; cabe encumbrar la obra y la fórmula de Fernand Braudel, aunque difícilmente las asumiríamos si fueran excluyentes. A la postre, está justificado lamentar el creciente auge de la lectura fragmentada que facilitan las nuevas tecnologías, pero conviene reparar en sus defectos y sus virtudes, admitiendo que los desperfectos cognitivos que pudiera producir solo se darían en el caso de que las prácticas a ella asociadas postergaran otras posibles. Pero no es una derrota reconocer, como señaló Jacques Derrida, que cuando se toca el libro trastocamos todo lo demás. «Si la forma del libro está en la actualidad, como es sabido, sometida a una turbulencia general, si parece menos natural, y su historia menos transparente que nunca, si no se puede tocarla sin tocar todo», entonces hemos de asumir sus consecuencias, entre las cuales ha de estar necesariamente otra mutación de la lectura[42].

[42] Jacques Derrida, *La diseminación,* Madrid, Fundamentos, 2007, p. 7.

IV. LA POÉTICA DE LA COLABORACIÓN
No hay nadie que de sabio no presuma

> He aquí lo que teníamos que decir sobre esta inmensa colección. Se presenta con todo lo que puede suscitar el interés por ella: la impaciencia que se ha mostrado por verla aparecer; los obstáculos que han retrasado su publicación, las circunstancias que nos han obligado a encargarnos de la misma; el celo con que nos hemos entregado a este trabajo, como si lo hubiéramos elegido nosotros; los elogios hechos a la empresa por los buenos ciudadanos; las ayudas innumerables de toda especie que hemos recibido; la protección que el gobierno nos debe y parece dispuesto a otorgamos; enemigos tanto débiles como poderosos que han procurado, aunque en vano, ahogar la obra antes de que naciera; finalmente, autores sin camarilla y sin intriga que no esperan de sus esfuerzos otra recompensa que la satisfacción de haber merecido bien de la patria. No comparamos este Diccionario con otros; reconocemos de buen grado que todos nos han sido útiles, y nuestro trabajo no consiste en desacreditar el de nadie. Al público que lee le incumbe juzgarnos; creemos que hay que distinguirlo del que habla.
>
> Jean Le Rond D'Alembert, *Discurso preliminar de la Enciclopedia*

1

Entre los acontecimientos recientes que han sido objeto de abundante tratamiento editorial están la invasión de Iraq en la primavera de 2003 y la guerra que de ella resultó. Escritores de todo tipo, incluyendo un buen número de periodistas, politólogos e historiadores, nos han explicado en los últimos años los precedentes, el desarrollo y las consecuencias de esa contienda, aportando infinidad de datos e interpretaciones. Sin embargo, hay un volumen que destaca por encima del resto, no porque su calidad sea excepcional ni porque ofrezca alguna referencia o disquisición que no podamos encontrar en otros, sino por sus características. La obra, aparecida en 2010, lleva un título que no conduce a engaño: *The Iraq War: A History of Wikipedia Changelogs.* Incluye, como se puede deducir, todos los cambios, las sucesivas ediciones que ha tenido ese artículo en la Wikipedia inglesa

desde que la entrada apareció por primera vez, en diciembre de 2004, hasta casi cinco años después, en noviembre de 2009. Las subsiguientes modificaciones indican que se ha editado en unas 12.000 ocasiones, lo cual se corresponde con unas siete mil páginas que el autor ha conseguido encajar en doce volúmenes.

Ese texto, por supuesto, puede ser interpretado de distintas maneras. Dado el perfil de quien la edita y atendiendo a sus características como *performance* –el volumen, de hecho, no se vende, no está hecho para circular, al menos de momento-, lo podemos entender como una actuación, una obra artística en la que su identidad viene dada por las acciones involucradas en su producción. Sería así ejemplo del texto digital, donde el lector o el usuario interaccionan hasta el punto de convertirse casi en autores, colaborando o interactuando con las intenciones que lo generaron. Salvando las distancias, es algo similar a lo que hizo la artista Rachel Khedoori entre 2008 y 2010 con una exposición titulada *The Iraq Book Project.* Se trataba de una compilación cronológica de los artículos de noticias que pudo localizar en internet buscando los términos Iraq, iraquí y Bagdad desde la fecha de la citada invasión, en la primavera de 2003. La muestra presentaba esa idea a través de gruesos volúmenes, más de sesenta, abiertos por la mitad sobre unas mesas dispuestas a media altura ante las que, en algunos casos, se disponían banquetas con ruedas, deslizantes. En cada uno de esos libros se recopilaban noticias de todo el mundo, traducidas al inglés e impresas de manera uniforme, con letra reducida, separadas por unos escuetos título, fuente y fecha. Por lo demás, el proyecto no estaba cerrado, dado que durante la exposición se continuaban recopilando y añadiendo noticias a esas obras. En este caso, se señalaba también el sentido colaborativo e inacabado, la imposibilidad de documentar totalmente algo que fluye de continuo, combinando además las muchas percepciones que un mismo fenómeno puede tener en distintas partes del mundo y en diversos momentos cronológicos. En última instancia, diríamos que desplegaba ante el lector un mundo excesivo, el de la abundancia de informaciones y descripciones referidas a un acontecimiento casi indescriptible, una guerra y sus reportajes infinitos; es decir, exponía la imposibilidad de procesar todos los datos que hoy tenemos sobre cualquier cosa, la incapacidad absoluta de saberlo y de leerlo todo por nosotros mismos.

Es una manera de entender esta propuesta, pero sus intenciones iban más allá, o al menos no eran las señaladas. Su voluntad mani-

fiesta era reflexionar sobre la historia y la historiografía. Por un lado, sobre la posibilidad de materializar la obsesión por los hechos que caracteriza nuestra cultura, de acumular, de archivar, de registrar hasta la extenuación. Por otro, sobre la necesidad de construir sistemas explicativos para manejar mejor todo ese océano de datos. Wikipedia, venía a decir, es la combinación parcial y novedosa de ambas aspiraciones, pues se trata de una herramienta enciclopédica con la que inscribimos todo lo que pueda ser mínimamente relevante o útil para el conocimiento humano, pero a la vez resulta ser un marco para descifrar la manera en la que es producido y comprendido, con toda su enorme variedad, sin una visión unívoca, que suele ser la de los vencedores o dominadores, con sus múltiples versiones, incluyendo lo que se admite y lo que se disputa, lo que queda consolidado y lo que se rescribe diariamente. Esa sería la nueva historiografía del presente, una forma múltiple y colaborativa de argumentar, disentir y acreditar hechos e interpretaciones. Por primera vez en la historia, «estamos construyendo un sistema que, tal vez por poco tiempo pero en funcionamiento ahora mismo, es capaz de registrar y hacer uso de todas y cada una de esas piezas de información infinitamente valiosas»[1].

2

Referirse a la Wikipedia supone retomar algunos de los asuntos que ya hemos abordado en los capítulos precedentes. Como tal, por ejemplo, remite directamente a esa necesidad que sintieron los lectores de disponer de extractos, resúmenes o compendios de las cosas conocidas y publicadas. Es obvio que se trata de uno muy particular, es una enciclopedia, y que, con ciertas y significativas diferencias, comparte los ideales que dieron lugar a estos repertorios. Responde como todas a la conciencia de la disparidad entre lo que podemos retener, lo que nuestra memoria nos permite manejar, y todo lo que sabemos que es conocido, una laguna que hemos de llenar con consultas múltiples y desperdigadas, incluso para las cosas más sencillas. Un repertorio ordenado de conocimientos cumple esa función al recopilar y disponer todo aquello que se considera digno de ser

[1] James Bridle, «James Bridle on Wikipedia's 10th Anniversary», *The Atlantic*, 15 de enero de 2011.

seleccionado para tal fin. Tal como se desarrolla en la modernidad, la enciclopedia tiene otras particularidades bien conocidas[2]. Democratiza el saber, por decirlo así, y lo hace en un doble sentido. Por un lado, lo subvierte al presentarlo alfabéticamente, sin conceder a determinadas entradas la preeminencia que la tradición, el poder civil o el eclesiástico les dispensaban. No era la única razón, por supuesto, ya que ese tipo de índice permitía organizar mejor el trabajo y facilitaba la consulta, apreciando la coherencia de la ciencia y las relaciones entre las diversas ramas del conocimiento. Por otro, afirma que la información no ha de quedar circunscrita a colegios, círculos o universidades, sino que ha de tener un carácter público, para que fluya sin barreras y pueda contribuir a la libre ilustración del individuo, sea lego o erudito. En ese sentido expone, además, un modelo basado en el intercambio de ideas y pareceres, en la discusión y el debate razonados: la enciclopedia es fruto de un esfuerzo de colaboración en la medida en que son muchos los autores que firman lo allí reunido, es un registro colectivo del saber; a su vez, lo promueve entre sus lectores, favoreciendo la controversia y el sentido crítico.

Por tanto, no podemos orillar ese hecho. Es decir, responde a la arraigada tradición según la cual es posible condensar el conocimiento y, a su vez, esa operación es representativa de un todo mucho más amplio e irreducible en su textualidad. Además, dado su volumen, remite a la necesidad de colaboración, de intercambio, y tiene el objetivo de permitir un acceso público a ese saber recopilado. No obstante, a pesar de las semejanzas que pueda haber entre el proyecto de Diderot y el de la Wikipedia, las diferencias son asimismo sustanciales[3].

De igual modo que asumimos que la idea de extracto o de florilegio forma parte de nuestra tradición intelectual, hemos de señalar que el formato digital que ahora adquieren tales compendios le es ajeno en varios sentidos. El primero y más decisivo, ya que informa a los demás, tiene que ver con la autoría, un aspecto que nos devuelve a lo ya señalado cuando abordamos los nuevos soportes por los que circula la información, aunque ahora se le asocia una nueva particularidad.

---

[2] Richard Yeo, *Encyclopaedic Visions: Scientific Dictionaries and Enlightenment Culture,* Cambridge, Cambridge University Press, 2001.

[3] Véase, por ejemplo, Dan O'Sullivan, *Wikipedia, the New Community of Practice,* Farnham, Ashgate, 2009.

La característica de la Wikipedia es, como se sabe, que los artículos no están firmados por alguien en particular, sino que son asumidos por la comunidad de usuarios que participan libremente en su redacción, de modo que de ello resulta un triple rasgo: son anónimos; disuelven la barrera entre conocimiento experto y lego; y no se cierran, sino que se actualizan continuamente. No volveré ahora sobre cómo el espacio digital altera el concepto de autor y de obra, solo constataré el modo en que lo refleja este tipo de enciclopedia.

Parte de eso ya estuvo entre las preocupaciones que tenían quienes emprendían un proyecto de este tipo en el setecientos. Una de ellas era la cuestión del autor, por ejemplo, en oposición al provecho público. Los debates sobre la propiedad literaria en el siglo XVIII se desarrollaron en torno a los conceptos opuestos de derechos de autor y de derecho público a la información. «Este último término encajaba bien con el ideal de la Ilustración de un conocimiento abierto –uno que tomaba a la ciencia (y a sus aplicaciones técnicas) como ejemplo inmejorable, ya que su avance requería de una comunicación libre y su valor descansaba en ser ampliamente conocido y eficazmente aplicado»[4]. Era una posición delicada, contradictoria hasta cierto punto, pues se apelaba a la necesidad pública cuando se resumían obras impresas y, en cambio, se defendían con ahínco los derechos de la propia enciclopedia frente a las ediciones que la pirateaban. El intenso trabajo realizado y el considerable capital invertido así lo exigían. De ese modo, utilizando en su provecho la legislación, se ensalzaba la libre circulación del conocimiento científico mientras se buscaba una manera de explotar su propiedad durante algunos años.

Esa disputa entre el reconocimiento de los derechos de un autor individual y la proclamación de un intercambio libre de ideas, saldada a favor del primero, ha dejado de existir con esta enciclopedia digital. Frente al modelo cerrado y centralizado, esta obra es gratuita y abierta, hasta el punto de que su universalidad se proyecta lingüísticamente, con casi tantas versiones como lenguas puedan existir. En el sentido que ahora tratamos, eso supone un cambio en la naturaleza del conocimiento, que se desplaza de lo individual a lo colectivo, de lo lineal a lo no-lineal, insistiendo en el carácter participativo. De ese modo, es como si finalmente se cumpliera de mane-

---

[4] Richard Yeo, *Encyclopaedic Visions: Scientific Dictionaries and Enlightenment Culture,* cit., p. 220.

ra radical la suposición de Michel Foucault cuando señalaba que «la función-autor no se ejerce de manera universal y constante sobre todos los discursos», prueba de lo cual sería que los textos no siempre han exigido una atribución clara. Para el filósofo francés, hubo un tiempo en que narraciones, cuentos, epopeyas, tragedias, comedias, todo lo que hoy tildamos de literario, «eran recibidos, puestos en circulación, valorados sin que se planteara la cuestión de su autor; su anonimato no presentaba dificultades, su antigüedad, verdadera o supuesta, era una garantía suficiente». En cambio, añadía, los textos que hoy llamaríamos científicos «no eran aceptados en la Edad Media, y no tenían valor de verdad, si no estaban marcados con el nombre de su autor». Todo eso cambió, o se vio invertido, entre los siglos XVII y XVIII:

> se empezaron a aceptar los discursos científicos por sí mismos, en el anonimato de una verdad establecida o siempre demostrable de nuevo; era su pertenencia a un conjunto sistemático la que los garantizaba, y no la referencia al individuo que los había producido. La función-autor se borra, el nombre del inventor no sirve, a lo sumo, sino para bautizar un teorema, una proposición, un efecto importante, una propiedad, un cuerpo, un conjunto de elementos, un síndrome patológico. Pero los discursos «literarios» no pueden ser aceptados si no están dotados de la función autor: a todo texto de poesía o de ficción se le preguntará de dónde viene, quien lo ha escrito, en qué fecha, en qué circunstancias o a partir de qué proyecto. El sentido que se le concede, el estatuto o el valor que se le reconoce dependen de cómo se responde a estas cuestiones. Y si, como consecuencia de un accidente o de una voluntad explícita del autor, nos llega un texto anónimo, en seguida el juego es descubrir al autor[5].

Siguiendo por ese camino, textos como los de la Wikipedia volverían a ser actos y no, como ha ocurrido en nuestra cultura, un producto, una cosa o un bien. Con una salvedad, la arqueología foucaultiana asigna el carácter de actos a los textos cuando estuvieron situados entre lo sagrado y lo profano, lo lícito y lo ilícito, lo religioso y lo blasfemo, una época que llega hasta el momento en que tuvieron autores reales, cosa que ocurrió cuando sus contenidos

[5] Michel Foucault, «¿Qué es un autor?», en Michel Foucault, *Entre filosofía y literatura,* Obras esenciales, vol. 1, Barcelona, Paidós, 1999, pp. 339-340.

podían ser transgresores y, en consecuencia, se podía castigar al responsable, con el resultado de que la trasgresión pasó a ser casi un imperativo literario. Pues bien, eso no ocurre hoy, pues la Wikipedia es simplemente un acto participativo en el que la función-autor se diluye y también la capacidad transgresora, la posibilidad por tanto de determinar un responsable si lo hubiere.

Ese acto, por otra parte, es obra de un productor-usuario (un *produsuario*[6]), sin que sea posible distinguir lo uno de lo otro, mediante el cual se establece una nueva relación entre creación, texto (más bien palimpsesto) y uso o consumo. Lo podríamos entender mejor si remitiéramos a la idea de Roland Barthes sobre la muerte del autor y añadiéramos a su referencia al lector esta otra, la del productor-usuario:

> De esta manera se desvela el sentido total de la escritura: un texto está formado por escrituras múltiples, procedentes de varias culturas y que, unas con otras, establecen un diálogo, una parodia, una contestación; pero existe un lugar en el que se recoge toda esa multiplicidad, y ese lugar no es el autor, como hasta hoy se ha dicho, sino el lector: el lector es el espacio mismo en que se inscriben, sin que se pierda ni una, todas las citas que constituyen una escritura; la unidad del texto no está en su origen, sino en su destino, pero este destino ya no puede seguir siendo personal: el lector es un hombre sin historia, sin biografía, sin psicología; él es tan solo ese alguien que mantiene reunidas en un mismo campo todas las huellas que constituyen el escrito[7].

Ahora bien, la Wikipedia no solo altera la función-autor y traslada al lector-productor-usuario el sentido de la escritura, sino que lo hace de manera imprevista, ya que el nuevo escribano (que no escritor) se distancia sustancialmente del autor tradicional, y no solo por el anonimato del que se reviste. Así, el acto de conocer y compendiar es protagonizado ahora por personas comunes, por la multitud, más que por académicos o profesionales, cuestionando un patrón social por el cual solamente la autoridad puede pronunciarse sobre las cuestiones de hecho. Por tanto, es algo que rompe con la tradi-

---

[6] El término aparece en Axel Bruns, *Blogs, Wikipedia, Second Life, and Beyond: From Production to Produsage,* Nueva York, Peter Lang, 2008.

[7] Roland Barthes, *El susurro del lenguaje,* Barcelona, Paidós, 2009, p. 82.

ción cultural y con todos los modelos previos, incluido el de la *Enciclopedia* de Diderot y D'Alembert. Este último lo explicitó en el discurso preliminar que escribió para abrir aquella obra: «El imperio de las ciencias y de las artes es un mundo alejado del vulgo, en el que todos los días se hacen descubrimientos, pero del que tenemos muchos relatos fabulosos. Era importante asegurar los verdaderos, prevenir sobre los falsos, fijar puntos de partida y facilitar así la exploración de lo que falta por encontrar». De ahí que, después de indicar sus pretensiones y el contenido de su enciclopedia, D'Alembert diga que solo le queda «nombrar a los sabios a quienes el público debe esta obra tanto como a nosotros» [8].

En la enciclopedia de hoy es el vulgo el que produce ese conocimiento y lo difunde, lo cual significa modificar el significado que damos a términos como experto y experiencia. Esto último remite a dos cosas que acaban por yuxtaponerse por su carácter sucesivo: por un lado, decimos que tenemos experiencia de algo porque lo hemos sentido, conocido o presenciado; por otro, asumimos que poseemos experiencia porque, como derivación de lo anterior, hemos desarrollado una práctica dilatada que nos otorga unos conocimientos o habilidades que otros no disfrutan y que nos facultan para hacer alguna cosa en particular; es decir, somos personas experimentadas, hábiles, expertas. Y así, desarrollando habitualmente esa actividad para la que tenemos una pericia especial, nos decimos profesionales, separándonos de quienes la pueden cultivar por simple inclinación o empeño, pero que no son profesionales, sino simples aficionados.

La Wikipedia nos convence de que también allí hay pericia y habilidad y de que el conocimiento no es patrimonio de aquel al que la sociedad otorga la categoría de experto. Y lo hace explicando de manera minuciosa sus propias epistemología y metodología, agregando un sinfín de reglas y procedimientos cuyo objetivo es doble: ordenar y jerarquizar el trabajo editorial; ofrecer un discurso persuasivo sobre la capacidad del modelo para generar información fiable y rigurosa. No es el momento de reparar en ello, pero el punto central es aquí la afirmación de que la verdad es fruto del diálogo. Al hacerlo así, impugnando las prerrogativas del experto, ese diálogo no necesariamente reproduce los temas tradicionales ni su jerarquía, sino que genera y difunde información diferente y de manera distin-

---

[8] Jean Le Rond D'Alembert, *Discurso preliminar de la Enciclopedia,* Barcelona, Orbis, 1984, pp. 112 y 120.

ta. Es decir, la novedad no es reducible al soporte digital en el que se desarrolla y se distribuye; lo que tiene de inédito o de disímil no deriva solamente de que aparezca en línea, de que el soporte sea numérico, sino de que presenta información sobre temas que no se incluirían en las obras impresas, con lo que da forma a conocimientos diversos y reconoce a personas que los dominan, que son expertos a su modo: «el diálogo en marcha se convierte en un argumento performativo que explica el tipo de cosas sobre las cuales uno puede ser un experto»[9]. Todos podemos estar versados, solo quedará fuera quien no posea los mínimos rudimentos informáticos o quien rechace las normas de funcionamiento que la comunidad se ha dado.

Por supuesto, eso es posible ahora y no lo ha sido con anterioridad por diversas razones, que una vez más no son reducibles al soporte material en el que se inscriben ese conocimiento y las informaciones que lo circundan. Esa es solamente una parte, una de las causas. En épocas precedentes, las posibilidades de alterar lo relevante o lo establecido estaban ciertamente limitadas. Frente al texto impreso, que soporta el saber y lo fija, quedaba la inscripción esporádica, ya fuera una pintada en un muro o una nota en el margen de un libro, o la voz, en manifestaciones o espectáculos, particularmente los carnavalescos. Ahora todos pueden tener acceso a ese amplio y cacofónico mundo para decir e inscribir textos, voces e imágenes. Lo característico de la Wikipedia no es que se haga sino que su realización lo sea de forma participativa, comunitaria, sumando en un espacio cambiante las ideas de un sinfín de individuos desconocidos. Ahora bien, esa materialización proviene de la combinación entre la emergencia de las nuevas tecnologías y los cambios propios de una sociedad industrializada, con ciudadanos alfabetizados que disponen o disfrutan de amplio tiempo libre y que ven en esas herramientas un espacio propio, que dominan y que pueden oponer a la generación que les precedió, marcada sobre todo por el libro y los medios audiovisuales.

Todo lo anterior nos perfila una imagen bastante precisa sobre el tipo de comunidad de la que estamos hablando. En ese sentido, a pesar de los muchos autores que han intentado con mayor o menor fortuna situarla en el contexto de los grupos que en el pasado estuvieron comprometidos con la difusión del conocimiento, la Wikipe-

---

[9] E. Johanna Hartelius, «Wikipedia and the Emergence of Dialogic Expertise», *Southern Communication Journal* 75, 5 (2010), p. 514.

dia no es como la república de las letras de antaño. La visión ilustrada del carácter enciclopédico del conocimiento no es precisamente la misma, por diversas razones. No lo es porque, como hemos visto, la Wikipedia discute la profesionalización del saber, valorando el colectivismo anónimo por encima el juicio individual reconocido, hasta el punto de que puede presentarse como antiintelectual. En consonancia con ello, tampoco pretende ofrecer «el orden y la correlación de los conocimientos humanos», como señaló D Alembert, ni establecer los principios generales de toda ciencia o arte para después desplegar los detalles más esenciales que los constituyen. La república ilustrada, por eso mismo, era cerrada. Aunque proclamaba la igualdad y medía a sus integrantes por su dominio de la lectura o de la escritura, excluía a los más desfavorecidos e incluso a aquellos que, disponiendo de ciertas aptitudes, no podían romper ese círculo de excelencia y se tenían que conformarse con malvivir redactando textos libertinos o maliciosos. La Wikipedia es abierta y, en última instancia, consagra el culto al aficionado[10]. En suma, aparecen nuevos enunciados sobre el conocimiento enciclopédico:

> el conocimiento es disputado; a menudo no podemos llegar a un acuerdo o compromiso, de modo que las representaciones finales se hacen a expensas de otros; los artículos de una enciclopedia son tanto políticos como científicos o, más exactamente, la comunidad científica es política. Si bien la idea de que es posible adoptar una posición objetiva o neutral –una que supuestamente describa varias posiciones sin tomar partido- es antigua, hay una diferencia cualitativa (y cuantitativa) al tener múltiples voces que compiten dentro de la enciclopedia. Cualquiera que sea su posición, un punto de vista particular siempre lucha con su propia singularidad. En los anteriores paradigmas enciclopédicos –en los que no había discusión- tales enunciados simplemente no existían y, por tanto, el conocimiento se representaba de una forma menos problemática, menos compleja, de manera unidimensional[11].

---

[10] La posición más radical en este sentido es la de Andrew Keen, *The Cult of the Amateur: How Today's Internet is Killing Our Culture,* Nueva York, Doubleday, 2007. Wikipedia sería, a su juicio, un ejemplo del bosque digital de mediocridad que nos invade.

[11] Nathaniel Tkacz, «Old discourse, new object: Wikipedia», en Ian Morley (ed.) *The Value of Knowledge,* Oxford, Inter-Disciplinary Press, 2007, p. 63.

¿Cuáles son las diferencias y las semejanzas entre la Wikipedia y el proyecto de Diderot y D'Alembert? Salvando las distancias, claro está. Ambas, podría decirse, comparten las mismos ideales de difusión del conocimiento y de liberarlo de quienes lo controlan, utilizando para ello un modelo que en sendos casos acopia múltiples contribuciones. Esa voluntad tiene hoy idéntica fuerza y es igualmente subversiva, al menos si tenemos en cuenta que se opone a unos conocimientos muy profesionalizados, con disciplinas bien establecidas, y que lo hace a través de una empresa que se dice abierta y democrática. Con la consecuencia de que, al impugnar de algún modo el saber institucionalizado, incurre en errores o manipulaciones, es decir, es mucho más inconsistente y vulnerable. Las gentes de letras que redactaron la *Encyclopédie* poco tienen que ver, pues, con los colaboradores anónimos y aficionados de la Wikipedia, ni el modelo de Diderot era una simple amalgama de artículos. En el siglo XVIII se quería dibujar el árbol del saber y su orden era razonado, mientras que la Wikipedia es una simple miscelánea de textos ciertamente muy desiguales. Finalmente, el contexto tan disímil hace que la actualización constante de hoy quede muy alejada de las posibilidades de los enciclopedistas franceses que, a lo sumo, podían expresar «la satisfacción interior de no haber omitido nada y de cumplir nuestros propósitos; una de las pruebas que aportaremos es que algunas partes de las ciencias y de las artes han sido vueltas a hacer hasta tres veces»[12]. Eso sí, las dos iniciativas comparten algo: de ninguna de las dos se puede decir que sean plenamente revolucionarias, más bien hacen posible el cambio, hacen posible imaginarlo, pensarlo.

3

Muchos años antes de que apareciera la Wikipedia, Robert Darnton escribió que la *Encyclopédie* de Diderot y la posterior *Encyclopédie méthodique* de Panckoucke compartían una misma fe: la razón. A pesar de sus desacuerdos, ambas obras estaban construidas sobre la creencia de que el mundo estaba compuesto «por fuerzas que podían percibirse, traducirse a principios básicos y ordenarse coherentemente en la mente humana». Ese universo podía reproducirse en un solo libro, precisamente porque no era «una confusión llena de zumbidos

[12] Jean Le Rond D'Alembert, *Discurso preliminar de la Enciclopedia,* cit., p. 120.

y en estallido constante»[13]. En cambio, esa es la imagen que tenemos de la enciclopedia de nuestro tiempo. Así lo parece al menos.

A finales de febrero de 2007 *The New York Times* publicó una curiosa noticia, algo que podría haber ocurrido en cualquier otra parte del mundo. Este suceso concreto tuvo lugar en un *College* norteamaricano, en la clase de historia japonesa, cuando media docena de estudiantes aseveraron en los exámenes que los jesuitas habían apoyado la rebelión de Shimabara en el Japón del siglo XVII. ¿Cómo era posible que dijeran eso, teniendo en cuenta sobre todo que los jesuitas, que eran pocos y cuya única preocupación era ocultarse, no estaban en condiciones de apoyar ninguna revolución? El docente resolvió la incógnita de inmediato: la información provenía de Wikipedia, una de las fuentes que los estudiantes habían utilizado para estudiar la materia. No era nada nuevo, porque el departamento de historia, como muchos otros en diversos lugares, ya había detectado desde hacía tiempo, aunque sin mayor preocupación, que los estudiantes citaban la Wikipedia como referencia en sus trabajos. Pero una cosa era permitir esa práctica y otra bien distinta aceptar que el contenido de esa enciclopedia pasara a ser fuente de autoridad para preparar un examen. Así pues, el departamento decidió comunicar a sus estudiantes que en lo sucesivo no podrían «citar la Wikipedia, ni ninguna fuente similar que pueda aparecer en el futuro», una prohibición con la que esperaban evitar ese tipo de errores y sus consecuencias. Es decir, no censuraban su consulta, cosa que habría sido inútil, sino que la pusieran al mismo nivel que el conocimiento académico, fuera oral o impreso.

Pero, ¿qué es exactamente la Wikipedia?, ¿merece nuestra condena más severa? Según su propia definición, es «un proyecto para escribir comunitariamente una enciclopedia libre en todos los idiomas», una iniciativa «que todos pueden editar» y que se articula en torno a tres principios fundamentales: «es una enciclopedia, entendida como soporte que permite la recopilación, el almacenamiento y la transmisión de la información de forma estructurada»; «es un wiki, por lo que, con pequeñas excepciones, puede ser editada por cualquiera»; y «es de contenido abierto»[14]. O se puede decir de otro

---

[13] Robert Darnton, *El negocio de la Ilustración. Historia editorial de la* Encyclopédie*, 1775-1800,* México, Fondo de Cultura Económica, 2006 [1979], p. 499.

[14] Para este y otros puntos, véanse http://es.wikipedia.org/wiki/Wikipedia:Acerca_de; http://es.wikipedia.org/wiki/Wikipedia y http://es.wikipedia.org/wiki/Wikipedia:Los_cinco_pilares.

modo, exponiendo sus cinco pilares: Wikipedia es una enciclopedia; Wikipedia busca el punto de vista neutral; Wikipedia es de contenido libre; Wikipedia sigue unas normas de etiqueta; y Wikipedia no tiene normas firmes. De todos esos elementos, cada uno de los cuales tiene su particular importancia para explicar el éxito obtenido, el primer aspecto relevante es que se trata de un modelo en el que los artículos son desarrollados por numerosos autores, es decir, por una comunidad, siendo producto de una colaboración en masa.

¿Es realmente una novedad? Por supuesto, no es un mecanismo inédito, puesto que la investigación científica también utiliza ese mismo procedimiento[15]. Es cierto, no obstante, que ha sido algo relativamente escaso hasta bien avanzado el siglo XX, pero en la actualidad es mayoritario en determinadas áreas, como las ciencias naturales. Además, el ejemplo ha cundido por imitación y se ha extendido por otros campos, en particular en las ciencias sociales y, en menor medida, en las humanas. En la historia, por ejemplo, ese modelo es particularmente irrisorio. Reconozcamos, pues, que en las disciplinas humanísticas es más común el esfuerzo solitario, hasta el punto de que es casi uno de sus mitos. Más aún, muchas de las presunciones que hemos heredado sobre cómo funciona la ciencia proceden de esa imagen individualista. Aunque, bien pensado, no es así totalmente. Los historiadores extraemos la información de las fuentes que manejamos, por supuesto -como dijeron Langlois y Seignobos, trabajamos con documentos-, pero ni nosotros ni los otros académicos lo obtenemos todo de la observación directa o indirecta, sino que acudimos a otros, a aquellos que antes o ahora han estudiado lo que nosotros pretendemos investigar o a quienes, sin tratar nuestro mismo asunto, nos ofrecen perspectivas interesantes que nos abren fructíferas vías de penetración en la realidad o en el pasado. El esfuerzo colectivo, por tanto, es el del grupo, no porque colaboremos en exceso entre nosotros. A pesar de que nuestro saber procede de la reunión de lo que otros han dicho y escrito, el empeño en la lectura, la revisión y la interpretación lo realizamos individualmente.

Si dejamos de lado el caso de la historia o de otras disciplinas humanísticas, tendremos que el trabajo en equipo puede dar mejores frutos, y las razones son diversas: un grupo facilita el desarrollo

---

[15] K. Brad Wray, «Scientific authorship in the age of collaborative research», *Studies in History and Philosophy of Science* 37, 3 (2006), pp. 505-514.

profesional de los más jóvenes, que aprenden con investigadores reconocidos y avezados; un colectivo permite recoger habilidades que solo atesora quien cultiva una especialidad muy concreta y que, dada la especialización, nadie puede reunir; un conjunto será indispensable cuando el objeto tenga unas dimensiones que exigen mancomunar esfuerzos diversos y dilatados en el tiempo, etcétera[16].

Ahora bien, no está nada claro que la Wikipedia sea ese tipo de comunidad. En realidad, sigue un modelo bien distinto en el que, por supuesto, los iguales no cumplen la misma función. ¿Se trata realmente de un grupo?[17]. Desde una perspectiva epistémica, el mero número de contribuyentes no significa que la Wikipedia sea algo más que un conjunto azaroso de individuos. Si aceptamos lo que señalan quienes se ocupan de la filosofía de la ciencia, para que una fuente sea tomada como testimonio de un grupo, este último debe ser capaz de formular enunciados colectivos; que es, por ejemplo, lo que puede ocurrir con un equipo de investigación o el comité de redacción de una revista académica. En estos casos, sus miembros están intencionalmente relacionados, comparten ciertos objetivos y son conscientes de todo ello, pues en buena medida sus integrantes han sido seleccionados o se han reunido por una determinada afinidad para los fines propuestos. Como resultado, los enunciados que emiten se producen a través de determinados mecanismos previamente establecidos y sus decisiones se rigen por normas claramente prefijadas. Es un círculo reducido que tiene, pues, derechos y deberes y al que no todos pueden pertenecer, pues se exigen ciertos requisitos y determinadas competencias.

¿Es la Wikipedia un grupo? No en ese sentido, pues opone una composición democrática al modelo elitista que he descrito anteriormente, con lo que cualquiera tiene la entrada permitida, sin mayores requerimientos, incluso resguardando su personalidad, con el anonimato si es necesario. En esta enciclopedia, como he dicho, «todo el mundo puede editar cualquier artículo». Ahora bien, «algunas acciones y tareas de mantenimiento están reservadas para una clase especial de usuarios»[18]; es decir, existe un grupo

---

[16] K. Brad Wray, «The Epistemic Cultures of Science and WIKIPEDIA: A Comparison», *Episteme* 6, 1 (2009), pp. 38-51.

[17] Véanse en este punto los trabajos de Deborah Perron Tollefsen: «Group testimony», *Social Epistemology* 21 (2007), pp. 299-311; y «WIKIPEDIA and the Epistemology of Testimony», *Episteme* 6, 1 (2009), pp. 8-24.

[18] Véase http://es.wikipedia.org/wiki/Wikipedia:Bibliotecarios.

cuyas facultades especiales les permiten controlar lo que se edita con la finalidad de que tales contenidos se ajusten a las directrices de la Wikipedia.

Pero si aceptamos que la colaboración es distinta, también hemos de concluir que lo son sus objetivos. Los académicos se forman a partir de lo que sus iguales han dicho y escrito en el pasado, asimilando y disciplinándose en los métodos y los logros adquiridos, hasta el punto de que la profesión acaba por reconocer a muy pocos de los que inicialmente aspiran a formar parte de ese saber y reproducirlo. Ese saber está, pues, en pocas manos y se supone que es inalcanzable para otros, de lo cual se deriva la autoridad de quienes lo dominan. En la Wikipedia, todos son expertos. Los científicos investigan, es decir, trabajan aspectos inexplorados o intentan proporcionar interpretaciones inéditas. Los wikipedistas recopilan información y la difunden sobre aspectos bien conocidos sin pretender ir más allá, es decir, reiteran lo ya establecido. En efecto, la Wikipedia destaca claramente que «no es un editor de pensamientos originales» ni una fuente primaria, es decir «su función no es actuar como un foro para el desarrollo del saber, sino recopilar y transmitir la suma del conocimiento acumulado y verificado en las distintas ramas de la actividad humana»[19]. Dado lo anterior, un académico no dirá cualquier cosa, no solo porque ha sido formado y se supone que su criterio es significativo, sino porque aventurar un hecho o una interpretación supone exponerse como profesional, pues sabe que lo que diga será escrutado por la comunidad a la que pertenece y un error grave o una afirmación infundada pueden desacreditarlo. Quien escribe en la Wikipedia, en cambio, puede decir cualquier cosa, porque no tiene nada que perder o al menos no se verá afectado de igual modo si sus correligionarios deciden que ha cometido alguna imprudencia o ha sido negligente.

Así pues, observamos aquí otro de los rasgos más relevantes de la Wikipedia, el del desafío que plantea al papel que desempeñan los expertos, impugnando aquello con lo que tradicionalmente los asociamos[20]. La paradoja es evidente: ¿cómo es posible que un lugar que difunde información y que pretende divulgar el conoci-

---

[19] Véanse http://es.wikipedia.org/wiki/Wikipedia:Lo_que_Wikipedia_no_es; http://es.wikipedia.org/wiki/Wikipedia:Wikipedia_no_es_una_fuente_primaria.

[20] Lawrence M. Sanger, «The Fate of Expertise after WIKIPEDIA», *Episteme* 6, 1 (2009), pp. 52-73.

miento establecido triunfe dando la espalda a quienes la sociedad reconoce como depositarios de esos saberes? Su fortuna está en el modelo, porque no es que el nivel de sus entradas sea aceptable a pesar de ser una enciclopedia abierta e igualitaria, sino precisamente gracias a ello.

Como he indicado, el proyecto y el método están claros: construir una enciclopedia; permitir que cualquiera pueda participar en la edición, tanto con artículos propios como modificando los de los demás; almacenar todo el proceso anterior, de modo que un cambio malintencionado pueda ser fácilmente corregido devolviendo la entrada a su situación anterior. El modelo es horizontal, en tanto no hay jerarquías predeterminadas, al menos hasta cierto punto, pero responde más bien a una lógica epistémica en la que la dirección es de abajo hacia arriba. Y es esa inversión del proceso de conocimiento lo que explica parte de su rápido éxito, pues cualquier se sentirá igualmente bienvenido, viendo ante sí la posibilidad de expresar lo que sabe o cree saber, sin restricciones previas

Entonces, ¿en qué lugar quedan los expertos? Diríamos que quedan donde siempre han estado, puesto que la Wikipedia no pretende sustituirlos, aunque recorte parte de su autoridad, pues el resultado es que en determinados aspectos o para determinadas funciones ya no son imprescindibles, se están convirtiendo en irrelevantes. Por tanto, vemos aquí otra de las muchas paradojas que esconde la Wikipedia. Por un lado, sus normas indican claramente que se han de citar las fuentes de cualquier afirmación, y en la medida de lo posible tales fuentes han de remitir a voces autorizadas, es decir, a las de los expertos, que quedan reforzados en su liderazgo epistémico. Así, se indica que la información, que lo ofrecido «debe proceder de fuentes profesionales de reconocida seriedad», pero nunca debe incluirse investigación original, precisamente porque no ha sido refrendada o evaluada por la comunidad académica. Por otra parte, ese modelo invertido, hecho desde abajo, los utiliza para negarles la prerrogativa que la sociedad les reconoce, pues lo que en ese contexto puedan decir no tiene mayor predicamento que el que se da a alguien sin tales credenciales.

¿Es eso mejor? ¿La participación en masa es superior al modelo que hemos tenido hasta ahora? Posiblemente, la respuesta sea relativa, ya que habrá cosas para las que un número más elevado de colaboradores será beneficioso, mientras otras empresas se resentirán. ¿Y en una enciclopedia? En principio, la resolución del acertijo

también depende de lo que entendamos que es la Wikipedia, pues en realidad se trata de dos cosas en una, ya que, por una parte, genera una comunidad conectada y, por otra, produce o difunde conocimientos. Es decir, hay aquí una doble perspectiva, la de quien edita los contenidos y la de quien los lee o tiene acceso a ellos; para ambos hay un objetivo evidente que está relacionado con el saber, bien sea construyéndolo o adquiriéndolo, pero para los primeros puede haber también una finalidad recreativa, en tanto participar junto con otros acaso sea una forma de distracción.

Aceptemos, pues, que en algunos supuestos la colaboración es mejor y tiene efectos superiores. Hay muchos ejemplos de esa práctica, denominada *crowdsourcing.* Existen determinados archivos (o bibliotecas de investigación) que carecen de medios para digitalizar sus fondos y ponerlos a disposición de los investigadores. En esos casos, y dados los recortes financieros, la solución ha sido solicitar la ayuda de voluntarios. Es lo que he hecho, con éxito, el proyecto *Transcribe Bentham.* Como es sabido, buena parte de los trabajos de este filósofo utilitarista está aún por descubrir, pues no han sido transcritos ni catalogados. La biblioteca de la University College de Londres conserva sesenta mil de esos textos, dos tercios de los cuales son prácticamente desconocidos. Dado su volumen y su coste, la única solución ha sido permitir que esa tarea la hicieran los internautas utilizando una plataforma wiki, una llamada a la que han respondido con éxito más de un millar de voluntarios[21].

4

Más allá de su carácter participativo, de sus propósitos y de su éxito, la Wikipedia tiene también importantes consecuencias epistemológicas[22]. De entrada, podría parecer irrelevante, ya que es un texto que se aleja de los parámetros habituales, que se distancia de aquello respecto de lo cual predicamos determinados valores episté-

---

[21] *Transcribe Bentham* [http://www.ucl.ac.uk/transcribe-bentham/]. Cabe añadir que, aunque el sistema de voluntariado se mantiene, el proyecto ha ido recibido financiación por parte de diversos organismos.

[22] Uno de los primeros trabajos sobre este asunto fue el de Don Fallis, «Toward an Epistemology of Wikipedia», *Journal of the American Society for Information Science and Technology* 59, 10 (2008), pp. 1662-1674; de este mismo autor, «Introduction: The Epistemology of Mass Collaboration», *Episteme* 6, 1 (2009), pp. 1-7.

micos. Sin embargo, pensando simplemente en su alcance y sus particularidades nos daremos cuenta de su auténtica significación, derivada de su alto número de editores, de que como resultado de lo anterior contiene millones de artículos y de que, al ser completamente gratuito para cualquiera, es uno de los lugares más visitados y leídos. Otra cosa es su calidad, que también merece ser escrutada, asumiendo que sus autores en nada se asemejan a los que redactan un texto impreso, ni están sujetos en principio a los mismos controles editoriales que se aplicarían en una enciclopedia tradicional, cuyos objetivos son también difundir el conocimiento, pero sin olvidar otras vigilancias y otras finalidades, entre ellas la económica. El solapamiento de ambos propósitos es lo que hace que un volumen impreso cumpla determinados requisitos académicos, pues su contenido ha de ser reconocido antes de difundirse, y de ese modo no se puede permitir errores ni descuidos de importancia.

¿Cuál es la epistemología de la Wikipedia? Además de lo ya mencionado, las normas de este proyecto hablan de que existe un procedimiento colectivo para conseguir lo que se propone: los artículos deben ofrecer un conocimiento neutral, equilibrado, enciclopédico, gratuito y verificable. Y funciona, porque si las entradas son por lo general correctas hemos de deducir que quienes las han elaborado lo han hecho siguiendo los criterios de redacción. Si los participantes no compartieran esos objetivos comunes sería difícil que los resultados fueran lo que son. Además, de algún modo funcionan como grupo, con los mismos comportamientos que solemos atribuir a los colectivos bien estructurados. Por ejemplo, se reúnen periódicamente y debaten sobre su empeño; o lo hacen regularmente en línea, discutiendo sobre qué hacer. Sus normas, las denominadas «políticas y convenciones», «están desarrolladas por la comunidad para describir las mejores prácticas, clarificar principios, resolver conflictos y por lo demás favorecer nuestro objetivo de crear una enciclopedia fiable y libre», subrayando que «tienen la intención de reflejar el *consenso* de la comunidad editora»[23]. Es decir, resultaría que de algún modo comparten algunas de las características de lo que entendemos por grupo en el terreno académico.

Por si lo anterior fuera poco, son capaces de emitir enunciados de conjunto, que suelen provenir de la resolución codificada de sus numerosos conflictos, de los que deriva siempre un acuerdo. No

[23] En http://es.wikipedia.org/wiki/Wikipedia:Políticas.

solo eso. No es necesaria una disputa para que exista consenso, pues este se da regularmente en las propias entradas, que son su fruto. Existen ocasiones, eso sí, en las que un artículo es tan controvertido que requiere medidas de control excepcionales o exige un tiempo indefinido para que se alcance esa aquiescencia general. En última instancia, si el acuerdo no es posible, se prefiere la denomina perspectiva neutral, que en su caso se define como plural: «el punto de vista neutral (PVN) establece que la enciclopedia debe contener hechos y que sus artículos deben ser escritos sin sesgos, presentando adecuadamente todos los puntos de vista existentes sobre tales hechos», donde la neutralidad consiste en mostrar la pluralidad de los puntos de vista y dejar que el lector elija entre ellos[24]. En ese sentido, podríamos decir que hay dos tipos de entradas. Por un lado, aquellas que son más recientes y en las que han intervenido pocos editores, por lo que responden a la perspectiva de un individuo o de unos cuantos de ellos. Por otro, aquellas otras que son veteranas y que han sido rescritas en innumerables ocasiones, de modo que representarían ese consenso aludido.

Esta es otra de las claves del procedimiento establecido, que también dispone de mecanismos propios para controlar la calidad de las informaciones que se incorporan, ya sea acreditando a los participantes en distintos niveles de eficacia o discutiendo sobre los contenidos. Eso no significa que esté asegurada la credibilidad de una entrada ni que el resto de la comunidad la asuma como apropiada. En realidad, se trata de un proceso o sistema en el que concurren múltiples autores de manera ciertamente democrática, es decir, de un modo por el cual cualquiera puede modificar lo dicho por otros, además de abrir nuevos artículos, que a su vez serán revisados por otros wikipedistas. Así pues, más que verificación, se trata de *wikificación,* un proceso comunitario en el que prima la interacción social, tal como queda reflejado en una entrada cualquiera[25]. Por eso, la credibilidad de un artículo no procede tanto de su misma antigüedad, sino del hecho de que esa veteranía supone un mayor número de contribuciones, es decir, de interacciones. Así pues, Wikipedia sería como un bebé epistémico, dado que a la mayoría de sus artícu-

---

[24] En http://es.wikipedia.org/wiki/Wikipedia:Punto_de_vista_neutral.

[25] Nikolaos Th. Korfiatis, Marios Poulos y George Bokos, «Evaluating Authoritative Sources using Social Networks: An Insight from Wikipedia», *Online Information Review* 30, 3. (2006), pp. 252-262.

los les faltaría un largo recorrido para alcanzar la madurez que solo los más antiguos parecen haber adquirido[26].

Establecido lo anterior y reconocido el objetivo epistemológico, la pregunta es cómo llegar a ello. Podemos detenernos de nuevo en la filosofía del testimonio, es decir, en preguntarnos cómo podemos llegar a conocer algo basándonos en que otra persona lo ha afirmado previamente, que es precisamente lo que hacen también todas las enciclopedias, trasegando con informaciones que unos proporcionan a otros, aunque en su caso lo hacen de forma colectiva, social. Por supuesto, este tipo de trabajos tienen algunas particularidades que nos permiten diferenciar su contenido del que podríamos encontrar en un libro normal. Por ejemplo, aunque la investigación que hay en una obra concreta remite a muchas fuentes distintas, una enciclopedia reúne y condensa muchas más, sin ordenarlas de forma tan original como se supone que haría un autor al tratar extensamente un objeto para un solo volumen. En el caso concreto de la Wikipedia esa distinción va más allá si cabe, pues como he señalado prohíbe los resultados originales. Es decir, sería un testimonio de grupo, aunque ya hemos visto que se trata de un colectivo muy particular, que remite a una epistemología social, no solo porque recopila muchas procedencias, sino porque quien lo hace no es un individuo. No es como las enciclopedias impresas, en las que alguien con probada competencia se encarga de redactar una entrada, sino que cualquiera puede hacerlo y, de hecho, miles de personas contribuyen a la vez.

La pregunta, pues, es si esos procesos sociales, de los que la Wikipedia es solo un ejemplo, pueden producir conocimientos relevantes y de qué modo. Los estudiosos de estos temas suelen remitir a una serie de rasgos para determinar el valor de un testimonio, tales como su precisión, exhaustividad, fiabilidad o verificabilidad. Es decir, ¿nos podemos fiar de lo que contiene esta enciclopedia en línea? En principio, y antes de recorrer algunos de estos requisitos, podríamos advertir de la existencia de una paradoja, o más bien una constatación. Si preguntáramos a un académico, puede incluso que a un estudiante, la respuesta sería que es incompleta, que está llena de errores y omisiones, que contiene fallos clamorosos y que, de tanto en tanto, muestras casos evidentes de vandalismo, con entra-

[26] Deborah Perron Tollefsen: «Group testimony», cit.; y «WIKIPEDIA and the Epistemology of Testimony», cit.

das claramente falseadas o con voluntad manifiesta de manipular la información para perjudicar a alguien o para imponer una determinada idea de las cosas. En fin, con tales mimbres, ¿cómo vamos a servirnos de ese instrumento?, ¿acaso no nos empeorará? Sin embargo, el número de personas que la utilizan para informarse va en aumento. Y esa evidencia no solamente procede de los índices de consultas o de visitas, sino que la podemos deducir de la lectura de muchos otros textos, en particular cuando repasamos la prensa escrita o incluso algunas revistas. No pasa ningún día sin que un periódico contenga una referencia a la Wikipedia, aunque sea menor. Incluso los historiadores lo hacemos, y no es extraño que en una reseña o comentario para los medios de comunicación incluyamos alguna alusión. Todos la hemos consultado en más de una ocasión, a pesar de sus defectos.

Si hablamos de fiabilidad, hemos de convenir en que una de sus características fundamentales es que no remite a las fuentes primarias. En su caso, existe un apartado denominado «material inaceptable», el cual no se refiere precisamente a bulos o falsificaciones, sino a lo siguiente: artículos que mencionen hechos o eventos no refrendados por ninguna fuente; que introduzcan nuevos métodos o técnicas no documentados; o nuevas teorías, conceptos o términos; artículos que redefinan o reformulen de manera original términos y teorías ya existentes; que argumenten en contra de una teoría o idea documentada sin hacer mención de una publicación aceptable como fuente de los argumentos; y, en fin, que contengan documentos históricos de primera mano. Eso es lo que la Wikipedia entiende cuando señala que su enciclopedia no es una fuente primaria.

No es una fuente primaria, pero acaba fijando lo que la gente acepta como verdadero, es decir, puede que esté redefiniendo el uso comúnmente aceptado de lo que entendemos por «verdad», al menos la verdad digital[27]. Es decir, si lo que un usuario desea es saber algo y lo indaga en la red, seguramente el primer resultado que obtendrá será una entrada de esta enciclopedia colaborativa. Si buscamos por «Francisco Franco», «Winston Churchill», «guerras napo-

[27] Simson L. Garfinkel, «Wikipedia and the Meaning of Truth», *MIT Technology Review* 111, 6 (2008), pp. 84-86. Un magnífico ejemplo de lo que entiende por verdad puede obtenerse de las peripecias vividas por el historiador Timothy Messer-Kruse a propósito de su trabajo sobre el llamado motín de Haymarket y el posterior juicio de 1886: «The "Undue Weight" of Truth on Wikipedia», *The Chronicle of Higher Education* 58, 24, 12 de febrero de 2012.

leónicas», «crisis del 29» o «conflicto árabe-israelí», la primera propuesta es siempre la de la Wikipedia. Esa es la verdad «digital» sobre tales términos. Ahora bien, a diferencia del método científico, parte de un conjunto radicalmente diferente de normas epistemológicas, según las cuales la verdad objetiva no es tan importante. ¿Qué hace que un hecho o una afirmación se incluyan en la Wikipedia? De entrada, como hemos visto, que haya sido publicado previamente. Se trata del primero de los tres principios que fijan lo que podríamos denominar el ágora académica de la Wikipedia: «el contenido de Wikipedia debe haber sido publicado en otro lugar», señala el primero de esos tres principios básicos «para evaluar el contenido de Wikipedia, junto con el de neutralidad en el punto de vista y el de que Wikipedia no es una fuente primaria»[28].

En realidad, de lo que se trata es de regular lo que se entiende por verificabilidad, un término que usamos para remitir a una fuente externa con la que apelamos a una autoridad que da testimonio o refuerza lo que decimos, de modo que el lector puede verificar lo expuesto o reconstruir el proceso mediante el cual hemos llegado a afirmar una determinada cosa. En este caso, la autoridad que se cita es siempre, como hemos visto, la de otras publicaciones, sean las que sean. De ahí que en algunas entradas se pueda leer esa mencionada advertencia señalando que un determinado contenido necesita de referencias. Pero entonces, ¿qué es la verdad? De acuerdo con la entrada que Wikipedia le dedica al tema, «el término no tiene una única definición en la que estén de acuerdo la mayoría de los estudiosos y las teorías sobre la verdad continúan siendo ampliamente debatidas»[29]. La verdad es, en suma, lo que alguien ha escrito en alguna otra parte. Por esa misma razón, la verdad digital es la que deriva de las normas de la Wikipedia, aunque solo sea porque la gente la consulta masivamente y acepta lo que contiene, su verdad, la que deriva de su consenso. La norma es simple: aunque con gradaciones, algo es verdad si se ha publicado previamente y como quiera que el acceso gratuito a un libro académico no es sencillo, entonces se da por bueno lo que sí sea accesible, que puede ser un libro, pero también un periódico o una revista, sin mayores distingos.

---

[28] En http://es.wikipedia.org/wiki/Wikipedia:Verificabilidad.

[29] En realidad, remite a la Real Academia Española, como por otra parte hace la versión inglesa con el Merriam-Webster: http://es.Wikipedia.org/wiki/Verdad.

En ese sentido, como toda enciclopedia, es un conocimiento de segunda mano, que el redactor no ha comprobado o investigado y que hemos de creer porque cita a alguien que sí lo habría hecho. Pero tal proceso, acorde con las normas disciplinarias, no siempre discurre de forma tan pulcra. Ello obedece a varias razones. Por un lado, a la misma forma de elaboración, donde se prima la rapidez y la accesibilidad, lo cual significa sacrificar en ocasiones una buena presentación de las fuentes. En segundo lugar, porque muchas veces suelen consistir en enlaces a otros lugares de la red, lo cual puede significar un artículo de prensa u otra fuente que reitera lo ya dicho. Finalmente, porque la escasa difusión libre del conocimiento académico impide que sea citado, dado que las normas de la Wikipedia fijan que el redactor ha de preferir una fuente que sea ampliamente conocida y difundida. Y hay un aspecto adicional: citar fuentes es una manera de demostrar que un artículo no es original, que es lo que precisamente se pretende. La Wikipedia aconseja al usuario en los siguientes términos:

> La única forma de mostrar que tu trabajo no es investigación original es encontrar una fuente publicada fiable que dice lo mismo que tú. En general, las fuentes más fiables son libros, diarios y revistas; publicadas por universidades o por editoriales conocidas. Como regla general, cuanta más gente disponga de la publicación para comprobar la información, analizar los problemas legales y examinar los textos, más fiable será la publicación[30].

«Cuanta más gente disponga…» es la norma que restringe, por ejemplo, el uso o la cita de muchas publicaciones académicas, de escasa difusión. Por unas razones u otras, pues, un artículo puede carecer de fuentes (entonces aparecerá una leyenda que dirá: «Este artículo o sección necesita referencias que aparezcan en una publicación acreditada, como revistas especializadas, monografías, prensa diaria o páginas de internet fidedignas»). En última instancia, si eso no ocurre, si no podemos verificar lo dicho, solo nos queda la palabra del redactor, a quien en un libro concederíamos crédito por su nombre, su fama o sus credenciales, algo que aquí no ocurre, pues los usuarios pueden no registrarse, figurando de forma anónima, y aunque sean reconocibles eso no significa que tengan una

[30] En http://es.wikipedia.org/wiki/Wikipedia:Wikipedia_no_es_una_fuente_primaria.

acreditación especial. Cierto es, por otra parte, que la práctica académica es habitual en aquellas obras donde la autoría está claramente establecida, mientras que las enciclopedias no siempre indican de forma identificable la persona que se ha hecho cargo del epígrafe en cuestión. En ese aspecto sí puede haber más similitudes de las que parecen a simple vista. En un repertorio impreso de este tipo no suelen aparecer académicos muy reconocidos, excepto el editor encargado de ordenar y dar forma a todo el conjunto; en última instancia es en él en quien confiamos. En la Wikipedia tenemos acceso a todas las contribuciones de cada uno de los participantes, lo cual podría servirnos para tener un criterio con el que evaluarlas, pero en realidad el modelo no genera confianza a través del autor sino a través del procedimiento, es decir, del proceso por el cual se construyen las entradas.

5

Para comprender y comparar la Wikipedia hay que recordar nuevamente lo que es realmente, es decir, un compendio de informaciones que está disponible en línea y que se elabora digitalmente. Confrontarla con los textos impresos puede ser un error, ya que una enciclopedia común ha de evaluarse en relación con otros medios que comparten el mismo soporte y las mismas características físicas: los libros. Podemos valorar si consultar la *Britannica,* la *Larousse* o la *Espasa* es mejor o más costoso que buscar lo que deseamos en los estantes de una biblioteca, aunque sea la nuestra; sería equívoco, incluso ventajista, establecer ese parangón con la Wikipedia. Como se ha dicho en alguna ocasión, en caso de sopesar la consulta de obras impresas de distinto contenido podríamos decir cuántas veces acudimos a una enciclopedia y cuántas a un libro especializado, pero no es justo poner en la balanza las veces que en un mismo período leemos un compendio impreso y las ocasiones en que hemos visitado la Wikipedia[31]. No es comparable, aunque este sea precisamente uno de los problemas. Además, sus contenidos no son iguales, porque no solo la facilidad de acceso, la gratuidad, la rapidez y la actualización favorecen a la Wikipedia, sino que sus contenidos son incomparablemente mayores, pues aunque algunos temas están

[31] P. D. Magnus, «On Trusting WIKIPEDIA», *Episteme* 6, 1 (2009), pp. 74-90.

tratados de forma defectuosa o insuficiente incluye todo un conjunto de asuntos que el soporte tradicional no registra. Finalmente, no acudimos a esos textos de igual modo. En el medio impreso, podemos empezar leyendo lo que dice una enciclopedia y desde allí, por insatisfacción o por curiosidad, ir a una monografía o a otro tipo de obra, pero rara vez ocurre lo contrario, excepto para buscar un dato muy concreto; en realidad, un volumen sobre un tema determinado no nos remite nunca a otro de carácter enciclopédico. En el entorno digital, cuando buscamos alguna cosa y utilizamos un buscador cualquiera el resultado suele priorizar una entrada de la Wikipedia; incluso si vamos a otro lugar, tarde o temprano su contenido nos derivará a esa fuente.

A pesar de lo anterior, la Wikipedia ha sido frecuente e intensamente comparada[32]. Y lo ha sido porque no basta con que digamos que su procedimiento es incorrecto, porque en ese caso solo oponemos un método a otro; es necesario demostrar que el nuestro produce conocimiento significativo y que el otro genera informaciones parciales o claramente defectuosas. No obstante, aunque ese tipo de cotejo pueda ser provechoso, me interesa más comparar los contenidos históricos que ofrece la Wikipedia con los que podemos hallar en los medios impresos, algo que en su momento realizó el historiador Roy Rosenzweig[33]. Este autor, tras analizar el modelo y las normas que rigen su comunidad de trabajo, se planteó si esa enciclopedia había generado un buen recurso histórico y si podríamos considerar que *sus historiadores* eran buenos. Para ello tomó veinticinco biografías presentes en la Wikipedia y las comparó con las de la desaparecida *Encarta* y con las incluidas en la *American National Biography Online,* escrita esta última por historiadores profesionales

---

[32] El caso más conocido es el del cotejo con la prestigiosa revista *Nature,* donde no se observaron diferencias sustanciales. Remito a mi texto «Internet: un reto para el conocimiento (histórico)», *Pasajes* 27 (2008), pp. 31-42; para otras comparaciones, véase Alexander Halavais y Derek Lackaff, «An Analysis of Topical Coverage of Wikipedia», *Journal of Computer-Mediated Communication* 13, 2 (2008), pp. 429-440.

[33] «Can History be Open Source? Wikipedia and the Future of the Past», en *The Journal of American History* 93, núm. 1 (junio, 2006), pp. 117-146. Existen otras comparaciones sobre nuestra disciplina: Brendan Luyt y Daniel Tan, «Improving Wikipedia's Credibility: References and Citations in a Sample of History Articles», *Journal of the American Society for Information Science and Technology* 61, 4 (2010), pp. 715-722; Margaret Conrad, «2007 Presidential Address of the CHA: Public History and its Discontents or History in the Age of Wikipedia», *Journal of the Canadian Historical Association / Revue de la Société historique du Canada* 18, 1 (2007), pp. 1-26.

y publicada por la Universidad de Oxford para el American Council of Learned Societies.

Ante todo, el análisis permite ver qué tipo de historia predomina en internet, porque a pesar de que se evalúan las mismas biografías, los criterios con los que se elaboran son distintos en cada caso. En la Wikipedia tenemos un tipo de historia que privilegia lo occidental, y lo anglosajón en particular, con una clara tendencia a sobredimensionar todo aquello que forme parte de la cultura popular, con un modelo basado, por un lado, en lo actual y, por otro, en lo episódico y en lo curioso. Además, es asombrosamente exacta en nombres, fechas y acontecimientos, lo cual reafirma al estudiante que se decide a consultarla como material de estudio. Este es parte del problema, porque bajo esa apariencia de corrección y exactitud, esta enciclopedia digital descentra el conocimiento establecido, prefiriendo lo simple a lo complejo, lo anecdótico a lo fundamental, los chascarrillos a lo nuclear. Es decir, no compite con la escritura histórica tradicional, puesto que esta exige analizar, comprender y explicar, presentando los resultados en una narración acorde con todo ello, la cual, además, ha de remitir a las fuentes que han servido para urdirla. Y no compite porque quien entra allí no busca ese tipo de escritura, sino un acceso rápido, gratuito, fácil y actualizado a determinados contenidos. Como contrapartida, tiene otras ventajas con respecto a las enciclopedias impresas. El hecho de que esté redactada en diferentes lenguas, desde distintas miradas culturales y abarcando múltiples perspectivas la hace más abierta, más «incorrecta» y menos rígida que el modelo tradicional. En la práctica y en algunos casos, permite dar voz a los grupos habitualmente silenciados por la cultura dominante, también en el campo de la historia[34].

Por tanto, la Wikipedia presenta distintas perspectivas cognoscitivas. Como conocimiento histórico elaborado es irrelevante, aunque tampoco pretenda serlo, con el problema de que el usuario potencial pude sustituir el discurso analítico de los historiadores por el descriptivo de la Wikipedia, dadas sus ventajas (acceso, gratuidad, actualización). Pero es también un documento y, como tal, reparamos en sus consecuencias epistemológicas, como hemos visto, y en su veracidad. Los historiadores podemos decir que su contenido es impresionista, positivista o episódico, como queramos denominarlo, aunque fiable

[34] Christian Vandendorpe, «Le phénomène Wikipédia: une utopie en marche», *Le Débat* 148 (2008), pags. 17-30.

en términos generales. Sus detractores añaden, por otra parte, que la corrección general no impide el vandalismo, la impostura o la falsificación. Pero, en realidad, eso constituye también uno de sus puntos fuertes y, desde nuestra perspectiva, puede incluso no ser excesivamente importante, porque en última instancia nosotros también estudiamos ese tipo de comportamientos humanos y los interpretamos. Robert Darnton, como hemos visto anteriormente, nos ha informado sobre cómo los libelos, con sus difamaciones y chismes, contribuyeron a deslegitimar la monarquía francesa, dada su enorme difusión. La literatura clandestina, muy conectada con el mundo de la oralidad, fue una carga de profundidad, aunque los estudiosos la dejaran de lado frente a los textos esclarecidos de Montesquieu, Voltaire o Rousseau. Los folletos eran textos obscenos y vulgares, pero eran «una propaganda más peligrosa que la del *Contrato Social,* pues seccionaba los vínculos de decencia que unían al público con sus gobernantes, y como tal la estudiamos, analizando esa oposición entre la ética de la gente común y la de los potentados»[35].

Por tanto, entendida como documento, no sirve de mucho afirmar que la Wikipedia pueda llegar a contener innumerables falsificaciones o directamente bulos, pues sabemos que se trata casi de un género literario muy floreciente a lo largo del tiempo y que, como señala Anthony Grafton, «ha estimulado el desarrollo de mejoras cruciales en las técnicas de la investigación filológica»[36]. Pero, además, la presencia del error o de la insidia se relaciona con otra perspectiva cognoscitiva, la de su mero valor informativo. En ese sentido, ya hemos indicado que es fiable en términos generales, incluso más que un volumen impreso. Ambas cosas, de hecho, están relacionadas: son las inexactitudes o las calumnias las que han espoleado a los wikipedistas a mantener su proyecto libre de tales manipulaciones. El proyecto asume la posibilidad del desliz, dada su naturaleza: la información, se dice, «no necesariamente ha sido revisada por expertos profesionales que conozcan los temas de las diferentes materias que abarca, de la forma necesaria para proporcionar una información completa, precisa y fiable». Es decir, «no puede garantizar la validez de la información», pues el contenido «puede haber

---

[35] Robert Darnton, *Edición y subversión. Literatura clandestina en el Antiguo Régimen,* cit., p. 225. De todos modos, Darnton ha estudiado ese mismo asunto en muchos otros textos.

[36] Anthony Grafton, *Falsarios y críticos,* Barcelona, Crítica, 2001, p. 11.

sido recientemente cambiado, vandalizado o alterado por alguien cuya opinión puede no corresponder con el estado de los conocimientos en las áreas pertinentes»[37]. Y ese reconocimiento tiene que ver con varias cosas. Una es evitar cualquier responsabilidad, otra remite a la confianza en su capacidad de reversión, como veremos de inmediato, y una más, como hemos adelantado, expresa de nuevo la propia filosofía del entorno digital:

> la web se ha convertido en una cultura totalmente nueva en la que los enfoques abajo-arriba en la creación de información y en su organización son la norma, y el conocimiento creado en este nuevo contexto es tan válido como el de las fuentes tradicionales. Que un fragmento de información pueda representar el conocimiento de un experto o las reflexiones de un aficionado es totalmente irrelevante en el contexto web. Una inexactitud en la *Britannica* es (mal) interpretada como un hecho, una inexactitud en la Wikipedia se toma como un grano de arena, que puede ser fácilmente confirmada o tachada de errónea. Al final, la cuestión no es si la sabiduría de las masas contiene más errores de hecho, la pregunta es si esa sabiduría es más útil, más eficiente[38].

Y es más útil o más eficiente por dos razones complementarias: la ya señalada del acceso y la ahora apuntada de la revisión, de la reversión inmediata del contenido inapropiado. En efecto, la información contenida no es algo estático, de modo que su certeza procede de un proceso continuo, ya que una enciclopedia ya no es una síntesis del conocimiento establecido, finito incluso, sino una forma particular de entender el mundo. La fiabilidad deriva así del hecho reconocido de que siempre habrá un ejército de redactores dispuesto a cauterizar los errores que se puedan contener o los bulos que alguien desee introducir. Y los ejemplos abundan[39]. Así pues, el proceso de corrección su-

---

[37] En http://es.wikipedia.org/wiki/Wikipedia:Limitación_general_de_responsabilidad.

[38] Eli Guinnee, «A New Context for Knowledge Creation: Letter from the Editor», *Library Student Journal*, febrero de 2007 [http://www.librarystudentjournal.org/index.php/lsj/article/viewArticle/18/44].

[39] Brock Read, «Can Wikipedia Ever Make the Grade?», *The Chronicle of Higher Education* 53, 10 (27 de octubre de 2006); Alex Halavais, «The Isuzu Experiment», entrada del blog *A Thaumaturgical Compendium*, 29 de agosto de 2004 [http://alex.halavais.net/the-isuzu-experiment].

pera con creces al que se podría dar si tales deslices se produjeran involuntariamente en un libro impreso. Una enciclopedia al uso tendría que esperar a una próxima edición o debería remitir a sus suscriptores suplementos o adiciones para enmendarlos, con el coste y la dilación correspondientes. Es lo que ocurre, sin gazapos de por medio, cuando hay hechos o estudios nuevos que dejan sobrepasados los contenidos impresos. Si la Wikipedia es mejor en este sentido es, además, porque funciona con los parámetros de la denominada «sabiduría de la multitud», un modelo según el cual el grupo siempre será más fiable que un solo individuo[40].

Ocurre, no obstante, que se trata de un grupo muy particular, como venimos señalando. Es muy bueno, por ejemplo, recopilando hechos. Los contenidos puramente empíricos de la Wikipedia no suelen dar lugar a controversia o impugnación, de modo que las fechas en las que transcurrió una guerra, la cronología de un reinado o la datación de un personaje ilustre suelen ser exactas, y lo mismo suele ocurrir con las entradas que describen problemas científicos o que clasifican el mundo animal o vegetal. Se trata de artículos cuyo contenido (empírico) o bien es muy sencillo, y no ofrece lugar a dudas, o bien es muy enrevesado, con lo que muy pocos se atreven a redactarlo, aunque quienes se deciden lo suelen elaborar con gran precisión. Sin embargo, cuando se trata de interpretar o cuando la redacción no consiste simplemente en acopiar datos, las entradas se resienten. Y ello es porque, como apuntábamos, el colectivo de redactores no funciona según el modelo acostumbrado.

Los historiadores, los académicos en general, asumimos lo que asienta nuestra profesión porque se trata de resultados que provienen de un grupo cuyo objeto es común, de modo que todos estudian o analizan problemas idénticos o semejantes, ofreciendo distintas perspectivas. Pero no decimos nada sobre la química o la ornitología, aunque podemos ofrecer análisis sobre su historia, y seguramente tampoco aceptaríamos de entrada aquellos estudios sobre el pasado que, en lugar de proceder de un colega o vecino, fueran expuestos por ginecólogos o contables. En cambio, el grupo de la Wikipedia es inespecífico, alguien puede participar en un artículo sobre la revolución rusa y en otro sobre la dentición infantil o la cría de jilgueros en cautividad.

---

[40] James Surowiecki, *Cien mejor que uno: La sabiduría de la multitud o por qué la mayoría siempre es más inteligente que la minoría,* Barcelona, Urano, 2004. Asimismo, Cass R. Sunstein, *Infotopia,* Oxford, Oxford University Press, 2006.

Es decir, no importa tanto la profundidad, la calidad, como la cantidad, la acumulación, en la que distintos individuos van sumando sus conocimientos, de modo que lo que leemos en un momento determinado no es tanto lo acordado por el conjunto de estudiosos sino lo que, sobre la base de lo anteriormente agregado, el último redactor ha editado. Con todo, la conclusión siempre es la misma: «lo más notable de la Wikipedia, por supuesto, no es el número de errores de sus entradas, lo que no incluye o el vandalismo que malogra su reputación, sino la gran cantidad de buen material que está disponible en varios idiomas y la rapidez con que se eliminan los errores y omisiones»[41].

6

La epistemología de la Wikipedia y las comparaciones con los textos impresos ponen de relieve un elemento adicional, al señalar que quizá estemos errando al evaluarla como lo hemos realizado cuando lo que deberíamos hacer es establecer un símil con su alternativa más cercana. Es decir, ¿qué fuente usaríamos si no tuviéramos la Wikipedia? La respuesta con respecto a un compendio impreso ya la sabemos, pero esta enciclopedia forma parte de otro medio, el digital, donde existen alternativas que serían utilizadas en caso de no existir, para lo cual no hay más que recordar lo que hacíamos antes de que apareciera allá por el 2001. En ese sentido, lo que hacíamos era visitar algunas páginas al azar o aquellas que figuraban en las primeras posiciones de los buscadores. Y, en ese sentido, la Wikipedia es superior al modelo previo, porque su modo de funcionamiento, con actualización y corrección constantes, mejora sustancialmente las páginas a las que antes acudíamos.

A pesar de todo, comparemos con lo que comparemos, todo depende de lo que el usuario pide. La cuestión es que hay contenidos respecto de los cuales el visitante será poco escrupuloso, como algo referido a la música, el cine o el mundo del espectáculo, pues solo busca información más o menos superficial, y otros con los que será muy desconfiado, como un tratamiento médico o una consulta legal. Nuestro problema particular es que las entradas sobre hechos o procesos históricos, siendo como son tan abundantes, no están entre

[41] Margaret Conrad, «2007 Presidential Address of the CHA: Public History and its Discontents or History in the Age of Wikipedia», cit., p. 23.

aquellas a los que los lectores exigen un proceso de verificación fuerte, a pesar de lo disputados que suelen ser sus contenidos. El usuario está dispuesto en este caso a sacrificar algo de calidad a cambio de la rapidez de acceso y la actualización de lo incluido en la entrada.

Sin duda, el asunto de la fiabilidad es central cuando evaluamos un medio de conocimiento como es la Wikipedia, al menos desde un punto de vista académico. Pero para quien la lee hay otros muchos valores que deben ser apreciados y que explican su éxito. Como ya he mencionado, atrae el hecho de ser una herramienta comunitaria, fácilmente accesible y gratuita, es decir, que la podemos copiar y utilizar como queramos. Y esos valores pueden oponerse a los que nosotros primamos, porque muestran ese aspecto ya señalado según el cual la Wikipedia no necesita ser tan fiable como una enciclopedia impresa, dado que socialmente se puede otorgar más importancia a los otros rasgos, en particular a la rapidez de actualización y de consulta. Finalmente, el hecho de que contenga artículos altamente elaborados y fiables refuerza sus ventajas, compensando con creces los posibles errores.

Puede que muchos crean que el desafío que representa todo eso para la historia o las humanidades es inconsistente, inane, pero no es así. Al margen de la consideración que nos merezca, es evidente que su uso es amplio. ¿Qué hacer, pues? No la veamos solo como una enciclopedia, tomémosla como una comunidad de conocimiento, que une a lectores anónimos de todo el mundo, personas que corrigen la gramática, el estilo, las interpretaciones y los hechos. Al fin y al cabo, es una comunidad dedicada a un bien común: la vida intelectual. ¿Acaso no es este el modelo que queremos para nuestros estudiantes?, ¿no cumple la fantasía sobre cómo ha de ser la vida educativa? Así pues:

> invito a los lectores a tomar la decisión de Middlebury como una oportunidad de comprometer a los estudiantes -y al país- en una discusión sustantiva sobre cómo aprendemos hoy, sobre cómo argumentamos a partir de los hechos, sobre cómo extrapolamos desde los hechos a las teorías y las interpretaciones y sobre qué base. El conocimiento no es solo información, pero tampoco es solo opinión. Hay maneras mejores y peores de alcanzar determinadas conclusiones, y las razones de cómo llegamos a ellas son complejas[42].

[42] Cathy N. Davidson, «We Can't Ignore the Influence of Digital Technologies», *The Chronicle of Higher Education* 53, 29 (23 de marzo de 2007).

Es un punto de partida excelente, pero también conviene señalar que la extensión del modelo presenta problemas graves y variados. Como se ha dicho, es difícil participar en una empresa caracterizada por su apego al dato episódico, al chascarrillo, al detalle asombroso, divertido o curioso. Es decir, un tipo de historia donde predomina lo factual y, además, desde una óptica presentista, donde las jerarquías se invierten en función de lo más actual. Es lógico, pues, que una supuesta participación en el proyecto por parte de historiadores profesionales produjera algunas tensiones, como ya ocurrió en los inicios del proyecto. Hay que recordar que el hecho de ser un experto no otorga una posición privilegiada dentro de Wikipedia, de modo que uno puede verse impugnado por otro participante sin ninguna titulación, un simple voluntario aficionado. De hecho, ya he señalado que uno de los criterios establecidos es no utilizar trabajos inéditos como fuente de información. Además, el modelo de esta enciclopedia se conjuga bastante mal con los parámetros de una profesión extremadamente individualista. ¿Nos aportaría algo esa participación? Cabe preguntarse si nos otorgaría mayor predicamento entre nuestros colegas o si, por el contrario, sería considerado un lamparón en nuestro expediente. Y si fuera así, ¿cómo repercutiría en nuestra promoción académica? Todos somos conscientes de muchos de estos problemas, pero no podemos olvidar sus ventajas[43].

Terminemos recordando una advertencia ya lejana. Carl Becker señaló en 1931, dirigiéndose al congreso de la American Historical Association, que todos hacemos historia, aunque no lo sepamos. «Everyman His Own Historian», dijo Becker. Es decir, cualquier ciudadano ordinario ejerce la profesión de forma inadvertida, con una serie de operaciones que son las propias de nuestro quehacer académico. Más aún:

> nosotros no imponemos nuestra versión de la historia humana al Sr. Everyman, a la postre es más bien el Sr. Everyman quien nos impone su versión –nos fuerza, en una época de revolución política, a ver que la historia es política pasada y, en una época de tensión y conflicto social, a buscar la interpretación económica. Si continuamos

[43] Parece incluso que la Wikipedia es cada vez más citada en textos académicos: Lisa Spiro, «Is Wikipedia Becoming a Respectable Academic Source?», entrada del blog *Digital Scholarship in the Humanities*, 1 de septiembre de 2008 [http://digitalscholarship.wordpress.com/2008/09/01/is-Wikipedia-becoming-a-respectable-academic-source/].

> siendo recalcitrantes, Mr. Everyman nos ignorará, arrinconando nuestras obras recónditas tras unas puertas de cristal que rara vez abrirá. Nuestra función característica no es repetir el pasado, sino hacer uso de él, para corregir y racionalizar para uso general la adaptación mitológica que hace el Sr. Everyman de lo que realmente ocurrió.

La recomendación de Becker era, pues, escuchar a Mr. Everyman y hacer una historia que le resultara útil en el sentido expuesto. Al fin y al cabo, añadía, si historiador hace oídos sordos y se aparta de lo que la sociedad le demanda, esta acaba por desentenderse de aquel. Y lo curioso es constatar cómo han cambiado las cosas y hasta qué punto, a la vez, resultan actuales aquellas reflexiones de 1931[44]. No se trata de hacer paralelismos y preguntarse qué tipo de historia pide la gente común en momentos de crisis, sino de ir un poco más allá. Porque, además, ya no se trata de que todos hagan historia de forma inopinada, sino de que son cada vez más los que la hacen conscientemente. Es lo que ocurre en internet, y en la Wikipedia en particular, y en la democratización de nuestra tarea. Estos lugares no solo incluyen trabajos históricos, sino que recogen una especie de consenso digital sobre el tipo de historia que la gente quiere y busca. Y la cuestión, como siempre, es cómo y quién lo hace. Algo tendremos que aprender de todo ello.

---

[44] Carl Becker, «Everyman His Own Historian», *American Historical Review* 37, 2 (1931), pp. 221-236.

V. ¿DÓNDE ESTÁ EL ARCHIVO?
Documentos que no se ven ni se tocan

> Y conocemos la importancia metodológica que tomaron estos espacios y estas distribuciones «naturales» para la clasificación, a fines del siglo XVIII, de las palabras, de las lenguas, de las raíces, de los documentos, de los archivos, en suma, para la constitución de todo un medio ambiente de la historia (en el sentido familiar del término) en el que el siglo XIX encontrara de nuevo, siguiendo este cuadro puro de las cosas, la posibilidad renovada de hablar sobre las palabras. Y de hablar no en el estilo del comentario, sino según un modo que se considerará tan positivo, tan objetivo, como el de la historia natural.
>
> La conservación, cada vez más completa, de lo escrito, la instauración de archivos, su clasificación, la reorganización de las bibliotecas, el establecimiento de catálogos, de registros, de inventarios representan, a finales de la época clásica, más que una nueva sensibilidad con respecto al tiempo, a su pasado, al espesor de la historia, una manera de introducir en el lenguaje ya depositado y en las huellas que ha dejado un orden que es del mismo tipo que el que se estableció entre los vivientes. Y en este tiempo clasificado, en este devenir cuadriculado y espacializado emprenderán los historiadores del siglo XIX la tarea de escribir una historia finalmente «verdadera» –es decir, liberada de la racionalidad clásica, de su ordenamiento y de su teodicea, restituida a la violencia irruptora del tiempo.
>
> Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*

1

Para un historiador no hay nada más importante que las fuentes, los documentos; en consecuencia, nada hay más valioso que los lugares que por antonomasia albergan unas y otros, los archivos. «Ir al archivo», expresa Michel de Certeau, «es el enunciado de una ley tácita de la historia»[1]. Dicho de ese modo, cualquier modificación

[1] Michel de Certeau, *La escritura de la historia,* México, Universidad Iberoamericana, 1993, p. 90.

que afecte a estos espacios y a lo que contienen ha de repercutir necesariamente no ya sobre nuestro modo de hacer sino sobre la manera en la que entendemos esa práctica. Se trata aquí de señalar inicialmente que no hay encuentros inocentes con los depósitos documentales, que tocar el documento puede modificarlo de algún modo, al alterarlo y significarlo. El investigador lo hace cuando lo utiliza y lo incluye en su trabajo; el archivero va más allá, cuando lo cataloga y le da una designación. Se trata de eso, pero también de algo más.

En uno de los mejores libros que se han compuesto sobre este asunto, Arlette Farge inicia su reflexión al modo en que podría ser habitual entre cualquiera de nosotros. «En invierno como en verano está helado; los dedos se agarrotan al descifrarlo mientras se impregnan de polvo frío en contacto con su papel pergamino o tela». La descripción es casi mística y poco tiene que ver con lo allí contenido, pues lo que cuenta es la liturgia que precede a la lectura: un invierno o un verano igualmente helados, unos dedos agarrotados, el polvo frío. Es el primer paso, el acercamiento al lugar, la sensación física que sentimos ante el papel que hemos de consultar. Y continúa: «aparece sobre la mesa de lectura, normalmente en forma de legajo, atado o ceñido, hacinado en suma, con los cantos devorados por el tiempo o por los roedores; precioso (infinitamente) y maltrecho, se manipula lentamente con miedo a que un anodino principio de deterioro se vuelva definitivo». Tenemos ya ante nosotros lo solicitado, de modo que a la ansiosa espera le sigue la contemplación extática en la que tantas esperanzas hemos puesto; advertimos de inmediato el paso del tiempo, en el polvo que acompaña a los legajos y en el desgaste sufrido, pero eso lo hace aún más preciado, incomparablemente más valioso. Y ese inestimable valor se acrecienta si está intacto, si ha permanecido décadas o siglos depositado sin que nadie lo manoseara, hasta ese momento. Es fácil reconocer el hallazgo, no ya por su aspecto, sino por el «caparazón gris» que el tiempo ha depositado, «sin más huella que la lívida del lazo de tela que lo ciñe y lo retiene por el centro, doblándolo imperceptiblemente por el talle»[2]. De nuevo la mística, o bien la sensualidad o el placer, ante el documento.

Se puede decir de muchas maneras, pero todos los historiadores repiten esa misma sensación cuando recuerdan sus primeras averi-

---

[2] Arlette Farge, *La atracción del archivo,* Valencia, IVEI, 1991, p. 7.

guaciones o cuando reflexionan sobre su oficio. Para Marc Bloch, «descubrir» los hechos históricos exigía un enorme esfuerzo de interrogación y de lectura, pero en última instancia «solo los conocemos, y nos resultan cognoscibles, mediante los documentos»[3]. De ahí que Bloch recomendara al historiador que, al escribir una obra, dedicara un capítulo a hacer una lista de los archivos consultados, que los inscribiera; de ahí que reconociese:

> no hay relación alguna entre las causas que hacen que la búsqueda de documentos sea un éxito o un fracaso y los motivos por los que estos documentos resultan deseables: tal es el elemento irracional, imposible de eliminar, que da a nuestras investigaciones algo de ese trágico interior en el que tantas obras de la inteligencia, quizá con sus límites, encuentran una de las razones secretas de su seducción[4].

«La investigación histórica ha sido para mi un espacio de dicha y de pasión intelectual», señala hoy Natalie Zemon Davis, dicha y pasión que remiten al mismo momento inicial: «siento siempre ese escalofrío de anticipación cuando entro en el depósito de un archivo o consulto el fondo de una biblioteca: ¿qué es lo que me voy a encontrar?»[5]. Su sed de historia, la de esta estudiosa norteamericana, solo queda plenamente saciada de ese modo, abriendo los legajos y sumergiéndose en su lectura. Los repertorios son, pues, nuestros tesoros, nuestros monumentos, los lugares a los que rendimos pleitesía, conscientes como somos de que es con ellos como construimos nuestra interpretación del pasado, de lo ocurrido.

En el presente, cuando entendemos por fuente un conjunto de rastros y de huellas que ya no son los tradicionales y que ni siquiera están en los archivos propiamente dichos, cuando comprendemos que un documento no tiene por qué ser solo aquello que es especialmente significativo o representativo, no por ello dejamos de reverenciar el archivo. Podemos comprender lo acaecido estudiando las imágenes o la literatura o la oralidad, pero es en el legajo donde depositamos nuestra mayor confianza, porque es allí donde hemos

---

[3] Marc Bloch, *Historia e historiadores,* Madrid, Akal, 2006, p. 118.

[4] Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador,* México, Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 95.

[5] Natalie Zemon Davis, *Pasión por la historia. Entrevista con Daniel Crouzet,* Valencia, Publicacions de la Universitat de València/Editorial Universidad de Granada, 2006, p. 172.

aprendido a fijar los acontecimientos y su valor primario. Bebemos de donde siempre hemos bebido, desde que la historia se constituyó como disciplina, porque no en vano allí continúa estando lo esencial. Por eso, cualquier obra, y más si es un ejercicio académico como una tesis, remite si puede a los archivos, a esas siglas mayúsculas que dan fe de lo que decimos. Nuestras notas a pie de página no solo le dicen al lector que puede reconstruir por sí mismo el recorrido que le presentamos, que puede comprobar lo mostrado, sino que sellan nuestro trabajo más allá de la interpretación ofrecida y, en última instancia, demuestran que hemos estado allí, en el allí al que nos está dado llegar, el del archivo. Si este no existiera, si no pudiéramos remitirnos a lo que contiene, nuestra autoridad se resentiría de manera irremediable. De ahí que sea un rito de paso en nuestro adiestramiento como historiadores, nadie puede serlo sin haber pasado por ese bautismo ritual.

Por eso adoramos el polvo, incluso la áspera sensación que transmite, porque no es más que un ligero entrante para lo que nos puede deparar el legajo. Lo certifica ese otro libro provocador, el de Carolyn Steedman, cuando señala que su objeto de estudio es ese polvo, un «inmutable y perdurable conjunto de creencias sobre el mundo material, pasado y presente, heredado del siglo XIX, con el que la escritura de la historia moderna intenta lidiar; el polvo es también el principio narrativo de esa escritura». Aquí, por supuesto, el polvo es realidad y metáfora, remite a algo que se posa aquí y allá, que circula y nunca desaparece, que por eso no es simplemente un residuo ni un desecho, pues nos habla de su opuesto, de que las cosas nunca desaparecen ni se destruyen del todo. El polvo y lo que representa serían incluso algo más, el hallazgo del novecientos, el de un determinado relato, en la que la centralidad corresponde a la historia[6].

Pero tanto esa narración como el polvo reposan en el archivo, que se instituye precisamente entonces y que adquiere en poco tiempo el valor que hoy le concedemos. Ya sabemos que esos centros no existían como tales, como depósitos de documentos, antes del siglo

---

[6] Carolyn Steedman, *Dust. The Archive and Cultural History,* New Jersey, Rutgers University Press, 2002, p. IX, asimismo pp. 164-167. Para una crítica de la posición de Steedman, que pretendería hacer del archivo un santuario inmune al enfoque deconstructivo: Dominick LaCapra, *Historia en tránsito. Experiencia, identidad, teoría crítica,* México, Fondo de Cultura Económica, 2006, pp. 46-56.

XIX y que, una vez instituidos, tampoco tuvieron una existencia regular, no estaban dispuestos para la consulta ordenada ni abrían sus puertas de manera reglamentada. Ni siquiera quienes estudiaban el pasado los tomaban como lugares inexcusables para su trabajo.

Jacques Le Goff nos ha recordado que los incipientes depósitos documentales se crearon en el setecientos, pero que el primero entre los grandes, el que dio lugar a los Archives Nationales de Francia, no se instituyó hasta 1794, mientras que el Public Record Office de Londres no sería organizado hasta 1838 y el Archivo Histórico Nacional español se retrasaría hasta 1866. Es en ese siglo cuando «se acelera el movimiento científico destinado a suministrar a la memoria colectiva de las naciones los monumentos del recuerdo»[7]. En efecto, inicialmente el archivo registra el acto gubernamental, conserva bajo custodia y a salvo de la mirada indiscreta los papeles oficiales que dan cuenta de los actos de poder, de regulación y de control. A medida que el Estado se dota de contenido, de jurisdicción y de dominio exclusivo, a medida que ejerce el derecho, la fuerza y la violencia, deja mayor constancia de su administración sobre las tierras y sus gentes, acumulando datos e informaciones varias, pero también sobre otros, externos, aquellos que se le oponen como Estados o imperios y que discuten su supremacía y su autoridad excluyente.

Pero esa voluntad, la de acumular el rastro de tal ejercicio, dará paso en el ochocientos a otros sentidos, que son resultado de la «combinación de un *grupo* (los "eruditos"), de *lugares* (las "bibliotecas") y de *prácticas* (copiado, impresión, comunicación, clasificación, etcétera)»[8]. El primero de esos sentidos tiene que ver con la voluntad de justificar una memoria nacional, acorde con la legitimidad que se le supone al nuevo Estado-nación que emerge entonces. Es el monumento del recuerdo, el depósito sagrado que custodia la memoria nacional y que, a la vez, ha de generarla. La identidad, la ciudadanía o la solidaridad nacionales descansan en esos fondos. Como diríamos ahora, sin ellos no hay posibilidad de imaginar la nación y de hacerla posible. Por tanto, el archivo se crea para fijar, para dar estabilidad y para autorizar esa memoria colectiva, recolectando aquello que puede dar prueba de lo ocurrido y que puede ser

---

[7] Jacques Le Goff, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario,* Barcelona, Paidós, 1991, p. 170.

[8] Michel de Certeau, *La escritura de la historia,* cit., p. 86.

interpretado como elemento de cohesión frente a otras narraciones, otras memorias. Si, como señalara Maurice Halbwachs, «podemos recordar solamente con la condición de encontrar, en los marcos de la memoria colectiva, el lugar de los acontecimientos pasados que nos interese», el archivo ocupa un lugar crítico en ese proceso social. Si la sociedad se adapta a los tiempos, modificando sus convenciones y sus lenguajes para representarse el pasado, el registro conservado es el que permite que esa función se ejerza de un modo particular, permitiendo a su vez renunciar a la idea de que «el pasado se conserva intacto en las memorias individuales, como si no hubiese transitado por tantas experiencias diferentes como individuos existen»[9].

En ese sentido, la importancia que se otorga al archivo es algo absolutamente moderno. El depósito documental siempre existió, para salvaguardar las gestas de los reyes, administrar sus dominios, amparar ciertos derechos, etcétera, siempre en relación con el poder y sus necesidades, con la decisión del presente para fijar lo que merece ser recordado, resguardado del olvido, para escoger lo que es y será conocido en el futuro sobre ese pasado. El archivo era así un acto de poder y, en consonancia con ello, lo registraba: detallaba sus múltiples controles[10]. Pero quienes hurgaban en el pasado no siempre acudían al archivo para establecer sus fuentes. Fue en el ochocientos, al constituirse como suministros de la memoria nacional, cuando empezaron a ser visitados y a ser tomados como lugares emblemáticos para la construcción de las respectivas historias. Así lo sintió Jules Michelet en su *Histoire de France:*

> En mi caso, cuando entré por primera vez en estas catacumbas de manuscritos, en esta necrópolis de los monumentos nacionales, con mucho gusto habría dicho, como aquel alemán que entraba en el monasterio de Saint-Vannes: ¡aquí está la morada que he elegido y mi descanso por los siglos de los siglos!
>
> Sin embargo, no tardé en percibir que en el aparente silencio de estas galerías había un movimiento, un susurro que no era el de la muerte. Estos papeles, estos pergaminos dejados desde tanto tiem-

---

[9] Maurice Halbwachs, *Los marcos sociales de la memoria,* Barcelona, Anthropos, 2004, pp. 323-324.

[10] Joan M. Schwartz y Terry Cook, «Archives, Records and Power: the Making of Modern Memory», *Archival Science* 2, n.os 1-2 (2002), pp. 1-19.

po atrás, no deseaban nada mejor que volver al presente. Estos documentos no son documentos, sino la vida de los hombres, de las provincias, de los pueblos. En primer lugar, las familias y los feudos, blasonados en su polvo, reclamaban contra el olvido. Las provincias se levantaban, argumentando que la centralización había creído por error destruirlas. Las ordenanzas de nuestros reyes sostenían que no habían sido borradas por la multitud de leyes modernas. Si hubiera querido escucharlos a todos, como dijo el sepulturero en el campo de batalla, no habría habido ningún muerto. Todos vivían y hablaban, hacían que el autor quedara rodeado por un ejército de cien idiomas, silenciando bruscamente la gran voz de la República y el imperio.

Poco a poco, señores muertos, procedamos por orden, por favor. Todos tenéis derecho a la historia.

Y a medida que respiraba su polvo, los veía emerger[11].

Y fue por esos mismos años cuando Leopold von Ranke hizo ese idéntico descubrimiento. Ocurrió en uno de sus textos más breves, el *Ueber die Verschwörung gegen Venedig,* datado en 1831. Es lo que se ha denominado «el giro archivístico» de Ranke. El libro trata sobre una célebre conspiración ocurrida en Venecia a principios del siglo XVII, a la que el historiador alemán poco puede añadir. Acostumbrado a las fuentes secundarias, Ranke advierte que la literatura acumulada durante dos siglos está estancada, repitiendo los mismos argumentos una y otra vez, por lo que la única solución es el archivo, el único lugar que puede producir un conocimiento histórico relevante. Lo contrario es mera repetición o exposición de fantasías. De ahí que el volumen culmine con una descripción del archivo veneciano, reunido en las décadas precedentes y albergado en un antiguo convento. Ranke invita al lector a visualizar el archivo y a ponerse en su lugar, a imaginar que recorre el edificio, que pisa los mismos corredores, entra en las salas, revisa los estantes y siente la luz y el frescor del aire en agosto. Ranke lo comparó con el paseo de un viajero por las calles de la ciudad, con la salvedad de que el turista solo siente, mientras el historiador y sus lectores atestiguan lo acaecido.

Por supuesto, hay aquí una identificación romántica con el edificio, carente de puertas y de horarios, a disposición del historiador

[11] Jules Michelet, *Histoire de France,* vol. 2, libro III, París, Hachette, 1833, pp. 701-702.

o del lector que lo imagina, sin bibliotecarios ni archiveros que se sitúen entre el investigador y sus fuentes. Ranke y sus lectores pueden así acceder directamente al pasado, basta con estirar la mano y escoger los documentos que se les ofrecen en cualquier estante o sobre la mesa, pues la historia se les presenta de manera inmediata, directa, incluso antes de haber empezado a leer. Pero lo importante no es esa ingenuidad, que heredaremos, sino la forma en la que cambió la comprensión que Ranke tenía de sí mismo como historiador y como ser humano. A su regreso, terminado el viaje que le había llevado a Austria e Italia, tuvo claro que la disciplina no era posible sin adiestrar a los jóvenes en el trabajo de archivo, algo que quedaría institucionalizado en sus seminarios y que, con el tiempo, se difundiría por todas partes al compás de la institucionalización de la disciplina histórica:

> Esta preferencia por los textos escritos también fortificó las fronteras entre la historia y las disciplinas afines. Las limitaciones autoimpuestas por la disciplina histórica no impidieron que los antropólogos y los arqueólogos del siglo XIX trabajaran en los museos, analizando objetos prehistóricos o proponiendo taxonomías universales. El modelo de investigación rankeana, por el contrario, clarificó las diferencias entre las especialidades disciplinarias, las prácticas, los enfoques teóricos y los lugares de producción de conocimiento[12].

Es, pues, esa voluntad de construir un nuevo tipo de historia, más académica, más científica, la que hace del archivo el lugar central de nuestro quehacer. Es la que explica que, llegado el momento, Langlois y Seignobos empezaran su célebre *Introduction aux études historiques* diciendo aquello de: «La historia se hace con documentos. Los documentos son vestigios de cuanto pensaron e hicieron nuestros antepasados»; es decir, «huérfanos de documentación, largos periodos del pasado de la humanidad serán siempre un enigma. Los documentos son irreemplazables; sin ellos no hay historia». Así

[12] Lo relativo a Ranke procede de Kasper Risbjerg Eskildsen, «Leopold Ranke's Archival Turn: Location and Evidence in Modern Historiography», *Modern Intellectual History* 5, 3 (2008), pp. 425-453; la cita está en p. 451. Del mismo autor: «Leopold von Ranke, la passion de la critique et le séminaire d'histoire», en Christian Jacob (dir.), *Lieux de savoir: Espaces et communautés,* París, Albin Michel, 2007, pp. 462-482.

pues, decían los metódicos, la historia es un saber científico, no una obra de arte, de modo que una vez deslindada y establecida como tal «consiste simplemente en la utilización de los documentos»[13]. Y estos, por supuesto, son fundamentalmente los escritos que se conservan en museos, bibliotecas y archivos.

Pero los documentos y los archivos no solamente suministran la memoria colectiva de la nación o de la ciudadanía republicana, como señalaba Le Goff, son también registros de un poder más amplio. El ejemplo máximo es el archivo imperial, que surge con una doble voluntad. Por un lado, la defensa de la acción soberana, su justificación. El Archivo General de Indias, que puede considerarse pionero entre los de su clase cuando se constituye en el setecientos, se establece bajo este supuesto:

> para conseguir tan dignos fines, para cerrar de una vez la boca a tantos émulos y maldicientes apasionados, para hacer inexcusable su ignorancia, era necesario tomar la cosa de raíz, acudir a las fuentes y proceder a la investigación de documentos incontestables, como si nada hubiese escrito y publicado, y criar, por decirlo así, nuevamente la historia[14].

Por otro, ese mismo depósito es también resultado de una utopía, la que deriva de la acumulación de unos conocimientos vastísimos, de modo que no es tanto un edificio ni una recopilación de restos, sino el acopio colectivamente imaginado de todo lo conocido o cognoscible, una fantasía de los conocimientos recopilados y unidos al servicio del Estado y del imperio. El caso británico sería el paradigma. A los británicos de la era victoriana les gustaba referirse a su imperio como si se tratara de una nación extensa, pero no lo era en realidad. De hecho, fueron igualmente conscientes de las enormes lagunas de conocimientos que tenían, por lo que se empeñaron en colmarlas. El relleno más acorde para ese vacío fue la información, las ingentes cantidades de documentos que produjeron y recopilaron. Por lo general, como suele ocurrir en estos casos, el imperio

---

[13] Charles V. Langlois y Charles Seignobos, *Introducción a los estudios históricos,* cit., pp. 59 y 297 (edición de Francisco Sevillano Calero).

[14] Citado en Pedro González, «El Archivo General de Indias y su proyecto de informatización. Nuevas posibilidades para la investigación», *Cuadernos de Historia Moderna* 15 (1994), p. 231.

estaba demasiado disperso y alejado, con lo que los burócratas solo podían recurrir a los escritos, a la compilación de todo tipo de informaciones. Este papeleo demostró tener una gran influencia creando una determinada imagen del mundo a partir de unas instituciones productoras de conocimiento, como el British Museum, la Royal Geographical Society, la India Survey y las universidades. Era, pues, un imperio real, pero sobre todo un imperio de papel, uno en el que el poder físico se combinaba con la fuerza del conocimiento positivo, redondeando la ficción imperial de un territorio unido bajo unos mismos símbolos[15].

Además, fuera una voluntad nacional o imperial, el archivo se reviste desde su creación de determinadas características, muchas de las cuales son heredadas de momentos previos, rasgos que remiten al espacio en sí. Volvamos de nuevo a Arlette Farge: «El edificio es majestuoso, la escalera de piedra absolutamente cómoda: anchos peldaños ajustados al ritmo de la ascensión […]. En el rellano, el busto de un desconocido […]. Grandes pinturas murales, vagamente bucólicas, claramente académicas, ensombrecen los corredores contiguos[16]. Reparemos, pues, en la arquitectura, en ese aparatoso espacio físico y en sus distintos significados[17]. Por un lado, como ocurría en los siglos precedentes, el archivo hereda la condición de templo, con una arquitectura que suele incorporar de forma deliberada imágenes que son propias de aquellas construcciones, dando así mayor realce a lo allí contenido. La representación espacial subrayaría, pues, el valor del lugar como depósito de la información, la prueba, la verdad y la memoria.

En segundo término, recuerda también a la idea de cámara del tesoro o de prisión, desde sus enormes puertas, que evocan seguridad y cerramiento, hasta sus custodiados armarios, ya sean los que guardan las pertenencias del investigador o los que albergan los documentos o los libros, pasando por las modernas cámaras de vigilancia o los detectores de metales. En efecto, el historiador que accede a un archivo es sometido a distintos controles y aleccionado sobre

---

[15] Sobre este particular, véase Thomas Richards, *The Imperial Archive: Knowledge and the Fantasy of Empire,* Londres, Verso, 1993, pp. 1-9.

[16] Arlette Farge, *La atracción del archivo*, cit., p. 19.

[17] Sigo aquí la tipología ofrecida por Randall C. Jimerson, «Archives for All: The Importance of Archives in Society», en XV Congresso Brasileiro de Arquivologia. Goiânia, 30 de junio-4 de julio de 2008 [http://www.aag.org.br/anaisxvcba/conteudo/resumos/plenaria1/randalljimerson.pdf].

las normas de uso, como si fuera un «interno» en permanente vigilancia mientras consulta lo deseado. Así, todo ello no es más que un corolario del encarcelamiento al que los archiveros someten a lo que custodian, ejerciendo asimismo su poder de interpretación, pues ellos han puesto los nombres, han catalogado y registrado, con lo que son los capacitados para dar significado a esas fuentes aprisionadas. O como expresa Arlette Farge:

> Ella acaba de llegar; le piden una tarjeta que no tiene. Entonces le dicen que vuelva atrás, a la otra habitación, para que le hagan un pase para el día. Allí, le invitan a que presente otra tarjeta que esta vez tiene. Toma posesión de su pase, vuelve al lugar de donde viene, lo tiende al director de la sala, que lo coge. Espera a que le asigne un puesto, pero él no levanta la cabeza. Entonces ella pregunta muy bajo dónde tiene que colocarse. El director, exasperado, le ordena que se ponga donde quiera, excepto en la primera fila, reservada a los manuscritos más antiguos. Ella obedece, elige, deja su bolso, busca una hoja, se sienta. Inmediatamente, el director la llama y todas las cabezas de la sala se levantan al mismo tiempo[18].

Por eso mismo, y en última instancia, el archivo parece también un restaurante, donde los hambrientos de conocimiento o de verdad solicitan su alimento. A tal fin, han de solicitar el menú, un catálogo habitualmente exótico que el cliente no siempre sabe interpretar, para lo que necesita el consejo o la guía del especialista, alguien que medie, que sepa explicar el contenido de la carta e indique qué podemos esperar de la descripción ofrecida. Esta mediación separa al investigador del acceso directo al registro, que los archiveros argumentan debe ser colocado en su contexto, dispuesto y explicado antes de que pueda ser utilizado por el cliente. De ahí, pues, que el estatus y el poder del archivo deriven no solo de los documentos que resguardan y del modo en que fueron recopilados, sino de la propia construcción que los alberga:

> El archivo no tiene estatus ni poder sin una dimensión arquitectónica, que abarca el espacio físico del lugar en el que está el edificio, sus motivos y columnas, la disposición de las salas, la organización de las «series», el laberinto de pasillos y el grado de disciplina,

[18] Arlette Farge, *La atracción del archivo*, cit., p. 41.

> la luz tenue y la austeridad que le dan al lugar la naturaleza de templo y cementerio: un espacio religioso porque allí se llevan a cabo constantemente una serie de rituales, rituales que veremos a continuación son de carácter casi mágico; y cementerio en tanto que fragmentos de vida y piezas de tiempo están enterrados allí, sus sombras y las huellas inscritas en papel y conservadas como reliquias[19].

Estamos, pues, ante proyectos y edificios que surgen al unísono y que luego se desarrollan con el positivismo, con la creencia de que todo forma parte de una realidad ordenada, racionalizada, incluso esa que consta de cosas pasadas, de las que podemos decir cómo fueron realmente examinando de manera escrupulosa, cuidadosa, el tesoro material custodiado en el archivo. Y, en efecto, no solo se crean los archivos, pues junto a ellos aparecen las bibliotecas, los museos y los monumentos, prueba todos ellos de la clasificación de lo existente y de la veneración por determinadas gestas del pasado, cuyo sentido es pleno en la marcha actual y real de las cosas y los gobiernos. Constituyen el aparato de verdad, de la historia y de la sociedad, aquello a lo que se remite para que sirva de prueba irrefutable. Ya que el pasado ha desaparecido y no podemos verlo ni tocarlo, todas esas instituciones suscitan el espejismo de que allí existe algo no problemático, neutro, unos lugares en los que se conserva lo que hemos sido, unos sitios transparentes que hacen las veces de realidad eterna e inmutable. Es decir, se conforma como un aparato de verdad relacionado con el desarrollo del Estado-nación o del imperio, reforzado después por la institucionalización de esos Estados y de la propia disciplina histórica, que subraya la utilidad del archivo para una cosa y otra, para cohesionar al colectivo y para fundamentar el quehacer académico.

Por supuesto, al admitir eso último podemos cuestionarnos lo que antaño se asumió. Sabemos que «nada empieza en el archivo, nada en absoluto, aunque ciertas cosas acaben allí»[20]. En realidad, es el presente el que lo crea y el que establece una determinada relación con lo conservado, con lo que impugna nuestras creencias más arraigadas, aquellas que tienen que ver con nuestro modelo de prueba. Si historizamos el archivo, si reparamos en la lógica de su insti-

---

[19] Achille Mbembe, «The Power in the Archive and its Limits», en Carolyn Hamilton *et al., Refiguring the Archive,* Dordrecht, Kluwer, 2002, p. 19.

[20] Carolyn Steedman, *Dust. The Archive and Cultural History,* cit., p. 45.

tución, en sus condiciones de posibilidad, acabamos preguntándonos sobre lo que contiene y sobre la forma en la que ese rastro acumulado sirve para fijar una determinada narración histórica y no otra. Es decir, advertimos que el historiador no es un mero recuperador de hechos, que desempolva y lustra lo atesorado para uso del grupo al que pertenece, sino que se ve inmerso en un proceso mucho más complejo porque, entre otras cosas, también lo es el modo en que se selecciona y conserva, discriminando unas cosas y no otras, favoreciendo a unos grupos y silenciando a otros[21].

El pasado, pues, fue también presente y desde él se seleccionaron esos documentos que ahora tomamos como referente, como prueba sobre la que construimos unas memorias históricas. Es decir, no es propiamente el pasado, ni su memoria estricta, sino el acuerdo con el que un presente establece lo acaecido y lo memorable, un correctivo para nuestros cambiantes recuerdos. Tanto antes como ahora, esa tarea no se realiza aleatoriamente, sino dentro de unos determinados marcos sociales, unos códigos de preservación y de uso, en los que se acuerda lo que es digno de ser guardado y recordado, pero no por ello deja de ser un acto de poder. Elegir aquello que será objeto del archivo, descartar lo que no se considera apropiado y destruirlo, supone no solamente delimitar los fondos, sino privilegiar cierta memoria social y el modo en que será mantenida. Unos grupos serán escuchados, otros silenciados, unas ideas serán inscritas, otras excluidas o sesgadas, al privilegiar un determinado punto de vista. Guardar determinadas cosas y describirlas de una manera particular refuerza unos valores y no otros, un modo de entender el pasado y una fórmula para visualizarlo a través de la disposición de los fondos. Un marco social, en suma, porque el archivo es tanto testimonio de lo acaecido como registro de cómo y cuándo fue creado el documento que le sirve de soporte físico. Y eso significa también que, en tanto se modifican nuestras condiciones sociales y nuestras demandas, interpelamos a esos fondos de manera distinta,

---

[21] Son muchos los autores que insisten en seguir el camino del denominado «archival turn». Además de Steedman y de otros que citaremos más adelante véanse, por ejemplo, Antoinette M. Burton, «Archive Fever, Archive Stories», en Antoinette M. Burton (ed.), *Archive Stories: Facts, Fictions, and the Writing of History,* Durham, Duke University Press, 2005, pp. 1-25; Craig Robertson, «The Archive, Disciplinarity and Governing: Cultural Studies and the Writing of History», *Cultural Studies/Critical Methodologies* 4, 4 (2004), pp. 450-471; Mike Featherstone, «Archive», *Theory Culture Society* 23, n.os 2-3 (2006), pp. 591-596.

aunque el documento conservado no cambie de forma visible. En todo caso, y a pesar de que podamos leer las fuentes de muchas maneras, la naturaleza del archivo es extraordinariamente polémica, dadas sus consecuencias sobre los ciudadanos, sobre sus derechos, sobre sus actos administrativos, sobre la memoria colectiva y, por fin, sobre el conocimiento histórico, todo lo cual es «conformado –de forma tácita, sutil, a veces inconsciente, pero profundamente– por la naturalización, en gran parte invisible y rara vez cuestionada, del poder de los archivos»[22].

En ese sentido, se dice ahora con razón, el archivo es una opción entre otras, lo que para algunos cuestionaría determinado estatuto histórico, al menos el que asumiera cierta ingenuidad positivista. Por ejemplo, los papeles que ha privilegiado históricamente, esos textos oficiales emanados de los distintos poderes, silencian al humilde, al dominado, a la mujer. Rastrear la vida de esos grupos subalternos es leer el registro canónico a contrapelo o impugnar directamente el archivo, buscando esas voces en otros lugares, al margen, merodeando espacios poco transitados por el oficio. Como diría Carlo Ginzburg, en esos casos ha sido necesario no solo considerar la intención de quien produjo los textos que conservamos, sino también ir en contra de ella, tomando lo que se insinúa en los documentos, lo opaco, lo que registran sin ser comprendido, lo que dejan tras de sí, los testimonios involuntarios, las voces incontroladas. En definitiva, seguir el dictado de uno de los maestros de la disciplina, de Marc Bloch, cuando señalaba que del pasado acabamos sabiendo mucho más de lo que tuvo a bien dejarnos dicho[23].

Con todo, esa operación presenta algunos problemas, por dos razones. Por un lado, porque el modelo de prueba que utilizamos se ajusta a lo obtenido en el archivo, mientras que funciona de manera dificultosa y endeble cuando nos apartamos de él. Por otro, porque el archivo no es solamente un depósito, un almacén informe, sino

---

[22] Joan M. Schwartz y Terry Cook, «Archives, Records and Power: the Making of Modern Memory», cit., p. 4.

[23] Ginzburg ha reiterado en diversas ocasiones esa misma idea. Por ejemplo, en *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio,* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010, pp. 14-15. En cuanto a Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador,* cit., p. 86: «En nuestra inevitable subordinación al pasado, siempre condenados a conocerlo exclusivamente por [sus] huellas, nos hemos [por lo tanto] liberado de algo: hemos conseguido saber de él mucho más de lo que había tenido a bien darnos a conocer».

que tiene un orden derivado de determinadas prácticas de catalogación y conservación, destrezas todas ellas que los profesionales no aplican a otras fuentes menos habituales. Ambas cosas se refuerzan o se excluyen, afirmando aún más lo que algunos entienden por evidencia legítima o fiabilidad, renovando lo que otros tienen por parcialidad, por complicidad con determinados grupos. En última instancia, como se ha señalado, existe lo que denominaríamos una compleja fetichización del archivo, que se convierte en un depósito de deseos, los nuestros: deseos de encontrar la verdad, de decirla y de dominar el conocimiento del pasado, dando así un sentido férreo a nuestro quehacer. Pero no hay derrota en reconocer los límites del archivo, porque tanto este como la propia historia tienen como asunto fundamental el de la pérdida, la desaparición irremediable del pasado y el desvanecimiento, la imposibilidad más bien, de mucho de lo que podría atestiguar lo ocurrido[24].

Pero lo importante no es tanto esa mirada (cultural) que hoy proyectamos sobre los depósitos documentales, a los que ni siquiera otorgamos la exclusividad que se les dio antaño. La cuestión es que, a pesar de todo y de eso, el archivo continúa siendo fundamental: nos escribe a nosotros, nos estructura como practicantes, y escribe nuestras historias. Nuestro mayor deseo, el de ser lo más fieles posibles a lo acontecido, siempre se cumple en el archivo, en pisarlo, en consultarlo, en esos pasajes que finalmente escribimos y que remitimos a un legajo o a una signatura archivada. Volviendo de nuevo a Steedman:

> La monumental autoridad del historiador como escritor deriva de dos factores: de lo que los archivos *son* y de la retórica convencional de la escritura de la historia, que siempre afirma (a través de las notas al pie, a través de la referencia casual a una signatura) que uno *sabe* porque ha estado allí. La ficción es que la autoridad proviene de los propios documentos, así como de la sujeción del historiador a los límites que estos le imponen en cualquier exposición en la que los emplee. Pero en realidad deriva de *haber estado allí* (tomar el tren hasta la ciudad lejana, la llamada de teléfono, el legajo abierto, el polvo), de manera que entonces, y solo entonces, uno se

[24] Antoinette M. Burton, *Dwelling in the Archive: Women Writing House, Home, and History in Late Colonial India,* Nueva York, Oxford University Press, 2003; por ejemplo, p. 144.

> puede presentar como movido y dictado por esas fuentes, presentando un relato en la forma en que ha de ser contado[25].

Del archivo, pues, apelamos a su materialidad, a ese universo de los sentidos que ha descrito Arlette Farge. Ese edificio majestuoso, ese silencio sepulcral, las miradas, los pequeños ruidos, la espera, fantasear con lo que encontraremos, el tacto de los papeles que podemos ver y manosear, todo lo que ha de fundamentar nuestra investigación, lo que ha de probar que efectivamente eso existió u ocurrió. Es toda esa imponente presencia física la que nos cautiva de forma religiosa, creando una ilusión de totalidad y continuidad, aunque sepamos que el pasado no puede estar allí al completo, que ese depósito no puede contenerlo todo; aunque el destino final de esos textos consultados no esté realmente en recobrar o mostrar su materialidad, sino en asomar indirectamente, en diluirse en el relato que haremos.

Nuestra práctica está irremediablemente arraigada en el archivo, que se convierte en una especie de ancla a la que asirnos en momentos de vendaval o de deriva. Pensemos, por ejemplo, en las propuestas posmodernas, en la deconstrucción y en las disquisiciones sobre la existencia meramente lingüística de la realidad, del pasado. No es casual que los mejores libros de historia de estas últimas épocas sean posiblemente aquellos que, lidiando con esos desafíos y asumiéndolos parcialmente, han prestado más atención si cabe al documento, al archivo. Aunque pueda haber otras elecciones, no cabe duda de que las obras de Natalie Zemon Davis, Carlo Ginzburg, Robert Darnton, Jonathan Spence, Anthony Grafton o Roger Chartier, por citar algunos de los más significativos, responden a esa voluntad de creer sin ingenuidades en la fuente y en la posibilidad de interrogarla y leerla atentamente para interpretar lo acaecido[26].

Esto último es de enorme importancia, porque la historia es una práctica, mediada irremediablemente por las técnicas que utilizamos y que hemos aprendido al menos desde los tiempos de Ranke, de Langlois y Seignobos. Y esas pericias, esas habilidades, tienen que ver con las fuentes, con los archivos, y con la manera en la que están construidas las unas y establecidos los otros. Por ello, y llegados a este punto, lo que hemos de plantearnos es qué ocurrirá si se

---

[25] Carolyn Steedman, *Dust. The Archive and Cultural History,* cit., p. 145.

[26] Sobre algunos de estos autores, véase Justo Serna y Anaclet Pons, *La historia cultural: autores, obras, lugares,* Madrid, Akal, [2]2013.

alteran algunas de las condiciones con las que hemos venido trabajando desde hace más de un siglo. Hemos de interrogarnos sobre qué sucederá si los documentos nacen ya en formato digital y se albergan del mismo modo, sin soporte físico; necesitamos saber qué acaecerá si las fuentes archivadas se acomodan a esa nueva hechura, si ya no necesitamos acudir al archivo para consultarlas y si precisaremos de una nueva crítica de las fuentes. Pero hay más preguntas: ¿qué pasará si perdemos de vista la imponente figura de los depósitos nacionales, si ya no nos sociabilizamos en sus espacios?, ¿qué tipo de memoria se construirá?, ¿cambiará nuestro concepto de prueba?, ¿qué entenderemos por documento?, ¿lo será el generado por una institución o la ocurrencia de un individuo que ha guardado la entrada de su blog o un *tuiteo*? En fin, ¿a qué lugar pertenece esa escritura digital, a un Estado-nación, a una comunidad de internautas, a una de hablantes de una misma lengua?

Irremediablemente, el archivo cambiará y, con él, algunas de nuestras prácticas. Decía Jacques Derrida que ese concepto ha albergado un par de supuestos que nos acompañan desde la época clásica. Por un lado, tiene un sentido físico, histórico u ontológico que nos remite a lo originario, a lo principal, al comienzo. Por otro, alude a un espacio concreto, a la residencia de los que mandan y que, por ello, custodian los documentos. Más aún, al guardarlos no solo los preservan sino que se reservan la competencia hermenéutica, con lo que los interpretan para establecer la ley[27]. ¿Qué queda de todo eso, de la autoridad, del lugar, de su sentido ontológico?

2

Hace ya algunos años, en 1996, un estudioso del mundo digital publicó una brevísima nota titulada «¿Qué es un documento?». En dicha glosa, se preguntaba:

> ¿Hemos advertido que la palabra documento no significa mucho hoy en día? Lo cubre todo, desde un archivo de texto de un procesador de textos a una hoja de cálculo para una aplicación Java incluida en una página web interactiva.

[27] Jacques Derrida, *Mal de archivo. Una impresión freudiana,* Madrid, Trotta, 1997, p. 10.

> No solía ser así. Un documento era un pedazo de papel –como un testamento o un pasaporte– con un rol oficial en nuestro ordenamiento jurídico. Pero cuando los fabricantes de procesadores de textos se plantearon cómo denominar a su tipo especial de archivos, importaron el término documento. A medida que los archivos de texto incorporaron elementos multimedia, la palabra se ensanchó hasta el punto de carecer de sentido. Para tratar de distinguir los tipos de archivos, Windows 95 puso en su menú la extensión Documento.
>
> El hecho de que ni siquiera podamos decir lo que es un documento ya indica la profundidad del cambio que estamos experimentando en la forma en que interactuamos con la información y, en última instancia, con nuestro mundo[28].

Esa definición de documento y de archivo remite a una práctica habitual que poco tiene que ver con los usos tradicionales. Nuestros diccionarios recogen dos definiciones del término documento que no se reconocerían con la anterior acepción. La RAE fija, por ejemplo, que se entiende por tal cosa un «diploma, carta, relación u otro escrito que ilustra acerca de algún hecho, principalmente de los históricos», o bien se trata de un «escrito en que constan datos fidedignos o susceptibles de ser empleados como tales para probar algo». Es decir, escritura, papel, prueba. El cambio es significativo, aunque viene de antiguo.

Como ha señalado Bertrand Müller, hemos asistido a tres regímenes documentales desde inicios del ochocientos. El primero fue el archivístico, fundado en lo escrito y en parte en lo impreso. Como ya he indicado, no es una operación meramente técnica, sino que redefine el documento y le asigna unas determinadas coordenadas (fondos, series, etcétera) que se le adhieren de forma inalienable. El segundo fue el orden de la documentación, derivado de la aparición de las ciencias sociales a finales del ochocientos. La historia se deshace entonces de parte de su inocencia metodológica y complica su relación con el documento, en particular yendo mucho más allá del archivo en su búsqueda de huellas del pasado. El paso del inventario

---

[28] David Weinberger, «What's a Document», *Wired,* agosto de 1996 [http://www.wired.com/wired/archive/4.08/document.html]. Sobre ese comentario se extiende David M. Levy en *Scrolling Forward: Making Sense of Documents in the Digital Age,* Nueva York, Arcade, 2001, pp. 21 y ss.

a la bibliografía y a la documentación es consecuencia de las nuevas reglas y prácticas que impone el mapa de los saberes. Ello supone una cierta «desmaterialización», pues «el conocimiento se separa de sus soportes para ser retranscrito, registrado de nuevo, reclasificado, reordenado de acuerdo con un nuevo orden del saber que configura prácticamente desde entonces el "libro universal" de la ciencia». Es, por un lado, el momento de la ficha y el fichero y, por otro, el de ampliación de lo que entendemos por documento.

Finalmente, llegamos al momento de la información, de los datos, que se corresponde con la revolución digital. Ahora se impone una forma radicalmente distinta de organización y de concepción de los documentos, con dos cambios significativos: «la desmaterialización del documento y su eclosión». Porque, en efecto, las etapas anteriores no habían dislocado la unidad del documento articulada sobre una escritura y su soporte. Como ya hemos avanzado anteriormente, el cambio digital rompe ese vínculo, separando soporte e inscripción. Por un lado, «los soportes pueden variar y pueden reproducirse infinitamente»; por otro, «la información, invisible, remite a un sistema codificado de signos que solo son legibles e interpretables por máquinas y programas», los cuales privilegian determinadas unidades de información, los datos.

Todo eso, concluye Müller, cuestiona nuestras nociones clásicas de documento y de archivo: «en dos siglos, hemos pasado de un concepto de archivo que asocia soporte, autor, inscripción y sentido a una estructura de datos e informaciones digitales que pueden ser reconfigurados en cualquier momento por el lector»[29]. Puede, como indica este historiador, que tales modificaciones estén afectando más a la práctica cotidiana de los archiveros que a la de los historiadores, pero ya hemos avanzado algunas de las muchas consecuencias que tienen para todos, sea en lo referido a soportes, a la lectura o al modelo participativo, y hay muchas más que merecen ser consideradas.

De entrada, cuando hablamos de fuentes y de entorno digital remitimos en términos generales a tres fenómenos que afectan a la preservación del pasado, de los que se derivan distintos efectos. En

---

[29] Bertrand Müller, «De l'archive au document. Remarques sur l'évolution des régimes documentaires entre le XIXe et le XXIe siècle», en Philippe Poirrier y Julie Lauvernier (dirs.), *Territoires contemporains, nouvelle série: Historiographie & archivistique. Ecriture et méthodes de l'histoire à l'aune de la mise en archives* 2 (enero de 2011) [http://tristan.u-bourgogne.fr/UMR5605/publications/historiographie/B_Muller.html].

cuanto a los primeros, nos referimos a la digitalización de fuentes analógicas, al aumento de datos nacidos en formato digital y, finalmente, al almacenamiento de unos y otros en archivos o bibliotecas digitales. Por lo que se refiere a las consecuencias, señalamos que tales cambios suponen algún tipo de variación en las fuentes, así como de nuestra relación con ellas: un modo diferente de conservación, una forma distinta de presentación y, derivado de ello, una diversa reproducción y una particular manera de darlas a leer[30]. Por otro lado, y como ya he indicado, han sido los historiadores del libro y de la lectura quienes mayor atención han prestado a esos fenómenos, tanto a la digitalización de fondos impresos como a la aparición de documentos «nacidos digitales».

Reparemos en el primer plano, en el que las mayores preocupaciones radican en el proceso de digitalización que ha estado llevando a cabo la empresa Google para su proyecto Google Libros, inquietudes que valen para otros casos análogos. En este caso, quien mejor las ha expresado ha sido Robert Darnton, centradas en buena medida en la condición monopolista que ha ido adquiriendo Google y en las derivaciones que de ello se puedan seguir. Su recelo inicial remite, pues, al hecho de hacer de un bien público, los libros conservados en instituciones académicas, algo susceptible de convertirse en un negocio privado[31]. Razones no faltan para compartir esa preocupación, aunque esa justificada prevención puede hacer olvidar otros aspectos que conviene destacar.

Ante todo, la comercialización de ese producto cultural no siempre es algo evidente, al menos para los libros de siglos anteriores en los que no hay derechos de autor vigentes. Para un investigador norteamericano que tenga fácil acceso, ese hipotético pago sería injustifi-

---

[30] En este apartado retomo buena parte de las consideraciones avanzadas en mi texto «"Guardar como". La historia y las fuentes digitales», *Historia Crítica* 43 (2011), pp. 38-61. Por otra parte, puede verse una breve reflexión general sobre las ventajas e inconvenientes de la digitalización en el texto de Ana M.ª Badanelli y Gabriela Ossenbach, «Hacer Historia en la era digital: nuevas formas de acceso a las fuentes y de conservación del patrimonio», en María Reyes Berruezo y Susana Conejero (coords.), *El largo camino hacia una educación inclusiva: la educación especial y social del siglo* XIX *a nuestros días: XV Coloquio de Historia de la Educación,* vol. 2, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2009, pp. 661-670.

[31] Robert Darnton ha publicado numerosos artículos sobre el asunto, la mayor parte de los cuales se recopilan en su volumen *Las razones del libro. Futuro, presente y pasado,* Madrid, Trama, 2010; asimismo, en «Las bibliotecas en la era digital», *Pasajes: Revista de Pensamiento Contemporaneo* 27 (2008), pp. 7-18.

cable, como lo sería para el conjunto de la sociedad que ha prestado gratuitamente sus fondos para tal fin. Pero, ¿qué decir de los estudiosos que han de sufragar largos desplazamientos para poderlos consultar?, ¿qué decir de aquellos otros que, residiendo en otros continentes, jamás podrán ver esos volúmenes? Poner a disposición de todos el mismo tipo de conocimiento contribuye a descentrar la profesión y la disciplina, permitiendo perspectivas que necesariamente han de ser diferentes, aunque solo sea porque muchas de esas obras, por ejemplo, no son consultadas por la mayoría de historiadores de otros lugares, que incluso pueden desconocer su existencia. El propio Darnton es consciente de eso último y reconoce sus bondades. En cambio, no le falta razón cuando afirma que quizá ese alud de datos e informaciones tenga consecuencias cognoscitivas imprevistas: puede que nos haga caer en la ingenuidad positivista, creyendo que la verdad es simplemente ese todo que ahora ya tenemos a nuestra disposición y que, en consecuencia, el pasado es recuperable por entero sin casi mediación. De todos modos, añadiríamos, es paradójico que así sea, porque lo que más abunda en esas Bibliotecas de Investigación son libros y periódicos antiguos, artefactos que construyen textualmente la realidad, cada uno a su modo, pero que en ningún caso la reproducen, como tampoco lo hace ningún otro documento.

Otro problema que se suscita es el de los errores que se dan en el proceso de reproducción técnica. Darnton señala que, a pesar de su preocupación por la calidad, el resultado no será (no lo es) siempre satisfactorio. Es el mismo juicio que han expresado otros muchos, como por ejemplo su colega Anthony Grafton, para quien tales deslices no constituyen novedad alguna. Hace muchos siglos, cuando los amanuenses se sentaban «ante un *scriptorium* iluminado por la luz solar, el copista podía transcribir una "u" como una "n", o a la inversa». Entre los múltiples ejemplos posibles, Grafton nos propone uno significativo: teclear la palabra *qualitas* –«un término importante si se trata de filosofía medieval»– en el buscador de Google Libros. Con esa consulta se obtiene un buen número de resultados, pero también nos devuelve centenares de respuestas si lo que escribimos es el vocablo inexistente «qnalitas», fruto de un error en el reconocimiento óptico de los caracteres escaneados[32].

---

[32] Anthony Grafton, «La lectura futura», *Trama & texturas* 5 (2008), pp. 17-26. Grafton reproduce y amplía eso mismo en: *Codex in Crisis,* Nueva York, The Crumpled Press, 2008.

Esas incorrecciones afectan también a los «paratextos», a los denominados *metadata,* y son tan abundantes que muchos analistas se han referido a ellos con mayor o menor mordacidad[33]. Afectan sobre todo a los elementos externos y desconciertan a quienes no buscan tanto el contenido de un volumen como otros aspectos de su materialidad. Son proverbiales y endémicas, por ejemplo, las incorrecciones sobre fechas de edición; las clasificaciones incorrectas, atribuyendo un libro a una materia con la que nada tiene que ver; la confusión en los títulos; el galimatías de la autoría, mezclando autores con editores o prologuistas, etcétera. Es evidente que todos esos traspiés oscurecen los logros del proyecto y aminoran su utilidad. Con todo, tiene razón Grafton cuando indica que tal cosa siempre ha ocurrido. Cualquiera que haya visitado un archivo se habrá encontrado con problemas semejantes cuando consulta la catalogación, con legajos que no contienen lo que se supone que deben guardar, y a la inversa. Muchos grandes libros de historia se han escrito a partir de documentos que el estudioso ha hallado por casualidad, al margen de lo señalado en los índices. Por otra parte, nadie puede pensar que el historiador utilizará la Búsqueda de libros de Google tomando como seguro todo lo que recopila. Sea más o menos perfecta la digitalización, la tarea del académico es cerciorarse de la certeza de todo ese caudal de informaciones, contrastarlas.

De orden tecnológico es también el problema de la preservación de esos textos, a la que he aludido en otro lugar, pues el *hardware* y el *software* se desfasan de continuo, con lo que los nuevos sistemas de almacenamiento pueden quedar obsoletos en un futuro. Con todo, los problemas técnicos no son un reparo de importancia al proceso de digitalización de las fuentes ni son algo desconocido para el investigador. El estudioso que ha acudido a un archivo o a una biblioteca lo conoce bien. Todos hemos fotocopiado o microfilmado algún documento y, cuando lo hemos tenido a nuestra disposición y hemos pasado a analizarlo, no ha sido extraño que faltara alguna página o que fuéramos incapaces de leer una línea o varios párrafos enteros. Por tanto, siempre tendremos que contrastar nuestras copias, y para eso está el original. El inconveniente está en otro lado. Hasta ahora, el error técnico se podía producir en una copia

[33] Véase, por ejemplo, el texto del lingüista Geoffrey Nunberg, «Google's Book Search: A Disaster for Scholars», *The Chronicle of Higher Education,* 31 de agosto de 2009 [http://chronicle.com/article/Googles-Book-Search-A/48245/].

privada, la que uno solicitaba en el archivo al que acudía. Ahora, cuando el proceso de digitalización sea masivo y quizá sin otras alternativas con las que comparar, cualquier imprecisión pasa a formar parte del texto que todos leen en las pantallas digitales, con lo que la copia adquiere más fuerza que el original.

Este último aspecto está conectado con otra de las advertencias que realiza Robert Darnton, relacionada nuevamente con el estudio de la historia del libro. Desde esta perspectiva, al historiador norteamericano le preocupa que, dada la diversidad de versiones que hay de cada obra, Google digitalice una copia al azar o que una de ellas salga beneficiada en su lista de búsquedas. Eso significaría jerarquizar los volúmenes o sus distintas ediciones según criterios que desconocemos, seguramente semejantes a los que ahora se utilizan para otorgar mayor o menor relevancia a determinados resultados cuando buscamos cualquier cosa en internet. Es decir, Darnton preferiría que la tarea fuera llevada a cabo no solo por técnicos informáticos, sino por bibliotecarios e incluso por bibliógrafos, asegurando así que se cumpliesen ciertos parámetros académicos que facilitarían la labor del investigador.

Por supuesto, tampoco se trata de un inconveniente fundamental. Las copias digitalizadas remiten a volúmenes conservados en un determinado lugar y cumplen las mismas funciones que tendrían, a grandes rasgos, para el estudioso que acudiese a esa misma biblioteca o al archivo que los ha cedido. Es evidente que disponer de una o pocas copias de libre acceso en internet puede representar ciertos problemas a largo plazo, pues la tendencia será posiblemente la de reducir la multiplicidad de versiones a unas cuantas, las que podamos bajarnos en nuestro monitor digital. Sin embargo, es una situación semejante a la que tenemos ahora mismo, cuando solo consultamos lo que tenemos más cerca y únicamente nos desplazamos a examinar otros ejemplares cuando esto último constituye una tarea inexcusable para la investigación que llevamos a cabo. Y, por supuesto, si se tratara de un documento único, como el que se puede albergar en un archivo, la decisión de verlo, tocarlo y leerlo dependería de la importancia que tuvieran estos procesos físicos para el estudio que estuviéramos realizando.

Más fundada es la inquietud por lo que perderemos si solamente accedemos a las fuentes de manera indirecta, a través del ordenador. El tacto, por ejemplo, es decir, el manoseo, la textura del papel, la calidad de la impresión, la cubierta, las frases o comentarios que

escribió el lector en un margen, etcétera. En efecto, todos los aspectos físicos del libro preservado en una biblioteca o del informe conservado en un archivo proporcionan pistas importantes, que pueden llegar a ser determinantes en algunos casos. Ahora bien, eso no siempre es así. No es lo mismo dedicarse a estudiar la historia del libro y el fenómeno de la lectura que investigar otros aspectos. Para quien haga lo primero, resulta fundamental rastrear las obras de un determinado momento y examinarlas detenidamente, una a una si es posible, o al menos hacerlo con las que considere más significativas. En cambio, para otros el único interés está en lo que dicen esos libros, en su contenido, aunque pueda resultarle provechoso el aspecto material del ejemplar consultado. Las ventajas que procura la digitalización son infinitas en el segundo caso, pero casi irrelevantes para el primero. La única temeridad sería que el estudioso de la lectura sustituyera la visita a la biblioteca por la copia disponible en internet, algo que no tendría por qué suceder.

Más inquietante puede resultar quizá la digitalización de un archivo. Las ventajas las conocemos, y son innumerables. Pero también hemos de ser conscientes de las desventajas, de lo que perderíamos si renunciáramos a la consulta física de los documentos. Porque un archivo no contiene solo textos, los preserva con un orden y una vecindad determinados. Esa ordenación está en el catálogo y se puede reproducir, pero el formato digital puede disolverla, haciendo de cada documento algo aislado. En el archivo, un escrito sigue a otro y se conserva en un expediente o en un legajo, todo lo cual le da un sentido concreto. Las operaciones son distintas según lo que podamos hacer, pues no es lo mismo averiguar una referencia empleando un buscador dentro de una base de datos digital que solicitar al archivero un legajo o una caja en los que no sabemos a ciencia cierta lo que hallaremos. En última instancia, leer un único documento descontextualiza la información y el marco al que pertenece ese dato. Cierto es que desordenar el archivo, o ordenarlo de otro modo, también puede hacernos advertir conexiones insospechadas, que de otro modo podrían pasar inadvertidas.

Hay, finalmente, otra cuestión a ser considerada, aunque Robert Darnton no se detenga en ella. La mayor transformación no está realmente en lo señalado por este historiador norteamericano, sino en lo que apuntara Roger Chartier, en el mencionado proceso por el cual el mundo telemático supone una revolución del soporte de lo escrito y una revolución de las prácticas de lectura:

> los discursos ya no están inscritos en los objetos, que permiten clasificarlos, jerarquizarlos y reconocerlos en su propia identidad. Es un mundo de fragmentos descontextualizados, yuxtapuestos, de una recomposición indefinida, sin que sea necesario o deseado comprender la relación que los inscribe en la obra de la que han sido extraídos[34].

Así pues, si bien hay ciertas cosas que solo se advierten cuando reparamos en la materialidad de un texto, por lo que continuaremos recurriendo a ella cuando sea necesario, también hay otras que son difíciles de apreciar manoseando y leyendo una obra. Los lingüistas, por ejemplo, hace tiempo que han visto las múltiples posibilidades que genera la digitalización de textos literarios, porque permite tratarlos de otro modo, leerlos de forma distinta, tanto cualitativa como cuantitativamente. Es decir, como he repetido, el formato digital puede favorecer un acercamiento cuantitativo a los textos, al hacer que podamos buscar mecánicamente en ellos todo lo que deseemos.

Dejemos, no obstante, la cuantificación a un lado, así como los inconvenientes de reducir un texto a su condición numérica. Pensemos en otro aspecto, el de un mayor acceso al conocimiento, admitiendo sus consabidos límites. Me refiero al hecho de abrir los depósitos documentales a todos los investigadores, de permitir que puedan consultarlos aun residiendo en lugares muy lejanos. Son innumerables los estudiosos que jamás pensarían en realizar el desplazamiento hasta el lugar físico en el que se alberga un ejemplar determinado. Eso no hace que su investigación se resienta necesariamente, pero las nuevas posibilidades pueden favorecer un tratamiento distinto de su objeto. Ahora mismo, por ejemplo, podemos consultar una guía del París o el Londres decimonónicos; también podemos acceder a los informes mercantiles que realizaban los cónsules norteamericanos en ese mismo siglo. Quizá esas fuentes no tengan nada que ver con los asuntos que investigamos, pero conocer al otro, o saber cómo el otro se o nos describe, nos constituye como ciudadanos y como historiadores. Y eso significa, en última instancia, descentralizar la disciplina, descentrarla incluso. Hasta ahora, el conocimiento textual ha sido asunto casi privativo de los países occidentales. Esas bibliotecas de investigación que albergan los libros de los siglos pasados están en esos lugares y son consulta-

[34] Roger Chartier, «L'avenir numérique du livre», *Le Monde,* 26 de septiembre de 2009.

das por investigadores de esa procedencia, con las contadas excepciones. Son, además, fruto del poder que esos países han tenido en el pasado y del que continúan atesorando. Son aquellos archivos nacionales e imperiales de los que hablábamos anteriormente. Digitalizar es, pues, romper de algún modo con ese monopolio, abriendo la disciplina a otros interesados.

Poner a disposición de cualquier investigador esas obras favorece otras formas de hacer historia, quizá más interconectadas, más globales. Podemos continuar reduciendo la escala de observación en algunos casos, haciendo historias locales o nacionales, pero ahora podremos ver de qué modo nuestro objeto está en relación con otros o cómo se sitúa dentro de procesos más generales. No es que eso fuera a alterar significativamente la forma en la que, por ejemplo, Carlo Ginzburg analizó a su Menocchio, Natalie Davis a su Martin Guerre o Le Roy Ladurie a su Montaillou, pero los parentescos posibles, ya anticipados en su momento, pueden multiplicarse ahora y dar otro sentido a determinados actos o comportamientos. Las propias historias nacionales, como se ha apuntado, pueden quedar alteradas, al situarlas en contextos mucho más amplios o ver cómo procesos que creíamos peculiares no lo son tanto. Pero tampoco aquí falta la paradoja. El proyecto de Google es sobre todo anglosajón, de modo que sus resultados pueden favorecer un dominio, mayor si cabe, de los planteamientos e intereses que predominan en ese mundo historiográfico. Si son esos libros los que van a estar a disposición de todos, serán esos volúmenes los que sirvan como referente, ya sea para aprender o para impugnarlos.

3

La conversión de los materiales depositados en bibliotecas y archivos al soporte digital es solo una parte del proceso al que estamos asistiendo, y ni siquiera es el que mayores implicaciones puede tener. Junto a este, observamos un nuevo tipo de recopilación, la de los variados recursos cuyo origen es propiamente digital, el patrimonio *born digital.* Y no se trata simplemente de una adición, una nueva sección de los catálogos, sino que los modifica, no solo por su naturaleza, sino por su mismo contenido, algo que obliga a repensar el propio archivo.

Ya he expuesto lo que han significado nuestros depósitos documentales. Hoy en día, la forma en la que se gestionan los archivos tradicionales no dista mucho de la que hemos conocido en el pasado, pero los nuevos medios tecnológicos sí están cambiando algunas cosas, sobre todo porque disponemos de técnicas sencillas y económicas para almacenar información y para recuperarla de inmediato. Hasta el punto de que, como han señalado distintos estudiosos, hemos invertido la situación, con lo que recordamos por defecto (con toda esa ingente cantidad de información digitalizada) y el olvido es un accidente o excepción. Como disponemos de tantos y tan variados contenedores, desde ordenadores personales a videocámaras y tarjetas de memoria, pasando por el disco duro portátil y los reproductores de distinto signo, no hacemos más que llenarlos. Y lo mismo hacen las instituciones públicas y los organismos privados, con la memoria digital de internet, los registros de las tarjetas de crédito, los sistemas de reserva de viajes, los operadores de telecomunicaciones, los datos hacendísticos o sanitarios, etcétera[35]. De la memoria externalizada, selectiva y albergada en el archivo hemos pasado, pues, a otra promiscua, sin cribar y que nos satura, más propia de *Funes el memorioso.*

Esta sobreabundancia, esta especie de *infocaos,* podemos abordarla de múltiples maneras, pero me referiré a dos planos distintos por lo que atañe a las fuentes. En primer lugar, a las consecuencias que tiene sobre nuestra propia percepción, como ciudadanos, de lo que es relevante y merece ser considerado para escribir historia. Si la nueva memoria es digital y está en internet, entonces por qué no rescatar para ese nuevo archivo lo que hasta ahora hemos conservado en privado y pugnar porque nuestra voz sea considerada. Hasta hace poco, si un historiador quería investigar un objeto reciente, su única opción era hacer las maletas y dirigirse a los archivos pertinentes. Sin embargo, hoy las cosas ya no son igual, porque en la red hay mucha información valiosa que los particulares han inscrito impulsados por hacerse oír y por seguir ese impulso de colaboración que ya hemos analizado.

Quizá esta participación tan característica del medio digital no suponga un cambio radical para la investigación histórica, pero nos obliga a repensar nuestro trabajo y a reconsiderar nuestras

---

[35] Viktor Mayer-Schönberger, *Delete: The Virtue of Forgetting in the Digital Age,* Princeton, Princeton University Press, 2009, pp. 10-11 y ss.

fuentes. Desde luego, si acumuláramos los recuerdos de centenares o de miles de personas sobre un fenómeno concreto, nuestro relato sería distinto del que construiríamos con la única ayuda de la consulta documental a la que estamos habituados. De hecho, esas contribuciones personales están empezando a ser atendidas desde los propios archivos[36]. Y no se trata solamente de recuerdos o conocimientos pasados, sino que puede aplicarse con mayores consecuencias a lo que sucede ahora mismo, permitiéndonos distinguir la historia mientras se desarrolla, captar la experiencia popular sobre un determinado evento y cómo se transforma en memoria[37]. Sea como fuere, hay dos maneras distintas de recopilar documentos históricos digitales. Una forma responde a la voluntad de los investigadores o instituciones que promueven ese registro, pidiendo a los ciudadanos que respondan a esa demanda y que lo hagan bajo determinados parámetros, como ha ocurrido con grandes acontecimientos, como el 11/S. Veamos un ejemplo modesto, el de un archivo digital sobre ese atentado[38]. En primer lugar, es un repositorio hecho en colaboración, lo cual evidencia el potencial democratizador de las tecnologías de memoria digital. Las contribuciones a este archivo son, sobre todo, formalmente equivalentes unas a otras: sus esfuerzos por recordar el atentado están uniformemente numeradas y fechadas, disociadas de cualquier rastro de autoridad externa. En segundo término, nos informa sobre el impacto del acontecimiento en la vida cotidiana de la gente corriente. Así, si bien no es en sentido estricto un depósito de «ideas silenciadas», al menos ofrece una expresión inmediata y

---

[36] Por ejemplo, la iniciativa impulsada a principios de 2008 por la Library of Congress en colaboración con Flickr, el popular portal de imágenes. El objeto era poner a disposición de los internautas una parte de sus imágenes, invitándolos a ayudar a la biblioteca norteamericana a clasificar algunas de esas fotografías que guarda en su depósito. Parte de esas miles de instantáneas, de las cuales se desconocía casi todo, fueron en poco tiempo identificadas o completadas por un sinfín de aficionados entusiastas, que en ocasiones las recordaban personalmente: http://www.loc.gov/rr/print/flickr_pilot.html.

[37] El ejemplo por antonomasia es el September 11 Digital Archive, la primera gran adquisición digital de la Library of Congress [http://911digitalarchive.org/]. Sobre este asunto, véanse Daniel J. Cohen, «History and the Second Decade of the Web», *Rethinking History* 8, 2 (junio de 2004), pp. 293-301, y «The Future of Preserving the Past», *CRM: The Journal of Heritage Stewardship* 2, 2 (verano de 2005), pp. 6-19.

[38] En http://www.wherewereyou.org/. Sobre este particular, véase Lee Jarvis, «9/11 Digitally Remastered? Internet Archives, Vernacular Memories and WhereWereYou.org», *Journal of American Studies* 45, 4 (2011), pp. 793-814.

local de lo recordado y olvidado. Finalmente, la exploración de este tipo de recuerdos permite ver la resonancia y la difusión públicas de los tropos y temas difundidos oficialmente. Ahora bien, tiene un interés más general, derivado de que es ejemplo del cambio en las prácticas y las tecnologías de la memoria social.

Con sus formas de almacenamiento y transmisión, los archivos digitales suponen nuevas oportunidades para acceder, transferir y difundir el contenido de las memorias. Y este acto hace que cada una de las entradas registradas ayude a moldear lo que se quiere representar, de modo que el pasado es construido en el presente, no lo precede. A su vez, como proyecto de memoria contemporánea, facilita la expresión de nuevas formas de vinculación colectiva y política, donde las dinámicas de identidad, violencia e historia son algo experimentado por todos. Finalmente, este archivo también ofrece una oportunidad para reflexionar sobre dos tendencias importantes. La primera es la obsesión contemporánea por la memoria que atraviesa la sociedad. En palabras de Pierre Nora:

> De ese modo, la materialización de la memoria se ha dilatado prodigiosamente en pocos años, se ha multiplicado, descentralizado, democratizado. En los tiempos clásicos, los tres grandes emisores de archivos se reducían a las grandes familias, la Iglesia y el Estado. ¿Quién no se siente hoy obligado a consignar sus recuerdos, a escribir sus Memorias, no solo los pequeños actores de la historia, sino sus testigos, su esposa y su médico? Cuanto menos extraordinario es el testimonio, más digno parece de ilustrar una mentalidad media. La liquidación de la memoria se ha saldado con una voluntad general de registrarla. En una generación, el museo imaginario del archivo se ha enriquecido prodigiosamente[39].

La otra manera de recopilar información digital es más informal si cabe: no es necesario solicitar contribuciones anónimas, porque estas se suceden diariamente en un nuevo medio, internet, y tratan todo tipo de aspectos de nuestra vida actual. Por tanto, todo lo que contiene la red es en sí mismo una fuente de conocimiento futuro, al menos en el caso de que consigamos preservarlo. Un ejemplo de esta

---

[39] Pierre Nora, «Entre Mémoire et Histoire. La problématique des lieux», en Pierre Nora (dir.), *Les lieux de Mémoire,* vol. I, París, Gallimard, 1984, p. XXVII [hay traducción castellana en *Pierre Nora en les lieux de mémoire,* Montevideo, Trilce, 2008].

opción es el acuerdo entre Twitter y la Library of Congress para almacenar el archivo digital de la primera[40]. Imaginemos lo que significa recopilar *tweets,* teniendo en cuenta que se escriben millones cada día.

¿Qué significado y qué consecuencias pueden tener decisiones de este tipo? Cualquiera que haya leído esos mensajes u otros semejantes entenderá lo que supone. A primera vista, es una colección de frases sin sentido, desordenadas y caóticas. Tomadas una a una, nadie diría que puedan servir para mucho. Analizadas en su conjunto pueden revelar, en cambio, aspectos significativos. Podríamos convenir, por ejemplo, en que se trata de textos relativamente espontáneos. La mayor parte de las fuentes que conservamos se han producido una vez ocurrido el acontecimiento al que se refieren, con lo que están mediadas por la memoria o por las exigencias de la institución que las genera. Eso no significa que los *tweets* no lo estén. En la medida en que están pensados para divulgarse, su autor decide qué y cómo quiere aparecer. Así pues, por ejemplo, no necesariamente leemos lo que le ha parecido determinado libro a un usuario, sino lo que él quiere que creamos que le ha parecido.

Aun compartiendo siempre una determinada mediación, una determinada construcción, hay diferencias sustanciales entre esos registros y los documentos tradicionales. En primer lugar, nunca hemos dispuesto de tantos y tan variados textos personales. Los diarios y la correspondencia privada siempre han sido escasos y proceden de una elección personal mucho más meditada. La persona que los conserva lo hace con una mayor voluntad de selección, descartando tanto o más que incluyendo, mientras compone un relato con sentido para dar orden y justificación a la vida que se muestra y se quiere preservar. Un *tweet* no tiene, en principio, nada de eso. Quien lo redacta no lo difunde porque crea (u otros crean) que su personalidad es extraordinaria o porque se prepare para la posteridad. En ese mundo digital, donde el anonimato prolifera, solo se busca un espacio para exponer la voz y la palabra, a menudo desde la extravagancia. Por otra parte, la documentación privada tradicional nos habla de sujetos destacados, de grandes hombres y mujeres, de gentes de las letras y del dinero, de la política y del ejército. Poco sabemos, en cambio, de la gente común, casi nada que haya salido de su boca o

[40] Véase http://www.loc.gov/today/pr/2010/10-081.html.

de su mano sin otra mediación. Si los vemos es a través de los discursos que otros escriben sobre ellos, ya sean jueces o médicos, policías o religiosos, o bien aparecen amontonados y reducidos a un número en estadísticas e informes. La era digital convierte en común lo que antaño era un documento raro, casi excepcional. Con una contrapartida, eso sí, pues el *tweet* se despliega en un soporte nuevo donde la confesión personal es escasa y lo que sabemos del individuo es igualmente exiguo.

En segundo lugar, el contenido de estos nuevos documentos es distinto del que estamos acostumbrados y puede favorecer otro tipo de escritura. Para quien aspire a elaborar una historia anecdótica, el archivo de Twitter quizá sea una noticia excelente. De hecho, la favorece, porque relata lo habitual, lo cotidiano, a la vez que lo espectacular, lo episódico. Dicho de otro modo, también puede conducir a la frivolidad, pues produce más información cuanto más estridente sea el caso o la noticia sobre la que se manifiesta. Sin duda, para quien desee estudiar la representación pública del «yo», de lo que queremos mostrar, esos registros serán enormemente valiosos. Asimismo, será un recurso extraordinario para el estudio de determinados aspectos de la vida cotidiana, algo que no tiene parangón con lo que hasta ahora conocemos. Contaremos con una gran cantidad de información sobre las pautas de consumo, sobre la recepción de los productos culturales, sobre los comportamientos, etcétera. Por primera vez podremos ver cómo se reacciona ante los grandes acontecimientos en tiempo real y cómo se los reconstruye en el soporte digital. Cualquier fenómeno, cualquier cataclismo, cualquier noticia significativa es recogida de inmediato y reelaborada, con miles de personas contribuyendo a ello. Es algo que con anterioridad no ocurría, pues como mucho hemos tenido el registro televisivo o fílmico que ha codificado *una* visión de lo ocurrido. Ahora bien, ¿qué tipo de vida cotidiana y de quién? Ahora, no hay selección ni límite, no se guarda lo que parece más significativo, estarán todos los párrafos de todos los usuarios que hayan decidido enviar a la red sus comentarios, pensamientos o reacciones ante cualquier cosa.

Antaño el contacto natural que una sociedad mantenía con el pasado se daba a través de las «memorias alimentadas y cultivadas en común», para lo que el archivo era fundamental. Ahora se opone a ello, sin hacerlo desaparecer totalmente, una memoria puramente individual, que es además atemporal. El tiempo es mercancía en la

medida en que nuestra memoria está almacenada en múltiples depósitos digitales privados, con lo que podemos dedicar nuestros esfuerzos a otras tareas. Ya no necesitamos confiar en nuestra capacidad mental para restituir lo ocurrido, echamos mano de una memoria digital. Lo cual nos conduce a una nueva paradoja: la pérdida de memoria cultural es compatible con una proliferación desconocida de archivos de todo tipo[41].

A ello hay que sumar otro aspecto: la memoria no se localiza solamente en la materia de los ítems en sí, sean del tipo que sean, sino en el modo en que la acción humana interactúa con los objetos materiales; no es solo provocada por los objetos, sino que sucede a través de estos objetos. Es decir, la materialidad es indisociable de las prácticas culturales a las que está conectada y de las que depende, de los rituales específicos y las circunstancias bajo las cuales los objetos son retomados[42]. Lo que ocurre con la digitalización, como sabemos, es que tiende a borrar esa materialidad, modificando la sensación de memoria que está depositada en ella. Lo que hacen los nuevos soportes es crear algo nuevo, una especie de limbo entre el recuerdo y el olvido, a la espera de la eliminación o materialización de lo almacenado, introduciendo la provisionalidad como parte o etapa del proceso de memoria. Es lo que se ha llamado «memorias mediadas»: registradas por medios tecnológicos, en las que estos últimos no son solamente máquinas, sino que implican unas prácticas concretas. Dicho de otro modo: al cambiar la base material de nuestras memorias, se reconfigura la naturaleza de nuestras recopilaciones y la forma de rememoración. Además, ese proceso queda reforzado en tanto la capacidad de archivar es infinita, pues parece que podemos acumular todas las «experiencias» y con todas las facetas sensoriales, para recordarlas de forma correcta y completa. Casi como el sueño positivista. Finalmente, y por la naturaleza de su creación, muchos registros de este tipo se están convirtiendo en

---

[41] Christian Vandendorpe, «L'hypertexte et l'avenir de la mémoire», *Le Débat* 115 (2001), pp. 145-155. Un repaso y un análisis bibliográficos sobre algunas de estas cuestiones en José Afonso Furtado, *El papel y el píxel. De lo impreso a lo digital: continuidades y transformaciones,* Gijón, Trea, 2007, pp. 64 y ss.

[42] Sigo aquí los trabajos de José Van Dijck: «Memory Matters in the Digital Age», *Configurations* 12, 3 (2004), pp. 349-373, y «From Shoebox to Performative Agent: the Computer as Personal Memory Machine», *New Media & Society* 7, 3 (2005), pp. 311-332. Ambos, junto con otros textos, se incluyen en su volumen recopilatorio *Mediated Memories in the Digital Age.* Stanford, Stanford University Press, 2007.

objetos de red, memorias para compartir, en constante interacción con otras personas. De ese modo, conectaríamos los registros privados a las reflexiones de otros o a los recursos públicos, produciendo una renovada conciencia de la relación entre memoria personal y colectiva.

En suma, la aparición de nuevas tecnologías también afecta a nuestra memoria autobiográfica, dado que las técnicas disponibles influyen en nuestra forma de conceptualizarla y visualizarla. Y al hacerlo, al afectarla, modifican nuestra identidad autobiográfica y cultural, en tanto son medios de reflexión, autorrepresentación y comunicación. Los nuevos soportes son, como diría Foucault, «tecnologías del yo» propias de nuestro tiempo, esas que «permiten a los individuos efectuar, por cuenta propia o con la ayuda de otros, cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, pensamientos, conducta, o cualquier forma de ser, obteniendo así una transformación de sí mismos con el fin de alcanzar cierto estado de felicidad, pureza, sabiduría o inmortalidad»[43]. Visto así, suponen una revisión epistemológica fundamental, una reconsideración de algunos de nuestros instrumentos de vida.

Twitter, blogs, Facebook, Flikr, etcétera. ¿Será nuestra tarea más fácil o más difícil en el futuro? Es algo que se preguntan muchos historiadores. Sin duda, tendremos mucha más información, pero distinta, nada comparable a la que hasta ahora esperábamos encontrar cuando visitábamos los archivos. Ni siquiera necesitaremos estar allí físicamente, bastará con que nos conectemos con nuestros ordenadores. El caos está asegurado, pero ese ha sido siempre parte de nuestro cometido, introducir orden, dar sentido a la heterogeneidad de un pasado desaparecido y del que, sea como fuere, solo quedan huellas fragmentadas.

Finalmente, la cuestión no es solo cómo abordaremos esas fuentes, sino si llegarán a conservarse. A pesar de los esfuerzos realizados, internet crece a un ritmo cercano al terabyte diario, lo cual equivale a unos quinientos millones de entradas en los blogs, doscientos cincuenta millones de artículos de revistas y miles de clips de video. En su conjunto, la red alberga miles de millones de páginas. Es decir, el asunto es qué ocurrirá con ese mundo digital en constante cambio y qué parte se preservará. Y eso es importante

---

[43] Michel Foucault, *Tecnologías del yo y otros textos afines,* Barcelona, Paidós, 1990, p. 48

porque ya sabemos el impacto que las nuevas tecnologías han tenido en determinadas revueltas populares o en algunos procesos electorales.

4

No han sido muchos los historiadores que se han prestado a reflexionar sobre la relación de su disciplina con las nuevas fuentes digitales. Uno de ellos, y de forma temprana, ha sido Rolando Minuti. Cavilando sobre las incertidumbres de la mutación que vivimos, señala:

> Para que un documento pueda asumir el carácter de fuente histórica no debe ser capaz de cambiar, no debe estar sujeto a transformaciones que no estén documentadas, debe poder ser atribuido a una persona o a una institución y, en particular, a un contexto temporal. Es sobre esta base que puede convertirse en material útil para un relato verdadero. Y si bien este relato no puede aspirar a traducir en palabras la realidad pasada, que permanece inaccesible en su totalidad, como lo es la realidad presente, ello no obsta para que su cualidad de relato verdadero, que se distingue de la pura ficción literaria, más allá de las interpretaciones y de las conceptualizaciones –que forman parte necesariamente del trabajo del historiador–, se base fundamentalmente en la posibilidad de verificar los documentos. Podemos debatir ampliamente sobre el estilo y el lenguaje del historiador, y sobre la importante cuestión de la relación entre la narración y la investigación histórica, pero la referencia a esta regla del método crítico, a partir de la cual se constituye la noción misma de historiografía, debe constituir una orientación clara, incluso en el mundo de lo electrónico y lo telemático[44].

Si aceptamos lo que este historiador defiende, advertiremos de inmediato la dificultad, la aporía en la que nos hallamos, pues las fuentes digitales se resisten al análisis clásico. La incertidumbre proviene de los cambios. Las fuentes no están solo en los archivos, sino por todas partes. Eso significa, entre otras cosas, que los procesos de

---

[44] Rolando Minuti, *Internet et le métier d'historien,* París, Presses Universitaires de France, 2002, p. 71.

interpretación que hemos aprendido y que constituyen nuestra disciplinan también tendrán que renovarse. Para ello es necesario atender a los principales rasgos que los documentos adquieren en el mundo digital. De hecho, resulta imprescindible hacerlo: comprender la génesis del objeto que percibimos es lo que nos permite entender cómo podemos utilizarlo, pues los contextos de uso siempre son decisivos[45].

El primer cambio, aunque aquí el orden no importa, remite a la abundancia. Las fuentes antiguas son escasas y una de las habilidades más importantes de un historiador es analizarlas con atención, a veces incluso de manera indiciaria, porque siempre falta información sobre el objeto que uno decide investigar. Son asimismo estables, no cambian con el tiempo una vez registradas y guardadas. Por eso mismo, su disponibilidad es limitada, porque su reproducibilidad también lo es: tenemos que viajar, acceder al archivo y solicitar el original; en el siglo pasado pudimos ya tener una copia, aunque generalmente con una calidad notablemente inferior al original. Ahora la escasez ha sido sustituida por la abundancia, por una producción continua de documentos que toman la forma de datos:

> Los historiadores, de hecho, pueden estar afrontando un cambio de paradigma fundamental, pasando de una cultura de la escasez a una cultura de la abundancia. No hace mucho tiempo, nos preocupaba el escaso número de personas que podíamos estudiar, el número de páginas que podíamos publicar, las fuentes primarias a las que podíamos introducir a nuestros estudiantes y los documentos que habían sobrevivido del pasado. Al menos potencialmente, la tecnología digital ha eliminado muchos de estos límites: […] a nuestros estudiantes les cuesta menos acceder literalmente a millones de fuentes primarias que a un compendio que se haya impreso en una antología. Y somos capaces de guardar y buscar rápidamente cualquier producto de nuestra cultura[46].

---

[45] Philippe Rygiel, «Les sources de l'historien à l'heure d'Internet», *Hypothèses* 1 (2003), pp. 341-354; también Marin Dacos (ed.), *Read/Write Book: Le livre inscriptible,* Marsella, Cléo, 2010; y, en especial, el número que la revista *Matériaux pour l'histoire de notre temps* dedicó a este y otros asuntos conexos con el título «L'historien face à l'ordre informatique: classification et histoire», n.º 82 (2006).

[46] Roy Rosenzweig, «Scarcity or Abundance? Preserving the Past in a Digital Era», *The American Historical Review* 108, 3 (2003), pp. 735-762, en concreto p. 739.

Una primera consecuencia de esa nueva profusión es la variedad. Como ya hemos visto, la preservación ha estructurado las fuentes con un sentido nacional o imperial, conservando aquello que mejor servía a tales propósitos. Aunque existieran colecciones privadas, el archivo público tenía el poder de conservar: ejercía así una clara función de servicio común, pero al cumplirlo monopolizaba también la representación nacional. Pero, ¿qué nacionalidad tiene un documento nacido digital? Antes al contrario, esas fuentes erosionan las fronteras y establecen nuevas relaciones cosmopolitas. En ese sentido, si los archivos locales o nacionales no están interesados en la conservación de aquello que sobrepasa su ámbito, dado que no se puede utilizar para construir lo local o lo nacional, eso significa que la recopilación adquiere ahora un carácter más privado (Internet Archive, por ejemplo). Por supuesto, eso cambia el poder de conservación y, a su vez, cuestiona el modelo de memoria. De hecho, se sostiene en buena medida sobre el recuerdo personal, cuando hasta ahora predominaba el colectivo, no solo al recopilar lo que se consideraba más representativo de la sociedad, sino en el sentido de que los recuerdos lo eran en relación con los de quienes nos rodeaban, es decir, se negociaban. El historiador, diríamos, recuperaba esa narrativa común, o la impugnaba, pero ahora se enfrenta a millones de conversaciones, cuya coherencia será más difícil. Y es evidente que en buena medida el modo en que seremos estudiados, recordados, dependerá del modo en que seamos archivados[47].

Esa heterogeneidad de voces individuales está relacionada, pues, con el nuevo papel desempeñado por el usuario, el consumidor, que puede producir y almacenar contenidos, no como antes, guardando algunas fotos y cartas en un cajón o en el desván, sino que puede amontonarlo todo, cualquier cosa, dada la enorme capacidad, pequeño tamaño y escaso coste de las memorias digitales. Eso plantea un sinfín de dudas: ¿lo preservamos todo? Si seleccionamos, ¿no descartaremos cosas que quizá fueran útiles mañana? ¿Qué criterios de selección utilizaremos? ¿Sabemos realmente lo

---

[47] Gabriele Balbi, «Doing Media History in 2050», en *MIT6. Media in Transition. International Conference,* 24-26 de abril de 2009 (Massachusetts Institute of Technology) [http://web.mit.edu/comm-forum/mit6/papers/Balbi.pdf]. Véase, asimismo, la intervención de Alexander Halavais, «Knowledge Everywhere: The Distributed Memory of Social Media» [http://web.mit.edu/comm-forum/mit6/papers/Halavais.pdf].

que los historiadores del futuro considerarán importante? Como ha señalado John Lewis Gaddis, «¿quién habría predicho que hoy estudiaríamos la Inquisición a través de la mirada de un molinero italiano del siglo XVI, la Francia prerrevolucionaria según la perspectiva de un obstinado sirviente chino, o los primeros años de la independencia norteamericana a partir de las experiencias de una comadrona inglesa?»[48].

Un segundo aspecto es la volatilidad, pues la condición estable es sustituida por otra de tipo inestable y frágil. La unidad física se pierde: la caja o el legajo, los papeles, las cintas que los envuelven, el polvo que los recubre, el tacto, etcétera. Ya no hay piezas únicas, singulares, bien porque la capacidad de reproducción multiplica los avatares del documento original, bien porque este es de raíz numérica. En este segundo caso, la condición volátil hace, además, que aumente la posibilidad de que algo se pierda, por su propia dinámica cambiante, por su carácter variable, por su continua actualización. Con una paradoja evidente: queremos conservar y estudiar objetos y datos que son efímeros por naturaleza y que nacieron para morir rápidamente.

Por otra parte, la inmaterialidad:

> Los dos pilares sobre los que descansa el edificio cultural-textual moderno, la autoría y la estabilidad, fueron asegurados a través de los siglos por una característica difícil de discutir: la materialidad de la fuente. Cualquier progreso técnico –pensar en la reproducibilidad: la propagación de papel, impresión, fotografía, microfilm, fotocopias– no ha hecho sino reafirmar la primacía del objeto físico. Estas tecnologías, aunque revolucionarias, no implementan la transición de un estado físico a otro. Como mucho lo inmortalizan. Con el ordenador todo cambia. La misma transición del manuscrito al impreso no se puede comparar con lo que sucede cuando un documento entra en la dimensión digital y, despojado de sus hábitos materiales, queda inmerso en el flujo de bits[49].

---

[48] John Lewis Gaddis, *El paisaje de la historia. Cómo los historiadores representan el pasado,* Barcelona, Anagrama, 2004, p. 44. Sobre estos asuntos, véase Dan Cohen y Roy Rosenzweig, *Digital History. A Guide to Gathering, Preserving and Presenting the Past on the Web,* Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2006.

[49] Domenico Fiormonte, «Il documento immateriale», en Guido Abbattista y Andrea Zorzi (eds.), *Il documento immateriale: ricerca storica e nuovi linguaggi,* publicado en *L'Indice dei libri del mese,* dossier n.º 4 (2000), p. V. Para esta característica y las que

Es decir, la disociación entre lo archivado y su soporte, de modo que, como añade Stefano Vitali, existe una inevitable y necesaria diferencia entre el modo en el que la información es físicamente registrada y cómo la restituiremos de manera inteligible. Pero no solo eso. No hay tampoco correspondencia exacta entre documento y archivo, pues lo que para nosotros es un solo objeto (por ejemplo, un hipertexto) se despliega o se compone de múltiples partes, diversos archivos que se incrustan y que pueden separarse (textos, imágenes, sonidos). De ahí que digamos que el documento digital es fluido, pues la desmaterialización hace que el objeto o el documento no tengan un lugar físico en el que situarse, por lo que podemos reproducirlos indefinidamente, copiarlos, eliminarlos, modificarlos, sin necesariamente dejar rastro de la manipulación. Podemos incluso respetar totalmente el contenido y cambiar su forma, alterando los caracteres, el tamaño, el color, ampliarlo o reducirlo. Es decir, la estabilidad es la excepción. En otro sentido, sin soporte físico, no tenemos otra cosa que una representación digital a partir de la cual el documento se puede hacer visible de diversas maneras. Es por eso que podemos decir que es un documento potencial, pues no solo cuenta la representación misma sino las diversas formas que puede producir al ser visualizado. Dicho de otro modo, no hay original, sino copias, que son las que lo construyen o reconstruyen. Dice Eric Ketelaar que es la misma operación que realizamos cuando rebuscamos en nuestra memoria la imagen de alguien desaparecido o ausente, recuperando algo que se aproxima a lo que realmente tuvimos ante nosotros. Y así, para el archivero o el historiador, ya no tratamos con un documento tangible en un contexto lógico y parcialmente físico sino que el objeto es el archivo-proceso más que el archivo-producto[50]. Entre las consecuencias de esto último está, por supuesto, una mayor accesibilidad, que tampoco es siempre uniforme, puesto que depende de la manera en que creamos la fuente y del modo en el que la almacenamos. No es

---

siguen, véase Stefano Vitali, *Passato digitale. Le fonti dello storico nell'era del computer,* Milán, Bruno Mondadori, 2004, pp. 138-146; y, asimismo, Dario Ragazzini, «Le fonte storiche nell'epoca della loro riproducibilità informatica», en Dario Ragazzini (ed.), *La storiografia digitale,* Turín, UTET, 2004, pp. 3-34. Igualmente valiosas son el resto de las contribuciones incluidas en este último volumen.

[50] Eric Ketelaar, «Writing on Archiving Machines», en Sonja Neef, José van Dijck, y Eric Ketelaar (eds.), *Sign here! Handwriting in the Age of New Media,* Ámsterdam, Amsterdam University Press, 2006, pp . 183-195, especialmente p. 190.

lo mismo, por supuesto, digitalizar un texto de forma que lo convirtamos en información, en datos consultables, que transformarlo en una imagen menos manejable. Asimismo, de tal accesibilidad deriva una capacidad desconocida de manipulación; la información digital es flexible, podemos modificarla y actualizarla, lo cual puede perturbar el registro histórico y la idea de lo que es original y de lo que no lo es, de lo auténtico y del simulacro. Ello es importante en tanto la idea de documento original está muy arraigada en la tradición historiográfica. Si la copia manipulada viene a sustituir a la original, si la reemplaza, socava la autoridad histórica y, como veremos, ha de complicar los procesos del método histórico. Es algo semejante a lo ocurrido con la manipulación fotográfica, cuyos ejemplos son numerosos[51]. Hoy en día, esa capacidad ya está incorporada en las propias máquinas, acentuando la idea de simulacro que señalara Jean Baudrillard[52]. Y eso nos permite observar un interesante efecto: sabemos que una fotografía difiere de la realidad porque produce imágenes fijas, que no pueden dar una réplica exacta de lo que captan, ya sea porque encuadran, recortando lo expuesto, o porque el mundo se mueve. Es, *mutatis mutandis,* una limitación semejante a la que tiene la escritura histórica, que tampoco nunca puede mostrar las cosas «como fueron»[53]. En ese sentido, los medios digitales exponen claramente e incorporan los mecanismos de manipulación, haciendo explícito lo que antes era implícito, lo que significa pérdida de confianza, de credibilidad, de fiabilidad.

Finalmente, decimos que lo digital es frágil. Por mucho que se degraden los textos impresos, su duración ha demostrado ser superior de momento a la de los documentos digitales. Los soportes en los que los almacenamos y los dispositivos con que los recuperamos envejecen rápidamente, hasta el punto de que algunos se pierden sin remisión, dando prueba de esa fragilidad. Conservar, guardar algo con cuidado para mantenerlo incólume, no siempre nos permite obtener los resultados esperados. El que cuidemos con esmero de su permanencia no nos asegura que podremos utilizarlo en el

---

[51] Peter Burke, *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico,* Barcelona, Crítica, 2001.

[52] Jean Braudillard, *Cultura y simulacro,* Barcelona, Kairós, 1984.

[53] Paul Longley Arthur, «Hypermedia History: Changing Technologies of Representation for Recording and Portraying the Past», *InterCulture* 3, 3 (2006) [http://iph.fsu.edu/interculture/pdfs/arthur%20hypermedia.pdf].

futuro, antes al contrario, la rápida obsolescencia de las herramientas que usamos para ello invalidan muchas veces nuestros propósitos. Antes bastaba con no destruir y con disponer de buenas medidas de preservación, ahora eso no sirve. Además, conservar algo que tiene existencia digital no siempre es sencillo, dado que internet es un medio vivo, dinámico, que cambia continuamente la forma y el contenido de lo que alberga. ¿Qué significaría en este caso conservar una página electrónica? Y una vez conservada, ¿cómo abordarla?

Llegamos así a la cuestión última: ¿cómo aplicar nuestro tradicional método heurístico?, ¿podemos aplicar a un documento digital la crítica textual que alemanes y franceses inauguraron en el ochocientos?, ¿cómo valernos de la crítica externa (restitución, procedencia) e interna (interpretación, sinceridad y exactitud) de la que hablaban Langlois y Seignobos? En realidad, nuestras tradiciones en este campo están basadas en el carácter material del documento, de modo que contamos con ese soporte para descifrar la autenticidad o la datación, es decir, para identificarlo adecuadamente. Pero esa materialidad se desvanece, no sabemos si estamos viendo un original o su copia, no podemos individualizarlo, desconocemos cómo se guardó o dónde, quizá ignoremos quién lo generó o cuándo. ¿Cómo seguir diferenciando entre crítica interna y externa? Y, por otra parte, si un documento no tiene ese carácter único, singular, ¿cómo ejemplificaremos nuestras afirmaciones? La fuerza del archivo y del documento depende en ocasiones de ese carácter, de su excepcionalidad, y a él nos confiamos y remitimos al lector. Si lo que tenemos es multiplicidad, de algún modo perdemos esa potencia, desleída más si cabe con la posibilidad de que ese mismo usuario tenga acceso desde su propia pantalla. Es decir, antes se confiaba en archiveros e historiadores, como mediadores culturales entre pasado y presente, porque solo los muy interesados visitaban el archivo para cerciorarse de nuestras remisiones, mientras que ahora cualquiera puede hacerlo, nuestro aparato crítico puede convertirse en una invitación a seguir, afirmando la coparticipación cognitiva del usuario[54].

Entonces, ¿cómo fijar la autenticidad si, según veíamos, los programas incorporan la posibilidad de manipulación? Decimos

[54] Dario Ragazzini, «Le fonte storiche nell'epoca della loro riproducibilità informatica», cit., p. 17.

que un documento es auténtico si reconocemos que es efectivamente lo que proclama ser o que es aquello que un tercero dice que es. Para ello, ha de permanecer inalterable a través del espacio y del tiempo, no debe ser modificado ni adulterado. Ambas cosas nos remiten a su identidad y a su integridad. Incluso afirmar la falsedad es una declaración de identidad, que puede suponer una pérdida de su integridad originaria en el sentido correspondiente. Decir que algo es falso le puede reportar al historiador una vía igualmente fructífera. Natalie Zemon Davis, por ejemplo, estudió las cartas de perdón dirigidas al rey de Francia en el siglo XVI, cartas cuyo contenido «ficticio» le parecía fuera de toda duda. Por eso, nos recuerda la formación positivista que recibió siendo estudiante y se pregunta qué valor documental tienen esas cartas. De entrada, tendríamos que reconocer que muchos las han despreciado, entre otras cosas por haber orillado su valor literario, que es precisamente el punto central del análisis de Davis. Porque la cuestión, a su juicio, es que un artificio «ficticio» de este tipo no necesariamente tiñe de falsedad el documento, sino que muy bien nos puede proporcionar verosimilitud o verdad moral, por la misma razón que adornar algo no es exactamente falsificarlo. La verdad estaría aquí en saber qué relatos contaba la gente y cómo, que entendían por una buena narración, cómo se justificaban y cómo de ese modo daban coherencia y comprendían sus experiencias. Ello sin olvidar su fidelidad a los hechos reales, al menos en relación a lo que otros establecían como real sobre esos mismos asuntos, el impacto que tenía su forma de presentarlos y el valor social de la verdad. Algo semejante señala también Carlo Ginzburg cuando reconoce las relaciones que existen entre lo verdadero, lo falso y lo ficticio, términos todos ellos que guardan estrecha correspondencia. Y por eso mismo, nos dice, «es tema que causa incomodidad a los escépticos, porque presupone la realidad: esa realidad externa que ni siquiera las comillas logran exorcizar»[55].

En todo caso, esos ejemplos confirman la práctica consistente en establecer la relación entre una fuente y una determinada realidad histórica, abriendo una perspectiva de conocimiento de esta última.

---

[55] Natalie Zemon Davis, *Fiction in the Archives: Pardon Tales and Their Tellers in Sixteenth-Century,* Stanford, Stanford University Press, 1987, pp. 1-6; Carlo Ginzburg, *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio,* México. Fondo de Cultura Económica, 2010, p. 17.

Nada de eso sirve cuando nos las vemos con una fuente desmaterializada, fluida y frágil. Sin materialidad, ¿qué caracteres externos analizaremos para fijar su autenticidad?, ¿qué elementos internos tomaremos en cuenta en un documento fácilmente copiable y manipulable?, ¿cómo distinguir si no hay plagio o falsificación, si no ha sido mínimamente alterado?, ¿por qué partir de la estabilidad textual cuando ese documento es volátil por naturaleza?

Sea como fuere, necesitaremos establecer indicios suficientes sobre la validez de un documento, sin los cuales no nos podríamos fiar y, por ende, trabajar: analizar, interpretar. Hasta ahora, nuestros problemas han sido mínimos, entendiendo tal cosa en el sentido de que nos hemos dotado de unos métodos que han resultado fructíferos y que estaban basados sobre todo en las características de lo impreso. Eso ya no es posible, por lo que necesitamos nuevas formas de tratar con las fuentes. Siempre hemos dicho que no hablan por sí mismas, que necesitamos interrogarlas y que nuestra mayor o menor habilidad consiste precisamente en lanzar las preguntas adecuadas. Ese aspecto continua inalterable, pero para plantear las cuestiones adecuadas a ese pasado del que la fuente es testimonio necesitamos establecer previamente su fiabilidad.

5

Recapitulemos. En la introducción a este estudio recordaba cuáles eran nuestras prácticas de antaño en relación con los archivos y las bibliotecas y cuáles son ahora, cómo ha cambiado este rito de paso fundamental en nuestra formación como historiadores. Quiero insistir ahora en que esos espacios han sido algo más. Hacen que seamos lo que somos porque nos socializan, no solo al proporcionarnos un tema de conversación para las relaciones que mantendremos con otros colegas, sino porque la relación que generan es una de sus funciones explícitas. Esos edificios suelen estar repletos y allí coincidimos con otros que están tan despistados y son tan neófitos como nosotros o con veteranos que se desenvuelven con mayor presteza. El mostrador donde hacemos nuestras peticiones, los rellanos donde esperamos, las mesas donde nos sentamos, la cafetería en la que nos reponemos con un refrigerio o las escalinatas en las que tomamos el fresco son espacios de relación, o lo acaban siendo. Las miradas o los gestos del silencioso interior suelen dar lugar a

conversaciones francas una vez fuera, departiendo sobre los respectivos intereses, intercambiando puntos de vista o novedades, discutiendo y comentando las anécdotas del día. Esos vínculos sociales han sido tradicionalmente importantes y en ocasiones han establecido lazos de camaradería o de amistad duraderos. Hoy nada es enteramente lo mismo.

Consultamos bases de datos y tomamos notas en hojas de papel de forma esporádica, cuando antes no parábamos de hacerlo, acopiando referencias de todo tipo que nos guiarían en lo sucesivo. La desorientación inicial, que no queda paliada sino con el tiempo y la experiencia, siempre ha exigido esa escritura continua. La cual sigue y se mantiene cuando definitivamente tenemos el legajo en la mesa y nos disponemos a leer. No dejamos de escribir, transcribiendo unas veces, extractando otras, en ocasiones con un leve apunte circunstancial, siempre relacionándonos con la fuente, que nos sugiere y a la que preguntamos, revolviendo las hojas, yendo adelante y atrás, pero tras la inevitable lectura lineal, atenta, de principio a fin. En ocasiones, lo consultado nos será de gran utilidad; a veces será irrelevante para nuestros propósitos y caeremos en el desánimo; en momentos inesperados, hallaremos documentos excepcionales que marcarán nuestras futuras investigaciones. No deja de ser uno de nuestros sueños recurrentes, ese descubrimiento impensado que compensa las muchas horas dedicadas al acopio de información.

Incluso los antiguos tutores, los que antiguamente nos guiaban en nuestros inicios, aunque no han desaparecido, han perdido importancia. El joven investigador suele hacer un primer rastreo en internet, tecleando algunas palabras clave en un buscador, refinando la consulta y, finalmente, acude a los registros de archivos y bibliotecas de todo el orbe para acumular referencias. Si esto es así, cuando visita a su tutor puede haber amontonado muchísima más información de la que este sería capaz de exponerle, aunque la calidad de lo obtenido en una y otra parte sea cosa bien distinta. Por tanto, nuestra principal conversación es con la máquina, que puede incluso ensancharse a través de contactos virtuales con otros colegas o con los mismos bibliotecarios o archiveros. Si hemos de viajar y procurarnos alojamiento, quizá ya no consultemos personalmente a otros que han recorrido previamente nuestros mismos pasos, sino que contactamos en algún foro o lista donde alguien nos puede aconsejar de forma impersonal. Las relaciones siempre existirán,

pero se acortan. Incluso la biblioteca que tenemos al lado, adscrita a nuestro centro, ya no es el lugar de sociabilidad que era, casi no conocemos a sus responsables ni les pedimos apoyo, acaso ya no tenga ficheros de papel y un lugar para consultarlos. Lo hacemos desde nuestro despacho, consultamos nuestro terminal y, localizado el libro, nos desplazamos y en unos minutos retiramos el volumen deseado, sin apenas contacto.

Actualmente, en cualquier archivo podemos solicitar copia digital, de modo que ni siquiera necesitamos viajar y alojarnos unos días en otra localidad. Pero aun cuando eso no sea posible, ahora acudimos con mayor preparación, porque toda la liturgia de conocer el fondo que alberga la hemos sustituido parcialmente con la consulta en línea. En muchas ocasiones, ya no miramos legajos y legajos, no lo necesitamos. Sabemos dónde está lo que deseamos y solicitamos directamente una copia. Antaño, si habíamos calculado determinado número de días y nos sobraban, continuábamos leyendo, aunque solo fuera por placer y por si acaso nos topábamos con algo inesperado. Ahora podemos fijar más estrictamente el tiempo que necesitaremos. Dada la ingente cantidad de información de la que disponemos en cualquier momento ya no preguntamos tanto, no nos relacionamos del mismo modo, ni con los archiveros ni con nuestros colegas de consulta, no nos socializamos igual.

Por otra parte, como ya he apuntado y retomaré de inmediato, tampoco escribimos del mismo modo. No redactamos ni anotamos en la mesa del archivo, excepto si no hay otra solución. Casi todo es digital, la consulta y la copia obtenida. Nuestra mediación no es exclusivamente a través de la pluma, sino del teclado y el ratón. Vamos con nuestros ordenadores personales y, si podemos, los usamos también para escanear, guardar y archivar; es con su mediación que lo manipulamos todo. Y así el trato cambia, porque ese documento es ahora digital, y la forma de leerlo y de estudiarlo muda y, al hacerlo, nos modifica también a nosotros. En definitiva, la historia es una práctica, mediada por la técnica, por el número de operaciones que empleamos para ir de lo dado a lo creado, para movernos entre la masa de documentos y las decisiones que respecto a ellos tomamos. Si las operaciones se modifican, también lo hará el oficio. Nada nuevo, en suma, o al menos no del todo. El mundo de la reproducción técnica, decía Walter Benjamin, cuestiona la autenticidad de las cosas, su aura, con todo lo que ello representa, pues

esta remite a las representaciones que «luchan por agruparse alrededor de un objeto sensible», a la «experiencia que, en cuanto a manejo, se deposita en un objeto». Además, lo reproducido «llega a contextos inasequibles a su original», permitiendo a la copia «salir al encuentro del receptor». En última instancia, «el valor testimonial de la cosa se tambalea»[56].

[56] Walter Benjamin, «La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica» (p. 97) y «Sobre algunos temas de Baudelaire» (p. 145), en Walter Benjamin, *Sobre la fotografía,* Valencia, Pre-Textos, 2008.

VI. ESCRITURAS
Infinitas historias, infinitamente ramificadas

> El lector es el espacio mismo en que se inscriben, sin que se pierda ni una, todas las citas que constituyen una escritura; la unidad del texto no está en su origen, sino en su destino, pero este destino ya no puede seguir siendo personal: el lector es un hombre sin historia, sin biografía, sin psicología; él es tan solo ese alguien que mantiene reunidas en un mismo campo todas las huellas que constituyen el escrito. Y esta es la razón por la cual nos resulta risible oír cómo se condena la nueva escritura en nombre de un humanismo que se erige, hipócritamente, en campeón de los derechos del lector.
>
> Roland Barthes, *El susurro del lenguaje*

1

Como se habrá podido ver, este volumen es circular, se despliega en capítulos que remiten unos a otros de forma explícita o implícita. Cada uno de ellos se refiere al mismo proceso adoptando un punto de vista concreto, de modo que su desarrollo no es posible sin tener en cuenta lo expuesto en los otros. Sucede una vez más cuando abordamos la cuestión de la escritura, ya sea la propiamente digital o aquella que, sin pretenderlo, se ve alterada al servirse o ser trasladada a un soporte que ya no es el del papel impreso. He insistido ya en este último aspecto, señalando que un texto no es independiente de su materialidad y que, a la postre, cualquier escrito que circula por internet pasa a ser un conjunto de bits que comparte, aunque sea a su pesar, buena parte de los rasgos de ese entorno; es decir, se desmaterializa.

La razón última de esta mutación es la aparición de un nuevo lenguaje para la transferencia de información, cuya característica central es la denominada hipertextualidad. Es decir, cuando elaboramos en el sentido estricto un texto digital estamos usando un conjunto de códigos o marcas para definir su estructura y su aspecto. El resultado es un documento en el que el nuevo lenguaje no solo introduce texto, sino

que permite incrustar otro tipo de objetos: imágenes, sonidos y, por encima de todo, enlaces a otras páginas. Este hecho es tan significativo que merece tratarse con cierto detenimiento.

Lo primero que hemos de preguntarnos es si toda la información que nos ofrece internet tiene las mismas particularidades, y a tal demanda hemos de contestar que ese conjunto de documentos disponibles no tiene idénticos rasgos, pero que, aún así, comparte ciertos elementos que lo diferencian de un texto impreso e incluso de uno creado dentro de un ordenador personal. Veámoslo en el terreno de nuestro quehacer, sin que ello signifique en ningún caso obviar cuestiones más generales.

Cuando vemos nuestro trabajo editado en forma de libro observamos que se trata de un documento estable, jerarquizado, con un orden fijo que nosotros le hemos dado y que nadie puede modificar, excepto a través de la lectura. En apariencia ocurre lo mismo cuando lo creamos en cualquier editor de textos (listo para ser impreso), en tanto puede que pensemos que nuestro uso del ordenador es equivalente a una simple máquina o a una pluma estilográfica. Pero solo en apariencia, puesto que la capacidad de manipulación y la forma de escritura son sustancialmente distintas, porque lo es el lenguaje de bits con el que transformamos en palabras, frases y párrafos nuestras decisiones mentales. Es algo que vemos claramente en el momento en que nuestro archivo es enviado a otra persona o es difundido en internet. Entonces nos damos cuenta de dónde está lo sustancial y advertimos que, desde determinada perspectiva, son indiferentes las múltiples formas con las que podamos haber presentado ese material. Por ejemplo, la fórmula más elemental podría haber consistido en almacenar un escrito con el formato con que lo hemos elaborado (ya sea con extensión *txt, doc* o *pdf,* por citar las más comunes) con la finalidad de que otras personas puedan visualizarlo tal y como nosotros lo hemos creado. Sin embargo, esta esperanza es completamente vana, puesto que desde el momento en que lo hacemos público se convierte en otra cosa y puede ser manipulado (cortado, copiado, pegado, enviado, eliminado) con fines totalmente ajenos a nuestro control y voluntad. Por tanto, al aparecer bajo un nuevo entorno sus condiciones originales se alteran sensiblemente. Lo mismo se podría decir del paso de la oralidad a la escritura, pues una presentación hablada y gestual de una idea no produce los mismos efectos ni genera la misma interacción que si está simplemente impresa. En el caso que nos ocupa, lo lógico es que ese

archivo acabe guardado en otro ordenador y que, desde ese preciso instante, sea ya propiedad de otro usuario, que hará con él lo que estime más conveniente sin que nuestra intención y nuestras instrucciones de uso sean una barrera física.

Ahora bien, ya he indicado con anterioridad que la característica más relevante de los documentos digitales es su condición hipertextual. En este caso, aunque la apariencia pueda ser la misma, se le añade el hecho de estar construido con un nuevo lenguaje, hecho este que agudiza todos los rasgos que habíamos predicado para el supuesto anterior. Así, por ejemplo, si la red otorga a cualquier documento una cierta inestabilidad, esta es aún mayor si hablamos de un hipertexto.

Pero, ¿qué entendemos por tal cosa? Dejando de lado antecedentes, influencias y conexiones, el representante más genuino y conocido de esta orientación, George P. Landow, no se ha cansado de señalar que un hipertexto sería en última instancia «un texto compuesto de bloques de palabras (o de imágenes) electrónicamente unidos mediante múltiples trayectos, cadenas o recorridos en una textualidad abierta, eternamente inacabada y descrita con términos como enlace, nodo, red, trama y trayecto»[1]. Por tanto, nos aclara inmediatamente, se trata de fragmentos de textos (lo que Barthes denominaba *lexias*) y de los nexos que los conectan, pero expandiendo la noción misma de texto en tanto no solo nos referimos a un discurso verbal, alfabético, sino a información visual o sonora, es decir, no verbal. Además, esos nexos funcionan interna y externamente, ya que pueden remitir a lo que está dentro del hipertexto como a lo que está fuera, a un texto paralelo y ajeno al autor. Todo ello es lo que le da su carácter multilineal o multisecuencial, algo que cualquier lector experimenta de inmediato.

Por supuesto, esta definición es más bien metafórica y utópica, no tanto en sus componentes básicos (textos y nodos) cuanto en su proyección del hipertexto como algo necesariamente abierto e inacabado[2]. De hecho, un texto impreso, como diría Umberto Eco,

---

[1] George P. Landow, *Hipertexto 3.0: teoría crítica y nuevos medios en la era de la globalización,* Barcelona, Paidós, 2009, p. 24. Véanse también Jay D. Bolter, *Writing Space. Computers, Hypertext and the Remediation of Print,* Mahwah (NJ), Lawrence Erlbaum Pub, 2001, y Michael Joyce, *Of Two Minds: Hypertext Pedagogy and Poetics,* Ann Arbor, University of Michigan Press, 1995, entre otros.

[2] Para una excelente discusión crítica de las distintas definiciones del hipertexto, véase Susana Pajares, *Literatura digital. El paradigma hipertextual,* Cáceres, Universidad de Extremadura, 2004.

también participa de esos rasgos, aunque dentro de ciertos límites, por lo que tales características o bien no serían exclusivas del hipertexto o bien se mostrarían de forma exagerada. Pero todos sabemos que tal interacción, si se presenta en un códice o en internet, no es idéntica. Para consultar los documentos disponibles, como ocurre con los libros, nunca hemos necesitado otro dispositivo que no fueran la lectura alfabética y nuestros sentidos naturales. A lo sumo, el único aparejo técnico serían unas gafas si nuestra vista estuviera deteriorada y una buena pluma para reproducir lo leído o visto. Los equipos de lectura, la auténtica mediación tecnológica de hoy, empezaron a ser imprescindibles con la música y las imágenes. Sin embargo, en la medida en que transferimos contenidos a un formato digital o los creamos directamente en ese soporte, se produce un proceso general de remediación, que necesariamente re-amolda y re-conforma tales contenidos. A su vez, para reproducir la rica variedad sensorial humana se multiplican los signos de mediación. En ese caso, la experiencia real es la experiencia del medio, la mediada[3]. Esa mediación y sus formas son las que, por supuesto, debemos aprender.

Así pues, aunque el ordenador pueda ser muchas cosas a la vez (un cuaderno de notas, un copista, una agenda, un calendario o una simple máquina de escribir), su papel fundamental es ese carácter de remediación sobre todo lo previo, en particular con la posibilidad de generar un hipertexto. Es algo que recuerda al mito borgiano del Aleph, que el narrador argentino describía como una esfera tornasolada en la que un punto del espacio contiene todos los puntos y en la que cada cosa es infinitas cosas[4]. Con una diferencia, pues el lector no ha de verlo todo desde un único lugar, porque ahora ese Aleph es móvil, viajero. De ese modo, el hipertexto tiene infinitas cualidades porque se supone que el usuario podría acaso pasar su vida entera desentrañando en él nuevas bifurcaciones. Es decir, cada lectura sería literalmente un nuevo texto, y no en el sentido habitual que le damos a eso cuando nos referimos a las interpretaciones y

---

[3] Jay David Bolter y Richard Grusin, *Remediation. Understanding New Media,* Cambridge (Mass.), The Massachusetts Institute of Technology Press, 2000, especialmente el primer capítulo, pp. 21-50. Unas buenas presentación y contextualización en: José Afonso Furtado, *El papel y el píxel. De lo impreso a lo digital: continuidades y transformaciones,* Gijón, Trea, 2007, p. 49 y ss.

[4] Marie-Laure Ryan, «Beyond Myth and Metaphor: Narrative in Digital Media», *Poetics Today,* 23, 4 (2002), pp. 581-609.

sobreinterpretaciones que hacemos de algo impreso. Como si realmente fuera un Aleph, es la suma de todos los relatos posibles, el único texto que el lector necesitará siempre, porque su significado no puede ser agotado.

Ese es el sentido fuerte que hay en la obra de Landow y de sus seguidores, la idea de que reconfiguramos, recodificamos las estructuras narrativas, cambiando la manera en la que le llegan al lector y la forma en la que las experimenta, al desplegarlas dinámicamente. Eso se debe, por supuesto, a su diseño interactivo, dado que podemos escoger entre rutas diferentes y ver las unidades narrativas en muchos órdenes distintos. Lo cual, en última instancia, da lugar a la aparición definitiva del lector-autor, algo que se distingue de la narración clásica, de corte aristotélico, que tenía su principio y su final, su secuencia temporal y su unidad. Los usuarios se han convertido en autores en la medida que no existe una narración abarcadora ni un autor que la pueda proponer: en lugar de narración tenemos navegación, donde elegimos distintas opciones a partir de la información proporcionada y acoplamos un sinfín de combinaciones posibles, hasta el punto de que otro usuario posiblemente no compondrá el puzzle de la misma forma. De esta manera nos convertimos en autores de nuestro propio texto. El lector elabora narraciones y significa a partir de los materiales que otros proponen:

> en un entorno hipertextual, la ausencia de linealidad no destruye la narrativa. De hecho, puesto que los lectores siempre construyen sus propias estructuras, secuencias y significados, y más aún con el hipertexto, no debe sorprendernos que no les cueste leer un relato o leer para el relato. Evidentemente, partes de la experiencia de leer parecen muy distintas de la lectura de una novela o de un relato corto impresos, y la experiencia de leer ficción hipertextual proporciona parte de la experiencia de la nueva oralidad que McLuhan y Ong habían predicho. Sí bien el lector de ficción en hipertexto comparte algunas experiencias, o así se supone, con un auditorio que escuche poesía oral, ese lector-autor activo, inevitablemente, tiene más en común con el bardo, que elaboraba significados y narraciones con fragmentos aportados por otra persona, por otro autor o incluso por muchísimos autores[5].

[5] George P. Landow, *Hipertexto 3.0: teoría crítica y nuevos medios en la era de la globalización,* cit., p. 293.

Esa idea tiene varias virtudes, pero algunos problemas. Por un lado, nos recuerda que la narratividad tiene múltiples formas, y que no se agota en lo oral o lo escrito; si es así es porque realmente se trata de una representación mental, que puede ser suscitada o evocada por signos muy distintos y diferentes medios de comunicación. Por otro, pone de relieve el carácter particular que tiene el hipertexto como signo o como medio, su interactividad, su carácter dialógico, que tampoco es algo nuevo, pero que ahora se plasma de manera diferente, llevando al extremo la capacidad de interpretar la linealidad del texto. Pero esas afirmaciones también pueden ser cuestionadas en algunos puntos. Podríamos decir, por ejemplo, que no hay realmente una ruptura con el modelo narrativo tradicional, puesto que una trama bien secuenciada, fija, puede llevarnos a lugares muy diferentes y tiene una capacidad de evocación que no depende de que haya o no una estructura férrea. En el caso del hipertexto, puede haber un relato cerrado, independientemente de que haya distintas maneras de alcanzarlo, según los enlaces que sigamos. Podríamos añadir también que esa interacción siempre exigirá del lector una respuesta y que esta no puede ser una creación libérrima, siempre habrá unos márgenes dentro de los cuales interpretar los datos digitales ofrecidos. Como afirmaría Umberto Eco, hay quien asevera que se puede «usar un destornillador para atornillar un tornillo, para abrir una caja o para rascarme la oreja». Ahora bien, «esto no es una prueba de que todo sirve, sino de que los objetos pueden considerarse desde el punto de vista de las características relevantes –o pertinencias– que presentan»[6]. Es decir, en todo texto acaba por haber una manifestación lineal.

Es, en parte, por esos debates por lo que esta primera hornada de teóricos fue sustituida por otra que se desprendió de «los lastres de teorías literarias y metáforas confusas para intentar hallar una retórica propia de lo digital»[7]. Ahora bien, para lo que nos interesa, eso se ha llevado a cabo sin modificar lo que podría ser considerado como la definición central. No lo es afirmar que el hipertexto es un sistema «mecánico (computerizado) de lectura y escritura, en la que el texto se organiza mediante una red de fragmentos y las conexio-

---

[6] Umberto Eco, «Réplica», en *Interpretación y sobreinterpretación,* Madrid, Cambridge University Press, 2001, p. 165.

[7] Susana Pajares, *Literatura digital. El paradigma hipertextual,* cit., p. 33.

nes existentes entre ellos»[8]. De todos modos, es cierto que esa propuesta se despliega sobre un análisis y una proyección más mesuradas, al no presentar la nueva tecnología como la obra última y definitiva, como una revolución que supera al mundo impreso y cristaliza las aspiraciones de Mallarmé, sino que sería más como una nueva forma de escribir que de leer.

2

Pero ¿qué significa eso en la práctica? Hay muchas maneras de decirlo o de mostrarlo. Quizá, ante todo, estemos viviendo un momento de traducción de la cultura de un formato a otro, complicando nuestra manera de expresarnos o recuperando parte del terreno perdido. Es decir, si la escritura alfabética nació ligada a un soporte estático, nos las vemos ahora con un nuevo sistema de escritura cuyos símbolos no son simples maneras de poner en la red el alfabeto o la imagen y el sonido grabados, sino que serían portadores de algo más y permitirían otras reacciones[9].

Este hecho no sería baladí, puesto que al margen de cómo traslademos los resultados de nuestras reflexiones, más allá del soporte físico con que las difundamos, se podría decir que todo texto tiene un origen digital. Pocos de quienes escriben utilizan aún la pluma o la vieja máquina con teclas y carrete, la práctica totalidad usa ya procesadores de textos. Y eso tiene sus derivaciones, al menos en cuanto a posibilidades. Cuando manejamos esas tecnologías todo puede cambiar. La pantalla no es como el papel, no es completamente muda e inerte. Empezando por el cursor, que parpadea continuamente, cualquier procesador despliega en el entorno una panoplia de posibilidades, de muletas y adminículos, que recuerdan constantemente el potencial de la herramienta elegida para escribir.

---

[8] Espen Aarseth, «Sin sensación de final. La estética hipertextual», en María Teresa Vilariño y Anxo Abuín (comps.), *Teoría del hipertexto. La literatura en la era electrónica,* Madrid, Arco Libros, 2006, pp. 93-119, especialmente p. 94; véase asimismo «La literatura ergótica», en Domingo Sánchez-Mesa (comp.), *Literatura y cibercultura,* Madrid, Arco Libros, 2004, pp. 117-145.

[9] Domenico Fiormonte llama a lo primero *traghettamento;* véase su *Scrittura e filologia nell'era digitale,* Turin, Bollati Boringhieri, 2003. Pierre Lévy califica a lo segundo de ideografía dinámica: *L'idéographie dynamique. Vers une imagination artificielle?,* París, La Découverte, 1991.

Es lo que conocemos como interfaz, en la que se incluyen un sinfín de objetos y términos que nos son muy familiares: podemos editar, insertar o archivar y tenemos gomas de borrar, paletas de colores, tablas y gráficos, etcétera. Es nuestro escritorio, lleno de iconos visuales que ya damos por naturales, por descontados, con los que creemos trasladar completamente nuestros impulsos mentales como antes lo hacíamos con la pluma o la máquina de escribir.

En realidad, bien mirado, podría ser una poderosa máquina narrativa que, a diferencia del papel, nos interpela, interactúa con nosotros. Pensemos en el Office o en cualquier otro paquete de escritura digital. Empieza, para quien es neófito, con un ayudante que recrea la imagen de Einstein y que cumple una doble función: cómica o teatral, para desdramatizar la herramienta y hacerla atractiva, y propiamente narrativa, de ayuda. Como se ha señalado, podríamos incluso otorgar al usuario el papel de un héroe propio de un cuento de hadas: he de llevar a cabo una determinada tarea y he de dominar la máquina que se me interpone, pero en el camino me encuentro con un personaje amable que me ayuda a conquistar el malvado sistema y cumplir la misión. Es esa banalidad lo que lo hace eficiente[10]. Pero no solo nos guía y nos entretiene cuando toma el control, también actúa. Basta activar la corrección automática para que nos advierta de los errores ortográficos, que se colorean en rojo, o nos recuerde, subrayando en verde, la posibilidad de que determinadas frases no sigan las reglas sintácticas. A veces incluso, lo hace sin advertir, modificando una palabra mal escrita o sustituyéndola por otra que, según su diccionario, le parece la adecuada. Si no somos cuidadosos, esa acción puede conducir al error, acentuando nombres de autores extranjeros que no llevan tilde o adaptándolos (Humberto por Umberto), modificando apellidos que se asemejan a palabras existentes, alterando por esa misma razón la referencia a editoriales (Piados por Paidós) o cambiando la forma de designar una ciudad (Nueva Cork por Nueva York). Además, aun estando inerte, un simple clic sobre cualquier palabra nos abre otras posibilidades: podemos traducirla si está escrita en otro idioma, podemos enlazarla a otro lugar o documento y podemos desplegar un abanico de sinónimos con los que sustituir el término inicialmente escogido (seleccionado, elegido, designado, preferido, optado, adoptado, señalado, dis-

[10] Marie-Laure Ryan, «Beyond Myth and Metaphor: Narrative in Digital Media», cit.; véase asimismo su volumen *La narración como realidad virtual,* Barcelona, Paidós, 2004.

tinguido, etcétera). Y, por supuesto, podemos buscar, cortar, pegar, deshacer o rehacer, insertar cualquier cosa, escoger la fuente del párrafo, el estilo, el tamaño, el espacio entre caracteres, los efectos del texto, etcétera. Es decir, sentimos el placer de apropiarnos de las palabras a golpe de clic.

Esta es solo la primera capa, lo más evidente, pero no lo único ni lo más importante. Porque la capacidad narrativa y expresiva de un simple texto digital no se agota necesariamente en el uso de un procesador de textos o al menos no concluye potencialmente en ello. Si ya es evidente que tal herramienta incorpora elementos que cambian nuestra forma de decir y de mostrar, lo es mucho más el que siempre podamos hacer de nuestro texto un hipertexto. Y ya sabemos lo que ello supone. Implica, por ejemplo, rescatar algo propio de la naturaleza humana, el elemento multidimensional. No solamente conocemos con nuestros ojos o nuestra mente, leyendo la letra impresa, nos acercamos al mundo mirando y oyendo. No puede ser idéntica la respuesta a un libro que a un espacio que incorpora otras dimensiones, nuestra atención cambia. Las preguntas no pueden ser tampoco las mismas. En realidad, son muchos quienes señalan que se trataría de una liberación, en tanto el espacio multidimensional habría sido proscrito por el texto plano, el texto consecutivo creado por el alfabeto griego, en el que lo visual queda sojuzgado a lo cerebral. Es decir, podemos leer en silencio en dos dimensiones, pero parte de nosotros siempre desearía volver al mundo en el que evolucionamos[11].

Sobre este particular, por otro lado, tenemos abundantes estudios, pero quizá convenga de nuevo historizar el fenómeno, para de ese modo captar la mutación de nuestra forma de conocer y el papel desempañado por la escritura. Recurramos de nuevo al helenista Eric Havelock[12]. Para este estudioso, la aparición del alfabeto griego supuso reemplazar la audición por la visión como medio de comunicarnos y de almacenar informaciones. Fue una adaptación tanto individual, mental, como social. Añadir un nuevo sentido, la vista, implicó eliminar un aspecto que era clave en la oralidad, a saber, la memoria entrenada acústicamente, pues ahora se podían acumular conocimientos de otro modo, liberando así para otros fines las ener-

---

[11] Richard A. Lanham, «What's Next for Text?», *Education, Communication & Information* 1, 1 (2001), pp. 15-36.

[12] Eric A. Havelock, *La musa aprende a escribir,* Barcelona, Paidós, 1996, especialmente pp. 135-156.

gías psíquicas. Y las consecuencias fueron también de otro orden, en tanto se rebajó la necesidad de narrativizar todo enunciado que se quisiera conservar. Es decir, el objeto del discurso ya no tenía por qué ser una persona, un agente, sino que podía tratarse de ideas, abstracciones, aunque inicialmente este ente impersonal aún se comportara como una persona e incluso en ocasiones aún hoy lo haga. Eso no significa que se abandonara el modo narrativo, pues una de las primeras funciones de la escritura fue dar cuenta de la oralidad. De hecho, Herodoto y Tucícides lo aplicaron al «pasado», a las hazañas bélicas, algo que los bardos ya habían explotado con éxito en su intento de atrapar a los oyentes. Pero esos nuevos pensadores también repararon en las normas y costumbres, en el *nomos* y el *ethos,* de las sociedades que mostraron. Por lo demás, al ser algo material, la escritura tiene una capacidad de almacenamiento mucho mayor que la oralidad y asimismo puede albergar cosas complejas, no solamente lo más familiar, lo fácil de recordar.

Lo que me interesa destacar es lo que significó el triunfo de ese lenguaje alfabético, cuyo éxito inmediato estuvo relacionado simplemente con su eficiencia tecnológica. Eso es lo que nos permite conjeturar los cambios que supone el hipertexto, ya que trastorna en buena medida ese proceso. Ese pasado no solamente nos advierte del modo en que las tecnologías que usamos determinan el contenido de lo que nos comunicamos, sino que nos recuerda que nuestra mente está conformada históricamente. No volveré sobre esas cuestiones, que he tratado previamente, pero hay un aspecto que considero conveniente retener: el hipertexto nos devuelve a tiempos anteriores, al cuestionar el primado de lo escrito y devolver un papel destacado a la oralidad (dando voz a otros que no son el autor), pero es plenamente moderno al realizar esa misma impugnación reconociendo la emergencia irreversible de lo visual como lenguaje de la modernidad. Es, en suma, un intento de expandir los límites conocidos del lenguaje, un modo de expresión no logocéntrico.

¿Qué significaría eso? Supondría enfrentarnos a un proceso de mayor complejidad en nuestra relación con la escritura y el aprendizaje. Y ese proceso está relacionado ante todo, como he señalado, con lo que nos hace posible acceder a múltiples dimensiones: la desmaterialización. Porque para que un hipertexto sea posible en su sentido pleno ha de tener conexiones a otros textos o lugares, pero no a la antigua usanza. Ya no nos referimos a compendios, florilegios, índices o concordancias, sino a algo distinto, algo que solo es

posible cambiando el soporte. Sin límites físicos, un clic nos transporta de un lado a otro, a la nota al pie, a la fuente o a otro texto completamente ajeno al que remitimos. Eso nos otorga una inmediatez desconocida y unas consecuencias imprevistas. Cuando leemos un texto histórico y observamos la referencia a un libro o a un documento, a lo sumo anotamos, pero nadie corre a la biblioteca a cerciorarse de lo citado ni se apresura a consultar la signatura mencionada en el archivo. El hipertexto puede hacer dos cosas: puede contener esas remisiones, de modo que la operación de visitarlas es contigua; si no las incorpora internamente, puede que estén en otro lugar de la red. Si es así, lo que hace es despacharnos hacia otros textos o documentos externos, que de ese modo son un nuevo punto de partida con conexiones que se nos escapan y que forman una nueva red de enlaces posibles, vagabundos. Es decir, cualquier acción sobre un elemento los reconfigura todos, de modo que el usuario puede determinar el camino a seguir, una estructura provisional de la totalidad[13].

Es en ese sentido que de forma recurrente se dice que el hipertexto no es jerárquico, que no es uniforme, que no es continuo y que no es lineal, por esa posibilidad de construir una narración de manera abierta. Por ejemplo, esa sería una de las razones por las que ha renacido el interés por las enciclopedias, que son un ejemplo de esa flexibilidad. No hay en ellas orden jerárquico, pues es el usuario el que decide cuál es el término de búsqueda y, cuando lo localiza, no se presenta en un orden alfabético, sino una forma distinta. En este caso, el acto mismo de buscar produce la entrada y, desde ella, sus innumerables conexiones. Las formas de leer esa enciclopedia, como la Wikipedia, son innumerables y desordenadas, además de aumentar continuamente, lo cual acrecienta su inestabilidad de forma y contenido. O podríamos decirlo de otro modo, remitiendo a otra comparación más fundamental, entre lo oral, lo impreso y la nueva escritura.

Como han señalado distintos estudiosos, lo que distingue al hipertexto del discurso hablado es que este último sí es lineal: no solo escuchamos el sonido una sola vez sino que este tiene un orden irreversible que no hemos de perder, una secuencia que hemos de seguir, si no queremos precisamente «perder el hilo» conductor. La página impresa hace eso mismo, utiliza el antes y el después, que

[13] Jean Clément, «Hypertexte et complexité», *Études françaises* 36, 2 (2000), pp. 39-57.

además podemos recorrer tantas veces como queramos, recuperando las palabras y su eco, pero añadiendo una disposición espacial en la que está fijado el arriba y el abajo, todo lo cual invita a una lectura determinada. Podemos, por supuesto, alterarla, hojear al tuntún, pero los límites de tal trasgresión vienen fijados por la materialidad del volumen, sus tapas, su índice, la numeración de sus páginas, la tipografía, etcétera. Además, ya desde el códice se borra la huella del dispositivo del que surge. Si alude a otros textos es para reafirmarse, para defender sus fundamentos y su coherencia; si menciona otras realidades es para asegurar orden ante el caos externo, para clasificar y jerarquizar, para hacer legible lo complejo.

En cambio, el hipertexto inaugura una nueva textualidad (panóptica) que, como he subrayado, es no lineal, pero que no nace necesariamente del discurso, que siempre propondrá una lectura o diversas lecturas aunque no sean necesariamente infinitas, sino del dispositivo, del soporte. Es lo que se ha llamado multilinealidad, es decir, siempre hay un principio y siempre, al margen de las ramificaciones, hay uno o varios finales. Por eso, el hipertexto estaría a medio camino entre los textos que imponen un estricto orden secuencial (los tradicionales) y los que permiten un modo de acceso totalmente libre (enciclopedias). De ese modo, no hacemos sino seguir uno de los variados recorridos posibles a partir de un inicio, construyendo nuestro propio espacio semántico en el intersticio entre los múltiples cálculos del autor y nuestro gesto al seguir los enlaces y los caminos propuestos, de manera que afirmamos pero también sospechamos, adivinamos pero transgredimos, etcétera[14]. De eso se trataría cuando hablamos de textos no lineales o discontinuos, algo que se inscribiría en una larga tradición literaria, desde el modernismo hasta el Oulipo, ese taller de literatura potencial del que en algún momento participaron plumas como las de Queneau, Perec, Cortázar, Calvino o, antes que ellos, Mallarmé. Lo señaló hace años Umberto Eco al buscar un ejemplo de obra en movimiento, que halló precisamente en un empeño inacabado, pero colosal y total, el *Livre* de Mallarmé. Esa empresa nos impresiona porque «gramática, sintaxis y disposición tipográfica del texto introducían una poliforme pluralidad de elementos en una relación no determinada», pero también por otra razón:

---

[14] Jean Clément, «Du texte à l'hypertexte: vers une épistémologie de la discursivité hypertextuelle», en J.-P. Balpe, A. Lelu e I. Saleh (dirs.), *Hypertextes et hypermédias: Réalisations, Outils, Méthodes,* París, Hermès, 1995.

> En el *Livre,* las mismas páginas no habrían debido seguir un orden fijo: habrían debido ser relacionables en órdenes diversos según leyes de *permutación.* Tomando una serie de fascículos independientes (no reunidos por una encuadernación que determinase la sucesión), la primera y la última página de un fascículo habría debido escribirse sobre una misma gran hoja plegada en dos que marcase el principio y el fin del fascículo; en su interior, jugarían hojas aisladas, simples, móviles, intercambiables, pero de tal modo que, en cualquier orden que se colocaran, el discurso poseyera un sentido completo. Evidentemente, el poeta no pretendía obtener de cada combinación un sentido sintáctico y un significado discursivo: la misma estructura de las frases y de las palabras aisladas, cada una vista como capaz de «sugerir» y de entrar en relación de sugerencia con otras frases o palabras, hacía posible la validez de cada cambio de orden, provocando nuevas posibilidades de relación y nuevos horizontes, por lo tanto, de sugestión. *Le volume, malgré l'impression fixe, devient, par ce jeu, mobile – de mort il devient vie.* Un análisis combinatorio entre los juegos de la tardía escolástica (del lulismo en particular) y las técnicas matemáticas modernas, permitía al poeta comprender cómo, de un número limitado de elementos estructurales móviles, podía salir la posibilidad de un número astronómico de combinaciones; la reunión de la obra en fascículos, con cierto límite impuesto a los posibles cambios, aun «abriendo» el *Livre* a una serie amplísima de órdenes a elegir, lo anclaba a un campo de sugerencias que, sin embargo, el autor tendía a proponer a través de ofrecimientos de ciertos elementos verbales y de la indicación de sus posibilidades de combinación)[15].

Decimos así que la revolución digital, incluso el procesador de textos, ha liberado las palabras, que ha rescatado su potencial semántico, pero también físico. Afirmamos que hacemos lo que nunca antes habíamos imaginado, que las movemos, las cortamos y las pegamos, las eliminamos, las sustituimos, jugamos con ellas y a veces ellas juegan con nosotros, hasta el momento en que obtenemos la réplica que nos proporciona la impresora[16]. Indicamos que eso per-

---

[15] Umberto Eco, *Obra abierta. Forma e indeterminación en el arte contemporáneo,* Barcelona, Seix Barral, 1962, pp. 41-42.

[16] Marie-Laure Ryan, «Introduction», en Marie-Laure Ryan (ed.) *Cybespace textuality. Computer Technology and Literary Theory,* Indianapolis, Indiana University Press, 1999, pp. 1-25.

mite nuevas lecturas y escrituras, que puede que hagamos o no hipertextos, pero que desde el momento en que un texto es digital queda afectado por el potencial de transformación que incorpora esa naturaleza, pues sabemos por los historiadores del libro y de la lectura que el entorno, el soporte, no se puede disociar del contenido que transporta. Y así construimos un nuevo espacio de escritura y de lectura, de representación, que une lo visual, lo sonoro, lo escrito, con múltiples secuencias paralelas, que moviliza todos los medios disponibles y todos los modos de significación. ¿Pero eso no era lo que hacían Joyce, Proust o Calvino? El propio Jorge Luis Borges lo sospechó en innumerables ocasiones. Más aún: como también se ha recordado, puede que cada período histórico haya tenido su monumento de visión totalizadora, puede que lo fueran las catedrales en la Edad Media, las enciclopedias de la Ilustración, las exposiciones universales y la ópera en el ochocientos o las *performances* de hoy. Es decir, siempre ha habido lenguajes que más que cooperar han absorbido las propiedades de otros vecinos (lo visual o lo sonoro o ambos), como hace el hipertexto.

3

¿Qué hacemos los historiadores cuando escribimos historia? Para no complicar el asunto ni reincidir en lo que tantos otros han dicho, afirmaremos que utilizamos nuestro método para leer las huellas del pasado en los documentos e interpretarlas, para lo cual capturamos fragmentos, los ordenados cronológicamente y los conceptualizamos. Todo eso lo hacemos narrando, cosa que aprendemos de quienes nos han precedido en la disciplina y de quienes dominan ese arte, los escritores de ficción, incorporando en nuestra exposición aquellos vestigios que sirven como elemento que prueba o corrobora nuestros enunciados. Y ese relato que elaboramos viene determinado por el soporte que lo transmite, de modo que todo el conjunto de técnicas de representación del pasado son importantes, desde la crítica de fuentes hasta nuestra manera de escribir y publicar. Aquí está la cuestión: los nuevos medios tecnológicos permiten nuevas formas de consulta documental, de escritura, de lectura, de percepción y de comprensión. De lo que se trata, pues, es de preguntarse si todos esos cambios suponen la emergencia de nuevas formas de relatar el pasado, distintas de las impresas, en las que sería posible otro tipo de ar-

gumentación. Si así fuera, podríamos experimentar con narraciones no lineales en las que lo textual dejara de ser la parte central o exclusiva para agregar elementos sonoros o visuales, podríamos referirnos de otro modo a los documentos que citamos, a través de los enlaces hipertextuales, podríamos incluso construir archivos *ad hoc* y podríamos demandar del lector una mayor participación. O, al menos, eso es lo que supone que ofrece el hipertexto.

Pero hemos de reconocer que eso exige sacar a la disciplina de su cómoda mansión académica y dejarla a la intemperie, enfrentada a los mismos procesos de cambio (en este caso tecnológico) que busca en los documentos, lo cual es dificultoso[17]. Los historiadores tenemos un método y nos adiestramos en él, pero la retórica siempre tiene un papel relevante en la reconstrucción que emprendemos, sin que ello quiera decir que esta no funcione, en la medida que sea, en otras disciplinas. Eso no significa asumir plenamente el *dictum* de Hayden White, aquel según el cual la historia solo ofrece un modelo de representación cuyo valor no depende de la fidelidad referencial sino de los dispositivos internos. Significa reconocer tanto el peso de la prueba, la existencia de una verdad en mayúsculas que pretendemos rescatar, como el componente narrativo con el que lo logramos[18].

Es esa dualidad la que hace de la historia una disciplina muy conservadora. Lo ha sido y lo es, por supuesto, en su manera de abordar el objeto, al privilegiar a determinados grupos, cuya presencia en las fuentes es dominante, pero no se trata de eso. Si es conservadora en términos generales es por la sensación de fragilidad que obtiene de su relación con el pasado, de la extrema dificultad que tiene a la hora de reconstruirlo significativamente, más allá de los meros datos empíricos, del simple relato cronológico y de las obvias relaciones causales. De ahí que la disciplina sea muy prudente, aunque del mismo modo reflexiva, sobre las consecuencias que podrían derivarse de un cambio precipitado, no bien sopesado, de las técnicas de representación. La historia es conserva-

---

[17] Paul Longley Arthur ha dedicado a este asunto varios textos; por ejemplo, «Hypermedia History: Changing Technologies of Representation for Recording and Portraying the Past», *InterCulture* 3, 3 (2006), dossier dedicado a «Revisioning History» [http://iph.fsu.edu/interculture/pdfs/arthur%20hypermedia.pdf]; asimismo «History in Motion: Digital Approaches to the Past», comunicación presentada a *Media in Transition. VI Conference,* MIT, 2009 [ttp://web.mit.edu/comm-forum/mit6/papers/Arthur.pdf].

[18] Veáse Justo Serna y Anaclet Pons, *La historia cultural. Autores, obras, lugares,* Madrid, Akal, 2005, p. 189 y ss.

dora porque trata con la cultura y el patrimonio heredados, aunque a su vez estudie el cambio social; lo que sucede es que le cuesta adoptar nuevos instrumentos si no ha podido cerciorarse de que mejorarán su relación con el pasado, que estarán al menos a la altura de los convencionales, y de que tiene un método para utilizarlos de manera conveniente y disciplinada. Pero una vez reconocida la utilidad de nuevos medios, cuando han madurado, la historia hace buen uso de ellos, como ha ocurrido con la historia oral, con el registro fotográfico o con el cine.

En efecto, nuestro quehacer ha mejorado al ampliar el concepto de fuente a muchas más cosas, incluyendo el mudo sonoro y visual, pero en realidad siempre ha sido así y es algo que deberíamos haber aprendido. Solo necesitamos historizar nuestra disciplina. La imprenta ya supuso un avance radical e igualmente suscitó enormes resistencias, como he indicado en otro lugar. Sin la posibilidad de imprimir no hubieran existido aquellas recopilaciones documentales de los siglos precedentes ni se hubiera puesto al alcance de los estudiosos un número tan abultado de fuentes históricas. Sin ello, la disciplina no se hubiera constituido como lo hizo en el ochocientos. Hoy nadie duda del valor de lo impreso como forma de conocimiento, sobre todo porque ha sido muy estable en todos los sentidos. Es más, los géneros que han emergido con la imprenta (en particular la novela, la biografía y los grandes relatos históricos de la nación y el Estado) ejercen un poder tácito indiscutible.

El espacio digital no es tan distinto en el fondo. Su radicalidad estriba, como he repetido, en la pérdida de materialidad de su soporte, pero en cuanto a su manera de representar el pasado no haría sino combinar las ventajas e inconvenientes de las tecnologías anteriores y reunirlas, solaparlas, en una nueva, en una interfaz o una pantalla. Es decir, existiría una convergencia de medios, cada uno de los cuales puede tener paradigmas y soportes tecnológicos diferentes, pero que ya han sido mezclados con anterioridad por parte de los historiadores, solo que ahora se presentan al unísono. Además, y eso es algo que también sabemos y se ha señalado previamente, la historia nos demuestra que las técnicas no se anulan unas a otras, sino que conviven, por lo que no hemos de suponer que el hipertexto vaya a eliminar al texto impreso. Con todo, tampoco se puede despachar como un simple experimento o pasatiempo, como algo que no merece ser tenido en cuenta dentro de las convenciones académicas. En particular, por una razón: las tecnologías no cam-

bian porque sí, por el simple hechizo que provoca la innovación, y eso es algo que los historiadores sabemos perfectamente. La aparición de un nuevo medio remite por lo común a una modificación en el contexto social. Pensemos en la televisión, el cine, la radio, el telégrafo; pensemos en las distintas formas de narrar y representar el mundo que nos han precedido, ya sea en las artes plásticas o en la literatura. Si cada una de ellas responde a determinadas condiciones sociales, que las explican y las impulsan, igualmente hemos de asumir que las tecnologías de la información y el conocimiento pertenecen a un contexto social que quizá, a medio o largo plazo, nos impulse a utilizarlas de forma más intensa para practicar nuestro oficio.

En última instancia, el momento en el que nos hallamos solo nos permite ser dubitativos, tanto en lo que toca a las ventajas como en los inconvenientes. Se nos dice que entre las primeras está que esa flexibilidad del hipertexto, la combinación de distintos medios, permite una perspectiva totalmente distinta, no jerárquica, sino descentralizada, democrática. Si el lector decide el camino a tomar cuando navega por un hipertexto, no podemos imponer nuestra interpretación o esta ha de ser más crítica, más reflexiva, menos determinada. Puede incluso investigar mientras lee, ser historiador en el sentido fundamental, al tratar directamente con los documentos y poder reconstruir o comprobar por sí mismo el proceso que presenta el autor. De todos modos, si bien no cabe duda del valor didáctico de esa fórmula, si la hay en cuanto a que una disciplina académica presente sus resultados de manera tan abierta que el consenso sea imposible y que haya tantas interpretaciones como autores. La pura experimentación es siempre bienvenida, pero precisa de resultados fiables que puedan ser asumidos por el conjunto de los practicantes. Necesitamos un equilibrio entre una cosa y la otra, sin renunciar nunca a lo segundo, a la relevancia.

Pensémoslo bien. Puede incluso que la experimentación conduzca a una representación histórica más simple, menos compleja. No es suficiente con componer un hipertexto de palabras, imágenes y sonidos entremezclados si no sabemos qué estamos haciendo con ellos ni le indicamos al lector cuál es nuestro objetivo. Más aún, el usuario digital no está acostumbrado a ese tipo de narración, sino a fragmentos de información que completa en otros lugares, no espera una descripción densa en la que, además, hay combinaciones insospechadas. Para hacerlo correctamente necesitaríamos asentar ese modelo e investigar concienzudamente sobre sus peculiaridades.

4

Reparemos en las revistas académicas, editadas con una determinada periodicidad, con una coherencia temática, etcétera. ¿Qué es lo que las diferencia de una revista digital? Ante todo, ese nuevo lenguaje multidimensional del que hablamos: podemos incorporar una fuente de archivo, una entrevista, un mapa, una película, un cuadro, etcétera. Pero además, su dinamismo: los autores pueden ser desposeídos de su discurso, que será recortado o ampliado, pegado a otro o reducido al mínimo, o pueden interpelados sobre su trabajo, se pueden generar foros de discusión, etcétera. Por no hablar del coste, mucho menor. Es decir, todo esto es substancialmente nuevo y poco tiene que ver con la escritura tradicional. Así pues, aunque continuemos llamando revista a este tipo de publicación, lo hacemos para etiquetar el nuevo producto con un término que nos es familiar dentro de la tradición, pero la fórmula es ahora distinta. Si nos tomamos en serio lo que realmente significa el código del hipertexto, el resultado incluirá una nueva forma de escritura y, dentro de ella, un determinado número de conexiones (enlaces) internas y externas, a otros autores u otros documentos, es decir, ofrecerá textos independientes dentro de nuestro texto.

La pregunta debería ser ahora si existen realmente esos modelos de escritura. Y la respuesta es afirmativa. Aunque no sean abundantes, los hay, y el primero de ellos, aquel que se suele citar invariablemente, es la novela de Michael Joyce *Afternoon, a story*[19]. La ficción empieza en algún punto, *in media res,* sin momento anterior al que volver ni final establecido, con solo una conclusión contingente, aquella en la que uno se detiene y opta por cerrar la pantalla e interrumpir la lectura. Por tanto, el lector dispone del ratón con el que inicia y termina, con el que enciende y apaga el ordenador o la pantalla, y entre ambos puntos, que actúan como principio y final, puede seguir los enlaces, unas palabras que «ceden», que prometen continuidad temática o temporal. Joyce insiste así en que hay varios niveles y cambios según las decisiones que tome el lector y que, si uno entra varias veces, lo leído previamente puede que ahora sea

[19] Entre los muchos autores que la han estudiado, véase lo expuesto por J. Yelowlees Douglas y Terence Harpold, así como sus remisiones, en los capítulos que firman dentro de George P. Landow (comp.), *Teoría del hipertexto,* Barcelona, Paidós, 1997, pp. 189-256.

seguido por algo nuevo según esas elecciones. Pero no hay versiones, sino un relato que se despliega de forma indefinida, «una invitación a leer de forma inquisitiva y juguetona a la vez que profunda»[20].

Si esa obra es el máximo exponente de lo que entendemos por escritura hipertextual, o al menos una de sus formas tempranas, hemos de reconocer que los historiadores no hemos creado narraciones de ese tipo. Es decir, la obra de Joyce y otras semejantes son un horizonte de expectativas, pero experimentales en exceso, razón por la cual no se toman como algo apropiado para nuestros trabajos. Nada hay de extraño en ello, pues la capacidad de experimentación narrativa de la disciplina no es equiparable a la que se puede plantear un escritor de ficción. Por eso, no es que no lo hagamos ahora, tampoco lo hemos hecho antes, porque no hemos considerado que las fórmulas geniales de Calvino, de Queneau o de Cortázar fueran apropiadas para transmitir nuestros conocimientos del pasado.

En ese sentido, dado que el núcleo de un hipertexto es el enlace, buena parte de las dificultades y las rémoras descansan sobre ese aspecto y no tanto en la posibilidad de incorporar otros lenguajes o documentos. La cuestión fundamental, como he indicado, es que la posibilidad de vincular nuestro texto a otros referentes internos o externos cambia la relación clásica y secular que el historiador establece entre ellos. Pero hay otras cosas en las que detenerse, o al menos otras implicaciones, en particular sobre la relación que puede establecerse entre el relato del historiador y el documento sobre el que se fundamenta. La cuestión más delicada es esa, pues internet permitirá que las fuentes sean más visibles para todos y, de ese modo, un hipertexto, del tipo que sea, les otorgará mayor peso específico en la construcción de nuestras exposiciones. Si eso es así, no cabe duda de que nuestra propuesta sobre el modo de conocer el pasado quedaría alterada. Stefano Vitalli lo ha señalado claramente al recordarnos que nuestro oficio se basa en una estimulante tensión entre la interpretación que ofrece un historiador individual y los materiales que utiliza, una tensión que se revuelve con una fuerte presencia de nuestra voz, que es la que ordena los documentos y la

---

[20] Citado en Michael Joyce, *Of Two Minds: Hypertext Pedagogy and Poetics,* Ann Arbor, University of Michigan Press, 1995, p. 185. Al margen de la literatura, Arlindo Machado ha analizado ejemplos de ensayos: «Nuevas formas de (re)presentación. Ensayos hipermediáticos», *Telos: Cuadernos de Comunicación, Tecnología y Sociedad* 56 (2003), pp. 84-88.

que extrae de ellos una imagen concreta del pasado que el lector acepta o cuestiona. Es la misma idea que podemos encontrar en el célebre estudio de Anthony Grafton sobre las notas al pie: «cada anotador ordena los materiales de manera tal de confirmar una tesis, los interpreta a su manera individual y omite aquellos que no satisfacen su criterio necesariamente personal de pertinencia. La siguiente persona que estudie los mismos materiales de archivo probablemente los presentará en un orden completamente distinto»[21].

Esos controles personal y académico sobre el pasado, basados en el dominio del método y en cierta capacidad retórica, siempre se enfrentan a la presencia de la fuente. Por un lado, porque desearíamos mostrar más, transcribir algunos documentos, como se suele hacer cuando empezamos a ejercitarnos en el oficio, cuando elaboramos las tesis de doctorado. Por otro, diríamos, porque el propio documento lo exige, reclama ser escuchado, porque no es una simple prueba, tiene también capacidad evocadora y permite que las voces del pasado se desplieguen. Por tanto, no se trata solo de que nuestra escritura tenga ciertas limitaciones para trasladar fuentes visuales u orales, para lo cual el hipertexto estaría mejor dispuesto, sino que la historiografía se habría desarrollado sobre unos patrones que relegarían a la fuente a ser fundamentalmente criterio de prueba, lo cual impediría mostrar la capacidad narrativa que incorpora todo documento. No es lo mismo que le ofrezcamos al lector un ejemplo de lo que afirmamos que, por el contrario, pongamos a su disposición la fuente misma.

> Cualquier historiador que haya pasado por largos periodos de investigación conoce la frustración que le produce su incapacidad de comunicar el contenido de unos archivos insondables del pasado y de un tiempo pasado que es inconmensurable. Si mi lector pudiera ver el interior de este archivo, se dice uno a sí mismo, si pudiera leer todas las cartas que hay aquí dentro y no solo las líneas de esta única carta que estoy citando. Si yo fuera capaz de reflejar en mi texto mi línea de argumentación, tal como la fui construyendo, avanzando de archivo en archivo cuando me tomé la libertad de

[21] Anthony Grafton, *Los orígenes trágicos de la erudición. Breve tratado sobre la nota al pie de página,* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 20; Stefano Vitalli, *Passato digitale. Le fonti dello storico nell'era del computer,* Milán, Bruno Mondadori, 2004, pp. 119 y ss.

> alejarme un poco de mi propósito principal. Si tan solo pudiera mostrar cómo se entrelazan los temas al margen de mi narrativa y cómo se extienden mucho más allá de las fronteras de mi libro. No es que los libros debieran estar exentos del imperativo de ceñirse en la narración a lo más esencial. Pero en lugar de zanjar una discusión mediante un argumento concluyente, podrían mostrar nuevas formas de dar sentido a una evidencia, nuevas posibilidades de captar la esencia que contiene una historia, y transmitir una toma de conciencia más amplia de la complejidad que implica la interpretación del pasado[22].

Es decir, mostrar el documento supone alterar la forma en la que mediamos entre este y el lector. En primer lugar, no podemos ofrecerle al destinatario todos los libros y fuentes que hemos consultado. Esta es de nuevo una cuestión que remite a la diferencia de soportes, de materialidad. Ya que nuestro trabajo consiste, en parte, en saber lo que otros han dicho, en reclamarnos dentro de una tradición o una escuela o una perspectiva, y bucear en los archivos, presentamos los resultados obtenidos remitiendo a múltiples autores y fuentes. El simple libro que componemos, para una transparencia total, se acopiaría a muchísimos otros y se acompañaría de una infinidad de papeles, imágenes, etcétera. Ni siquiera podemos incorporarlos plenamente en nuestra escritura, so pena de abrumar y pecar de erudición o de pedantería, por lo que abreviamos, a veces inadecuadamente, interpretando erróneamente lo que otro ha afirmado, descontextualizándolo. No podemos detallarlo todo, el lector ha de confiar en las conclusiones a las que hemos llegado y en las citas que sostienen nuestra argumentación. Tampoco podemos exponer todo el proceso que nos ha llevado hasta ese punto, aunque algunos historiadores lo hayan intentado[23]. Dicho de otro modo, el texto que entregamos tiene una serie de limitaciones derivadas de la forma en la que lo producimos. Por eso, por lo común, obviamos todo aquello que no ha fructificado, las ideas que hemos descartado,

---

[22] Robert Darnton, «El libro electrónico y el libro tradicional», en su *Las razones del libro. Futuro, presente y pasado,* Madrid, Trama, 2010, pp. 87-88.

[23] Es lo que propusieron Carlo Ginzburg y Adriano Prosperi en *Giochi di pazienza. Un seminario sul «Beneficio di Cristo»,* Milán, Einaudi, 1975. El propio Ginzburg lo ha intentado en algunas de sus obras, siguiendo el magisterio de Marc Bloch. Véase a este respecto Justo Serna y Anaclet Pons, *Cómo se escribe la microhistoria. Ensayo sobre Carlo Ginzburg,* Madrid, Cátedra, 2000.

las hipótesis sin confirmación, las preguntas sin respuesta; y, con ello, silenciamos asimismo documentos o autores que habrían supuesto otro recorrido. Quizá citemos unas cosas u otras por erudición o para dar fuerza retórica a nuestro relato, pero siempre predomina aquello que mejor conviene a los resultados a los que hemos llegado. Las fuentes, pues, son las que quedan más afectadas, dado que unas veces las eliminamos y otras cambian de carácter, al reducirlas a simple prueba que verifica lo expuesto[24].

Es todo eso lo que puede cuestionar la escritura digital, con sus ventajas, inconvenientes y dudas. Las últimas tienen que ver, por supuesto, con la relación existente entre el documento digitalizado y su referente físico. No volveré sobre ello porque lo he tratado en un capítulo anterior, pero hay algo incuestionable: a pesar de sus defectos, lo que ofrece internet acaba condicionando nuestro trabajo, porque está ahí, al alcance de un clic. ¿En qué medida nuestro relato queda determinado por lo que podemos consultar en la red? Una simple conjetura servirá: aunque no existan pruebas, no sería descabellado aventurar que aquellos volúmenes que Google Libros ofrece en vista previa o completa son más examinados y citados que aquellos otros de consulta restringida; o que, de entre los de vista previa, se citan más los párrafos que se pueden leer que aquellos otros que no son accesibles y que, por tanto, han de ser inspeccionados adquiriendo el volumen o acudiendo a una biblioteca.

Eso es algo sobre lo que debemos reflexionar, pero hay que añadir otro elemento más general. Un relato digital ejemplar permitiría, en efecto, realizar un ejercicio más reflexivo e interactivo, apelando a un nuevo pacto entre el autor y el lector, situando a las fuentes como elemento de conexión explícita entre ambos. Ahora bien, la escritura digital no es una escritura alfabética ni tiene nada que ver con ella. Cualquier presentación dinámica de los resultados de una investigación histórica, con inclusión de distintos lenguajes y recursos, exige una alfabetización nueva, en la mayoría de los casos fuera del alcance del historiador. En estos casos, se da invariablemente una colaboración entre el estudioso del pasado y otras personas que dominan el nuevo lenguaje y que o bien traducen sus indicaciones o bien coparticipan del resultado definitivo. Y es un inconveniente porque, como he adelantado, no existe una tradición de trabajo en grupo dentro de

---

[24] Dario Ragazzini, «Le fonti storiche nell'epoca della loro riproducibilità informatica», en Dario Ragazzini (ed.), *La storiografia digitale,* Turín, UTET, 2004, p. 12.

la disciplina y menos aún si se trata de abandonar sus cómodos márgenes para aventurarse en una experiencia radicalmente distinta en la que, con la asistencia de extraños, hay que imaginar la manera de presentar cualquier enunciado. Por si fuera poco, ese apoyo externo socava algo que damos por sentado: el historiador controla sus contribuciones y la forma de comunicarlas, de modo que los intermediarios son externos, bien sean los pares que le juzgan para publicar en una revista académica o la editorial que evalúa la relevancia de un manuscrito; mientras que en el espacio digital el trabajo es colectivo, al menos en cuanto a la comunicación[25].

¿Y las ventajas? Volvemos a lo mismo, a la capacidad de mostrar que permite la disponibilidad digital de las fuentes, ya sea porque están en línea o porque nosotros generamos un archivo acorde con las necesidades del texto que escribimos. De igual modo que solicitamos textos escaneados o fotografiamos las fuentes para poderlas consultar de forma cómoda y rápida en nuestra casa, podemos inventarnos un pequeño archivo con esos documentos y ponerlo en la red. Para muchos estudiosos, la superioridad del hipertexto es la promesa de una total transparencia. En este caso, las ventajas estarían en lo ya apuntado, en dar voz al documento y en permitir una mayor implicación al destinatario de nuestra obra, cambiando nuestra forma de presentar el relato. Sus bondades estarían, por eso mismo, en la capacidad de hacer comprender los acontecimientos o los actos humanos desplegando ante el lector todas las conexiones que hacemos entre aquellos y otros distintos situados en el mismo o en diferente contexto histórico.

5

Expuesto todo lo anterior, hay que señalar de inmediato que no está claro que el uso del hipertexto tenga que producir necesariamente la desintegración y fragmentación que se le supone invariablemente. Hay muchas formas de generar un texto digital. Entre otras cosas porque, como es obvio, aquello que mejor lo caracteriza, el enlace, no siempre funciona de forma unívoca ni tiene las mismas

[25] Este y otros asuntos sobre la escritura los trata Gianfranco Bandini en «Le caratteristiche qualitative della scrittura storica on line», en Gianfranco Bandini y Paolo Bianchini, *Fare storia in rete,* Roma, Carocci, 2007, pp. 136-152.

implicaciones. Por un lado, puede ser exclusivamente una forma de remitir al lector a la nota o a otro documento incluido en el mismo sitio. Es lo que se ha llamado la hipertextualidad *débil,* que no plantea ningún problema significativo. De hecho, el texto histórico, el ensayo académico, en definitiva, guarda ciertos paralelismos con las nuevas formas de escritura digital, de modo que el paso de la forma tradicional a esta otra no debería suponer grandes alteraciones formales. La presencia de notas y referencias diversas, la inclusión de apéndices, índices, listas, etcétera, así lo indicarían[26]. Por otra parte, puede enviar al lector a otros textos fuera de nuestro control, en otro lugar de la red, con lo que estaríamos ante un modelo de hipertextualidad *fuerte*[27]. Es en este segundo caso donde los términos de individualidad y de autoridad o de control se prestarían a discusión. Como se ha señalado más arriba, con este tipo de escritura remitimos al lector a un sitio que tiene vida propia, que puede transformarse parcial o totalmente con el tiempo y que incluso puede desaparecer, con lo que nuestra referencia pierde su sentido originario. Así pues, a mayor grado de hipertextualidad, menor control sobre el texto que generamos.

En el caso de la disciplina histórica, la casi totalidad de los textos digitales han apostado por el modelo de hipertextualidad débil o bien por una solución mixta. Lo podemos observar recurriendo a un breve ensayo que escribió hace ya algunos años Robert B. Townsend, una propuesta y una radiografía a la vez[28]. Townsend propuso establecer una tipología simple de las nuevas publicaciones digitales, que las distinguiría según tres casos: las que están basadas en textos previos, es decir, las que reproducen artículos o libros ya impresos; las complementadas, a saber, las que introducen enlaces a fuentes primarias o secundarias a efectos ilustrativos; las re-conceptualizadas, es decir, las construidas directamente en formato digital

---

[26] Así lo señala Arne Solli, que entiende que toda monografía o artículo académico tiene atributos hipertextuales: «Hypertext "Papers" on the Web: Students Confront the Linear Tradition?», *The Journal of the Association for History and Computing* 1, 2 (noviembre de 1998) [http://quod.lib.umich.edu/cgi/p/pod/dod-idx?c=jahc;idno=3310410.0001.204].

[27] La distinción entre débil y fuerte en Rolando Minuti, *Internet et le métier d'historien,* París, Presses Universitaires de France, 2002, pp. 110-111.

[28] Robert B. Townsend, «All of Tomorrow's Yesterdays: History Scholarship on the Web», *Perspectives* 40, 5 (2002) [http://www.historians.org/perspectives/issues/2002/0205/0205pub3.cfm].

y que integran fuentes electrónicas para exponer sus argumentos. En cuanto a las primeras, poco hay que añadir a lo ya expuesto. Desde el punto de vista de la escritura, no aportan cambios significativos, excepto el hecho de mostrar que en sí misma la digitalización no altera el modo de presentación que entendemos como «natural», aunque sí sus usos.

Los textos complementados, en cambio, sí que ofrecen mejoras sustanciales desde una óptica digital, en tanto nos brindan suplementos que un impreso no puede ofrecer del mismo modo. En este caso, se trataría de un ensayo que no modifica la escritura en sí misma, sino su entorno, transformando las notas o el aparato documental en auténticos hipertextos, ya que el lector podría consultar las fuentes o ver y oír archivos visuales y sonoros. El ejemplo más destacado y celebrado de esta segunda opción es, sin duda, el de Robert Darnton y su famoso texto sobre los medios de comunicación en el París del siglo XVIII[29]. El artículo de Darnton planteaba la necesidad de utilizar el nuevo medio aunque solo fuera por pragmatismo, dadas las crecientes dificultades que los jóvenes académicos encontraban a la hora de publicar sus investigaciones. Su propuesta era intermedia y se definía como piramidal:

> un libro electrónico, al contrario que un libro impreso, puede tener capas ordenadas en forma piramidal. Los lectores pueden descargarse el texto y examinar la capa superior, que estará escrita a modo de una monografía corriente. Si el texto les gusta, pueden imprimirlo, encuadernarlo (hay máquinas encuadernadoras que se pueden conectar a un ordenador o a una impresora) y estudiarlo cómodamente en el formato corriente de un libro de tapa blanda. Si topan con algo que les parezca especialmente interesante, pueden moverse a una capa inferior para acceder a un ensayo suplementario o a un anexo. Pueden sumergirse en el libro, en documentos adicionales, en bibliografías, historiografías, iconografías, música de fondo, en todo lo que yo pueda aportar para facilitar una comprensión profunda del tema que trato con el libro. Al final, lo harán suyo, porque

[29] Robert Darnton, «An Early Information Society: News and the Media in Eighteenth-Century Paris», *The American Historical Review* 105, 1 (2000), pp. 1-35. Hay versión española en: «Una de las primeras sociedades informadas: las novedades y los medios de comunicación en el París del siglo XVIII», en Robert Darnton, *El Coloquio de los Lectores,* México, Fondo de Cultura Económica, 2003, pp.. 371-429. En cuanto a la versión digital, véase http://www.historycooperative.org/ahr/darnton/site/.

> encontrarán su propio camino para recorrerlo y leerán en horizontal, vertical o diagonal o por dondequiera que les guíen los enlaces electrónicos[30].

Tanto esta propuesta como el texto resultante han dado lugar a numerosos comentarios y debates, haciendo del artículo de Darnton una referencia a considerar para este tipo de hipertexto. No obstante, más allá de las discusiones académicas y de la sorpresa inicial, podemos decir que el ensayo ofrece dos niveles de lectura distintos. Por un lado, se trata de un texto clásico, siguiendo las convenciones habituales del discurso histórico, con la particularidad de estar producido en este otro lenguaje digital. Por otro, ofrece algunos de los elementos característicos de la hipertextualidad, pues además de las consabidas notas a pie de página, incluye gráficos, ilustraciones, documentos de archivo o mapas digitales del París de la época, de forma que el lector puede localizar, por ejemplo, los cafés a los que acudía la policía para informarse sobre actividades subversivas, así como los informes obtenidos, grabaciones sonoras de canciones que difundían noticias políticas y, finalmente, la posibilidad de participar en una discusión en línea con el propio autor. Es decir, se trata de un texto moderadamente abierto, de una hipertextualidad prudente. Robert Darnton decía elaborar un *cibertexto,* pero en realidad todo el contenido está jerárquicamente controlado, de modo que el lector no puede salir (escapar) del ensayo, pues las referencias no son realmente externas, dado que ese exterior queda dentro. Se puede ir del párrafo a la canción, y escucharla, o al mapa, y *pasear* por París, pero la melodía o el plano devuelven irremisiblemente al texto escrito. Por eso mismo, cuando el ensayo se publicó en la versión impresa de la *American Historical Review* la pérdida apenas fue sentida ni su sentido alterado. Más aún, la edición electrónica que se puede consultar ha separado el texto de los elementos visuales y sonoros, de modo que no existen enlaces entre una cosa y otra. En cualquier caso, el artículo inicial de Darnton fue un proyecto novedoso, imposible de afrontar con los medios tradicionales y, lo que es más importante, un primer paso, una apuesta atrevida, distinta de todo cuanto se había hecho hasta el momento en el campo de la

---

[30] Robert Darnton, «Objetos perdidos en el ciberespacio», en Robert Darnton, *Las razones del libro. Futuro, presente y pasado,* cit., pp. 72-73; la misma idea se repite en la p. 88 en el capítulo titulado «El libro electrónico y el libro tradicional».

historia digital. En ese sentido, pues, nos ha mostrado que podemos empezar mezclando escritura tradicional e hipertexto y que eso no solo no daña al discurso histórico, sino que puede revitalizarlo en muchos sentidos.

Digámoslo de otro modo. Puede que exista una tendencia a utilizar el hipertexto simplemente porque se trata de una novedad tecnológica y porque algunos entienden que las innovaciones son buenas por sí mismas y han de ser exploradas, a veces en términos de una historia-espectáculo. De hecho, muchas de las propuestas habituales de historia digital han estado ligadas a determinadas conmemoraciones, donde lo que importa es esa imagen precisamente espectacular del pasado nacional. Pero para un historiador lo relevante no es eso, sino si un hipertexto ofrece ventajas para conocer el pasado o para presentar una interpretación del mismo que no obtendríamos con un texto impreso, es decir, nos guiamos por cuestiones académicas y cognoscitivas, valorando si un determinado medio (el digital) capta o transmite mejor lo que deseamos comunicar. La pregunta que suscita el ejemplo de Darnton es dónde se refleja mejor su objeto de estudio: el modo en el que la sociedad francesa del Antiguo Régimen daba sentido a los acontecimientos y difundía información sobre ellos, conformando con ello un determinado imaginario colectivo. La respuesta salta a la vista para cualquiera que haya podido comparar ambas versiones: la digital mejora a la impresa, aunque no sustancialmente y con la rémora de que la lectura en papel nos resulta más cómoda.

Si tal contraste parece claro en el caso del texto de Darnton, distinto es el caso de aquellos que formarían parte de la tercera categoría, los re-conceptualizados. En este apartado, uno de los ejemplos pioneros es sin duda el desarrollado en torno al Valley Project[31]. No obstante, hay que señalar que esta propuesta, denominada *Valley of the Shadow,* nació como un intento de construir un archivo digital para documentar la vida de los habitantes de dos condados, el de Augusta en el sur, en Virginia, y el de Franklin en el norte, en Pennsylvania, durante la época de la guerra civil americana. Es decir, no era un tipo de escritura digital, sino una recopilación de cartas, diarios personales, censos, periódicos, discursos y otros documentos oficiales que pudieran registrar diferentes aspectos de la vida coti-

[31] Este proyecto se puede consultar en http://valley.lib.virginia.edu/; en especial la parte titulada «The Store Behind The Valley Project».

diana de esas localidades. La idea partió de uno de los impulsores de este tipo de experimentos académicos, el historiador Edward L. Ayers, que a principios de los años noventa se había propuesto escribir un libro para comparar lo sucedido en dos comunidades situadas en los respectivos bandos de esa contienda civil. Lo que modificó su previsión inicial fue el uso del ordenador para recopilar toda la información necesaria, hasta el punto de que el texto impreso que debía resultar se transmutó en proyecto digital. La primera versión apareció en 1993, pero la enorme tarea a realizar, las dificultades económicas y el creciente desarrollo de la web hicieron que no se concluyera hasta 2002, con un total de doce mil archivos.

Más allá de la creación del repositorio en cuestión, nos detendremos aquí en la escritura de ese ensayo digital y en sus propuestas[32]. Ante todo, la intención era tan simple como ofrecer al lector un modo distinto de acceder a sus argumentos académicos, a las pruebas sobre las que se habían construido y a los debates historiográficos suscitados en torno a ese objeto, el de cómo la esclavitud dividió a la sociedad y a la cultura americanas en los años previos a la Guerra Civil. Para ello, se seguían las propuestas y el trabajo realizados por Robert Darnton, pero introduciendo algunas modificaciones sustanciales que daban lugar a un cambio de modelo. Mientras este último ofrecía un texto clásico, al que se añadían capas para favorecer lecturas alternativas, con una hipertextualidad débil que adoptaba lo que Darnton denominaba una forma piramidal, el artículo que firmaban William G. Thomas III y Edward L. Ayers daba un paso más, tomando como punto de partida la necesidad de profundizar en aquellos aspectos que el ordenador vendría a subrayar: el espacial, el participativo, el procedimental y el enciclopédico[33]. Así, por ejemplo, hay tres planos: el análisis, los documentos que lo sustentan y los debates historiográficos que lo enmarcan, ocupando cada uno espacios diferentes en ese texto digital, de modo que están interconectados, listos para ser explorados, pero son independientes

---

[32] El artículo digital de William G. Thomas III y Edward L. Ayers se titula «The Differences Slavery Made: A Close Analysis of Two American Communities», disponible en http://www2.vcdh.virginia.edu/AHR/; por otra parte, se complementa con la explicación que ambos ofrecen en «An Overview: The Differences Slavery Made: A Close Analysis of Two American Communities», *The American Historical Review* 108, 5 (2003), pp. 1305-1306.

[33] Los autores siguen aquí a Janet Murray, *Hamlet en la holocubierta: el futuro de la narrativa en el ciberespacio,* Barcelona, Paidós, 1999.

unos de otros. Por eso, exige una lectura participativa, dado que el lector ha de decidir cómo sigue la explicación, si se detiene o profundiza en una parte u otra, etcétera. Ahora bien, si se quiere seguir plenamente, el texto exige atenerse a un procedimiento, según el cual el usuario ha de ir destapando las diversas capas y componentes, pues de otro modo no captaría el sentido completo del estudio. Finalmente, esa dificultad de lectura deriva de que se trata de un trabajo enciclopédico, no solamente por las conexiones que ofrece entre los tres espacios sino por la ingente cantidad de fuentes desplegadas, algo que un artículo impreso no podría ofrecer. Si Darnton había optado por una propuesta piramidal, Thomas y Ayers prefieren llamar al suyo un modelo en «prisma»

> Proponemos lo que hemos llamado un modelo «en prisma» como una alternativa a la estructura piramidal de Robert Darnton, uno que permita a los lectores explorar ángulos de interpretación sobre un mismo trasfondo de pruebas y debates historiográficos. Esa funcionalidad de prisma hace que el artículo permita abrir al lector el proceso de interpretación histórica, proporcionando nodos secuenciales e interrelacionados de análisis, pruebas y de su relación con el trabajo académico previo[34].

Por otra parte, la opción no es simplemente instrumental. Existe, por supuesto, una experimentación en el modo de representar, pero se elige no solo por sus ventajas técnicas, sino porque los autores entienden que ofrece un modelo interpretativo más rico, al poder combinar dinámicamente esos tres espacios de los que hemos hablado. Es decir, no contentarse con ver ese nuevo medio, sino atreverse a mirar a través de él. Lo cual es particularmente significativo, por ejemplo, si tenemos en cuenta el uso que necesariamente hacemos del espacio y del tiempo en nuestras investigaciones. Para Ayers, «el tiempo y el espacio parecen incapaces de ocupar el mismo espacio narrativo lineal. Los historiadores o bien tenemos que contener nuestra respiración temporal mientras miramos a nuestro alrededor o bien pasamos por alto el cambiante paisaje social a medida que avanzamos en el tiempo». Y se pregunta: «¿podríamos ser capaces

[34] Véase la version en línea de William G. Thomas III y Edward L. Ayers, «An Overview: The Differences Slavery Made: A Close Analysis of Two American Communities», cit. [http://www.jstor.org/stable/10.1086/529967].

de combinar la estructura y el flujo, el espacio y el tiempo, si tuviéramos un espacio más complejo en el que trabajar?». A su parecer, quizá esa historia hipertextual permitiría liberar lo que ya sabemos pero no podemos mostrar, encorsetados como estamos por una determinada forma narrativa. Seríamos capaces, pues, de «imaginar formas de escribir que nos permitan tratar de forma más eficaz con secuencias múltiples, voces múltiples, resultados múltiples e implicaciones múltiples»[35].

Más aún, si bien la elección de este formato tiene tales virtudes genéricas, los autores creen que muestra mayor rendimiento en el tema que les ocupa, el de la esclavitud. A su juicio, ese habría sido un asunto central pero problemático dentro de la historiografía norteamericana, por su capacidad para refractar todo lo que hay a su alrededor. En ese sentido, añaden, no hay nada que entre en contacto con la esclavitud que sea constante, lineal, singular o transparente. De ahí la oportunidad que presenta un tipo de escritura que respeta al máximo esa complejidad y que permitiría trasladarla más fácilmente.

No podemos aquí evaluar, aunque sería conveniente, el impacto de estos trabajos de Thomas y Ayers en la historiografía norteamericana de la esclavitud. Y sería aconsejable porque el valor de cualquier investigación descansa en su pertinencia, en su relevancia cognoscitiva dentro del debate académico, no en la forma de escritura. De lo que no cabe duda, no obstante, es de su enorme repercusión, hasta el punto de convertirse en un referente obligado para todos aquellos que de uno u otro modo se refieren a la escritura digital. En eso, desde luego, superan con creces a la iniciativa de Darnton, mucho más modesta y pensada para ser un texto impreso con añadidos digitales. En cambio, la de Thomas y Ayers se ideó directamente para difundirse con el nuevo lenguaje, y así permanece aún. Y ha de señalarse algo más. El texto elaborado en la Universidad de Virginia tiene una década a sus espaldas, lo cual significa que, visto desde la actualidad, parece mucho menos de lo que promete. Y en parte es así, y ya se señaló en su momento. A pesar de esa voluntad hipertextual, materializada parcialmente, la lectura que prevalece es la lineal, no tanto porque esté construido como el de Darnton, sino porque una comprensión adecuada de su análisis pasa por seguir un camino jerárquico, más allá de las paradas que queramos hacer en los docu-

[35] Edward L. Ayers, «History in Hypertext», Universidad de Virginia, 1999 [http://www.vcdh.virginia.edu/Ayers.OAH.html].

mentos o los debates historiográficos. Cualquiera que desee consultarlo se sorprenderá incluso de la parquedad de los enlaces y de su escaso dinamismo, que deberíamos atribuir, como se ha mencionado, a la época en la que se realizó y a su carácter primerizo[36]. Su brillantez, repetimos, está en eso mismo, en su grafía experimental y en la forma de combinar exposición, fuentes y debate académico.

Con todo, estos dos ejemplos, permiten extraer otras conclusiones y realizar algunas conjeturas[37]. La cuestión más apreciable debe referirse a las críticas al excesivo peso de la escritura, sacrificando con ello esa parte más flexible o dinámica que aportan los enlaces. Esto se señala, como hemos visto, para indicar que de ese modo se traiciona el espíritu del hipertexto, es decir, que se explota poco la cualidad central de la nueva escritura, manteniendo a la postre la estructura lineal que siempre ha tenido la narración histórica. Se puede alegar, como también se ha afirmado, que el momento en que se emprendieron estos proyectos y su carácter precursor explicarían su limitado riesgo. Pero esa no es realmente una razón suficiente. Más bien, hemos de justificar su formato por la característica forma en la que los humanistas estudiamos el pasado y lo narramos. Si bien es cierto que el hipertexto permite presentar de manera más abierta y flexible los referentes que utiliza el historiador, es decir, las múltiples fuentes y referencias, no lo es menos que sin la comprensión y el hilo con el que este enhebra las huellas del pasado el resultado resultaría caótico o carente de un adecuado sentido histórico. Podemos hacer algo más complejo y reflexivo con el texto digital, quizá consigamos sugerir más, hacer que la mirada sea más plural, arrancar del usuario mayores compromiso y participación. Podemos llamar a eso lectura oblicua, no lineal, fragmentada o con cualquier otro calificativo, pero el historiador no solo muestra algo, sean fuentes o debates académicos, ni siquiera se limita a disponer todo eso de determinada manera. El historiador escribe, aporta su voz, su método disciplinado; es el que da sentido. Entre

---

[36] Entre quienes critican su escasa hipertextualidad está Stephen Robertson, «What's Wrong with Online Readings? Text, Hypertext, and the History Web», *The History Teacher* 39, 4 (2006), pp. 441-454.

[37] Habría otra categoría que añadir a las que indica Townsend, la de quienes explotan plenamente la hipertextualidad. Véase, por ejemplo, William G. Thomas III, «Railroads and the Making of Modern America (2006-2009)» [http://railroads.unl.edu/], o los mencionados en Douglas Seefeldt y William G. Thomas, «What is Digital History? A Look at Some Exemplar Projects», *Perspectives* 47, 5 (2009) [http://www.historians.org/perspectives/issues/2009/0905/0905for8.cfm].

otras cosas, porque el pasado no es algo claramente establecido que se pueda exponer sin mayor tratamiento. Simplemente, eso no existe, pues el presente desaparece en el mismo momento que pasa, sin posibilidad de réplica. Es un error considerar que las estadísticas, un cuadro, una carta o un diario, un informe policial, etcétera, servirán para que el lector comprenda el significado de las acciones de las personas que allí aparecen.

Por esa razón, cuando Darnton o Ayers intentan transmitir lo que esos documentos nos dicen sobre el sistema de información en la Francia del Antiguo Régimen o sobre la esclavitud en tierras americanas no pueden sino escribir a la antigua usanza, imponerse como oficiantes ofreciendo al lector una guía más o menos extensa. Porque, de lo contrario, eso significaría admitir que uno no ha captado las cosas de una determinada manera, o que no hay una interpretación que supera a otras posibles y que, por tanto, hay infinitas versiones, tantas que lo ideal es que el usuario las explore por su cuenta y el historiador, frente a la avalancha, enmudezca. Como ya sabemos por algunos de los teóricos del hipertexto, eso significa que el autor propone una representación, pero es el lector el que juega, el que hace de historiador. Y para eso casi no harían falta académicos avezados en la disciplina, sino técnicos que dominaran el nuevo lenguaje[38].

Y esa es precisamente la ventaja de estos dos experimentos, que el historiador no ha desaparecido, simplemente ha explotado con mayor o menor fortuna y riesgo las posibilidades que ofrece el hipertexto. De hecho, existen, hasta abundan, los experimentos en los que se explota la nueva textualidad digital, pero en este caso la carencia que sentimos es justamente la contraria. Lo que se gana por un lado, en juego, en despliegue, en presentación, incluso en valor didáctico, se pierde por el otro, en análisis, en significación. Y eso no es un problema en sí mismo, pero entonces ese tipo de escritura no es sino complemento de la otra, de la académica, esté o no impresa, porque podemos entender plenamente lo que vemos en la pantalla porque antes o en el mismo momento existe un texto histórico que nos hace comprender el sentido de lo que vemos. De la pantalla

[38] Aunque no haya transitado por ese camino, existen diversos autores que ponen en relación las posibilidades de la escritura digital con los desafíos lanzados por el posmodernismo. Por ejemplo, lo señala el citado Paul Longley Arthur en «Multimedia and the Narrative Frame: Navigating Digital Histories», *Refractory* 9 (2006) [http://refractory.unimelb.edu.au/2006/07/04/multimedia-and-the-narrative-frame-navigating-digital-histories-paul-arthur/].

no puede brotar ninguna explicación por si misma, del mismo modo que no emerge de la visita al archivo ni de la contemplación de un cuadro, pues este es un proceso que exige conocimientos y destrezas bien asentados.

Y una conjetura final. ¿Qué podemos esperar del nuevo tipo de escritura? Desde el punto de vista del historiador, la opción más razonable sería explorar la forma de introducir nuestra narración en la textualidad digital, en la senda de lo realizado por Darnton o Ayers, con un uso más atrevido si cabe de las posibilidades del nuevo entorno. Por supuesto, eso significa replantearse algunas de las certidumbres que tomamos por «naturales» en el modo de hacer y de transmitir nuestros conocimientos, pero sin relegar el papel que nos corresponde como expertos en la reconstrucción del pasado. Una segunda opción, igualmente sensata, sería emplear la web como complemento, reduciendo su valor intrínseco a mostrar, a ejemplificar o a contener. Es una práctica que presenta menos problemas y que muchos prefieren, ya sea porque permite ofrecer documentos que un texto es incapaz de incorporar o porque los editores, reacios a las notas al pie, aconsejan expulsar el aparato crítico y presentarlo en sus webs. Es decir, en el mercado de lo impreso, la monografía académica retrocede ante el auge del ensayo histórico, por lo que se exige aligerar el texto[39]. Ambas iniciativas son, pues, juiciosas, pues permiten aprovechar las nuevas herramientas sin alterar de manera fundamental la tarea que nos compete.

---

[39] Robert Darnton hace lo primero en su *Poetry and the Police Communication Networks in Eighteenth-Century Paris,* Harvard, Harvard University Press, 2010. En este caso, la página de la editorial permite escuchar las canciones de la época, recuperando las grabaciones realizadas por Hélène Delavault para Robert Darnton, «An Early Information Society: News and the Media in Eighteenth-Century Paris», cit. El complemento se titula «An Electronic Cabaret: Paris Street Songs, 1748-50» [http://www.hup.harvard.edu/features/darpoe/]. Sobre el rechazo a las notas, así lo expresa Hermione Lee en *Biography: A Very Short Introduction,* Oxford, Oxford University Press, 2009, pp. 10-11, donde señala que muchos de los que se dedican a la biografía histórica han de minimizarlas o ponerlas en línea.

VII. COMUNICAR, DIFUNDIR Y PUBLICAR
¿Cómo?

> La ciencia es pública, no privada. Sin duda, hacer un descubrimiento es una compleja experiencia personal [...]. Pero, para que la ciencia avance, no basta concebir ideas fructíferas, elaborar nuevos experimentos, formular nuevos problemas o establecer nuevos métodos. Las innovaciones deben ser efectivamente comunicadas a otros. A fin de cuentas, esto es lo que entendemos por *contribución* a la ciencia: es algo que se da al fondo común del conocimiento. En última instancia, la ciencia es un cuerpo de conocimiento socialmente compartido y convalidado. Para el desarrollo de la ciencia, solo importa la obra efectivamente conocida y utilizada por otros científicos inmediatamente.
>
> Robert K. Merton, *La sociología de la ciencia*

1

Desde el mismo momento en que internet hizo su aparición fueron muchas las iniciativas que intentaron explorar las numerosas y variadas oportunidades que el nuevo medio ofrecía. Entre ellas estuvo, por supuesto, lo relacionado con la difusión del conocimiento, fuera o no académico. Resulta difícil en este sentido señalar con claridad los hitos que han marcado la trayectoria de ese esfuerzo, pero hay algunos que merecen destacarse. Por ejemplo, tan pronto como en el verano de 1971 nació el Proyecto Gutenberg, impulsado por Michael Hart, cuya finalidad era iniciar una recopilación de libros electrónicos de acceso libre. Dado el estado de la red informática mundial, iniciativas como esta prosperaron lentamente, pero a finales de la década siguiente se le sumaron otras para mejorar y afianzar tal aspiración. Así, en noviembre de 1987 apareció la Text Encoding Iniciative, impulsada por tres organizaciones que estaban trabajando en el campo de las humanidades digitales. El propósito era constituir un consorcio internacional que, junto con archiveros y bibliotecarios, fijara las directrices para la adecuada codificación digital de los textos literarios.

Por supuesto, fueron los años noventa los de la máximo expansión, no en vano Tim Berners-Lee estableció el estándar de la World Wide Web en 1991, al que siguieron de inmediato los primeros y rudimentarios navegadores que dieron lugar al *Netscape* de Mozilla promediada la década. Antes de finalizar el año 1992, se celebraron dos simposios sobre el mundo de la publicación académica en redes electrónicas, impulsado el primero por la Association of Research Libraries y añadiéndose para el segundo la no menos potente Association of American University Presses. El clasicista James O'Donell, que estuvo en esta última y situó en su contexto histórico el suceso que se debatía, resumió perfectamente el sentir general recogiendo las palabras de un editor universitario presente en aquellas reuniones. Se sentía, señaló, como si fuera un cervatillo inmovilizado por los potentes faros de un camión que se le viniera encima[1].

Dejando la metáfora y antes de continuar, conviene detenerse brevemente en esos debates y en lo que estaba sucediendo en aquellos años, algo que ya se advierte si uno repara en los nombres de las organizaciones que, como hemos visto, patrocinaban aquellos eventos y otros similares que se sucederían. Ya se ha puesto de relieve, y se tratará más adelante, que el desarrollo de internet coincidió con una crisis del sistema de difusión del conocimiento académico norteamericano. En buena medida, eso tenía que ver con la situación de los principales consumidores de revistas y monografías: las bibliotecas universitarias. Los costes de las publicaciones periódicas habían ido aumentando sensiblemente y, dado que era necesario mantener las suscripciones, dichas bibliotecas recortaron en otras partidas, es decir, compraban menos libros editados por las poderosas editoriales universitarias, que a su vez y para compensar la pérdida aumentaban el número de títulos y buscaban otros mercados. De ese modo, y como efecto imprevisto, se fue borrando la distinción entre publicaciones con y sin ánimo de lucro. Mientras tanto, la posibilidad de publicar y de difundir la información en línea empezaba a amenazar al sistema editorial en su conjunto[2].

---

[1] James O'Donnell, «Time Present and Time Past: An Introduction to the Papers of the Symposium», *The New Generation: Visions and Opportunities in Not-for-Profit. Publishing Proceedings of the Second Symposium on Scholarly Publishing on the Electronic Networks* (noviembre de 1992) [http://www.arl.org/resources/pubs/symp2/odonnell-2.shtml].

[2] Un temprano análisis de todo ello en Kenneth Arnold, «The Body in the Virtual Library: Rethinking Scholarly Communication», *The Journal of Electronic Publishing* 1, n.os 1&2 (1995) [http://hdl.handle.net/2027/spo.3336451.0001.104].

En efecto, unos años antes habían empezado a aparecer las primeras revistas electrónicas, cuya difusión estaba alcanzando índices que muchas de sus homónimas impresas no podían esperar. Aunque sea difícil precisarlo con total certeza, todo parece indicar que la primera fue *New Horizons in Adult Education,* que se empezó a distribuir de manera rudimentaria en el otoño de 1987. Poco después le seguirían otras muchas, empezando por *Psycoloquy* (1990), una publicación de la American Psychological Association que tuvo entre sus impulsores a Stevan Hanard, de la Universidad de Southampton, un académico y un centro que liderarían, como veremos, algunas de las iniciativas más destacadas en estos asuntos.

Uno de los primeros fenómenos de esos nuevos tiempos apareció en la primavera de 1993. En abril, la Johns Hopkins University creó MUSE, el primer portal de distribución de contenidos académicos. No se trataba de una iniciativa de acceso libre, sino de una colaboración para ofrecer en línea las revistas de aquella Universidad, algo que a partir del año 2000 se amplió a distintas publicaciones prestigiosas de otros centros, dentro del campo de las humanidades y las ciencias sociales. Era y es, por tanto, un portal que intermedia entre unas instituciones (usuarios) y otras (editoriales), y que actualmente alberga fondos de numerosas revistas de más de un centenar de sellos con miles de artículos.

En ese mismo contexto, la National Science Foundation norteamericana impulsó desde 1994 la Digital Library Initiative, que concedía financiación a distintos proyectos sobre la digitalización y las mejoras de acceso, aunque en aquellos primeros años no incluía investigaciones sobre la web en sí misma[3]. Se trataba de investigar sobre las maneras de recolectar, almacenar y organizar la información digital con la mirada puesta en encontrar mejores modos de consultarla y recuperarla. Uno de los primeros resultados, por ejemplo, fue el programa de digitalización de la Universidad de Michigan, cuyos responsables, en unión con los de Cornell, habían creado un año antes, en 1995, el primer repositorio de fuentes históricas sobre la historia social americana del ochocientos: *Making of Ameri-*

[3] A este respecto, hay que tener en cuenta que la Digital Libraries Initiative europea no se promovió hasta 2005, un año después de que los norteamericanos hubieran cerrado sus dos primeras fases (1994-2004). Además, esos planes resultaron muy productivos; financiaron, por ejemplo, a estudiantes como Larry Page y Sergey Brin, quienes fundaron Google en 1998.

ca. También en 1994, la Biblioteca del Congreso anunciaba su programa de una National Digital Library, cuyo buque insignia era la *American Memory,* un esfuerzo sistemático y pionero por digitalizar distintos fondos históricos y ponerlos a disposición de estudiosos y ciudadanos en general.

Todas estas iniciativas habían estado auspiciadas desde el patrocinio público o privado, a cargo del gobierno o de diversas fundaciones americanas, pero una de las características de internet es, como sabemos, la decisión espontánea, la colaboración anónima y desinteresada, sin ánimo de lucro. Así, a principios de 1996 apareció uno de los proyectos de mayor éxito, el Internet Archive, cuyo objeto era también construir una biblioteca de informaciones históricas en formato digital que pudiera ofrecer acceso permanente a investigadores y académicos de toda suerte y condición. En principio, no obstante, se trataba sobre todo de evitar que el mismo internet y otros materiales de origen digital desaparecieran con las sucesivas actualizaciones o por el simple descuido o eliminación. De hecho, amén de otros recursos, este portal siempre ha tenido como gran virtud la posibilidad de buscar entre los miles de millones de páginas web que ha venido almacenando desde 1996.

Fue sin embargo el nuevo siglo el que lógicamente trajo más novedades. Aunque para muchos la nueva centuria está marcada en sus inicios por la aparición de la Wikipedia en enero de 2001, hay otro fenómeno de gran relevancia que tuvo lugar unos pocos meses después. En efecto, en marzo de aquel año la revista *Science* recogía el anuncio de la aparición de la Public Library of Science (PLoS). Conviene de nuevo detenerse en este punto. En octubre de 2000, tres reputados especialistas en biomedicina (Harold E. Varmus, Patrick O. Brown y Michael B. Eisen) hicieron circular una carta abierta en la que solicitaban a los editores del campo de la ciencia que permitieran un acceso público y gratuito a la literatura de investigación. El propósito, poco habitual, quedó bien manifiesto en otra carta de mayor calado, aparecida en la prestigiosa revista *Science* y firmada por una decena de investigadores[4]. Lo que dichos signatarios señalaban era la forma en la que internet había cambiado la manera de acceder a ese tipo de literatura, razón por la cual anima-

[4] Richard J. Roberts *et. al.,* «Building A "GenBank" of the Published Literature», *Science* 291, 5512 (2001), pp. 2318-2319. La respuesta de dicha revista, en ese mismo número y referencia, con el título «Is a Government Archive the Best Option?».

ban a los editores a poner en la red sus archivos electrónicos, en particular los referidos a las revistas especializadas. De ese modo, indicaban, sería más fácil acceder a lo que cada uno busca y establecer conexiones entre distintas ideas, fomentando nuevos modos de utilizar la información, en el estilo de lo realizado en el proyecto sobre el genoma humano. Y, por otra parte, no bastaría con que se abrieran los archivos de los distintos editores de revistas. Sería necesario un repositorio único que contuviera todas esas informaciones bajo unos mismos estándares, permitiendo una interconexión total entre todos esos contenidos. El ejemplo, decían, sería la iniciativa que representaba PubMed Central, el archivo digital de los institutos nacionales de salud que había aparecido en febrero del 2000, construida sobre la conocida base de datos PubMed.

La anterior propuesta no contó con el total beneplácito de *Science,* cuyos responsables señalaron las consecuencias que ello supondría para los editores privados y para las asociaciones profesionales que publicaban algunas de esas revistas. No obstante, fue apoyaba por 34 mil científicos de 180 países. El fruto de ese éxito no fue tanto o solo el deseado archivo digital sino la decisión de promover la aparición de distintas revistas de alto nivel académico en acceso abierto, lo cual suponía dar un paso más al propuesto[5]. Y este cambio en la idea inicial no es extraño del todo, pues desde el 2000 se habían sucedido distintas iniciativas en ese sentido. En 2001, de nuevo en la Universidad de Southampton, se presentó EPrints, el primer software que permitía a las instituciones crear repositorios en los que se podían autoarchivar en línea los trabajos de investigación, propugnando precisamente la idea del acceso abierto, algo que el propio centro impuso a sus investigadores un año después. De hecho, tras una reunión celebrada a finales de 2001, se presentó en el inmediato mes de febrero la denominada Budapest Open Access Initiative (BOAI). Allí estaban, entre otros, Stevan Hartad y Jan Velterop, editor de BioMed Central.

Ese manifiesto, reafirmado y concretado en otras reuniones posteriores, defendía un proyecto internacional que tuviera como objeto permitir que los artículos de investigación académica estuvieran disponibles de forma gratuita en internet. Dado que los estudiosos contribuían al conocimiento con textos que no eran remunerados,

[5] Desde 2003, año de la primera, la PLoS ha ideado siete revistas, todas ellas del campo de la biomedicina: http://www.plos.org/journals/index.php.

dado que muchos eran financiados con fondos públicos, lo deseable sería que la literatura académica, aparecida en publicaciones revisadas por pares, fuera de acceso libre, es decir, «su disponibilidad gratuita en internet público, permitiendo a cualquier usuario leer, descargar, copiar, distribuir, imprimir, buscar o usarlos con cualquier propósito legal, sin ninguna barrera financiera, legal o técnica, fuera de las que son inseparables de las que implica acceder a internet mismo»[6]. En suma, todos estos movimientos reconocían que los nuevos medios de información habían alterado «de forma radical el panorama de la distribución de conocimiento científico publicado», haciendo posible un acceso rápido, amplio y efectivo[7]. Algo que las empresas particulares advirtieron de inmediato, ya fuera como amenaza para su negocio tradicional o como oportunidad para imaginar otro nuevo, como hizo Google a finales de 2004 anunciando sus proyectos de Google Libros y Google Académico.

Así pues, cuando nos referimos a «acceso abierto» estamos aludiendo a dos cosas distintas aunque relacionadas: la disponibilidad libre y gratuita de los textos, por un lado, y la disposición de los derechos del autor, por el otro. Como quiera que, además, una y otra cuestión se suelen negociar a través de un tercero, las editoriales o los distribuidores, eso ha dado lugar a diferentes maneras de aplicar ese acceso, a distintas modulaciones. En primer lugar y en términos generales estarían todas aquellas revistas que, sobre todo en determinadas áreas científicas, facilitan el acceso a sus fondos tras un embargo que suele ser de entre seis y doce meses, aunque este último lapso acostumbra a ser el más común[8]. Con todo, puede

---

[6] En http://www.soros.org/openaccess/translations/spanish-translation.

[7] Véanse las declaraciones de Berlín y Bethesda, patrocinadas por la Sociedad Max Planck y el Howard Hughes Medical Institute: http://oa.mpg.de/berlin-prozess/berlin-konferenzen/berlin-konferenz/; http://www.earlham.edu/~peters/fos/bethesda.htm. Allí se señala lo siguiente: «La investigación científica es un proceso interdependiente donde cada experimento se nutre de los resultados de otros. Los científicos que investigan y las sociedades profesionales que los representan tienen un gran interés en garantizar que los resultados de investigación se difunden tan inmediatamente, ampliamente y efectivamente como sea posible. La publicación electrónica de resultados de investigación ofrece la oportunidad y la obligación de compartir los resultados de investigación, ideas y descubrimientos libremente con la comunidad científica y el público». Sobre estas y otras cuestiones, véase John Willinsky, *The Access Principle. The Case for Open Access to Research and Scholarship,* Cambridge, The Massachusetts Institute of Technology Press, 2005.

[8] En España, la Ley 14/2011, de 1 de junio, establece que «el personal de investigación cuya actividad investigadora esté financiada mayoritariamente con fondos de los

haber ulteriores restricciones: no ofrecer en acceso gratuito el *pdf* que reproduce la versión impresa; abrir solamente una parte de la revista, por ejemplo la que recoge investigaciones financiadas con fondos públicos, etcétera.

En segundo término están las publicaciones que son totalmente de dominio público porque en ese caso el autor paga por publicar sus textos. Es decir, retiene los derechos y eso le permite abrir sus investigadores a todos los usuarios. Volviendo a la citada PLoS, sus responsables exponen claramente que, con el fin de facilitar el acceso abierto, sus revistas utilizan un modelo de negocio en el que los gastos se recuperan en parte con la tasa de publicación que abonan los autores o los patrocinadores del estudio en cuestión, tarifas que oscilan entre mil y tres mil dólares. En tercer lugar tendríamos el modelo mixto, en el que el coste del proceso editorial se reparte entre el autor, por un lado, y la institución que se suscribe a la revista, por otro. Esta iniciativa ha tenido entre sus impulsores a una de las casas editoras de tamaño medio, Oxford University Press[9]. Los precios varían aquí según si el autor pertenece o no a una institución que esté suscrita, y dicha oscilación es muy sensible. Cabe señalar, por otra parte, que Oxford ha ampliado esta propuesta a buena parte de su fondo de publicaciones periódicas, incluyendo algunas de la disciplina histórica. En cualquier caso, se trata de unas tasas realmente disuasorias, que explican el limitado éxito de esta fórmula[10].

Finalmente, llegamos al acceso público por excelencia, aquel en el que el autor no ha de cargar con el coste de que sus trabajos sean libres y gratuitos. Un ejemplo lo tenemos en el Directory of Open Access Journals (DOAJ), que recopila este tipo de revistas. De todos modos, también en este caso se fijan unos criterios mínimos: la publicación ha de tener ISSN, una parte sustancial de sus contenidos han de ser trabajos de investigación, debe tener un control de calidad a través de la revisión por pares o mediante un consejo de redacción y,

---

Presupuestos Generales del Estado hará pública una versión digital de la versión final de los contenidos que le hayan sido aceptados para publicación en publicaciones de investigación seriadas o periódicas, tan pronto como resulte posible, pero no más tarde de doce meses después de la fecha oficial de publicación». Eso sí, no es de aplicación cuando los derechos de autor sean susceptibles de protección.

[9] Claire Bird, «Oxford Journals' adventures in open access», *Learned Publishing* 21 (2008), pp. 200-208.

[10] Por ejemplo, si a uno le aceptan una contribución para *Twentieth Century British History,* y desea acogerse al sistema Oxford Open, puede hacerlo abonando 3.000 dólares.

por supuesto, ha de ser accesible sin embargo alguno. Allí se recopilan más de seis mil revistas con más de medio millón de artículos[11]. Ahora bien, como se puede suponer, el modelo de acceso libre total triunfa más entre aquellos lugares que cuentan con tradiciones disciplinarias menos potentes y, por tanto, con publicaciones menos reconocidas; asimismo, es lógico que la usen tanto o más aquellos que no emplean el inglés como lengua académica; y no es extraño tampoco que abunden sobre todo en ciencias sociales y humanidades.

2

Las ideas sobre el acceso abierto, aunque han tenido un carácter general, acostumbraban a situarse en un contexto muy preciso: la particular forma en la que se difunde el conocimiento científico. En ese sentido, quizá uno de los estudiosos que más y mejor ha insistido sobre ese particular haya sido el citado Stevan Hanard. Desde mediados de los noventa en adelante, este multifacético pensador ha ido reformulando sus distintas ideas hasta concretarlas unos años después de forma muy clara para combatir los efectos, a su juicio perniciosos, del modelo existente[12].

En esos textos Hanard describe lo que él denomina una anomalía posgutenbergiana, que relata poniéndose en la piel de un joven investigador[13]. Imaginemos a un reciente doctor, nos dice, que acaba de publicar su primer artículo: se lo comunica a sus allegados y estos, orgullosos, le preguntan cuánto le han pagado por ese laborioso trabajo. La respuesta la conocemos, pues nada se cobra por tales labores, pero él ha de deshacerse en explicaciones para que sus

---

[11] De este total, unas 177 se clasifican como pertenecientes a «historia», entre las cuales hay una buena representación hispana, desde el *Anuario de Estudios Americanos* (Consejo Superior de Investigaciones Científicas), pasando por *Historia* (Universidad Católica, Chile) hasta *Historia Actual Online,* por citar algunas de las conocidas.

[12] Todo lo referido a Hanard, incluidas sus publicaciones, en http://www.ecs.soton.ac.uk/people/harnad. Sobre su centro, véase Les Carr, Alma Swan y Stevan Hanard, «Creación y mantenimiento del conocimiento compartido: contribución de la University of Southampton», *El profesional de la información* 20, 1 (2011), pp. 102-110 [http://www.elprofesionaldelainformacion.com/contenidos/2011/enero/14.pdf].

[13] En particular, «For Whom the Gate Tolls? How and Why to Free the Refereed Research Literature Now, Through Online Self-Archiving». Technical Report, Electronics and Computer Sciences, University of Southampton, 2001 [http://eprints.ecs.soton.ac.uk/5944/].

próximos comprendan la razón de tal práctica. Pero hay más. Un colega de profesión se topa con una nota sobre esa reciente investigación y acude presuroso a su biblioteca para poderla consultar. El deseo se ve malogrado en este caso, sugiere Hanard, porque el centro no está suscrito. Esa revista en la que se ha publicado es demasiado cara, le explican, y el presupuesto para adquisiciones ya es muy abultado. Mientras tanto, un estudiante está buscando en intenert sobre el tema y ha reparado en una cita a ese artículo, pero al pinchar en el enlace se abre una pantalla en la que puede leer: «acceso denegado». Su institución no ha pagado para permitir la consulta, por lo que la única opción sería comprar ese ensayo. Seguramente, el alumno desiste de inmediato y continúa buscado hasta encontrar algo que pueda utilizar sin restricciones.

Han pasado unos años. El joven doctor es ahora ya un reputado investigador y está a punto de obtener una plaza. Le avalan sus publicaciones, que nadie ha puesto en duda y que incluso parecen tener cierta relevancia académica. Solo hay un problema: sus artículos son escasamente citados, el impacto de su investigación es bajo y, por tanto, no hay indicios suficientes que puedan avalar la calidad de su trabajo. Por desgracia, su candidatura a la plaza en cuestión ha sido rechazada. Y lo mismo se puede decir si, en lugar de optar a ese trabajo, persigue obtener financiación para un proyecto. El tema es atractivo, pero casi nadie le ha leído, no ha servido de inspiración a otros colegas, no figura en las notas a pie de página, no ha concitado suficientes comentarios elogiosos. No hay beca.

Tras esa primera y fracasada tentativa, el perseverante estudioso se arma de valor y prueba otra cosa. Quizá sea el momento de rehacer la tesis doctoral o de iniciar otro estudio y publicarlo en forma de libro. Pero tampoco los editores a los que consulta le dan una respuesta afirmativa. Es alguien desconocido, no tiene nombre, pero ese no es el único problema: el mercado universitario se ha estrechado; las bibliotecas dedican casi todo su presupuesto a las revistas, muy caras, y apenas compran libros; en caso de publicar la monografía, apenas se venderían ejemplares. Le agradecemos su oferta, pero no podemos aceptar su original.

Cercano a la desesperación, el infortunado toma una decisión radical: pondrá sus artículos en internet, para que así todos puedan leerlos y con la esperanza de que eso mejore su impacto. Pero hay otros interesados que no tienen la misma opinión sobre el asunto. El editor de la revista en la que suele publicar y el proveedor que da

acceso a sus contenidos le recuerdan que esa actitud es contraria a las normas que ha firmado respetar al publicar con ellos, por lo que le indican que, en caso de persistir, puede ser acusado de violar las leyes de derechos de autor. Desesperado, grita una pregunta: ¿Quién es el beneficiario del supuesto *copyright* a proteger? Su editor le responde: ¡Usted! Fin de la historia.

La descripción de Hanard puede que resulte un tanto forzada, rayando a veces en la caricatura, pero su intención es precisamente exagerar los rasgos, deformarlos incluso, para que la crítica sea más provechosa. En realidad, el funcionamiento de lo que ocurre no se distancia mucho de lo que este autor dice que ocurre. Y así es, los investigadores están acostumbrados a ceder los derechos de lo que publican en las revistas, sin obtener ninguna compensación económica. Lo hacen porque es un modo de mejorar su currículo y, por tanto, su carrera profesional. Si les aceptan un artículo en una buena revista tendrán más opciones de ser leídos y citados, con lo que se les reconocerá, aumentarán su prestigio, etcétera. Esa es la mejora que esperan, pues nadie albergaría la idea de ganarse la vida publicando artículos sesudos, no hay mercado para tales excentricidades. Para que eso cuadre, las revistas se clasifican según su calidad, que es custodiada por consejos evaluadores, los cuales tampoco acostumbran a percibir ninguna remuneración, conformándose con que esa actividad acreciente su buen nombre, etcétera. Es la denominada evaluación por pares, algo tan cuestionado como imprescindible. Y, a pesar de todo, el producto se encarece y las bibliotecas, que son los compradores casi únicos, no pueden soportar los costes, que se derivan tanto del precio de suscripción como de los enormes gastos de almacenamiento y custodia en un mundo que, paradójicamente, es ya digital en todos los sentidos.

Pero supongamos, en efecto, que el investigador ha publicado algún artículo y espera ansioso su repercusión. Como se ha mencionado, un primer problema es el precio de las revistas, que actúa como efecto disuasorio para el comprador y, por tanto, para el usuario lector. Los datos que conocemos indican que las bibliotecas recortan anualmente ese tipo de adquisiciones, optando en ocasiones por eliminar la versión impresa, dejando solo la digital. Pero el ahorro es insuficiente, sobre todo en determinadas áreas[14]. En parte,

[14] Stephen Bosch, Kittie Henderson y Heather Klusendorf, «Periodicals Price Survey 2011. Under Pressure, Times Are Changing», *Library Journal,* 14 de abril de 2011.

ello se debe al control que ejercen las grandes casas editoriales. La mitad de todas las revistas incluidas en los índices ISI (Institute for Scientific Information) pertenecen a cinco grandes grupos: Elsevier, Wiley, Springer, Taylor & Francis y SAGE. En las humanidades hay algunas diferencias, pues hay conglomerados de tamaño medio que tienen un mayor peso, como Oxford, Cambridge y la francesa PUF. Por si fuera poco, el negocio y su concentración hacen que estos grupos y otros aumenten cada año y a ritmo creciente el número de títulos publicados, bien con nuevas revistas o incorporando otras que pertenecían a sellos más pequeños. Ese monopolio permite ofrecer paquetes de revistas, de modo que el precio puede variar según la publicación se suscriba de manera individual o dentro de ese paquete, en el que puede haber otras de menor interés, y según lo sea a la edición impresa, a la digital o a ambas.

Ese primer problema es, pues, relevante. De hecho, si publicamos y nos leen solamente unos pocos, los que pueden pagar la suscripción, nuestras posibilidades de influir y ser citados se reducen notablemente. En esta tesitura, al estudioso se le plantea otra duda. Si los recortes presupuestarios obligan a las bibliotecas universitarias a cancelar parte de sus contratos, eliminando algunas de las revistas concertadas hasta la fecha, el académico se preguntará lógicamente a qué publicación le conviene remitir sus investigaciones. La respuesta es sencilla: a aquellas que tengan más probabilidades de mantenerse en todos esos centros educativos. Puestos a elegir, mejor pocos artículos en revistas de gran calidad que muchos en publicaciones que carecen de alto reconocimiento académico y, por tanto, susceptibles de ver cancelada su suscripción; mejor esforzarse por pasar la estricta evaluación por pares que acumular escritos en un cajón. ¿Pero cómo y quién dice cuáles son esas revistas? Aquí llegamos a uno de los elementos centrales de la clasificación del conocimiento académico: los índices de impacto.

Aunque la idea pueda tener un recorrido anterior, el padre de esta innovación bibliográfica fue Eugene Garfield[15]. Fue este estudioso de la información el que habló por primera vez de la cuestión a mediados de los años cincuenta, en un artículo publicado en la revista *Science,* materializándola en la década posterior. Con el

[15] Este autor se ha referido a la historia de la idea en varias ocasiones. Véase, por ejemplo, Eugene Garfield, «The History and Meaning of the Journal Impact Factor», *Journal of The American Medical Association* 295, 1 (2006), pp. 90-93.

tiempo, esta iniciativa daría lugar al *Journal Citation Reports* (JCR), que desde hace años pertenece a Thomson Reuters y que lo distribuye a través de su plataforma Web of Knowledge (ISI Web of Knowledge). En conjunto, se trata de una base de datos multidisciplinaria que recopila más de diez mil revistas de alto impacto, incluyendo el Arts & Humanities Citation Index (A&HCI). ¿Cómo funciona? Cada año, los especialistas de Thomson Reuters examinan centenares de títulos que aspiran a ser incorporados en su base de datos o están ya incluidos. ¿Qué criterios se utilizan? Se prima la puntualidad de la publicación, la correcta información bibliográfica, que ha de tener versión inglesa, se exige el proceso de revisión por pares, se valora si el contenido de la revista pertenece a un campo emergente o especialmente activo, la diversidad internacional de autores, editores de la revista y miembros del Consejo Editorial y, finalmente, se tiene en cuenta el análisis de citas. En el caso de las artes y las humanidades esto último sufre una ligera corrección, ya que dichas citas no siguen el mismo patrón predecible que en ciencias sociales y ciencias naturales. El gran número de referencias a fuentes que no son revistas distorsiona en estos campos el modelo general[16].

Así pues, todas las revistas aspiran a aparecer en los índices que publica esta empresa, índices que clasifican dichas publicaciones según el «factor de impacto» de cada una de ellas. Como ya señalara Eugene Garfield, esa prelación se refiere tanto a la publicación como al autor, a partir de dos elementos conexos: el llamado «numerador», es decir, el número de citas anuales a los ítems publicados en los dos años previos, y el «denominador», que se refiere al número de artículos sustantivos y reseñas aparecidos en ese mismo bienio. Lo que resulta de relacionar ambas cosas es un análisis bibliométrico con el que se puede identificar qué artículo y dónde ha sido citado, quién ha hecho la referencia, etcétera, de lo cual deriva ese factor de impacto de cada una de las revistas indexadas y de los investigadores particulares. En el contexto del funcionamiento de la comunidad académica, ese factor desempeña un muy destacado pa-

[16] Esta compañía sigue manteniendo en términos generales los criterios fijados por Eugene Garfield, «How ISI Selects Journals for Coverage: Quantitative and Qualitative Considerations», *Essays of an Information Scientist* 13, 22 (1990), pp. 185-193. Véase, asimismo, Jim Testa, «Proceso de selección de revistas por Thomson Reuters», Thomson Reuters, 2009 [http://thomsonreuters.com/content/science/pdf/ssr/journal_selection_essay-spanish.pdf].

pel, a veces controvertido y a veces exagerado, a la hora de atribuir un determinado reconocimiento a revistas y estudiosos.

Si este investigador del que venimos hablando se dedicara a la historia podríamos tranquilizarle en parte, pero solo en parte. El A&HCI incluye algo menos de trescientas revistas, que es un número bastante reducido del total de las existentes. Por supuesto, están casi todas las que consideramos más relevantes, pero también hay ausencias, entre las que destaca, por ejemplo, la francesa *Annales. Histoire, Sciences sociales*[17]. Así pues, siempre se podrá argumentar que no es un registro completo, que publicar en *Annales* sería un timbre de gloria al margen de lo que diga ese índice. Pero si cree haber escapado del dogal del impacto, el supuesto estudioso anda muy desencaminado. Puede que el modelo no sea exhaustivo, pero se ha impuesto en todo el orbe académico, sobre todo el anglosajón, con dos consecuencias evidentes: todos queremos publicar en las mismas revistas; estas últimas acoplan su funcionamiento no necesariamente a los intereses de la disciplina sino a los criterios del evaluador. Y el colofón final: el éxito de esa cuantificación de las citas ha multiplicado el producto, como ha ocurrido en Europa.

En 2000, poco después de anunciar el denominado Proceso de Bolonia, se creó un nuevo programa denominado European Research Area (ERA), del cual surgió el proyecto HERA (Humanities in the European Research Area). Una de sus conclusiones fue reconocer la dificultad de comparar su producción académica de forma similar a lo que ocurre en las otras ciencias. Las razones aducidas eran variadas: desde la diversidad lingüística hasta las múltiples formas de publicación. Todo ello dificultaba aplicar los modelos bibliométricos desarrollados en otras disciplinas, en particular el citado A&HCI. Así pues, se acordó establecer un European Reference Index for the Humanities (ERIH), coordinado por HERA y ESF. La finalidad era tener instrumentos apropiados de evaluación y verificación del conocimiento, un proceso dirigido por académicos. Se nombró poco después un comité para que elaborara ese índice, primero de revistas y más adelante de libros y de otros soportes.

En ese contexto, a partir de 2007 empezaron a aparecer los resultados, clasificando todas las revistas en distintos grupos: las de alto nivel internacional, las de «estándar internacional» y las reco-

[17] Véase http://science.thomsonreuters.com/cgi-bin/jrnlst/jloptions.cgi?PC=H.

nocidas dentro de cada país[18]. Más allá del modelo, interesa mencionar su significado, algunas de sus consecuencias y las críticas recibidas. Se ha señalado, por ejemplo, que los parámetros cuantitativos carecen de sentido para valorar la calidad de un ensayo, la cual no se puede determinar exclusivamente en función de la reputación de la revista en la que aparece. Se han subrayado asimismo los efectos que tendría sobre las publicaciones de categoría inferior, sobre todo teniendo en cuenta que las publicaciones en inglés están sobrevaloradas. Se puede conjeturar que los autores abandonarán estas últimas, en favor de las consideradas de primer nivel, reduciendo la diversidad, haciendo que los jóvenes tengan problemas para publicar y dificultando la aparición de nuevas revistas. Finalmente, quienes cuestionan al proyecto han indicado que el criterio de publicación en una revista prestigiosa no siempre es la calidad de la investigación y que los avances del conocimiento se hacen a menudo fuera de las instituciones establecidas. Más aún, utilizar criterios de impacto, como el número de citas, solo serviría para reconocer las modas intelectuales, las posiciones de poder y la audiencia de un autor, lo cual conduce al servilismo intelectual. Es lo que defendió la revista *Annales,* que dedicó a este asunto un editorial en su último número de 2008.

Como vemos, ese ejemplo plantea un problema general, que afecta no solo a Europa sino a toda la comunidad académica, referido a la forma y a los fines de esta evaluación de los investigadores y de sus grupos de trabajo. El problema no es solo la existencia de las mediciones, sino los criterios que se utilizan y sus usos, porque cualquier fórmula para cuantificar la calidad siempre produce cambios. Y las principales beneficiarias son las revistas de categoría internacional y, por ende, los grandes grupos editoriales que las controlan. Estos consiguen así dos cosas: por un lado, una herramienta publicitaria;

---

[18] Véase http://www.esf.org/research-areas/humanities.html. Dicha clasificación está siendo trasladada a los distintos países En el caso español, véase Adelaida Román y Elea Jiménez, «Cómo valorar la internacionalidad de las revistas de Ciencias Humanas y su categorización en ERIH», *Revista española de documentación científica* 33, 3 (2010), pp. 341-377. En cuanto a las críticas vertidas en Francia, se nutren de la literatura contra el análisis bibliométrico, del tipo de: Antoinette Molinié y Geoffrey Bodenhausen, «Bibliometrics as Weapons of Mass Citation», *CHIMIA* 64, n.os 1-2 (2010), pp. 78-89. Una visión desde ambos lados en: A. Zannini (ed.), «Bibliometria vs. peer review? Dialogo tra un informatico e uno storico sulla valutazione della recerca», *Cromohs (Cyber Review of Modern Historiography)* 15 (2010), pp. 1-6.

por otro, un modelo protector frente al conocimiento de acceso abierto, defendiéndose por ejemplo del impacto de Google Académico. Y eso es irónico, como he adelantado. Un investigador desea que su trabajo tenga la mayor difusión posible, por lo que optar por publicarlo en internet es la opción más razonable, ya que en ningún caso obtendrá ingresos. De ese modo, tendrá muchos lectores y, si el trabajo es relevante, será muy citado. En cambio, cede gratuitamente su ensayo a una revista de un gran grupo, que tiene un coste elevado, y que solo será adquirida por las grandes bibliotecas, con lo que su difusión quedara restringida a un círculo académico concreto.

3

Volvamos atrás. Recordemos que en marzo de 2001 se anunciaba en la revista *Science* la aparición de la Public Library of Science (PLoS), uno de los hitos del acceso abierto (OA) en la literatura de investigación. Pero ese mismo año tuvo lugar otra novedad digna de igual mención. Steve Lawrence, un joven investigador, publicó un breve y controvertido artículo sobre el impacto de los estudios eruditos[19]. Su conclusión parecía incontrovertible: el eco académico de tales textos aumenta sustancialmente si están disponibles gratuitamente en internet. Lawrence analizaba su campo de estudio, el de la informática, a partir de una reconocida base de datos bibliográfica, examinando decenas de miles de artículos presentados a diversos congresos en la década de los años noventa. Se trataba, por otra parte, de ensayos que habían sorteado unos estrictos criterios de aceptación, por lo que su calidad parecía garantizada. El resultado, bajo su punto de vista, permitía asegurar que existía una clara correlación entre el número de veces que un artículo era citado y la probabilidad de que el artículo estuviera en línea. Si existía una correspondencia entre alto impacto académico y OA era por una sencilla razón: esos textos en línea son más citados porque son más accesibles.

Sería exagerado atribuir al estudio de Lawrence mayor ascendiente del que realmente tuvo en este tipo de análisis, pero sin duda fue uno de los primeros y más comentados. Desde entonces, no

[19] Steve Lawrence, «Free Online Availability Substantially Increases a Paper's Impact», *Nature* 411, 6837 (2001), p. 521.

obstante, han proliferado y lo han hecho aquilatando las ventajas e inconvenientes de promover esa fórmula. Unos años después, un grupo de estudiosos, entre los que se contaba de nuevo Stevan Hanard, realizó un muestreo de más de un millón de artículos procedentes de distintas disciplinas para analizar ese mismo asunto a lo largo de una década (1992-2003). Dichos ensayos habían aparecido en revistas contrastadas e incluidas en el célebre ISI, con lo que se podía evaluar el número de citas recibidas. La primera constatación era ya bastante significativa: el 60 por 100 de esos artículos no habían sido citados, otro doce por ciento había conseguido una única referencia y solamente un cuatro por ciento tenía más de dieciséis. Por su parte, el número de artículos en OA era escaso, apenas un doce por ciento y algo más de la mitad de los de su clase tampoco habían sido citados. Sin embargo, comparando los ensayos de un tipo y de otro (OA y NOA) concluían que la ventaja en promedio de citas era favorable a los primeros, los de acceso abierto, en una proporción que variaba entre el 25 y el 250 por 100, dependiendo de la disciplina[20].

A partir de esos trabajos de Lawrence, Hanard y otros, la literatura que ha explorado el tema ha propuesto tres teorías principales, no excluyentes, para explicar por qué el acceso abierto aumenta el impacto académico[21]. La primera se resume en el denominado postulado del acceso abierto, según el cual la ausencia de restricciones hace que los artículos sean de fácil acceso y esto último permite que se lean y eventualmente se mencionen con más frecuencia. Es decir, la facilidad de la consulta aumenta la probabilidad de la cita. El segundo postulado es el del acceso adelantado, que sugiere que los textos en OA aparecen antes que los que no lo son y tratan el mismo objeto, y sería esa anticipación la que podría explicar su éxito, pues se citan más aquellos ensayos que no han de esperar a que se cumpla el proceso de publicación habitual. La tercera razón la ofrece lo que

---

[20] Chawki Hajjem, Stevan Harnard e Yves Gingrass, «Ten-Year Cross-Disciplinary Comparison of the Growth of Open Access and How it Increases Research Citation Impact», *IEEE Data Engineer Bulletin* 28, 4 (2005) [http://eprints.ecs.soton.ac.uk/11688/1/ArticleIEEE.pdf]. Véase, asimismo, T. Brody *et al.,* «The effect of Open Access on Citation Impact», en *National Policies on Open Access (OA) Provision for University Research Output: an International meeting,* Southampton, 19 de febrero de 2004, Southamtpon University [http://opcit.eprints.org/feb19oa/brody-impact.pdf].

[21] Véase, por ejemplo, Michael J. Kurtz *et al.,* «The Effect of Use and Access on Citations», *Information Processing and Management* 41, 6 (2005), pp. 1395-1402.

se denomina el sesgo de la autoselección, que sostiene que los autores hacen una criba de sus investigaciones. De ese modo se supone que tienden a publicar en línea sus mejores artículos, los más citables, lo que aumenta su tasa de referencias recibidas, suponiendo a su vez que son también buenos artículos en sus respectivas materias. Algunos autores añaden incluso un cuarto postulado, el derivado de la ventaja que otorga la calidad, donde los mejores artículos ganan más con el OA porque por definición son más citables[22].

Ahora bien, no todos comparten la idea del mayor impacto de los textos en OA; es más, son muchos los que al menos la relativizan o la matizan[23]. Por lo general, se señala que un mejor acceso no incrementa necesariamente la probabilidad de ser citado y que sus defensores exageran los beneficios resultantes. Por ejemplo, resulta difícil establecer lo que se entiende por OA en determinados círculos, ya que quienes trabajan en las universidades acceden sin problemas a las mejores revistas, pues sus bibliotecas pagan ese servicio para todos sus investigadores. En otro sentido, cuando se menciona que los estudiosos pueden publicar sus mejores trabajos en OA se olvida que eso es posible porque previamente se han beneficiado de los conocimientos obtenidos en revistas en papel, a las que tienen acceso gracias a las instituciones en las que desarrollan su profesión. Es decir, para ellos el OA no es una ventaja alternativa, porque la tienen a través de la suscripción. De ese modo, la única preeminencia radicaría en la mayor rapidez en la publicación.

---

[22] Alma Swan, «The Open Access Citation Advantage: Studies and Results to Date», *Technical Report, School of Electronics & Computer Science*, University of Southampton (2010) [http://eprints.ecs.soton.ac.uk/18516/2/Citation_advantage_paper.pdf]. Este artículo, además, ofrece una amplia recopilación bibliográfica sobre el tema. En ese sentido, también conviene repasar el trabajo del Open Citation Project, «The Effect of Open Access and Downloads ("Hits") on Citation Impact: a Bibliography of Studies», en *The Open Citation Project. Reference Linking and Citation Analysis for Open Archives* [http://opcit.eprints.org/oacitation-biblio.html].

[23] Entre los que podríamos considerar escépticos o que reclaman algunas importantes matizaciones, véanse Iain D. Craig *et al.,* «Do Open Access Articles Have Greater Citation Impact? A Critical Review of the Literature», *Journal of Informetrics* 1, 3 (2007); Philip M. Davis, «Open Access, Readership, Citations: A Randomized Controlled Trial of Scientific Journal Publishing», *The FASEB Journal* 25 (2011) [http://www.fasebj.org/content/early/2011/03/29/fj.11-183988.full.pdf+html]; o Mark J. McCabe y Christopher M. Snyder, «Did Online Access to Journals Change the Economics Literature?» (2011) [http://ssrn.com/abstract=1746243]. Este ultimo texto, dedicado al campo de la economía y a la plataforma JSTOR, incluye además abundante bibliografía sobre el asunto.

Dicho lo anterior, la mayoría de las matizaciones van en el sentido de argumentar que, en realidad, el hecho de que un artículo sea más citado no depende tanto del formato en que es distribuido cuanto de su calidad. En ese sentido, lo que hace el OA es maximizar las variables que entran en juego, al favorecer un acceso mucho mayor. Y ese factor no es despreciable, dada la cantidad de literatura académica que se escribe: entre revistas sujetas a la revisión por pares y actas de congresos aparecen anualmente un total de 25 mil publicaciones, lo cual representa aproximadamente una cifra superior a los 2,5 millones de artículos en el conjunto de disciplinas, lenguas y países. Dicho de otro modo: por opulenta que sea y bien financiada que esté, ninguna institución puede suscribirse a ese alud de conocimientos. La consecuencia lógica es que muchos de esos artículos pierden parte de su potencial si no maximizan su forma de distribución, si no son fácilmente accesibles a sus usuarios potenciales. Pero tal cosa solo sucede en una pequeña proporción, pues solo entre el 15 y el 20 por 100 de sus autores los archivan en los denominados repositorios institucionales[24]. Y ello a pesar de que la iniciativa se ha extendido mucho desde que, como he indicado, se inició en 2002 en la Universidad de Southampton. De hecho, el Registry of Open Access Repository Material Archiving Policies (ROARMAP) reúne a más de 300 organismos e instituciones[25].

Conviene añadir que la mayor parte de esos estudios suelen referirse a las ciencias básicas, de la salud o sociales. En cambio, los pocos análisis llevados a cabo en el ámbito de las humanidades no muestran los mismos resultados, o al menos no indican que haya tan grandes diferencias según el tipo de publicación escogida. Tomando como base el mencionado Directory of Open Access Journals, dos investigadores examinaron las revistas según las distintas ramas del saber, entre ellas las que se etiquetan en el campo «Arte y Humani-

---

[24] Yassine Gargouri *et al.,* «Self-Selected or Mandated, Open Access Increases Citation Impact for Higher Quality Research», *PLoS ONE* 5, 10 (2010) [http://www.plosone.org/article/info%3Adoi%2F10.1371%2Fjournal.pone.0013636].

[25] De ellas, a mayo de 2011, una docena eran españolas. En Europa, tanto la EUA (European Universities Association) como el EURAB (European Research Advisory Board) han recomendado este modelo; en los EEUU se reguló en 2009 con la Federal Research Public Access Act (FRPAA). En España, la Ley 14/2011, de 1 de junio, fija en uno de sus artículos que se impulsarán «repositorios, propios o compartidos, de acceso abierto a las publicaciones de su personal de investigación, y establecerán sistemas que permitan conectarlos con iniciativas similares de ámbito nacional e internacional».

dades», que suman 605 títulos[26]. Pues bien, de ese total, apenas unas sesenta resultaron citadas en el ISI, con un promedio de 1.07 referencias por revista, lo cual está muy lejos de la media del resto de disciplinas, que están en torno a 6.45 menciones por título. Además, esos porcentajes varían en cada subárea, de modo que entre las revistas más citadas no hay ninguna de historia. Eso indicaría que los historiadores y los humanistas en general desconfían más de este modelo de publicación; lo cual, a su vez, dificultaría su difusión. Es decir, una inversión de los tres postulados que he descrito para explicar el éxito del OA.

Podría pensarse, por otra parte, que esa actitud reticente lo es solo en relación con las revistas cuyo acceso es libre, pero no es del todo así. Las prevenciones de los historiadores, por ejemplo, van más allá y no se limitan exclusivamente a ese modelo de edición en línea. Así se desprende al menos de un estudio sobre la consulta de revistas en formato electrónico en una decena de universidades británicas, llevado a cabo en dos fases, entre 2009 y 2011[27]. Así, en 2006-2007 dichas instituciones gastaron en torno a noventa millones de euros en suscripciones; en solo los primeros cuatro meses de 2008, los usuarios de esos diez centros visitaron en medio millón de ocasiones cerca de 1.400 publicaciones de ScienceDirect; durante el año 2007, esos mismos individuos consultaron 61 publicaciones de Oxford Journals un cuarto de millón de veces. La mayoría usaron Google, Google Académico o portales como PubMed. Esas consultas suelen ser breves, para ojear o sacar algo que se tiene previamente identificado. Pero varía según las áreas: los historiadores buscan y usan esas revistas de manera muy diferente a otros. Por ejemplo, tienen más probabilidades de acceder a revistas electrónicas a través de Google y usar los distintos menús que se ofrecen una vez que están en la web de la revista.

Ese distinto uso no significa, no obstante, que los historiadores utilicen esos recursos de forma más intensa que sus colegas de ciencias básicas o de la salud; al contrario, son los más reacios, aunque cuando están en línea pasen más tiempo conectados. La razón pare-

---

[26] R. Saadat y A. Shabani, «Investigating the Citations Received by Journals of Directory of Open Access Journals from ISI Web of Science's Articles», *International Journal of Information Science and Management* 9, 1 (2011), pp. 57-74.

[27] Véase «Evaluating the Usage and Impact of e-Journals in the UK», *CIBER WORKING PAPER 1. Research Information Network. 2009-2011* [http://www.rin.ac.uk/use-ejournals].

ce evidente: la mayor longitud y la naturaleza discursiva de los artículos de historia, en comparación con los de las ciencias naturales, exigen más atención. Un biólogo o un médico, en cambio, puede saber si encontrará lo que precisa leyendo el resumen previo e ir directamente a aquellos datos que desea recopilar. El historiador necesitará seguramente leerlo todo o bajarse el texto completo. Por otra parte, la naturaleza de su disciplina y la mayor variedad de idiomas utilizados hacen que sea más difícil localizar de inmediato el material que se busca. Una vez hallado, seguramente encontrará otras muchas referencias que exigen muchos más minutos de lectura para confirmar su pertinencia o descartarla, dados que los resúmenes no pueden dar cuenta cabal de su contenido, al menos no del modo en que ocurre en otras disciplinas.

Pero no se trata solo de que las áreas sean disímiles y se escriban de manera diferente, sino de que las prácticas y el conocimiento se difunden de distinto modo. La urgencia por publicar no es la misma en unas y otras disciplinas ni tampoco son idénticos los efectos que se siguen de demorar la edición de un estudio. Por eso, mientras que un biólogo dispone de versión digital de todas sus revistas, incluso de los fondos aparecidos en el siglo XIX, no todas las revistas de la historia están disponibles en formato electrónico. Además, los historiadores no escriben basándose casi exclusivamente en publicaciones periódicas, sino que recurren sobre todo a libros en papel, de los que no suele haber versión electrónica. Así pues, tienen unas barreras de acceso a la información que otros académicos no encuentran.

Esta investigación, como otras que se han realizado, muestra una distinta actitud de los historiadores en relación con el medio digital y, en consecuencia, también un comportamiento dispar con respecto a lo que acostumbran a hacer otros académicos. Si nos referimos al entorno numérico, la insuficiente digitalización de los fondos de las revistas históricas explicaría algunas cosas, incluida la predilección por el papel, sea obligada o voluntaria. En el caso de las revistas propiamente electrónicas, bien sea como autores o como lectores, parece evidente que existen ciertas reticencias, aunque las más evidentes están relacionadas con dos rasgos particulares. De un lado, y por lo general, el escaso predicamento que este tipo de formato ha conseguido dentro de la disciplina, algo muy distinto de lo que sucede en algunas ramas de las ciencias naturales. De otro, e íntimamente relacionado, el poco uso que se hace de ellas en la investigación y en la escritura, con alguna excepción.

Algunos autores han señalado que ese proceder no deriva solo de lo ya apuntado anteriormente, sino del tipo de práctica que es característica del historiador.

Se ha insistido, por ejemplo, en que el estudioso del pasado se apoya fundamentalmente en fuentes primarias, que en su gran mayoría son textos manuscritos o impresos, y en las interpretaciones que ofrecen las secundarias, que suelen ser textos del mismo tipo. Bajo este punto de vista, lo que realmente ha preocupado al historiador, o le continúa inquietando, son la posibilidad y las condiciones en las que puede tener acceso a esas fuentes. De ahí, la indolencia o el descuido que habría mostrado en relación con los variados recursos electrónicos, siendo las revistas un caso más del conjunto. Si estas últimas no han prosperado dentro de la corporación sería efecto parcial de esa despreocupación general. En consecuencia, la difusión de los recursos digitales está circunscrita, sobre todo y como ya sabemos, al uso personal (correo electrónico, procesador de textos) o docente[28]. A pesar de las bondades del medio electrónico, de sus ventajas para difundir nuestros trabajos, los historiadores seríamos renuentes por lo general a emplearlo, tanto por razones propias, características de nuestro quehacer, como por otras de tipo genérico, como su escaso predicamento o su nula consideración dentro la carrera profesional.

4

Pero no todo son revistas. Aunque en las humanidades, como en todas las disciplinas, este tipo de publicaciones son fundamentales, importan más los libros, al menos entre los historiadores. Y este es un aspecto que también ha sido explorado por quienes han defendido la edición digital. Como en otras ocasiones, la figura y el ejemplo más significativos coinciden en la persona de Robert Darnton. Este historiador norteamericano estuvo al frente de la American Histori-

---

[28] Véanse los artículos de Deborah Lines Andersen: «Academic Historians, Electronic Information Access Technologies, and the World Wide Web: A Longitudinal Study of Factors Affecting Use and Barriers to that Use», *Journal of the Association for History and Computing* 1, 1 (1998) [http://quod.lib.umich.edu/j/jahc/3310410.0001.101?rgn=main;view=fulltext], y «Academic Historians Revisited», *Journal of the Association for History and Computing* 4, 2 (2003) [http://quod.lib.umich.edu/j/jahc/3310410.0006.206?rgn=main;view=fulltext].

cal Association (AHA) durante el año 1999, cargo que abandonó en los primeros días de enero de 2000 dando una conferencia magistral en Chicago, con motivo de la asamblea anual de dicha institución. El contenido de esa exposición fue algo distinto de lo habitual; como se ha visto en un capítulo precedente, fue uno de los primeros y más afortunados ejemplos de historia digital. Sus primeras palabras eran inequívocas: «Parados aquí, en el umbral del año 2000, parece que el futuro hacia el nuevo milenio conduce a Silicon Valley. Hemos ingresado en la era de la información y el futuro, tal parece, será determinado por los medios de comunicación»[29]. No me detendré aquí en esa idea, que él mismo discute y que ya se ha abordado previamente, sino en su labor al frente de la AHA, de la que ese trabajo fue claro estímulo.

El primero de los textos que Darnton publicó como presidente ya auguraba lo que estaba por venir. Se titulaba «Tres problemas en busca de solución», contrariedades que, a su juicio, dejaban a los historiadores con la sensación de haber caído en una emboscada. El primero era el aumento en el precio de las publicaciones periódicas y su conclusión era similar a la que defendía Stevan Harnard, entendiendo que la edición electrónica podía aliviar un poco la presión. El segundo problema afectaba a la disciplina como parte de la industria editorial. El creciente coste de las revistas estaba recortando las cantidades que las bibliotecas dedicaban a las monografías, de modo que los editores colocaban menos ejemplares entre las instituciones académicas. Ese mercado seguro se había derrumbado. Sin embargo, y paradójicamente, la producción de monografías había aumentado sustancialmente. Es decir, los editores habían respondido aumentando la producción y los precios. Esta tendencia se invirtió en los noventa. No porque se redujera el número de títulos, sino porque se recortaron las monografías académicas en beneficio de otros géneros más populares. Para Darnton, eso conducía a un interrogante: ¿dónde puede publicar un historiador una sólida monografía, una que carezca de atractivo popular? A excepción de algunos campos, como la Guerra Civil americana, los estudios de género o el fascismo, el panorama era desolador y la conclusión obvia, al

[29] Robert Darnton, «Una de las primeras sociedades informadas: las novedades y los medios de comunicación en el París del siglo XVIII», en *El coloquio de los lectores. Ensayos sobre autores, manuscritos, editores y lectores,* México, Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 371.

menos para Darnton: la monografía estaba en peligro de extinción. No solo eso, añadiríamos; si no hay mercado para la monografía, excepto para determinado tipo de investigaciones en áreas concretas, entonces eso modificará el tipo de escritura histórica y su objeto, para bien o para mal.

Este peligro conectaba con el tercer y último problema: la carrera de los jóvenes investigadores. Todos saben que publicar es fundamental, de modo que si aumentan los problemas editoriales y los jóvenes no publican sus monografías, si las tesis no se convierten en libros, su carrera académica está en peligro. ¿Cómo solucionar ese embudo? La AHA, reconocía Darnton, no podía remediar el problema, pero podía hacer algo, podía promover un nuevo tipo de publicación, de buen rendimiento para las editoriales universitarias, de bajo coste para las bibliotecas y que podría ser tenida en cuenta en la carrera académica: «tengo en mente –decía– una serie de monografías electrónicas, producidas bajo los más altos estándares profesionales y patrocinadas por la AHA»[30].

Al mes siguiente, en marzo de 1999, Robert Darnton proponía la solución a todas esas contrariedades: las monografías electrónicas. Dadas las reticencias, el historiador norteamericano empezaba recordando que la publicación digital no era la panacea y que tras los primeros años de entusiasmo utópico habían llegado la desilusión y el pragmatismo. Ahora bien, peor era no hacer nada, aseguraba. No bastaba con crear un repositorio digital y poner allí las tesis, porque eso no iba a impresionar a ningún tribunal académico ni podría eliminar la brecha entre ese tipo de trabajo y un libro impreso. Además, el valor que añade una buena editorial a una disertación universitaria no puede minusvalorarse. De ahí la necesidad de hacer revivir a la monografía, evitando su segura desaparición, con el único remedio posible: un nuevo tipo de libro, un libro electrónico.

El libro electrónico ofrece nuevas posibilidades, añadía Darnton. No se trata solamente de escribir y publicar, sino de hacerlo de otro modo, mostrando al lector el proceso mismo de investigación, las propias fuentes. No es que un libro esté exento de la necesidad de recortar los razonamientos de forma elegante, indicaba, pero en lugar de utilizarlos «para cerrar un caso, podrían abrir nuevas formas de dar sentido a la evidencia, nuevas posibilidades de captar el

---

[30] Robert Darnton, «Three Problems in Search of a Solution», *Perspectives* 37, 2 (1999): pp. 18-19 [http://www.historians.org/perspectives/issues/1999/9902/9902PRE.cfm].

material en bruto que hay tras la superficie acabada de un relato, una nueva conciencia de la complejidad inherente a la interpretación del pasado». Era una defensa que, como él mismo reconocía, se apartaba del modelo cuantitativo, que nada tenía que ver con la promesa de la explotación digital de la cifra y el número, de las bases de datos. Era el modelo piramidal al que ya he aludido páginas atrás.

Con el patrocinio de la fundación Andrew W. Mellon y el sello de la Columbia University Press, Darnton anunciaba el programa Gutenberg-e: seis premios anuales a otras tantas monografías electrónicas, dirigidos en particular a aquellos campos menos rentables desde el punto de vista económico, pero ricos intelectualmente. Los beneficiarios serían jóvenes doctores, que así podrían sortear los obstáculos que encontraban para publicar sus investigaciones. Lo ocurrido con posterioridad es conocido[31]. Los primeros pasos fueron difíciles, sobre todo por el escaso número de investigaciones presentadas. Las costumbres académicas, esas mismas que la nueva iniciativa se proponía modificar, se imponían a los deseos. Por ejemplo, los directores de tesis desaconsejaban a los nuevos doctores que se postularan para el premio y la posterior edición electrónica, al entender que ese tipo de publicación era inferior al libro impreso, con lo que su carrera profesional quedaría menoscabada. Ese primer escollo se pudo salvar gracias a distintas medidas, desde mejorar y ampliar la publicidad hasta establecer unas bases más abiertas, permitiendo que se presentaran textos de cualquier campo de estudio. Superado ese inconveniente, se presentaron otros: derechos de autor de las reproducciones, material ilustrativo y, sobre todo, los plazos que algunos autores necesitaban para convertir las tesis en libros, algo que en ocasiones incluso desistían de realizar. De todos modos, a pesar de los retrasos que todo lo anterior provocó, el programa se renovó en 2002 para otros tres años, hasta enero de 2005, momento en el cual la fundación Mellon retiraría su apoyo financiero, que servía para dotar generosamente los galardones.

---

[31] Robert Darnton, «A Program for Reviving the Monograph», *Perspectives* 37, 3 (1999), pp. 25-26 [http://www.historians.org/perspectives/issues/1999/9903/9903pre.cfm]; «What Is the Gutenberg-e Program?», disponible en la web de la American Historical Association [http://www.historians.org/prizes/gutenberg/rdarnton2.cfm], y «Gutenberg-e», en *Las razones del libro,* Madrid, Trama, 2010, pp. 90-110.

A pesar del esfuerzo realizado, de las tres docenas de libros publicados y de que el precio de venta permitía cubrir los costes, el proyecto no continuó. Sin el mencionado apoyo económico y con las dificultades por las que atravesaba la editorial de Columbia, se optó por cerrar la iniciativa y poner las obras en una plataforma de libre acceso. El resultado fue, pues, agridulce y las razones, variadas. Patrick Mannig, uno de los mejores especialistas en el campo de la historia digital, lo advirtió poco antes de que la iniciativa concluyera[32]. Las bondades eran evidentes. Por un lado, la creación de un material nuevo, una práctica muy distinta a la acostumbrada reconversión digital del material existente. Eso se combinaba con la decisión de centrarse en el trabajo de jóvenes investigadores, con un diseño original pensado para el medio electrónico. Por otro, los autores recibían un premio que les honoraba y el reconocimiento público de su comunidad, realzado por la presencia de una prestigiosa editorial, una conocida fundación y el respaldo de la principal asociación académica. Asimismo, la transformación de la tesis en libro les había supuesto una implicación personal muy activa, no solo rescribiendo, sino seleccionando textos, imágenes o videos y trabajando en el resultado final.

En el otro lado de la balanza estaba la escasa familiaridad con el medio, no solo por parte de los autores, sino de sus colegas. Eso suponía, entre otras cosas, tener que dedicar tiempo y esfuerzo a explicar ese tipo de edición, de modo que en muchas ocasiones la discusión sobre su obra lo era más sobre el soporte que sobre el contenido, sobre la interpretación ofrecida. Y ese extravío era aún más problemático, si cabe, por la sencilla razón de que esos volúmenes no utilizaban el formato electrónico para ofrecer algo realmente nuevo, una nueva forma de escribir o de leer la historia; no mejoraba el mensaje difundido. Al fin y al cabo, a pesar del trabajo de edición, eran tesis doctorales, pensadas para ser impresas. Ya he avanzado lo que eso significa en otro lugar, al hablar de la escritura, de modo que ahora solo cabe insistir en que esas obras solo utilizaban la opción

---

[32] Patrick Manning, «Gutenberg-e: Electronic Entry to the Historical Professoriate», *The American Historical Review* 109, 5 (2004), pp. 1505-1526. Se hicieron otras evaluaciones sobre el proyecto; véanse, a este respecto, Robert Townsend y Elizabeth Fairhead, «The Gutenberg-e Program: Reaching Goals, Going Beyond», *Perspectives* 42, 8 (2003), pp. 9-12 [http://www.historians.org/perspectives/issues/2004/0411/0411new3.cfm], o Serge Noiret, «La "nuova storiografia digitale" negli Stati Uniti, (1999-2004)», *Memoria e Ricerca* 18 (2005), pp.169-185.

digital para incluir determinadas fuentes. Eso supone que, en el fondo, no existía ninguna transformación y que el soporte era un remedo de la aspiración común, el libro impreso. ¿Puede que el grado de experimentación hubiera sido mayor si las publicaciones hubieran estado firmadas por historiadores de prestigio?, se preguntaba Manning. Ya he expuesto que no necesariamente es así.

Quizá todo eso explicara la escasa difusión del proyecto, el raquítico número de suscripciones entre las bibliotecas y las pobres ventas. Para todos, autores y promotores, fue una decepción, aunque a la postre el número de lectores pudiera ser comprable al de un volumen en papel. Ahora bien, no conviene olvidar, y es algo en lo que Manning insistía reiteradamente, que los libros del programa Gutenberg-e resultaron ser bastante ortodoxos, sólidas contribuciones a sus respectivos campos de estudio, pero en ningún caso rompedores ni polémicos. Ninguno despuntó por su contenido, lo cual acabó reforzando la idea de que su peculiaridad estaba en la factura, en el hacer. Y en este punto era y es imposible competir. Porque, a pesar de las advertencias de Robert Darnton, la crisis de las monografías no se produjo, o al menos no en los términos presagiados. Otra cosa es que el mercado privilegiara determinados géneros, algo que lo que Darnton no andaba desencaminado en absoluto. Pero los jóvenes historiadores continúan ocupando plazas vacantes y en sus currículos figuran libros impresos, como siempre. Más aún, los problemas del proyecto Gutenberg pusieron de manifiesto que, a juicio de Manning, la historia continúa siendo una «disciplina de libros», y que eso se mantiene en igual medida que otras humanidades o las ciencias sociales se convierten progresivamente en «disciplinas de revistas». Es decir, en la era de internet y de los géneros confusos, los historiadores son remisos a renunciar a esa relación privilegiada y secular con el libro, con la monografía.

5

Si nos situamos en el marco tradicional en el que se ha venido produciendo y difundiendo el conocimiento académico, nada parece haber cambiado, sobre todo para los historiadores. Hemos asistido a la aparición de enérgicas iniciativas a favor del acceso abierto de las revistas y a experimentos igualmente decididos para promover la edición electrónica de las monografías. Pero nada de eso ha

carcomido significativamente los modos de funcionamiento de la disciplina. Para muchos, si se ha visto afectada lo ha sido en los mismos términos genéricos que podríamos aplicar a cualquier asunto. Aunque solo fuera por eso, se puede concluir que las particularidades del medio digital también perturban a la historia. En lo relativo a la circulación de los resultados de nuestras investigaciones, no hay duda de que el escenario se ha modificado notablemente. A pesar de las resistencias, a pesar de seguir confiando en los medios tradicionales, un texto presente en la red llega a un número de lectores mucho más elevado que cualquier otro que esté impreso en papel. Y ello al margen de su calidad, que es un asunto muy distinto. Al igual que hemos de reconocer que muchos estudiosos, cada vez más, empezamos un trabajo haciendo una consulta en Google, también hemos de conceder que al menos ojeamos los resultados obtenidos, entre los que están esos textos de libre acceso. La cuestión es que, por falta de costumbre o en ausencia de criterios para fijar su valor, no confiamos plenamente en esos trabajos, aunque podamos extraer de ellos ideas y noticias. Es un problema disciplinario, como hemos visto. Nadie nos reprochará que no citemos fuentes o investigaciones electrónicas, pero se nos podría reprender si lo hiciéramos y, en cambio, no incluyéramos mayor número de referencias a las impresas. Y es lógico que así sea, son comprensibles tanto la suspicacia personal como la de la corporación a la que pertenecemos en relación con el entorno digital. Las marcas que nos permiten confiar en un libro o en una revista tradicionales no siempre están presentes cuando el formato es electrónico. De ahí el empeño de quienes abogan por este último en acordar criterios que permitan cualificar esos contenidos.

¿Quiere eso decir que el auge del acceso abierto no ha tenido efectos sobre nuestra disciplina? Por supuesto, los ha tenido, aunque alguna de sus consecuencias no parecen claras, podríamos conjeturar incluso que en algunos casos resultan paradójicas. De entrada, las facilidades de la edición electrónica han permitido que prolifere la escritura y que, al compás, haya aumentado notablemente el número de publicaciones periódicas que emplean total o parcialmente el soporte digital. Si en un determinado momento pudo ser angustioso no poder publicar, ahora esa congoja ha desaparecido. No solamente tenemos a nuestra disposición una red de contenidos indiscriminados, sino un número inmenso de revistas, de muy distinto signo y normas, que nos permitirán asegurar que nuestro

texto ha sido «publicado». Y aquí empezaría la paradoja. La facilidad de publicar y la inflación de revistas desconciertan al estudioso. Si alguien desea saber qué se ha escrito sobre un determinado asunto, si pretende estar al día, es lógico que quede aturdido por el alud de textos y referencias que ofrece internet. La imposibilidad misma de atender a todo suele acabar con el historiador refugiándose en lo seguro, en los libros y las publicaciones periódicas de siempre. Como se ha apuntado, nadie nos reprochará que orillemos los contenidos digitales.

Pero hay un aspecto colateral que también he señalado, dentro aún de la misma paradoja. La historia es una disciplina particular, en la que pesa más el libro que la revista y en la que la calidad de esta última no suele medirse como en otras disciplinas, que utilizan índices bibliométricos. Ambas cosas parecen estar cambiando, o puede que lo hagan en el futuro. La red, sobre todo por el tipo de lectura que fomenta y privilegia, pero también por los propios formatos de escritura, favorece el artículo, el ensayo breve, en detrimento del libro, que uno tiende a descargarse en caso de hallarlo, no a consultar en línea. Si miramos lo ocurrido en otros campos del saber, quizá la difusión de nuestros conocimientos se produzca cada vez más con textos cortos, en revistas. Es una simple cuestión de rapidez, facilidad, acceso y eficacia, como también he apuntado. Es en parte lo que estamos viendo y, de ahí, las iniciativas para purgar esa profusión de literatura, de calibrar el valor de sus contenidos, de aplicar también a la historia esos criterios bibliométricos. No se trata solamente de propuestas originadas en las autoridades políticas o académicas, sino de ofrecimientos procedentes de las grandes empresas editoriales, que así aseguran la preeminencia de sus publicaciones. Incluso los propios estudiosos, y con mayor razón las bibliotecas, demandan esas balizas calificadoras. La razón ya se ha adelantado: la plétora de revistas impide su uso pleno, de modo que resulta más práctico clasificar las existentes y saber no solo qué leer sino dónde publicar en caso de poder elegir. De ocurrir así, los resultados pueden ser polémicos e ir en contra de buena parte de lo que la red nos prometía. Porque la historia, por sus propias particularidades, no puede promover proyectos semejantes al de la PLoS. O porque, por ejemplo, los títulos que acoge el DOAJ, el directorio de revistas en acceso abierto, no pueden competir con los que editan las grandes firmas editoriales, a no ser que la revista allí albergada tenga una trayectoria previa bien reconocida.

En realidad, lo que observamos es una clara tensión entre el modelo tradicional y los nuevos soportes, que no se resolverá mientras la disciplina no acierte a reconocer y valorar los nuevos tipos de escritura y de difusión. Y es lógico pensar que las presiones aumentaran en uno y otro sentido. El citado DOAJ indexa varios miles de revistas de todas las partes del mundo y su número aumenta constantemente[33]. Es decir, reclaman nuestra atención, y lo hacen combinando estrictas normas de publicación y defendiendo el acceso abierto. De ese modo, solicitan descentrar el modelo de difusión en varios sentidos: mostrando las ventajas del nuevo soporte, señalando que el conocimiento no se reduce a los títulos prestigiosos y a los libros, indicando que existen otros centros más allá del mundo occidental y sus empresas editoras.

Finalmente, no hemos de olvidar que la red no solo permite otra circulación de nuestros trabajos. Eso es solo una parte, puesto que enlaza con otra forma de escritura, como ya he señalado previamente. Es decir, podemos afirmar que hay muchas formas de escribir y, por ende, de difundir el conocimiento. No insistiré aquí sobre este particular, porque ya lo he tratado previamente. Ahora bien, la web tiene sus propios formatos, distintos de los tradicionales, que ganan cada vez más adeptos. Pensemos en los blogs, por ejemplo, que empezamos a ver citados en algunos ensayos. Representan otra forma de escritura, totalmente nueva y que escapa a los criterios académicos que acostumbramos a manejar. Y hay otras muchas herramientas que permiten investigar en la red o compartir comentarios o cualquier otra cosa. ¿Cómo están cambiando o cambiarán el trabajo académico? Es una pregunta para la que todavía no tenemos respuesta.

Sabemos, no obstante, que existen muchos experimentos que combinan escritura digital y nuevas formas de difusión del conocimiento, sobre todo en revistas y en formatos propiamente electrónicos, pero no muchos en el campo de la historia. Quizá la experimentación sea escasa porque, como se ha reiterado, ese soporte, el de las publicaciones periódicas, no tiene tanta importancia entre los historiadores, o al menos no es igual de decisivo que para otros académicos. Y es evidente que resulta más fácil, más sencillo, probar nuevas

[33] Si cuando empezó en 2002 apenas contaba con una veintena de referencias, hoy son miles: http://www.doaj.org/doaj?func=byCountry&uiLanguage=en. En cuanto a la historia, con algunos centenares, ninguno de los títulos está entre los más destacados del ramo.

fórmulas con el ensayo corto. En cambio, en otras disciplinas se están explorando otras maneras de hacer las cosas[34]. El primer paso, no obstante, es reconocer que el nuevo modo de difundir, por las características del medio con el que transmitimos, exige pensar nuevas formas de escribir, formas que antes eran desconocidas. Tomemos un ejemplo modesto, porque ya he tratado con antelación las características de la literatura digital y porque lo haré de nuevo en el capítulo final. La OAH (Organization of American Historians) publica, como es sabido, una prestigiosa revista, *The Journal of American History.* De vez en cuando, no de forma profusa ni asidua, los responsables de la publicación presentan un número especial, que tiene su correlato dinámico en la web. Desde 1999, año en el que iniciaron el proyecto, eso ha ocurrido en seis ocasiones. Las dos últimas se corresponden con el bicentenario del nacimiento de Abraham Lincoln (2009) y con el papel desempañado por el petróleo en la historia americana (2012)[35]. Ambas siguen el mismo patrón. Se prepara un número de la revista en papel en los términos habituales, pero se acompaña de una edición digital en acceso libre. Esta última presenta distintas particularidades, que la diferencian de la edición impresa. Por un lado, son hipertextos, aunque se trate de una hipertextualidad débil, es decir, no permiten al lector salir de la web que los incorpora. Por otro, esos textos se acompañan de fuentes y recursos sobre el objeto tratado.

Puede que estos trabajos puedan considerarse modestos, desde el punto de vista hipertextual. De hecho, son textos cerrados, no permiten la participación del lector ni le interpelan para que descubra distintas líneas interpretativas, pero eso no significa que la labor de edición no sea laboriosa, muy laboriosa incluso. Comparada con la versión impresa, exige un trabajo mucho más arduo e interdisciplinar. Quizá, además de los motivos ya aducidos, esta sea una razón de peso para las reticencias que mostramos ante este tipo de experimentación. Pero representa el futuro, las nuevas formas posibles de escritura y de circulación del conocimiento. Porque si de algo no hay duda es de que, al estar en acceso abierto e incorporar distintos

---

[34] El grupo Elsevier, por ejemplo, empezó a aplicar en 2010 y en su filial Cell Press lo que denomina «artículo del futuro», algo que en 2011 extendió a los contenidos de SciVerse/ScienceDirect.

[35] Se pueden consultar en http://www.journalofamericanhistory.org/projects/specialissues.html; las versiones impresas, en *The Journal of American History* 96, 2 (2009) y 99, 1 (2012).

elementos multimedia, la difusión de la versión digital llega a un número de lectores mucho mayor que la editada en papel. Puede que el impacto académico sea distinto, porque no se cita con un pie de imprenta sino con una dirección web, pero eso no afecta a su contenido. El reto, pues, está no solo en vencer las reticencias, sino en la necesidad de fijar criterios que nos permitan dirimir el valor de todo lo que circula por la web.

VIII. PANORAMA DE LA HISTORIA DIGITAL
Algunos lugares y unas pocas cosas

> En Smeraldina, ciudad acuática, una retícula de canales y una retícula de calles se superponen y se entrecruzan. Para ir de un lugar a otro siempre puedes elegir entre el recorrido terrestre y el recorrido en barca, y como la línea más breve entre dos puntos en Smeraldina no es una recta sino un zigzag que se ramifica en tortuosas variantes, las calles que se abren a cada transeúnte no son solo dos sino muchas, y aumentan aún más para quien alterna trayectos en barca y transbordos a tierra firme.
>
> Italo Calvino, *Las ciudades invisibles*

1

En 2010, el prestigioso lingüista Domenico Fiormonte elaboró una suerte de panorama internacional de las humanidades digitales[1]. Comparando la situación en Europa y en los Estados Unidos, nos advertía sobre la desigual presencia de este ramo, mucho más asentado en ese segundo lugar. Ambas realidades, no obstante, presentaban un rasgo similar, a saber, el impulso que las instituciones públicas les ofrecían. En el caso norteamericano, a través del Nacional Endowment for the Humanities y, más en concreto, gracias a la Office of Digital Humanities, que desarrolla y financia numerosos programas de apoyo a estas humanidades. En Europa, desde el Consejo Europeo de Investigación (ERC), que es el que se ocupa de tales menesteres, aunque no sea el único organismo. Por ejemplo, existe la DARIAH (Digital Research Infrastructure for the Arts and Humanities), que tiene por objeto promover y mantener una infraestructura de apoyo a las prácticas de investigación basadas en las nuevas tecnologías; el European Strategy Forum on Research Infrastructures (ESFRI), donde las humanidades están

[1] Domenico Fiormonte, «Appendice», en Teresa Numerico *et. al., L'umanista digitale,* Bolonia, Il Mulino, 2010, pp. 199-210.

poco representadas; o el proyecto Common Language Resources and Technology Infrastructure (CLARIN), en el que constituyen el objeto fundamental; etcétera. En todo caso, son iniciativas y entidades muy distintas.

El panorama nacional europeo no ha variado en exceso. El departamento de Digital Humanities del King's College londinense, el Centre for Digital Humanities de su vecina University College, la red de investigadores del Centre for Research in the Arts, Social Sciences and Humanities (CRASSH) en Cambridge o el Oxford e-Research Centre son los lugares más conocidos. Como señalaba Fiormonte, esa presencia anglosajona no tiene correspondencia en los países continentales, algo que se debería a los recelos que genera cualquier nuevo campo y a la propia rigidez de las estructuras académicas. Ello no quiere decir que no existan iniciativas en casi todos los sistemas educativos ni que algunas asociaciones no organicen jornadas y debates esporádicos[2]. En Francia, por ejemplo, muchos de los proyectos existentes se generan en el Centre pour l'édition électronique ouverte (Cléo), pero existe también el Pôle Informatique de Recherche et d'Enseignement en Histoire (PIREH) o el TGE Adonis, en el CNRS, que coordina los centros de recursos numéricos y apoya la producción y administración de datos digitales. En Alemania, buena parte de esos esfuerzos derivan del proyecto gubernamental *TextGrid,* aunque en este caso los historiadores quedan al margen, pero existen numerosos departamentos que se dedican al asunto, empezando por el HKI (Historisch-Kulturwissenschaftliche Informationsverarbeitung) de Colonia. En Italia, en cambio, la denominada informática humanística, que había experimentado una notable expansión académica, ha sufrido un sensible retroceso con las reformas de los planes de estudio, aunque mantiene una fuerte presencia en determinadas Universidades, así como en otros ámbitos; además, en marzo de 2011 se constituyó en Florencia la Associazione per l'Informatica Umanistica e la Cultura Digitale, una primera rama con la que contribuir a la creación de una European Association for Digital Humanities, que cuenta ya con un portal en internet

[2] Uno de los últimos, al margen del incansable movimiento ThatCamp, fue la mesa redonda que organizó en marzo de 2011 la Société d'Histoire Moderne et Contemporaine sobre «Le métier d'historien à l'ère numérique: nouvelles pratiques, nouvelle épistémologie?»; el resultado lo ha publicado su revista, *Revue d'histoire moderne et contemporaine* 58, 4bis (2011).

(humanistica.eu)[3]. Y en España, por acabar, hay sobre todo iniciativas individuales, que en el ámbito de la historia podríamos ejemplificar en nombres como los de Antonio Rodríguez de las Heras o Francisco Fernández Izquierdo[4]. En cambio, dentro de filología, que acopia un mayor número de practicantes, destaca el único máster dedicado a las humanidades digitales, en la Universidad de Castilla-La Mancha, al que hay que añadir algunos cursos y laboratorios en los que la informática se aplica a la lingüística o a los estudios literarios[5].

La propagación del campo, como se puede observar, no es mucha, con el añadido de que la historia tiene una presencia muy abreviada en comparación con otros estudios humanísticos, sobre todo del citado campo de la filología. En ese aspecto, la diferencia entre europeos y norteamericanos es muy sensible, mucho más profunda que la que en su momento conjeturaba Domenico Fiormonte. Una pequeña muestra servirá. Lisa Spiro, que trabaja en el National Institute for Technology in Liberal Education, ha dedicado muchos esfuerzos a la difusión de las nuevas tecnologías en el área de las humanidades y periódicamente, además, acostumbra a presentar una balance aproximativo de esa propagación. A finales de junio de 2011, dicha estudiosa presentó en Stanford un ensayo en el que evaluaba los distintos programas que los planes de estudio dedicaban a las humanidades digitales. Dado que el análisis se refería al ámbito anglosajón, la mayoría procedía de los Estados Unidos, con algunos añadidos circunstanciales de Canadá, Reino Unido, Nueva Zelanda y Bélgica. La conclusión, señalaba, es que su número prácticamente se ha cuadruplicado entre 2006 y 2010, hasta sumar un total de 134 cursos, entre los que las ramas de filología inglesa e historia eran las más representadas, ocupando ambas más del 40 por 100[6]. Esa profusión de debe, por supuesto, a las razones ya expuestas, motivos

---

[3] Sobre Italia, aunque se trata de una evaluación de hace unos años, véase Tito Orlandi y Raul Mordenti, «Lo status accademico dell'Informatica umanistica», *Archeologia e Calcolatori* 14 (2003), pp. 7-32.

[4] De la profusión y penetración reflexiva del primero, queda constancia en su página, http://www.rodriguezdelasheras.es/. En cuanto al segundo, y entre otras cosas, hay que atribuirle el empeño, la preparación y la coordinación de un número monográfico en la revista *Hispania* sobre el asunto: *Hispania* 66, 222 (2006).

[5] Uno de los autores más prolíficos en estos asuntos es José Manuel Lucía Megías, cuya última obra es *Elogio del texto digital. Claves para interpretar el nuevo paradigma,* Madrid, Fórcola, 2012.

[6] Véase http://digitalscholarship.wordpress.com/2011/06/21/update-on-dh-education-presentation/.

que se traducen en un mayor número de centros e instituciones norteamericanos que se dedican a las humanidades digitales. Algunos de ellos incluyen programas dedicados a la historia, pero hay unos pocos que tienen a la disciplina como objeto de sus trabajos, como el Center for History and New Media de la George Mason University o el Virginia Center for Digital History en la Universidad del mismo nombre, por citar los más destacados

2

Como consecuencia de lo anterior, se puede afirmar sin excesivas dudas que las investigaciones empíricas en el marco de la historia digital son en su práctica totalidad norteamericanas. En Europa se ha hablado y se habla mucho sobre el asunto, pero no existe tradición en el uso de las herramientas informáticas para escribir la historia. Pero, ¿de qué tipo de estudios estamos hablando? Algunos se han mencionado ya en las páginas precedentes, pero conviene repasar a grandes rasgos el contenido de estos estudios históricos. Junto al *Valley Project* y al *Railroads and the Making of Modern America,* citados con anterioridad, se suelen indicar otros dos ejemplos paradigmáticos: el *Rome Reborn* de la Universidad de Virginia, que propone un modelo digital en 3D sobre el desarrollo urbano de la antigua Roma; y cualquiera de los ensayos albergados en The Spatial History Project (Stanford), que produce mapas visuales a partir de todo tipo de datos, desde la correspondencia de Voltaire a las geografías del Holocausto. Volveré sobre este último caso de inmediato.

De la observación de estos y otros casos semejantes, se extraen dos conclusiones fundamentales. Por un lado, que estos análisis son, por razones obvias, de tipo cuantitativo; por otro, que acostumbran a utilizar la variante espacial, empleando el Sistema de Información Geográfica (GIS). En cuanto a lo cuantitativo, es algo que está presente en todas estas iniciativas, dado que «los datos» parecen ser la nueva «gran idea» en las humanidades. Pero su presencia se debe, además, a que se promociona y se financia. Existe, por ejemplo, un consorcio internacional que patrocina este tipo de análisis, el Digging Into Data Challenge, pero hay también apoyo privado, como el que ofrece regularmente Google. En el primer caso, uno de los proyectos premiados se titula *Digging into the Enlightenment: Mapping the Republic of Letters,* desarrollado por profesores de Stanford,

Oklahoma y Oxford; en el segundo, podemos citar, entre otras, una aportación de la George Mason, *Reframing the Victorians.*

Vayamos con el primer ejemplo, cuya pequeña historia dice mucho de cómo funciona este tipo de propuesta digital. En el otoño de 2007 se celebró en Standford un simposio sobre la República de las Letras[7]. Entre los participantes, encabezados por Anthony Grafton, estaban el profesor de francés Dan Edelstein y la historiadora Paula Findlen, especialista en la cultura italiana. Ambos unieron esfuerzos y optaron con éxito a una beca de dicha Universidad para el trienio 2008-2011 (Presidential Grant for Innovation in the Humanities), una ayuda con la que se proponían trabajar sobre la correspondencia girada entre los ilustrados. Su propuesta, en colaboración con Keith Baker (historia) Giovanna Ceserani (filología clásica) Jennifer Summit (inglés) y Caroline Winterer (historia) tenía como particularidad el uso de herramientas interactivas con el fin de cartografiar ese objeto. El modelo que se proponían emplear, por otra parte, provenía de ese mencionado proyecto de historia espacial que el historiador Richard White lleva a cabo en Stanford. Luego vendría un encuentro adicional entre el citado Edelstein y Robert McNamee (Electronic Enlightenment Project) en Oxford en 2008.

A finales de aquel año se les unió Nicole Coleman, especialista en tecnología del Stanford Humanities Center, como directora técnica. Coleman estaba trabajando en otro proyecto también becado, el *Tooling Up for Digital Histories* del historiador John Christensen[8], lo que permitió conectar ambas iniciativas. Esta investigación, a su vez, era efecto de la colaboración entre el citado Spatial History Project y el Computer Graphics Lab de Standford, de modo que todos esos esfuerzos quedaron *enredados.* El resultado de esa asociación se dio a conocer en enero 2009: una visualización interactiva de esa correspondencia que había sido convertida en metadatos y representada gráficamente. Lo desarrolló un grupo de estudiantes de informática dirigidos por el profesor Jeffrey Heer y su ejercicio, «Visualizing the Republic of Letters» (2009), fue premiado en la North American Cartographic Information Society[9].

---

[7] El resultado se publicó en *Republics of Letters* 1, 1 (2009) [http://arcade.stanford.edu/journals/rofl/issues/volume-1/issue-1].

[8] Véase http://toolingup.stanford.edu/.

[9] Daniel Chang *et al.,* «Visualizing The Republic of Letters», Stanford University (2009) [http://www.stanford.edu/group/toolingup/rplviz/papers/Vis_RofL_2009].

El proyecto ha ido creciendo. Por ejemplo, han estado trabajando en estrecha colaboración con otro holandés sobre el siglo XVII, *Circulation of Knowledge,* y con el *Cultures of Knowledge Project* de Oxford[10]. Además, como se ha dicho, obtuvieron respaldo económico del Digging Into Data, dando lugar al Digging Into the Enlightenment, con Dan Edelstein, Paula Findlen y Nicole Coleman (Stanford University), Chris Weaver (University of Oklahoma y el Center for Spatial Analysis) y Robert McNamee, Mark Rogerson y Peter Damian-Grint (Electronic Enlightenment Project at Oxford)[11].

De momento, la herramienta no ha dado ningún vuelco en la investigación sobre el objeto en cuestión, aunque hay resultados reveladores. Por ejemplo, la escasez de intercambios entre París y Londres, como cualquier visitante de la página puede atestiguar, lo cual podría modificar las ideas de quienes defienden que la Ilustración comenzó en Inglaterra y desde allí se extendió al resto de Europa. No parece que esa cartografía digital sustente tal tesis[12]. En cualquier caso, y más allá de su valor cualitativo, la intención ha sido desarrollar y utilizar herramientas de visualización, métodos y teorías para elaborar patrones a partir de grandes conjuntos de datos históricos heterogéneos con múltiples dimensiones. Por ejemplo, la base de datos *Electronic Enlightenment,* que contiene decenas de miles de cartas y documentos cruzados entre más de siete mil corresponsales de la República de las Letras[13]. Como colofón, uno puede entrar en ese sitio electrónico y solicitar que cartografíe la correspondencia de Adam Smith, de lo cual de obtiene un gráfico que conecta a este pensador con sus corresponsales y las ciudades en las que residían, indicando también las cartas recibidas y las contestadas, así como una imagen en movimiento que muestra la circulación de esas misivas año a año.

Como he señalado anteriormente, una de las características de este tipo de experimentación es el uso del espacio como variante a repre-

---

[10] Respectivamente, http://ckcc.huygens.knaw.nl/ y http://www.history.ox.ac.uk/cofk/.

[11] En cuanto a esa breve historia, se incluye en la página https://republicofletters.stanford.edu/.

[12] Lo mismo defiende precisamente el libro de Dan Edelstein, que utiliza esa fuente y subraya el carácter francés de la Ilustración: *The Enlightenment: A Genealogy,* Chicago, University of Chicago Press, 2010, especialmente en el capítulo segundo, pp. 19-23.

[13] A fecha de noviembre de 2011, este proyecto de las Bodleian Libraries de Oxford tenían digitalizados algo más de 59.000 documentos de unos 7.000 corresponsales: http://www.e-enlightenment.com/info/.

sentar gráficamente. No es extraño, por tanto, que Richard White, uno de sus impulsores en Stanford, lo llame «historia espacial»[14]. ¿Qué entiende por tal cosa? Sus primeras intenciones asustan un poco, porque White habla de un «giro espacial», pero de inmediato nos tranquiliza al asegurar que se trata simplemente de una forma algo diferente, humilde incluso, de hacer historia. Los historiadores, nos dice, siguen y seguirán escribiendo libros, narrando historias. Eso no cambiará. No obstante, el proyecto se distingue de la práctica histórica normal en cinco puntos. En primer lugar, es un trabajo en colaboración, como muy bien acabamos de ver con esa cartografía de la ilustración. En el Spatial History Project trabajan estudiantes y profesores, historiadores, geógrafos, especialistas en visualización e informáticos, entre otros. Cada uno sabe hacer cosas por separado, pero el proyecto es imposible sin el esfuerzo mancomunado de distintos especialistas. En segundo lugar, la atención se centra en la visualización, un concepto que es algo más que mapas y gráficos.

En tercer lugar, esa idea solo se puede materializar a través de la historia digital, que para White remite a la explotación informática de determinadas evidencias históricas y de bases de datos. Son el tipo de cosas, nos dice, que el historiador ve en el archivo, que utiliza de algún modo, pero que deja de lado cuando narra, precisamente porque resulta engorroso, poco atractivo para el lector. White pone un ejemplo procedente de uno de sus proyectos, *Shaping the West:* las tarifas del ferrocarril. En efecto, ese estudio utiliza precisamente las tasas que se cobraban a los productos básicos transportados al Oeste para ver cómo estas gabelas influyeron en el desarrollo de California y cómo lo que podría llamarse «el coste espacial» (el costo de las mercancías enviadas) difería de un espacio absoluto medido en kilómetros. En suma, eso permite plantear una serie de preguntas cuyas correspondientes respuestas ponen de manifiesto que la percepción histórica del espacio en los nuevos asentamientos del Oeste estuvo influida no tanto por la pura y simple geografía como por los patrones de tenencia de la tierra, el comercio y la comunicación[15].

En cuarto lugar, este tipo de iniciativas tienen una duración indefinida: las herramientas ideadas y los datos recopilados se convierten en parte de un patrimonio académico común sobre el que trabajar,

---

[14] Richard White, «What is Spatial History?», Spatial History Lab, Working paper (2010) [http://www.stanford.edu/group/spatialhistory/cgi-bin/site/pub.php?id=29].

[15] En http://www.stanford.edu/group/spatialhistory/cgi-bin/site/project.php?id=997.

ampliando, reelaborando y recombinando. Finalmente, queda el rasgo más importante, el que viene definido por la perspectiva conceptual escogida, el espacio. Los historiadores, dice White, se centran por definición en el tiempo, utilizando la cronología para explicar el cambio. Suele ser así, a pesar de que las representaciones espaciales son de suma importancia, pues suponen un intento de dar forma a lo que se vive y a lo que se percibe, convirtiéndose en construcciones sociales de primer orden que expresan el dominio de unos y la subordinación de otros. En ese sentido, concluye, son enormemente poderosas para explicarnos a nosotros mismos y a nuestro pasado[16].

Sea como fuere, la etiqueta «historia espacial» no es la única. Edward L. Ayers, que lideró el ya citado *Valley Project* cuando estaba en el Virginia Center for Digital History, lo llama «Geohumanidades». Y también sabe de lo que habla, porque, aunque haya abandonado ese centro, otros de la misma Universidad han seguido trabajando en representaciones espaciales desde los años noventa[17]. Para Ayers se trata de leer el tiempo a través del espacio, pero de manera espacial, no horizontal. Y lo aplica a su tema recurrente, la guerra civil americana, en concreto a los cambios que se produjeron tras el fin de la esclavitud. Así, propone escoger un espacio y situar en él las distintas localidades que lo conforman, para luego trazar gráficamente las capas que les dan sentido: raza, riqueza, alfabetización, cursos de agua, carreteras, ferrocarriles, tipo de suelo, patrones de votación, estructura social. En una segunda fase, esas capas se mueven cronológicamente, para visualizar el paso del tiempo en las mutaciones de esos elementos y las relaciones complejas que forman. Ayers señala que esa técnica de representación se puede denominar «de contingencia profunda», por su artificialidad. La metáfora de una realidad en capas, nos dice, es una ficción, dado que las capas interactúan continuamente y la capa superior, la de los seres humanos, cambia constantemente la del fondo, la del paisaje, pero es una ficción útil, ya que nos recordaría la profundidad estructural del tiempo y de la experiencia. En suma, otra manera de abordar ese «giro espacial» en el que

---

[16] Además de a Braudel y a William Cronon, White cita a Henri Lefebvre, *La producción del espacio,* Barcelona, Anthropos, 1984.

[17] El mejor ejemplo, aunque tiene sobre todo un carácter didáctico, es una herramienta denominada *Visualeyes.* Pueden verse sus usos en http://www.viseyes.org/.

el espacio tiene una poética propia, no es solo escenario pasivo, pero una poética ligada al mundo digital y a la utilización de estos sistemas de información geográfica[18].

En suma, como ha destacado la literatura académica sobre el particular, el GIS es una herramienta inmejorable para manejar información espacial y, dado que la historia trata con el espacio y con el tiempo, no son pocos quienes la están utilizando en el contexto de la historia digital. Además, remite a una operación propiamente histórica, la de la representación: lo ya acontecido es irrecuperable, un referente a reconstruir cuyo rastro se convierte en la fuente de la que nos servimos. Es decir, lo abordamos a partir de una determinada escala, una perspectiva concreta, un punto de vista que nos permita ordenar y significar los acontecimientos de los que tenemos noticia[19]. Como ha señalado John Lewis Gaddis, podríamos plantearnos que el pasado es un paisaje y la historia la manera de representarlo. Pero no queremos replicarlo, algo imposible, sino reunir lo que existe con lo que necesitamos saber de lo que existe, algo que depende de la finalidad que nos fijemos; es decir, el mapa no es una cartografía exacta, sino una herramienta conceptual[20].

Para manejar toda esa complejidad, particularmente en cuanto a las variables temporal y espacial, imponemos divisiones, sobre todo cronológicas, por las que nos movemos libremente, ignorando en ocasiones las restricciones que ese espacio y ese tiempo exigen. Eso nos permite comparar, hacer analogías, narrar, y es lógico que seamos reacios a cualquier instrumento que parezca reducir acontecimientos complejos a esquemas simples. El ordenador, desde luego, es una tecnología que no admite la ambigüedad. De ahí las reticencias a utilizarlo, de ahí que el GIS también haya encontrado cierto rechazo.

¿Por qué entonces la prevención ante las representaciones espaciales? Por varias razones, que ha resumido claramente el historia-

---

[18] Edward L. Ayers, «Mapping Time», en Michael Dear *et al.* (eds.), *GeoHumanities. Art, History, Text at the Edge of Place,* Londres, Routledge, 2011. El volumen contiene un buen número de breves ensayos sobre el asunto.

[19] Véase Justo Serna y Anaclet Pons, «Más cerca, más denso. La historia local y sus metáforas», en Sandra R. Fernández (comp.), *Más allá del territorio. La historia regional y local como problema. Discusiones, balances y proyecciones,* Rosario, Prohistoria, 2007, pp. 17-30.

[20] John Lewis Gaddis, *El paisaje de la historia. Cómo los historiadores representan el pasado,* Barcelona, Anagrama, 2004, p. 57.

dor David Bodenhamer[21]. En primer lugar por la propia especificidad del pasado, por su enorme complejidad, frente a la cual el ordenador, las herramientas informáticas en general, opone su claridad o, dicho de otro modo, no admite la ambigüedad. Se trata de un problema muy importante, por la incapacidad de esa tecnología para manejar lo equívoco, lo incompleto o lo contradictorio. En segundo lugar, por las propias dificultades que conlleva el manejo del tiempo, que es a la vez algo estático, un punto en el calendario, y algo dinámico y secuencial. De hecho, no abundan los estudios, o las preguntas, sobre el espacio mismo. Si bien hace décadas cualquier historiador empezaba su monografía con el contexto geográfico, hoy esa prevención ha desaparecido, más aún cuando nuestra época parece colapsar la noción de distancia, haciendo que el espacio sea menos visible, menos significativo. En última instancia, por la forma en que tradicionalmente hemos hecho la historia, porque preferimos las palabras, con las que podemos componer narraciones complejas, dado que un término puede tener múltiples significados, ser evocador, y así facilita que podamos transmitir mejor la complejidad de lo ocurrido, su múltiple linealidad, sus variadas dimensiones, aunque al escribir optemos casi siempre por un relato secuencial, causal. O lo que es lo mismo: nos sentimos más cómodos con las palabras que con las imágenes y no porque las desechemos, de hecho vivimos en una época visual y las usamos para mostrar o ejemplificar un argumento, sino porque no sabemos comunicar visualmente nuestro trabajo. Construimos imágenes, sí, pero son textuales, con palabras. El modelo de difusión del conocimiento académico, a través de libros y artículos impresos, lo refuerza. Así pues, la cuestión es que no sabemos utilizar la imagen para construir una narrativa.

En todo caso, muchos de los trabajos que utilizan representaciones espaciales parten de un elemento anterior que suele ser habitual en la historia digital, la transformación en datos de los hechos e informaciones que contienen las fuentes. Es el tipo de investigación que suele patrocinar la empresa Google, relacionada

---

[21] Aunque todo el volumen resulta de interés, remito a David J. Bodenhamer, «History and GIS: Implications for the Discipline», en Anne Kelly Knowles (ed.), *Placing History. How Maps, Spatial Data and GIS are Changing Historical Scholarship,* Redlands, ESRI Press, 2008, pp. 220-233; asimismo, David J. Bodenhamer, John Corrigan y Trevor M. Harris (eds.), *The Spatial Humanities. GIS and the Future of Humanities Scholarship,* Bloomington, Indiana University Press, 2010.

con uno se sus servicios, Google Libros. Así, de la docena de proyectos que premió en 2010 la práctica totalidad lo eran del campo de los estudios filológicos, pero había uno del campo de la historia, el ya citado *Reframing the Victorians* que Dan Cohen y Fred Gibbs llevan a cabo en la Universidad George Mason[22]. La pregunta que estos autores se plantean es bien sencilla: ¿podríamos entender mejor a los victorianos empleando el método matemático que ellos tanto estimaron? El caso en cuestión es estudiar esa cultura a través de los libros que produjo. La pregunta en ese caso es saber si bastan los volúmenes más representativos o hay que ampliar la muestra, si es suficiente una lectura cercana de unas pocas obras o se puede hacer con otra distante que acopie un sinfín de ejemplares. La duda es más acuciante cuando, como ocurre hoy en día, nos acercamos al momento en que podremos disponer, en su forma digitalizada, de casi toda la literatura de una época. Por tanto, Cohen y Gibbs, historiadores y estudiosos del mundo victoriano, se decantan por la «minería de datos» que permiten Google Libros y otras aplicaciones.

La primera fase del estudio consistió en trabajar con las palabras que aparecen en los títulos de los libros, algo bastante limitado, pero que entienden que dice mucho sobre lo que se puede hacer. Por otro lado, el estudio tiene proporciones gigantescas, porque cubre algo más de millón y medio de libros publicados en inglés en el Reino Unido entre 1789-1914. Con esos datos construyen diferentes representaciones gráficas con un eje (Y) para las palabras y otro (X) para los años. En algunos casos el resultado es evidente: la palabra «revolución» se dispara coincidiendo con los acontecimientos de 1789 y 1848. En otros, el resultado está sujeto a la interpretación, una interpretación polémica. Cabe señalar que no es la primera vez que se emprende una investigación de este tipo, pues la hubo e influyente a mediados de la década de los cincuenta, pero nunca antes en las proporciones ahora posibles[23]. De modo que analizando la frecuencia o no de determinadas palabras en los títulos de los libros (fe, Biblia, Dios, cristiano, Iglesia, progreso, mejora, esperanza, universal, virtud, verdad, falsedad, etcé-

---

[22] En http://googleblog.blogspot.com/2010/07/our-commitment-to-digital-humanities.html.

[23] Me refiero a Walter Houghton, *The Victorian Frame of Mind. 1830-1870,* New Haven, Yale University Press, 1957.

tera), Cohen y Gibbs hablan de la crisis de fe y de la secularización victorianas, incluso de una corriente subyacente de depresión en la segunda mitad del siglo, del declive de las certezas y el aumento del relativismo[24].

Esta vuelta al cuantitativismo, que se suele asociar al nuevo campo de la *culturomía,* ha cosechado numerosos adeptos en el contexto de la historia digital. Siguiendo el modelo desarrollado para explorar el genoma humano, esa perspectiva se define como la recopilación y el análisis de datos para el estudio de la cultura humana, algo que extendería los límites de la investigación cuantitativa rigurosa a una amplia gama de nuevos fenómenos de las ciencias sociales y las humanidades[25]. En este último sentido, los abundantes críticos suelen repetir por lo general lo que ya se anticipó en los años sesenta y setenta, a saber, que el recurso a la cifra deja fuera muchas cosas, demasiadas y cualitativas. Suelen argumentar también que esos metadatos contienen numerosos errores, derivados de una ineficiente digitalización, o que no hay manera de restringir una búsqueda por género o tema. Y, por eso mismo, cuanto más interesante parece un estudio más problemático puede resultar. Geoffrey Nunberg, por ejemplo, se pregunta qué significa exactamente que en el mencionado trabajo de Cohen y Gibbs las palabras «esperanza» y «felicidad» sean menos frecuentes en los títulos de libros en la segunda mitad del novecientos. Los autores sugieren, como hemos visto, la existencia de una corriente subyacente de depresión durante ese período. Pero un lector de Schopenhauer, añade Nunberg, podría concluir que todas las anteriores menciones de felicidad eran signos inequívocos de miseria y abyección[26]. La crítica, como no podía ser de otro modo, es relevante, pero no parece que invalide en nada la propuesta de ese tipo de lectura distante a la Moretti, porque en el fondo ninguna perspectiva pretende ser exclusiva, sino aportar algo que su opuesta no puede aprehender, siendo así complementaria.

---

[24] Frederick W. Gibbs y Daniel J. Cohen, «A Conversation with Data: Prospecting Victorian Words and Ideas», *Victorian Studies* 54, 1 (2011), pp. 69-77.

[25] El ejemplo que inaugura esta nueva corriente sería el de Jean-Baptiste Michel *et al.,* «Quantitative Analysis of Culture Using Millions of Digitized Books», *Science* 331, 6014 (2011), pp. 176-182.

[26] Geoffrey Nunberg, «Counting on Google Books», *The Chronicle of Higher Education*, 16 de diciembre de 2010 [http://chronicle.com/article/Counting-on-Google-Books/125735/].

3

Estos ejemplos, no obstante, no son los únicos. El cuantitativismo o la representación espacial, a pesar de su éxito, no agotan los modos, maneras y centros de la historia digital. De entre las otras propuestas que podrían citarse hay una que merece cierto reconocimiento, proporcional al menos al desconocimiento que de ella tenemos los europeos: las iniciativas en el contexto de la denominada «historia pública». Ante todo, conviene preguntarse qué se entiende exactamente por ese campo. Existen, por supuesto, diferentes definiciones, aunque todas ellas próximas o similares. La más sencilla, la oficial por así decirlo, podría ser la que ofrece el National Council on Public History. En su portal se puede leer que la historia pública es un movimiento, una metodología y un enfoque que promueven el estudio y la práctica en colaboración a la hora de hacer historia; lo cual significa que sus practicantes asumen el objetivo de que sus particulares puntos de vista sean accesibles y útiles para el público. En ese sentido, nos dicen, la historia pública es una conceptualización y una práctica de las actividades históricas en las que, ante todo, es el propio público el que tenemos en mente[27]. Pero quizá sea mejor y más significativa la forma en que lo expuso uno de los presidentes de la AHA, James McPherson, hace unos años:

> No recuerdo exactamente cuando me topé por primera vez con el término «historia pública». No parece que fuera hace muchos años. Y me avergüenza confesar que inicialmente pensaba que la historia pública era la historia de los eventos públicos –el tipo de historia que la mayoría de nosotros enseñábamos y escribíamos antes de que la vida privada de la gente común en el hogar y la familia se convirtieran en un importante campo de investigación histórica. Esta noción ingenua pronto dio paso a la comprensión del verdadero significado de la historia pública, la presentación e interpretación del pasado a través de lugares tan poco académicos como museos, sociedades históricas, medios de comunicación electrónicos, parques históricos y campos de batalla, conferencias públicas y libros de divulgación para el público en general.

[27] Véase http://ncph.org/cms/what-is-public-history/. El texto procede de Cathy Stanton, «What is Public History? Redux», *Public History News* 27, 4 (2007), pp. 1 y 14.

> Los practicantes de la historia pública, por tanto, incluyen una amplia gama de conservadores de museos y bibliotecas; archiveros, escritores, profesores y personalidades de la televisión sin afiliaciones académicas, historiadores de parques nacionales y guardabosques, empleados federales y estatales relacionados con la preservación y la interpretación históricas, diseñadores de exposiciones; y así sucesivamente[28].

Esta definición es lo bastante descriptiva como para aclarar el sentido de ese campo sin mayores añadidos, una área que tiene mucho predicamento entre los historiadores norteamericanos, que cuenta con una revista desde 1978 *(The Public Historian)* y que, como se sabe, apenas ha cundido en Europa. Un campo, además, que en poco se diferencia hoy de la historia propiamente académica, la que se desarrollaría en las Universidades, excepto en que sus modos de difusión son distintos y lo es también su público[29]. Existen incluso algunos centros bien asentados, como el Center for Public History & Digital Humanities, que comanda el departamento de historia de la Cleveland State University; así como titulaciones muy activas, entre las que destaca el máster en Archives and Public History de la New York University. Sin olvidar el trabajo de la George Mason University y de su Center for History and New Media, rotulado ahora con el nombre de uno de los más apreciados e incansables defensores de este campo (Roy Rosenzweig). En esta institución pionera se han desarrollado también algunas herramientas para este fin, notablemente el software Omeka, cuyos resultados concretos son dignos de elogio[30]. Hay también distintos premios a las mejores presentaciones digitales, como las que anualmente ofrece la conferencia Museums and the Web o la sección de Media & Technology de la American Association of Mu-

---

[28] James M. McPherson, «Putting Public History in Its Proper Place», *Perspectives* 41, 3 (2003), pp. 5-6 [http://www.historians.org/perspectives/issues/2003/0303/0303pre1.cfm]. En cualquier caso, sobre la «public history» y su tímido correlato europeo, véase Serge Noiret, «"Public History" e "storia pubblica" nella rete», *Ricerche storiche* XXXIX, n.os 2-3 (2009), pp. 275-327.

[29] Así lo señala Margaret Conrad en su «2007 Presidential Address of the CHA: Public History and its Discontents or History in the Age of Wikipedia», *Journal of the Canadian Historical Association / Revue de la Société historique du Canada* 18, 1 (2007), pp. 1-26, especialmente en la p. 6.

[30] Véase http://omeka.org/.

seums (los premios MUSE), entre muchos otros. Los ejemplos, como es de suponer, son muchos y variados.

Para mostrar ese tipo de historia digital, escogiendo de entre aquellos trabajos de mayor calidad, podríamos empezar con uno de los más veteranos y laureados: *The Lost Museum*[31]. El proyecto empezó a mediados de los años noventa en el American Social History Project/Center for Media and Learning, un centro de investigación de la City University de Nueva York que se ha ganado una merecida fama en el campo de la historia pública y de la educación. En esa iniciativa colaboraba también el por entonces llamado Center for History and New Media de la ya citada Universidad George Mason. El objeto era la reconstrucción de un celebérrimo establecimiento neoyorquino del novecientos, el American Museum. Phineas Taylor Barnum lo había inaugurado en 1841, convirtiéndose en muy poco tiempo en el lugar más visitado de los Estados Unidos. Y así siguió durante más de dos décadas, abierto quince horas diarias seis días a la semana, para disfrute de un público variopinto al que se le ofrecía una heterogénea exposición mezcla de espíritu comercial e instrucción y elevación moral. No obstante, en el mediodía del jueves 13 de julio 1865, en uno de los incendios más espectaculares vividos por la ciudad, el museo despareció pasto de las llamas.

Recrear ese edificio desaparecido y sus contenidos suponía de entrada un proceso de investigación, para determinar con exactitud el espacio físico que ocupaba, pero también un ejercicio imaginativo, para conjeturar sobre aquello para lo que no se contaba con un respaldo documental preciso. Sobre todo porque las fuentes de la época se referían a dicho establecimiento de forma diversa, atendiendo a las diversas exposiciones o a la disposición que ofrecía en cada momento. Tuvieron que recurrir, pues, a guías urbanas, artículos de prensa, fotografías, grabados, etcétera, aunque muy pocas de esas imágenes, y de forma parcial, se referían al interior. Fue un trabajo ímprobo el que llevaron a cabo los historiadores que establecieron los contornos del museo. Una vez conseguido, la siguiente fase fue el diseño que ahora vemos y que se divide en cuatro apartados: una recreación interactiva en 3-D que nos permite una visita virtual; una consulta de los documentos que se han utilizado; una página de uso didáctico, con breves ensayos, bibliografía, cronología, mapas de época y otros recursos; y un pequeño juego, un misterio a resolver, el de quién quemó el edifi-

[31] Véase http://www.lostmuseum.cuny.edu/intro.html.

cio, algo para lo cual se necesita consultar el archivo y atender a las pistas diseminadas por la propia visita virtual. Para que todo fuera posible colaboraron, además de historiadores, diseñadores, artistas, programadores, animadores, escritores y diversos investigadores. Sin duda, un ejercicio apasionante.

Es decir, estamos ante un museo virtual de curiosidades y artefactos que no existe en el mundo físico, que intenta reconstruir de forma tentativa, como hacemos los historiadores, el espacio que ocupó y su distribución interna, empleando una tecnología que refuerza la idea de la imaginación, del engaño, y que a la vez plantea una forma de recrear esa experiencia que de otro modo no podríamos conseguir. Y, como en todos los proyectos de este tipo, nos interpela de dos maneras. Por un lado, consigue transmitir el significado que tuvo Barnum y su museo para la cultura americana, desde su sentido del ocio y el negocio a la divulgación educativa, pasando por su estética y su moral, etcétera. Por otro, el tipo de historia que propone, tanto desde su vertiente didáctica como en la forma de «escribirla», esa manera digital. Como señaló uno de sus críticos, *The Lost Museum* permite recobrar ese sentido de lo asombroso que en tiempos acompañaba a quien visitaba un museo[32].

Por razones obvias, el siglo XIX ha sido una de las épocas preferidas a la hora de hacer este tipo de experimentos digitales, y sobre todo las guerras y conflictos vividos por los norteamericanos. De hecho, hay otros dos ejemplos de mérito que suelen mencionarse, aunque las diferencias entre uno y otro sean notables. Se trata de *The Price of Freedom: Americans at War,* del National Museum of American History (NMAH), una de las instalaciones del Smithsonian; y de *Raid on Deerfield,* obra de de un organismo regional, la Pocumtuck Valley Memorial Association (PVMA), una longeva sociedad histórica que fue fundada en Massachusetts en 1870[33].

Como en el caso del museo Barnum, se trata de páginas de una gran complejidad técnica, con un diseño muy esmerado y una voluntad de transmitir determinados contenidos históricos. En el caso del NMAH se trata del complemento a una exposición celebrada en

---

[32] Thomas Augst, «Finding Barnum on the Internet. An antebellum museum in cyberspace», *Common-Place* 6, 1 (2005) [http://www.common-place.org/vol-06/no-01/augst/index.shtml].

[33] Véanse sus webs: http://americanhistory.si.edu/militaryhistory/ y http://1704.deerfield.history.museum/.

2004 cuyo objeto era mostrar los distintos conflictos en los que han participado los norteamericanos, desde su guerra de independencia hasta Vietnam. El propósito se aclara en la entradilla de la página:

> los estadounidenses han ido a la guerra para alcanzar su independencia, ampliar sus fronteras nacionales, definir sus libertades y defender sus intereses en todo el mundo. Esta exposición analiza cómo las guerras han dado forma a la historia del país y transformado la sociedad estadounidense. Destaca el servicio y el sacrificio de generaciones de hombres y mujeres estadounidenses.

Por su parte, la PVMA se centra en un episodio menor, pero bien conocido en la literatura académica, el asalto al asentamiento de Deerfield, en Massachusetts, ocurrido a finales de febrero de 1704. Esta es su presentación:

> En las primeras horas de la madrugada del 29 de febrero de 1704, una fuerza de alrededor de 300 franceses y sus aliados nativos lanzaron un osado ataque sobre el asentamiento inglés de Deerfield, Massachusetts, situado en territorio Pocumtuck. Un total de 112 hombres, mujeres y niños de Deerfield fueron capturados y forzados a una marcha de 300 millas hacia el Canadá en condiciones invernales extremas. Algunos de los prisioneros fueron más tarde canjeados y regresaron a Deerfield, pero una tercera parte optó por permanecer entre sus captores franceses y nativos.

Esa somera descripción sirve a los responsables para plantear distintas preguntas: aunque se trataba de unas tierras en disputa, ¿fue un ataque brutal, sin mediar provocación, sobre unos inocentes colonos ingleses?, ¿fue una acción militar justificada contra un asentamiento fortificado en territorio indio?, ¿o había algo más? Preguntas a las que no se promete solución, sino simplemente la presentación de las diferentes voces en conflicto para que el usuario participe, reflexione y decida.

Así pues, como algunos estudiosos han destacado, al margen de la calidad que ha de reconocerse a ambas iniciativas, hay un elemento que las diferencia de manera sensible: el tipo de narrativa[34]. En efecto,

---

[34] Sharon M. Leon, «Doing History in Public: Digital History in the Digital Humanities», *Digital Dialogues,* Maryland Institute for Technology in the Humanities, Uni-

la primera ofrece un recorrido lineal, cronológico, por los grandes conflictos que han marcado la historia americana, cada uno de los cuales se acompaña de diversos recursos (textos, imágenes y artefactos) sin otra finalidad que remedar en formato digital la exposición física. Desde este último punto de vista, y a pesar de que su ubicación en la red permite un uso que su contraparte no puede ofrecer, no añade nada más a lo que cualquier visitante aún puede ver en las salas que dicho museo tiene en la capital americana. En cambio, aunque la segunda también sigue una secuencia cronológica que arranca en 1550 y desemboca en 1704, ofrece múltiples perspectivas para que el usuario comprenda el episodio y, al hacerlo, entienda varias cosas: la escasez de las fuentes históricas y su misma construcción, de modo que cada una de las partes implicadas ofrece un relato distinto; las dificultades, incluso la imposibilidad, de recuperar el pasado de manera plena y definitiva; el esfuerzo de los historiadores para rastrear la complejidad de lo desaparecido e interpretarla.

Se trata de unas diferencias que los analistas vieron de inmediato, al evaluar ambas propuestas[35]. Carole Emberton señaló, por ejemplo, que aunque «The Price of Freedom» parecía a simple vista poco más que un conglomerado banal de parafernalia militar y guerrera, escondía algo más importante: sugiere una postura interpretativa según la cual la libertad es, y ha sido siempre, el objetivo de las confrontaciones militares en las que se han visto involucrados los estadounidenses. Pero la libertad, añade Emberton, es un término problemático y, al no reconocer hasta qué punto su significado ha sido históricamente cuestionado, dicha exposición ofrece al espectador un recorrido muy particular *(whiggish)* sobre la historia social y política, uno que transmite una creencia superficial en la marcha mítica del progreso y de la expansión democrática[36].

---

versity of Maryland, 14 de abril de 2010, cuya version ampliada está en su blog: http://www.6floors.org/bracket/2010/04/21/21st-century-public-history-part-i/.

[35] Dado el peso de esta historia pública y la creciente importancia de las exposiciones y las presentaciones digitales, los historiadores americanos reseñan tanto las unas como las otras en algunas de sus revistas académicas, algo bastante extraño entre los europeos. Es el caso del *Journal of American History* que, además de las habituales, tiene una sección denominada «Exhibition Reviews» y otra que rotula «Web Site Reviews». Por tanto, esa publicación es un buen indicador y un mejor lugar para la exploración de ese tipo de recursos.

[36] Carole Emberton, «The Price of Freedom: Americans at War», *The Journal of American History* 92, 1 (2005), pp. 163-165. Algo similar en Beth Bailey, «The Price of Freedom: Americans at War», *The Public Historian* 7, 3 (2005), pp. 89-92.

En un sentido prácticamente opuesto, Richard Rabinowitz indicaba cómo cada uno de los acontecimientos citados en *Raid on Deerfield* era presentado desde múltiples perspectivas. Reconocía, como es obvio, que la brillantez del diseño no podía competir con una exploración sobre el terreno, sobre el espacio en el que ocurrieron los hechos, pero al mismo tiempo concedía que ese contenido digital superaba en algunos aspectos relevantes a algunos de los mejores libros que se habían escrito sobre ese episodio[37]. Más incisivos aún fueron otros evaluadores, destacando su valor museístico, el hecho de que el proyecto abandonara el enfoque de la mera compilación y se decantara por el uso consciente y la interpretación de las colecciones con un fin concreto: educar al público en un tipo de aprendizaje que hiciera explícitos los múltiples puntos de vista involucrados[38]. Es decir, presentar la complejidad del pasado, hacer que el visitante se esfuerce y entienda hasta cierto punto la tarea del historiador.

Como he señalado anteriormente, estos son solo unos pocos de los muchísimos y crecientes ejemplos de historia pública digital, ejemplos que podríamos acrecentar: cualquiera de los que utilizan el software Omeka, como *Gulag: Many Days, Many Lives; Shadows at Dawn,* que representa la masacre ocurrida en la frontera mexicana en 1871; *Politics of a Massacre: Discovering Wilmington 1898,* una incursión en el único golpe de Estado ocurrido en aquel país, en Carolina del Norte; u otros muchos de corte más simple, más didácticos en el sentido tradicional, etcétera[39]. En cualquier caso, no hay ejemplos europeos comparables. Aunque haya habido distintos intentos para importar el concepto de «historia pública»[40], muy poco se ha hecho en el terreno de la escritura digital, excepto algunos pocos casos y las consabidas webs de algunas conmemoraciones o de ciertos acontecimientos relevantes para las respectivas historias

---

[37] Richard Rabinowitz, «Raid on Deerfield: The Many Stories of 1704», *The Journal of American History* 92, 2 (2005), pp. 709-710.

[38] Lynne Spichger y Juliet Jacobsen, «Telling an Old Story in a New Way: Raid on Deerfield: The Many Stories of 1704», en J. Trant y D. Bearman (eds.), *Museums and the Web 2005: Proceedings,* Toronto, Archives & Museum Informatics, 2005 [http://www.archimuse.com/mw2005/papers/spichiger/spichiger.html].

[39] Véanse http://gulaghistory.org/; http://brown.edu/Research/Aravaipa/ y http://core.ecu.edu/umc/wilmington/index.html. Entre los de menores pretensiones, el dedicado a JFK [http://www.jfk50.org/] o el que versa sobre la ciencia y la tecnología durante la II Guerra Mundial [http://www.ww2sci-tech.org/].

[40] Remito de nuevo al artículo de Serge Noiret, «"Public History" e "storia pubblica" nella rete», cit.

nacionales[41]. Eso no significa, no obstante, que no exista algo parecido, sobre todo en el Reino Unido, aunque no haya un campo bien definido ni una especialización profesional acorde a ello. Siguiendo esa tradición anglosajona, en determinados países de Europa se entiende que la «historia pública» es por definición aquello que no es «historia académica» en sentido estricto. Es decir, ocuparía un amplio abanico que iría desde la historia local o los estudios genealógicos hechos por aficionados hasta las versiones de la televisión o el cine, realizadas por auténticos historiadores-estrella como Simon Schama o Niall Ferguson, pasando por los juegos multimedia y la historia digital propiamente dicha, que lo sería tanto la elaborada para la Wikipedia como la ofrecida por los archivos y museos, cada una de ellas con sus propios rasgos[42].

Dejemos de lado esa definición y volvamos a lo anterior, a los proyectos digitales de divulgación. La conclusión es que hay muy pocos casos europeos que podamos citar, y menos aún españoles. Dentro de los hispanos hay dos que merecen considerarse, dedicados ambos a la historia urbana, pero con notables diferencias. Por un lado, el espacio URBES, centrado en el estudio de las ciudades españolas. Se trata de un proyecto denominado «Tipos y características históricas, artísticas y geográficas de las ciudades y pueblos en la España del siglo XIX», del Plan Nacional I+D+i. Dirigido por un reconocido contemporaneísta, Germán Rueda, un historiador del arte, Luis Sazatornil, y una geógrafa, Carmen Delgado, se propone la «difusión de estudios y materiales que permitan profundizar en el conocimiento de la evolución de los espacios urbanos, los procesos de cambio social, la imagen de la ciudad, la demografía, el desarrollo formal y arquitectónico, los aspectos normativos o la planificación»[43]. La iniciativa es, pues, sencilla. Consta de una abundantísima bibliografía, catalogada indicando la ciudad a la que hace referencia, un

---

[41] En el caso español, algunas de esas exposiciones virtuales han sido organizadas por la BNE. Por ejemplo, la dedicada en 2008 a la «Guerra de Independencia», de la que se ha mantenido la guía didáctica: http://www.bne.es/es/Micrositios/Guias/Guerra_independencia/; más austera si cabe, aunque con mayor documentación, es la que dedica la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes a la Constitución de 1812, http://bib.cervantesvirtual.com/portal/1812/. Ninguna de estas iniciativas se asemeja a aquellos proyectos norteamericanos.

[42] Véase, por ejemplo, el repaso que realiza Jerome De Groot en *Consuming History. Historians and Heritage in Contemporary Popular Culture,* Abingdon, Routledge, 2009.

[43] Véase http://www.urbes.unican.es/index.html.

breve apartado «documental» y una más interesante galería de imágenes de algo más de un centenar de ciudades. Es una página bien realizada, pero falta dinamismo e interacción, de modo que se podría tomar como un primer paso. Si la comparamos con los proyectos que han utilizado la plataforma *Hypercities* o con los que utilizan los sistemas geográficos (GIS), entenderemos que queda aún mucho camino por recorrer y que se necesitan mayores financiación y colaboración interdisciplinar para poder llevar a cabo propuestas de mayor complejidad.

Lo es, en cambio, «Ferrol. Historia urbana», realizado por el «Taller de Estudios Urbanos» de la Universidad de A Coruña y comandado por José Maria Cardesín. En realidad, la iniciativa partió de Richard Rodger, director de la revista *Urban History* y del Centre for Urban History de la Universidad de Leicester, quien les encargó la realización de una página electrónica para el servidor de Cambridge Journals Online. Dentro de su nueva línea de ensayos multimedia, se trataba de experimentar con las nuevas tecnologías y vincular esa nueva fórmula con la citada publicación periódica. Tras tres años de trabajo, el proyecto se presentó en 2005, habiendo publicado previamente una versión impresa[44]. La página tampoco es excesivamente compleja, pero ofrece cierta interacción, razonable en función de los medios y de la época en la que se desarrolló. Incluye una parte estática, con un ensayo breve, sin enlaces, y una cronología conectada con el resto del proyecto. La parte central la constituye la presentación de las distintas zonas de Ferrol (Magdalena, Esteiro, Astilleros y base Naval) en cuatro períodos distintos (fundación, consolidación, franquismo y democracia). Cruzando una y otra coordenadas se obtienen diversas imágenes sobre las que se pueden resaltar distintos elementos (construcciones militares o civiles, monumentos, calles, vistas, etcétera), que enlazan con textos explicativos que, a su vez, incorporan otros enlaces. No contiene mayores pormenores ni filigranas y, si la comparamos de nuevo con algunas de las citadas propuestas norteame-

---

[44] José María Cardesín, «A Tale of Two Cities. The Memory of Ferrol, between the Navy and the Working Class», *Urban History* 31, 3 (2004), pp. 329-356, ensayo galardonado con el H. J. Dyos Prize in Urban History. En cuanto a la página electrónica: http://journals.cambridge.org/fulltext_content/supplementary/UHY/supp1/esp/ferrol1.html. En esa misma revista y años después aparecería un ejemplo que utiliza la plataforma *Hypercitites,* en concreto *Urban History* 36, 2 (2009), dedicado a «Transnational Urbanism in the Americas» [http://journals.cambridge.org/fulltext_content/supplementary/].

ricanas, puede parecernos poco sugerente y, lo que es más importante, inferior a su contraparte impresa.

A pesar de todo, el ejemplo «Ferrol. Historia Urbana» es relevante por varios motivos. En primer lugar, porque es el más atrevido y mejor de cuantos contamos; pero también porque no ha contagiado a otros investigadores. Acto seguido, porque es el único que en el terreno de la historia ha tanteado los problemas y retos que plantea la escritura digital, así como sus ventajas, reflexionando sobre todo ello. En este caso, con el objeto de realizar una especie de arqueología urbana representando la evolución de la ciudad y su memoria, dotándola de una naturaleza hipertextual en la que «más que nunca nos vemos obligados a hacer explícito el problema a investigar y a desarrollar una línea argumental muy clara». Finalmente, porque demuestra el enorme esfuerzo que supone una iniciativa de este tipo, mucho más costoso de lo que uno puede imaginar a simple vista, algo que contribuye a explicar la rareza de estos experimentos:

> En el proyecto que aquí nos ocupa, la construcción de una web de historia urbana, se hacía preciso el concurso de tres tipos de especialistas. En primer lugar los responsables de diseñar los contenidos, historiadores que contaban con el concurso de sociólogos, antropólogos y arquitectos. En segundo lugar los programadores informáticos, encargados de codificar estos contenidos en lenguaje de programación y de ofertar soluciones técnicas para que, por ejemplo, las páginas cargaran rápido y sin problemas. Y, finalmente, los responsables del diseño gráfico y conceptual, aquellos que diseñan el aspecto formal que nuestros contenidos tendrán cuando se visualicen en la pantalla, con vistas a desarrollar una interfaz amigable y que favorezca una navegación intuitiva. Este último aspecto resulta más importante de lo que pueda parecer a simple vista. El hipertexto tiene sus propias reglas, tanto formales como conceptuales: el orden lineal de exposición que rige en los textos escritos o en las conferencias académicas no resulta el más apropiado para comunicarse en Internet. Y la labor de diseñar la apariencia formal bajo la que nuestros materiales se expondrán en la pantalla del ordenador es condición necesaria para asegurarse un cierto grado de eficacia comunicativa[45].

[45] José María Cardesín, «De "Ferrol Urban History" a la "Historia Urbana de Galicia": explorando la relación entre memoria, imagen y espacio urbano a través de la Web», *Historia Contemporánea* 39 (2009), pp. 420-421.

En fin, para concluir, acaso lo mejor sea preguntarse si esta es realmente la historia digital. Desde un punto de vista académico, creo que los casos que acabo de recoger, junto con los que he presentado con anterioridad, ofrecen una representación ajustada del mapa numérico en el campo de la historia. La cuestión es que, como también he señalado, la historia está presente en internet de muchas otras maneras. Hay una polifonía de voces, un sinfín de registros que emergen y un sentir global que se afianza. Y múltiples formas, que van desde el hipertexto tradicional a otras formas de escritura, ya sean los blogs o las redes sociales en general. Si eso es así, hay ahí otra historia y también una nueva memoria en la que la gente, al margen o no del consenso disciplinario, se compromete de una determinada manera con su pasado al ejercer su voz en el presente. Pero ese es un asunto que exigiría mayores pormenores y más páginas.

CONCLUSIÓN
Estudiamos el pasado, proyectamos vivir en el futuro

> Todos usan internet, yo también. Todos hablan sobre internet, yo también. En ese asunto, el riesgo de ser banal es muy alto. Yo decidí correr este riesgo, porque una revolución tecnológica que está ocurriendo ante nuestros ojos y que modifica profundamente nuestra existencia, incluso los aspectos más triviales y cotidianos, debe ser analizada en todas sus implicaciones.
>
> Carlo Ginzburg, «História na era Google» (Porto Alegre, 29/11/2010)

Si alguien pregunta cuál es el futuro (digital) de nuestra disciplina, adelantaré una respuesta: lo desconozco. No es solo la historia o las humanidades, es el mundo el que está cambiando, en ocasiones de forma estimulante, en otras de una manera que nos sobresalta; y muy pocos son los que pueden presumir de comprender esa mutación. Los historiadores escribimos de forma retrospectiva, no prospectiva, una vez creemos saber cómo terminaron las cosas. Por eso nunca podemos dar por concluida nuestra labor, reescribimos porque el pasado nunca deja de pasar. Suele decirse, y es cierto, que a diferencia del detective e incluso del juez sabemos quién es el asesino y que ese descubrimiento nos permite atribuir determinado significado a lo ocurrido. Eso no ocurre porque el desvelamiento haga irremediables todas las acciones anteriores, no sucede porque ahora descubramos su propósito oculto, sino porque es ese final y no otro el que las reordena. Pero el colofón nunca es definitivo, pues nuevos hechos, diferentes procesos, variadas experiencias irán reafirmando un sentido o una perspectiva, o rescatarán otros distintos, nuevos u olvidados. Por eso reclamamos siempre la distancia; la procuramos para entender que nuestro antepasado nos rehúye, que hemos de acercarnos a él con sus categorías, pero la pretendemos para ganar en profundidad, en complejidad.

En medio de la transformación digital, zarandeados por el remolino del cambio, no hay distancia y la sensación es parecida a la que describiera Stendhal en *La Cartuja de Parma.* Un día de marzo de

1815, Fabricio del Dongo, segundo hijo del marqués del mismo título, anuncia a sus allegados que se marcha, que pretende reunirse con el emperador recién desembarcado en Italia, dispuesto a ofrecer a Napoleón el esfuerzo de su débil brazo. Ataviado con el uniforme de un soldado fallecido, llega inesperadamente a Waterloo, donde se mezcla con las tropas y oye el detonar de los cañonazos y las descargas de fusilería; aun así, se pregunta si aquello es una batalla de verdad. Herido levemente en un lance accidental, pasa convaleciente y desorientado las siguientes jornadas, mientras los aliados invaden Francia. Entonces, nos dice Stendhal, «nuestro amigo se transformó en otro hombre; tantas y tan profundas reflexiones le sugirieron los sucesos de que había sido protagonista. Un solo acontecimiento constituía su infantil obsesión, ¿era una batalla? ¿Esta batalla era Waterloo?» Fabricio, que va de un lado a otro mientras se desarrollan las operaciones, es incapaz de saber qué ocurre y, a pesar de que le aseguran que así es, que estuvo en aquella batalla y que era Waterloo, no acaba de convencerse, no acierta a comprenderlo, a pesar de que su presencia lo atestigua.

Tenemos sobrados motivos para excusarnos y para escudarnos, podemos estar tan desorientados como Fabricio del Dongo, porque estamos rodeados de un vaivén análogo y porque el desorden ha acabado por alterar el propio sentido común, el cual viene dado ahora por el proceso digital. Quizá no nosotros, pero los que nos siguen, quienes han nacido en otro momento, han incorporado ese sentido y su lenguaje y con él describen el mundo, lo viven, lo comprenden. En realidad, también nosotros hemos adoptado muchos de sus términos y significados para describir lo que nos rodea o lo que fue el pasado, dejándonos arrastrar por el peso de las nuevas palabras y por lo que evocan. Pero no es cosa exclusivamente de términos, de vocablos; se trata asimismo de un conjunto de procesos para captar el mundo, para conocerlo, muchos de los cuales pasan inadvertidos precisamente por su obviedad, por su familiaridad, cuando lo que hacen es modificar nuestro trabajo de una manera profunda. De ahí la necesidad de sobreponerse a la confusión, al extravío, y la exigencia de pensar lo que supone ese entorno numérico, de aquilatar lo que sucede a nuestro alrededor.

La propuesta ha sido esa y no otra. No hay pretensión de dictaminar cómo serán las humanidades o la historia en el futuro; tampoco he reclamado una ampulosa teoría de lo nuevo, de lo moderno, otro giro más, de esos que tantas víctimas han dejado; más bien he

intentado ofrecer una ayuda, una guía, unas instrucciones de uso que sirvan para reflexionar sobre todo ello, para que lo afrontemos de manera consciente. ¿A qué conclusiones he llegado? He querido iniciar esta reflexión preguntando si existe un campo académico en el que ubicar las prácticas digitales. Entiendo que ello es relevante por la costumbre disciplinaria de agrupar determinados estudios bajo un rótulo, con todo lo que tal cosa significa como espacio social e intelectual; pero sin voluntad de presentar ese análisis como reclamación, como un manifiesto en su favor. Es lógico, pues, que intentara dibujar la genealogía del campo, y así lo he hecho. Si no ando desencaminado sus precedentes remotos podrían estar, entre otros, en el ingeniero norteamericano Vannevar Bush y en el humanista italiano Roberto Busa.

Del primero queda aún su anticipación asombrosa, su invitación a que aprendamos de nuestra mente, de las múltiples asociaciones que es capaz de hacer, de su funcionamiento como archivo privado mecanizado: como el *memex.* En efecto, ese fue el término con el que imaginó un nuevo aparato, capaz de almacenar contenidos sin límite, susceptibles de ser consultados con velocidad y flexibilidad. Es decir, previó un suplemento ampliado e íntimo de nuestra memoria, según sus propias palabras. Al segundo le debemos su aplicación a los estudios humanísticos, con su monumental estudio de las palabras contenidas en las obras de Tomás de Aquino y otros autores conexos. Con el padre Busa se inicia la mecanización informática en nuestro campo y con ella un cambio en la investigación tradicional, del cual se derivan una nueva forma de tratar con los documentos y una preocupación por lo que representa esa herramienta como forma de expresión humana. Ambas cosas van unidas y no podemos entenderlas por separado, o al menos así he intentado exponerlo.

De aquellos tiempos «heroicos» surgirían lo que se han denominado las *Humanities Computing,* el momento en que las iniciativas aisladas dan lugar a la aparición de distintos centros, redes y proyectos que trabajan en el campo y reclaman su pertinencia, y las *Digital Humanities,* la época de consolidación, cuando los ordenadores e internet se convierten en algo familiar. Fue ese mismo fortalecimiento el que condujo a enunciar distintas propuestas sobre lo que significaba el rótulo «digital», ya fuera como conjunto de herramientas que nos permiten hacer distintas tareas y que hemos de comprender, ya fuera como tecnologías cuyo impacto es de tal calibre que, por sí mismas, constituyen un nuevo objeto, una nueva disciplina. Aunque

esas formulaciones resultaron ser muy variadas, hay algunos aspectos que se han mantenido como esenciales: sean o no una disciplina, las humanidades digitales ofrecen métodos y perspectivas heurísticas característicos, los cuales conforman un conjunto de prácticas para explorar un mundo donde lo impreso no es necesariamente predominante; además, en la medida en que existe una profunda conexión entre las herramientas que usamos y las estrategias interpretativas que aplicamos, se modifica la manera de estudiar nuestro objeto. Es algo que he reiterado, que las tecnologías (desde el alfabeto hasta hoy) tienen implicaciones cognitivas, de lo que resulta que hemos de historizar nuestro método, que no podemos separar las humanidades del entorno digital en que se producen.

Ese mismo recorrido ha ocurrido también en la historia, aunque presente algunas diferencias en intensidad y ritmo. En este caso, los precedentes están en un área muy conocida, vinculada al uso del ordenador y a la computación, la de la historia cuantitativa. No insistiré sobre ello, pero conviene recordar el éxito de ese programa serial hasta mediados de los años setenta y las promesas que anunciaba, tanto en Europa como en los Estados Unidos. Si nuestra percepción ha variado es por las críticas que se sucedieron desde entonces, en particular a raíz de la aparición del célebre estudio de Robert Fogel y Stanley Engerman, de la revolución cliométrica que anunciaba su volumen *Time on the Cross*[1]. A partir de ese momento, las predicciones que se habían hecho dejaron de tener sentido, quedaros vacías, como señaló Lawrence Stone en sus reproches. Por esa razón, lo cuantitativo quedó casi estigmatizado y, como consecuencia, separado de esa historia digital que surgiría entonces, en particular en los años noventa. Los historiadores empezaron a pensar la tecnología de otro modo: no solo para cuantificar, sino como medio para experimentar una nueva forma de escritura y de comunicación, ambas cosas en estrecha relación con el mundo humanístico, con la comprensión. De ahí surge la convicción de estar asistiendo a un trastorno en su manera de hacer, un cambio en la forma de examinar y representarse el pasado, en el modo de producir y comunicar.

Es ese conjunto de sugerencias el marco en el que he situado el resto de mis reflexiones. En realidad, se trata de saber cuáles son las principales modificaciones que podrían dar lugar a ese preten-

---

[1] Acaba de volver sobre ello y de forma acerada Francesco Boldizzoni en *The Poverty of Clio: Resurrecting Economic History,* Princeton, Princeton University Press, 2011.

dido campo de la historia o las humanidades digitales. O bien, sin atender a esa reclamación de un espacio disciplinario, pensar en qué aspectos y de qué modo lo numérico altera nuestra práctica. Eso ha obligado en casi todos los apartados a presentar, por decirlo así, el anverso y el reverso de nuestros usos y costumbres, aunque con desigual trato, al entender que lo uno y lo otro acababan al fin por yuxtaponerse, por contaminarse. Es decir, lo nuevo se entiende mejor exponiendo lo viejo, y esto último toma otro sentido desde aquel, sin que podamos desentendernos del uno y del otro. La clave, según la entiendo, podría ser el término textualidad digital, en su más amplio sentido: el sustantivo remite a lo escrito, a un conjunto de enunciados que están en el cuerpo de una obra y que hasta ahora se diferenciaban pero no se separaban de otros elementos materiales, la forma propiamente; mientras el adjetivo caracteriza su actual estado, informe, porque nos indica que el texto se compone y se ejecuta en última instancia con números dígitos. Todo lo que he apuntado viene a derivarse de esta dualidad y de sus múltiples consecuencias.

Ahora bien, las reflexiones que he desplegado no son realmente inéditas. Y si no reclamo, pues, ser el paladín de una novedad es porque mucho de lo que he señalado ya fue sospechado en algún momento. No es de extrañar que uno de esos anticipadores fuera Italo Calvino, como antes lo fue y completamente Jorge Luis Borges. En sus seis propuestas para el nuevo mileno que se avecinaba, el narrador italiano acometió la tarea de aventurar el futuro de la literatura en esa nueva era tecnológica, posindustrial, tratando de situar el libro en la perspectiva de otros rasgos posibles: levedad, rapidez, exactitud, velocidad y multiplicidad. Ningunos de esos valores estaba por nacer, más bien serían reformulados y permitirían arriesgar las contingencias de la escritura. O de la historia, o de las humanidades, porque si el lector ha comprendido mi invitación o si yo mismo he conseguido transmitirla sin demasiado extravío, concluiremos que el pasado está en el presente y estará en el futuro, o a la inversa; y que hemos de seguir aquella máxima brechtiana, citada por Benjamín, retomada tantas veces por Carlo Ginzburg y que me permito adaptar, de no comenzar con las cosas viejas, aun siendo buenas, sino con las nuevas, sean o no malas; o bien tratarlas ambas.

Lo curioso es observar que las ideas de Calvino, además de mejorar infinitamente lo que he expuesto, subrayan los mismos procesos o desórdenes, sin afirmar que aquello fuera superior o esto infe-

rior, sino distinto, especial, como también he intentado mostrar[2]. Para una época que a su juicio apunta a lo nuevo, a lo original y a la invención, este literato asegura preferir ante todo la levedad, para que la pesadez y la opacidad del mundo no se adhieran a nuestra escritura, lo cual significa «cambiar de enfoque», «mirar el mundo con otra óptica». Y podemos razonablemente escudriñar en otro lado, en las ciencias por ejemplo; y por qué no en la informática. Esta revolución industrial, nos dice, no es como la primera, pues ahora la pesadez deja paso a la levedad: «las imágenes aplastantes como laminadoras o coladas de acero» son sustituidas por «bits de un flujo de información que corre por circuitos en forma de impulsos electrónicos». Esos bits sin peso dominan a las máquinas de hierro o acero, al igual que impregnan la escritura, pero también, diríamos, los soportes, fluidos y de gran plasciticad, incluso el leer y el pensar, aunque puedan ser fragmentarios y parezcan superficiales. Porque, y en eso estamos de acuerdo, el secreto de la levedad ha de estar en su contraparte, en la gravedad, y no en lo que «muchos consideran la vitalidad de los tiempos, ruidosa, agresiva, piafante y atronadora» ni en «la vaguedad y el abandonarse al azar». Así, el mundo digital podrá verse como forma de promover una de las vocaciones seculares de la literatura: «hacer del lenguaje un elemento sin peso», perseguir la gravedad sin peso.

Entiendo que en ese Calvino, reapropiado e incluso sobreinterpretado para los fines que me ocupan, están dos de los elementos básicos sobre los que he construido la argumentación, una perspectiva que también procede o se confirma al rastrear lo que otros estudiosos han subrayado a propósito del entorno digital: la alteración de los soportes y la posible modificación de los hábitos de lectura, con sus consecuencias. Los textos de hoy son, en efecto, leves, carecen de corporeidad, de embalaje físico, lo cual les otorga una movilidad sin precedentes; son además blandos, muelles, a pesar de su densidad, de modo que podemos «editarlos» indefinidamente, borrándolos, transformándolos, actualizándolos; incluso podemos volver atrás, deshacer lo alterado, y el escrito se reajusta sin dejar rastro aparente de lo desaparecido. Es una auténtica inversión de lo cono-

---

[2] Como en tantas otras cosas en este ensayo, ese parentesco o asociación no es nuevo. Por ejemplo, está al menos apuntado en el texto que Virgilio Tortosa incluye en el libro que edita con el título de *Escrituras digitales. Tecnologías de la creación en la era virtual,* Sant Vicent del Raspeig, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2008.

cido en los últimos siglos, porque si bien sabemos que la estabilidad textual no ha existido históricamente, no es menos cierto que la imprenta inauguró una forma material determinada, una que hizo del libro un objeto fijo e inmutable, mientras lo elástico era la lectura, el contenido. El contexto digital liquida esa dualidad, multiplicando la agilidad de los textos, hasta el punto de que el propio autor queda tocado. Si el texto se separa de una forma material determinada, se distancia también de lo que ella conlleva, de la inscripción con la que el autor fija su nombre y su propiedad, su exclusiva capacidad para cerrar el texto o para reabrirlo, para darle forma. Esa posibilidad, por las razones apuntadas, queda ahora discutida, ya que el lector o el usuario pueden manipularlo indefinidamente, no solo mentalmente sino de manera material, digital. En realidad, lo que ocurre es que no hay forma, y así se da lugar a un fenómeno desconocido desde la imprenta, pues la estructura y apariencia de los textos jamás estuvieron antes en manos del usuario, nunca fue tan grande su poder. De ahí que la revolución que vivimos lo sea sobre todo de los soportes y de las formas de comunicación.

Si hablamos de trastorno radical es, de otro lado, porque al variar la noción de contexto y de cuerpo se perturba el procedimiento con el que hemos venido dando sentido a los textos. La mayor parte de las mutaciones que observamos derivan de este fenómeno, como ha observado uno de sus estudiosos más perspicaces y al que he acudido reiteradamente, Roger Chartier. Sin identificación inmediata entre un escrito dado y el objeto que le sirve de soporte, nos dice, cambia todo el sistema de percepciones que tradicionalmente asociamos a los textos. Por ejemplo, se rompe la conexión entre materialidad y discursos, pues un texto no tiene una morfología distinta según las pretensiones del autor: todas las presentaciones son semejantes y dependen de lo que el lector decida hacer con el texto; no importa que sea un libro, un artículo, un documento o una carta, no hay diferencias materiales. Por eso mismo, nada puede quedar inalterado, aunque la revolución sea semejante a la acontecida con la aparición de la imprenta y podamos decir que lo impreso y lo digital convivirán al igual que el libro y el manuscrito convivieron durante largo tiempo. Visto en términos históricos, es incluso como si hubiera reaparecido el antiguo rollo, con la particularidad de que el nuevo se despliega de forma distinta y con el añadido de que contiene lo característico del libro; además, insisto, con un lector que tiene unas posibilidades desconocidas, dada la modificación estructural de la tipología de los escritos.

Esos parentescos entre ayer y hoy se observan también en el fenómeno de la lectura. Podemos decir que los textos funcionan de otra manera porque pueden ser leídos de forma distinta, porque cambian las prácticas de lectura, o pueden hacerlo. Se trata de un fenómeno que ha suscitado una enorme atención, también entre los historiadores, dados sus efectos cognitivos. Son muchos los autores que han señalado una degradación del lector, una merma en nuestra capacidad de concentración, conectada con la sustitución de la lectura atenta y profunda por otra de tipo fragmentaria, superficial, lo que sería un triunfo de la levedad sobre la gravedad, pero una levedad en el sentido de la vaguedad y el abandonarse al azar que indicara Calvino. Se ha hablado así de lectura dispersa, horizontal, lateral o simultánea, con una conclusión invariable: nos impide conocer como antes. Ese cambio se asocia a la nueva sociedad de la información: si la civilización escrita estaba basada en la escasez, eso se compensaba con una lectura más intensa; cuando el número de textos se multiplica exponencialmente, modificamos la práctica. En otros términos: leemos de otro modo también porque los textos no solo contienen cosas escritas, con lo que permiten otra forma de conocimiento.

Por mi parte, he intentado mostrar que muchas de estas afirmaciones son discutibles, pues ni el pasado impreso es áureo e insustituible ni el presente digital se caracteriza necesariamente por la fruslería, que la nueva época no es simplemente ruidosa, agresiva, piafante y atronadora; más aún si podemos sostener, como creo, que la red restablece de hecho la lectura y la escritura como actividades centrales de nuestra cultura. También he señalado que eso no nos evita la desorientación, que es lógica y ya sucedió en otras etapas históricas. Para mostrarlo, he recobrado las quejas por la mayor circulación del libro frente al manuscrito, con el aumento de los errores tipográficos y con la vulgarización del saber, o la medicalización de la lectura a partir del setecientos, a la que se atribuían efectos nocivos para la salud. Y he reivindicado que, a pesar de todo y como ahora, los cambios no hacían sino favorecer otras formas de lectura, con el resultado de una pluralidad de prácticas acordes con los fines del lector. En ese sentido, si sustituir la oralidad por la escritura fue una ventaja, si también lo fue la imprenta, no hay razones para pensar que la tecnología digital vaya a empeorarnos. Lo que no sabemos es cómo nos afectará, porque la alteración que estamos viviendo también repercute sobre nosotros como individuos.

Pero donde se ve realmente cómo hacer del lenguaje algo sin peso es en los otros rasgos que Calvino añade a continuación. El de la rapidez es el que sigue, sin arriesgarnos a «achatar toda comunicación convirtiéndola en una costra uniforme y homogénea», comunicando y exaltando lo diferente. Y velocidad mental, digresión, que es ágil, móvil, desenvuelta. Por supuesto, Calvino prefiere los textos breves y no las obras largas, porque cree que allí expresa mejor esa tensión con la que escribe, siempre buscando la expresión verbal más feliz, más fulgurante, sin olvidar nunca que «la longitud y la brevedad del texto son, desde luego, criterios exteriores» y que el libro, en sus formas más difundidas, no debe ser un fetiche que inmovilice «la experimentación de formas nuevas». No quiero exagerar la comparación ni aprovecharme del narrador italiano para asentar mis propias reflexiones o las de otros, pero mucha de la escritura digital, en la red o para la red, explota precisamente esas propiedades. De hecho, la rapidez de estilo y de pensamiento nos expone a «las divagaciones, a saltar de un argumento a otro, a perder el hilo cien veces y encontrarlo al cabo de cien vericuetos». Qué fácil sería, pues, citarlo con simples propósitos demostrativos: «desde que empecé a escribir he tratado de seguir el recorrido fulmíneo de los circuitos mentales que capturan y vinculan puntos alejados en el espacio y en el tiempo». Enlaces, vínculos y, a la postre, la «literatura potencial» que el cultivó y que remite, cómo no, a Jorge Luis Borges.

E igualmente, o mejor, exactitud. Desde luego y ante todo en el lenguaje, que debería ser preciso. Y nuevamente su propuesta es también muy de nuestros días, pues si para conseguirlo Calvino prefiere escribir es porque escribiendo corrige tanto como quiere, hasta eliminar lo que le insatisface, algo que las máquinas, los editores de texto, extreman en grado sumo. De igual modo esa precisión, esa densidad particular, «encuentra su medida en la página única», que alguien osadamente identificaría con el hipertexto. No en vano, se pone a sí mismo como muestra, a su predilección por «las formas geométricas, por las series, por la combinatoria, por las proposiciones numéricas»; y utiliza a sus distintas obras como ejemplo, en particular a *Las ciudades invisibles,* donde «cada breve texto linda con los otros en una sucesión que no implica una consecuencia o una jerarquía, sino una red dentro de la cual se pueden seguir múltiples recorridos y extraer conclusiones plurales y ramificadas». Lo que viene a ser, salvando todas las distancias que deban ser salvadas, una propuesta de geografía virtual que ha sido explotada por el hipertexto.

Me refiero así a la capacidad narrativa y expresiva del texto digital, mayor, multidimensional, que incorpora elementos que cambian nuestra forma de decir y de mostrar. Pero eso, a diferencia de lo que defiende literalmente Calvino, ya no nace por fuerza del discurso, que siempre propone una o diversas lecturas, no necesariamente infinitas, sino del dispositivo, del soporte, del que se sigue la posibilidad de un nuevo tipo de escritura. Quizá solo lo advirtamos en parte o acaso no queramos darnos cuenta, pero el editor de textos con el que trabajamos nada tiene que ver con mecanografiar o con utilizar un lápiz, un bolígrafo o una pluma. La capacidad de manipulación y la forma de escritura son muy distintas: deliberamos, decidimos y el editor transforma lo pensado en aparentes palabras, frases y párrafos, pero lo hace con un lenguaje de bits, algunas de cuyas características ya he subrayado. Esa es la condición hipertextual, es decir, textos que son bloques de palabras, sonidos e imágenes unidos mediante múltiples cadenas de sentido, conformando una textualidad abierta, inacabada. Se supone, pues, que sus infinitas cualidades están en la capacidad del lector (no solo en su imaginación) para ordenar esa red de significados potenciales, algo de lo que internet sería el paradigma por excelencia. Imaginemos que utilizamos un buscador para encontrar algo, que tecleamos distintas palabras, que vemos múltiples resultados y que, finalmente, damos con algo que nos interesa. Hemos seguido un recorrido y hemos llegado a un final, aunque de forma casi azarosa. Supongamos que no hemos archivado ese enlace, ese lugar concreto, y que deseamos recuperarlo pasado un tiempo: seguramente no utilizaremos los mismos criterios de búsqueda, no seguiremos idénticos senderos, puede que no consigamos encontrar lo que una vez hallamos y puede incluso que, localizándolo o no, nos topemos con otro contenido preferible. Cada vez es distinta de la anterior.

Sin límites físicos, no hay linealidad ni orden, sino fluidez, la posibilidad de que un clic nos transporte de un lado a otro y de que, al hacerlo, abandonemos lo que veíamos o leíamos por aquello a lo que nos remitía. O quizá sí es algo semejante a lo que hacía Calvino o a lo que ensayaba Georges Perec, es decir, a lo inaugurado por Borges. Es también, y por supuesto, otra vertiente de esa lectura fragmentaria o sincopada de la que hablábamos, con algunas consecuencias importantes para nuestra escritura. Pensemos en nuestra práctica: redactamos y ponemos citas en las que el lector se cerciora de lo afirmado, sin otra posibilidad que tomar notas de la fuente o el

documento. En cambio, si ese texto es digital, un enlace nos despacha hacia otros textos o documentos externos y cualquier acción sobre un elemento los reconfigura todos, abriendo un nuevo punto de partida con conexiones que se nos escapan y que forman una nueva red de enlaces posibles; como esa red de la que habla Calvino, «dentro de la cual se pueden seguir múltiples recorridos y extraer conclusiones plurales y ramificadas». Con una particularidad añadida: dada la plasticidad del hipertexto, la capacidad para incrustar en él todo tipo de contenidos altera el conjunto de técnicas de representación que podemos utilizar.

¿Cómo han respondido los historiadores a ese reto? He intentado clasificar los diversos experimentos de este tipo, que van desde la simple digitalización de lo impreso, pasando por los que incluyen enlaces a fuentes con simple voluntad ilustrativa hasta, finalmente, los textos pensados para la pantalla, integrando documentos electrónicos. Todas estas propuestas han dado lugar a numerosos comentarios y debates, sin dudar por lo general de sus beneficios, pues incluso cuando contamos con dos versiones, impresa y digital, esta última suele mejorar a aquella. Las bondades de las experiencias plenamente digitales radican en su mayor expresividad, en su oferta multidimensional, en la participación que se le exige al lector, que no solo ve y escruta, sino que ha de construir, utilizando los diversos documentos que se aportan, etcétera. De alguna manera, el usuario es consciente de las dificultades de la tarea del historiador, que muestra así su proceso de trabajo. Y todo ello de forma participativa, casi como un juego, de ahí que esos ensayos hayan sido más numerosos en el ámbito divulgativo, en lo que denominamos la «historia pública».

Lo anterior no nos ahorra, e incluso incrementa, las dudas. He indicado que, efectivamente, es posible una escritura más compleja y reflexiva, una que sugiera más, que permita una mirada más plural, con mayores compromiso y participación del lector. Ahora bien, precisamente por eso se corre el riesgo de ofrecer un texto sin sentido histórico, que peque de esa vaguedad y ese azar que denunciaba Calvino en literatura y que nosotros podemos traducir en nuestra práctica: un texto impreciso sería aquel que carece del hilo con el que el estudioso enhebra las huellas del pasado. Lo que hace sobre todo el texto digital es mostrar, pero el historiador no solo expone las fuentes, sino que aporta su experiencia, su método, su voz. Porque si bien el hipertexto promete al lector infinitas versiones, noso-

tros sabemos que no todas son posibles, que la nuestra utiliza la imaginación pero no es ficción ni fantasía, y que hay algunas, unas pocas, que son mejores y más significativas y que incluso las hay que deben ser descartadas completamente. Sin nadie que lo interpele, el documento es mudo, o peor, se toma como presencia directa de lo acontecido, como si el solo registro permitiera comprender el significado de las acciones que incorpora. Para que todos seamos historiadores es preciso saber en qué consiste esa disciplina y cómo preguntar al pasado. O bien ese modelo se utiliza simplemente para exposiciones, museos, conmemoraciones o con fines didácticos.

Por las razones aducidas, los textos digitales más modestos, con mayor control por parte del académico, nos parecen más sensatos, porque ofrecen una interpretación, una guía comprensiva con la que el usuario puede seguir las múltiples dimensiones que ahora podemos ofrecer. Esa es precisamente su ventaja, que el historiador no ha desaparecido, pues ha explotado con mayores o menores fortuna y riesgo las posibilidades del hipertexto. De la pantalla, no lo olvidemos, jamás podrá surgir una explicación a lo que estudiamos, del mismo modo que no emerge de la mera visita al archivo ni de la contemplación de una imagen. Ahora bien, reconocido lo anterior, hemos de otorgar igualmente que un hipertexto exige un mayor esfuerzo y una colaboración interdisciplinar y que, a pesar de todo, representa el futuro, parte de las nuevas formas posibles de escritura.

Toda esa mudanza nos agita, nos hacen sentir que ese mundo no es el nuestro, que lo que se propone en internet nada tiene que ver con las costumbres de nuestro oficio, que esa marabunta de opiniones, de comportamientos y de escrituras en nada debe alterar la seguridad de nuestro taller, si queremos que nuestro oficio sea relevante y significativo. Al fin y al cabo, nos ocupamos del pasado y estudiamos documentos, los mismos que han estudiado nuestros antepasados, equivalentes a los que analizarán aquellos a los que estamos formando en ese oficio académico que es la historia o que son las humanidades. ¿Pero realmente es así? En efecto, para un historiador no hay nada más importante que las fuentes, de igual modo que no hay lugar más querido que aquel que las alberga, los archivos. La cuestión es que también esos espacios se están modificando, lo cual repercute sobre nuestro modo de hacer. No podía ser de otro modo si hay un desorden en los soportes y en la lectura. Acaso el problema, el que supone huir de la confusión digital y refugiarse en el taller, esté precisamente en que el archivo es nuestro fetiche particular, un depósito de deseos, los de

encontrar la verdad, de decirla y de dominar el conocimiento del pasado. Tememos lo que pueda derivarse de un cambio en las condiciones con las que hemos venido trabajando desde hace más de un siglo. Si he insistido en la importancia de los grandes depósitos nacionales, desde el punto de vista material y simbólico, es exactamente por eso, por las potenciales conmociones para la socialización profesional, la crítica de las fuentes, el concepto de prueba, las memorias nacionales y, en suma, el concepto mismo de documento.

Por supuesto, Calvino no se recrea en nuestras preocupaciones, las suyas son propuestas para la literatura, pero nos sentimos igualmente conmocionados, afectados por sus reflexiones. Indica así que otro de los rasgos potenciales, futuros, es el de la visibilidad, que él remite de algún modo a la imaginación como instrumento de conocimiento y en particular a dos tipos de procesos imaginativos: llegar de la palabra a lo visual y de esto a lo verbal. No se refiere, pues, a que las redes de comunicaciones nos hagan más visibles, a que podamos difundir mejor nuestros logros o nuestra persona. Al contrario, nos advierte de ciertos peligros o nos contrapone dos mundos, el de ayer y el de hoy. Si en la palabra, en la escritura, caben todas las realidades y todas las fantasías, no es menos cierto que antaño la «memoria visual de un individuo se limitaba al patrimonio de sus experiencias directas y a un reducido repertorio de imágenes reflejadas por la cultura», lo cual era combinado «de maneras inesperadas y sugestivas». En cambio, ahora las imágenes nos bombardean y «la memoria está cubierta por capas de imágenes en añicos, un depósito de desperdicios donde cada vez es más difícil que una figura logre, entre tantos, adquirir relieve». Dicho así, el peligro es perder una «facultad humana fundamental: la capacidad de enfocar imágenes visuales con los ojos cerrados, de hacer que broten colores y formas, del alineamiento de caracteres alfabéticos, negros sobre una página blanca, de pensar con imágenes». Calvino no hace sino preguntarse por el futuro de la imaginación individual (histórica) en la época de la civilización de la imagen (digital), lo que se podría traducir en interrogarse, y así lo he intentado hacer, sobre cómo el medio numérico recompone nuestro trabajo y sobre cómo, en última instancia, la amplitud de nuestra imaginación o la amplitud de la contingencia pasada estudiable se relacionan con las posibilidades y rasgos del espacio digital.

Esa contingencia que nos es dado analizar y esa imaginación que le aplicamos son las que propongo que nos remitan, por ejemplo, al

archivo y a lo archivable. ¿Qué ocurre hoy? Vivimos una nueva manera de preservar el pasado y de conservar el presente: se digitalizan las fuentes analógicas, aumentan los documentos originados de forma numérica y, finalmente, unos y otros se almacenan con los nuevos medios. Es decir, un modo diferente de conservación y, derivado de ello, una diversa reproducción y una particular manera de dar a leer lo preservado. Decía Robert Darnton que la experiencia de examinar un pequeño volumen, diseñado para que lo tengamos en la mano, es distinta a la que obtenemos cuando ojeamos uno mucho más pesado, apoyado en un atril. Y añadía que es primordial sentir la obra: la textura del papel, la calidad de su impresión y el tipo de encuadernación son una apariencia física que nos la descubre como pedazo de un sistema social y económico, cuando no nos habla de un conjunto de prácticas asociadas (las notas o comentarios al margen, la firma, la dedicatoria personal, etcétera). Todo eso es importante, incluso los olores. No me resisto a exponer la experiencia que relató Paul Duguid en un archivo portugués, mientras consultaba cierta correspondencia de finales del setecientos. Las cajas de madera que contenían esos papeles estaban llenas de polvo y cada vez que los removía le producían un ataque de asma, por lo que su mayor deseo hubiera sido haber podido examinar esos fondos en formato digital. Pero una tarde se presentó otro historiador para hurgar en esos mismos documentos; no los leía, sino que se los acercaba a la nariz y los olía profundamente, inspirando ese molesto polvo; a veces, tras el olfateo, abría la carta, la inspeccionaba brevemente y tomaba alguna nota. Duguid, que lo contemplaba casi asfixiado, decidió satisfacer su curiosidad y le preguntó los motivos: resultó ser un historiador de la medicina que estaba documentando los brotes de cólera. ¿Cómo? En aquella época, cuando se manifestaba la enfermedad y para evitar su propagación, las cartas se desinfectaban con vinagre; de ese modo, siguiendo el rastro de ese líquido y atendiendo a la procedencia y la fecha de esas misivas, se podía reconstruir el progreso de la epidemia[3].

Poco más se puede añadir, pues sabemos la pérdida que supondrá renunciar a la consulta física de los documentos, a su materiali-

---

[3] Robert Darnton, «Las bibliotecas en la era digital», *Pasajes de pensamiento contemporáneo* 27 (2008), p. 17; John Seely Brown y Paul Duguid, *The social life of information,* Boston, Harvard Business School Publishing, 2000, pp. 173-174 [ed. cast.: *La vida social de la información,* Buenos Aires, Prentice Hall, 2001].

dad y a su orden, a la vecindad que han mantenido durante décadas con otros textos y al sitio que han ocupado en esos espacios monumentales. Es también una pérdida o un cambio de la imaginación con la que tratamos el pasado, en el sentido apuntado por Calvino y en otros. Leer un único documento, y «verlo» en la pantalla es algo bien distinto; añadiríamos además que puede descontextualizar la información y el marco al que pertenece. También abre otras perspectivas. Por ejemplo, la digitalización permite imaginar, pensar y tratar los textos de forma diferente, tanto cualitativa como cuantitativamente; sobre todo lo segundo, ya que un documento o un libro se convierten en bases de datos que podemos explorar y rastrear mecánicamente, con una facilidad desconocida. Asimismo, la conversión de lo impreso o manuscrito a dígitos binarios augura un acceso igualmente inédito, pues cualquiera y en cualquier parte tendría la posibilidad de consultar algo que puede estar a miles de kilómetros de distancia y que, por eso mismo, nunca hubiera conocido o jamás hubiese pensado analizar. En ese sentido, si el conocimiento textual ha sido asunto casi privativo de determinados países, los que crearon los grandes archivos para describir y dominar el mundo, entiendo que la nueva realidad digital puede descentralizar la disciplina, descentrarla incluso, favoreciendo también un determinado tipo de historia, más global, más interconectada.

Pero no solo es esa operación la que nos obliga a repensar el archivo, más lo hace si cabe el propio documento del presente, el que ha sido generado digitalmente y que también nos interpela sobre lo que es dado estudiar, investigar. Basta con pensar quiénes, cómo y con qué fines custodiaron los documentos en el pasado para compararlo con la forma en que millones de textos se nos ofrecen hoy. He puesto el ejemplo de los breves mensajes que se escriben para la red social Twitter, que están siendo almacenados como fuente para el futuro. He señalado que lo que conservábamos hasta ahora había sido producido después de haber ocurrido el acontecimiento al que se refería, mediado por la memoria o por las exigencias de la institución que lo generaba, mientras hoy se reacciona de inmediato y lo escrito es reelaborado con igual celeridad por miles de personas. He indicado que ya no hay piezas únicas, singulares, sea por la profusión misma de voces, sea por la capacidad de reproducción técnica. Jamás hemos dispuesto de tantos y tan variados textos personales, igualmente mediados por la proliferación de los dispositivos que registran la memoria individual. Y, no obstante, jamás hemos

tenido esa sensación de fugacidad, de variedad y de saturación, reforzada por el hecho mismo de que estos soportes son volátiles, más frágiles que el mismo papel, tanto que no sabemos si podremos preservar su contenido, pues el archivo presente ya no tiene una ubicación y un sentido, no es estable. En suma, su vieja función ha cambiado: ¿qué nacionalidad tiene un documento nacido digital?, ¿qué memoria guarda?

Lo que podría reclamarse, pues, más allá de la relevancia que cada uno vea en estas nuevas formas, es una alfabetización digital, conscientes de que irremediablemente nos modificará. Así es, porque toda alfabetización, escritura o lectura, así como sus formas, reflejan maneras de pensarnos a nosotros y a lo que es externo, cuyas consecuencias, aun siendo generales, son más sensibles entre aquellos que viven inmersos en lo textual. Y en este punto conviene introducir otro elemento, forzando de nuevo lo indicado por Italo Calvino. La quinta de sus propuestas es la multiplicidad, un tema cuya inclusión tiene por motivo hablar de la novela como enciclopedia, como método de conocimiento, como «red de conexiones entre los hechos, entre las personas, entre las cosas del mundo». También aquí se ha tratado ese mismo asunto. Para el narrador italiano, no obstante, eso significa rescatar la ambición de representar «la multiplicidad de las relaciones, en acto y en potencia», algo que puede parecer desmesurado pero que es preciso imaginar, probar, como hizo Borges y practicó Georges Perec: la «hipernovela», la máquina de multiplicar narraciones. Ese intento contemporáneo, el de «la multiplicación de los posibles», parece verse, asegura Calvino, como un alejamiento del yo, de la individualidad, de la sinceridad y la verdad propias. Pero no es así, se responde, porque «cada vida es una enciclopedia, una biblioteca, un muestrario de estilos donde todo se puede mezclar continuamente y reordenar de todas las formas posibles». Aunque sus deseos son incluso otros: «ojalá fuese posible una obra concebida fuera del *self,* una obra que permitiese salir de la perspectiva limitada de un yo individual, no solo para entrar en otros yoes, semejantes al nuestro, sino para hacer hablar a lo que no tiene palabra». Y así podríamos hablar de la multiplicidad de lo que es dado representar, de su nuevo potencial, de las variadas formas de hacerlo y de trasmitirlo y del conjunto de voces que hoy se apiñan y se conectan para obrarlo.

Esa multiplicidad puede ser leída de muchas maneras, literales y metafóricas. Por supuesto, en el hipertexto, pero también en el fo-

mento de la colaboración que es característica de la red: lo que se suele denominar la «sabiduría de la multitud». La desmaterialización de lo escrito y la multiplicación de lecturas permiten configurar un entorno en el que predomina el grupo, en el que la suma de clics, la agregación de decisiones, fija cualquier respuesta a una pregunta dada. Es semejante a cuando indagamos sobre algo en internet y el motor de búsqueda nos contesta no con lo que allí se contiene, sino con lo que los usuarios han ido resaltando en sus elecciones previas o según lo que nosotros mismos hemos visitado con anterioridad, de modo que la certeza (la respuesta obtenida) o bien remite a la supuesta neutralidad del cómputo de las pulsaciones con el ratón o bien se particulariza, adecuándola a tantos perfiles como sea posible. Y así, por otra parte, existe y adquiere importancia lo que el colectivo decide, incluso aquello que carece de realidad o es simple bulo. Visto desde otra perspectiva: al igual que la imprenta parecía vulgarizar el conocimiento, dejándolo en manos de cualquiera y haciéndolo llegar a ojos y oídos profanos, internet promete llevar al extremo la democratización del saber. Si es el vulgo el que produce ese conocimiento y lo difunde, entonces muda el sentido y la relevancia que damos a términos como experto y experiencia.

La Wikipedia sería el ejemplo por antonomasia, aunque no el único, en tanto reclama que también esa enciclopedia se prepara con pericia y habilidad, sin que el saber que acumula sea patrimonio de aquel al que la sociedad otorga la categoría de experto. Tiene, en fin, su propia poética: impugna las prerrogativas del especialista y rechaza de plano su participación prominente; proporciona un diálogo multitudinario que, por su funcionamiento, no reproduce los temas tradicionales ni su jerarquía, sino que genera y difunde información diferente y de manera distinta; modifica el concepto de verdad que hemos venido asumiendo; etcétera. Todo ello, por otra parte, descentra el conocimiento establecido, prefiriendo lo simple a lo complejo, lo anecdótico a lo fundamental, los chascarrillos a lo nuclear, siempre sobre la base del consenso. Es decir, no compite con la escritura histórica tradicional, puesto que esta exige analizar, comprender y explicar, pero se impone porque ofrece información libre y de fácil acceso empleando un método colectivo y porque conecta con lo popular. No es extraño, pues, que muchas sagas fílmicas o literarias, como la de la guerra de las galaxias o la del señor de los anillos, ocupen más espacio y susciten mayor atención que cualquier otra realmente acaecida. Jamás hubiéramos esperado eso

de una enciclopedia a la antigua usanza, donde el orden de los saberes, el árbol del conocimiento, se establecía de otro modo.

Eso no es todo, como advertirá el lector. He considerado que, entre otras cosas, esta aproximación o guía no podía concluir sin mencionar otro de los aspectos centrales del conocimiento, el de su difusión, para lo que no encuentro asidero en ninguna de las propuestas de Calvino. De nuevo, remitimos a las características del soporte que utilizamos, rasgos que revolucionan la manera de comunicarnos, tanto por la rapidez de las comunicaciones (otro tipo de rapidez, menos preciso y más literal, distinto del de narrador italiano) como por la facilidad para llegar a cualquier público. Si publicar pudo ser un problema en un determinado momento, ahora ha dejado de serlo, aunque esa proliferación de medios conduzca nuevamente a la desorientación, a falta de balizas académicas que los regulen y garanticen su calidad. En efecto, la circulación de los resultados de nuestras investigaciones se ha modificado notablemente. Aunque sigamos confiando en los medios tradicionales, sabemos que poner algo en la red permite llegar a un número de lectores insospechado. Si empleamos los medios tradicionales, nuestro estudio será revisado, pasará ciertos controles y, si los cumple, será publicado con alguna demora y tendrá una difusión limitada por lo general a nuestro gremio; esa misma investigación, en cambio, la podemos ofrecer en la red de manera inmediata y, al margen de su calidad, será consultada por un mayor número de personas (incluidos nuestros colegas).

También en este aspecto aflora la incertidumbre, consustancial al paso de una etapa a otra, por lo que desconfiamos de aquello que encontramos por internet. De igual modo que asociamos un libro a sus vecinos de colección o al sello editorial e identificamos un artículo según la revista que lo ha publicado, nos cuesta disociar un trabajo encontrado en internet del resto de enlaces que un buscador nos proporciona; dado que estos suelen ser banales, tildamos de dudoso el contenido de aquel. Ni siquiera acabamos de otorgar la credibilidad que merecen aquellas publicaciones serias cuyo único soporte es digital, como si quedaran contaminadas por la propia red, y preferimos refugiarnos en lo inequívoco, en lo tradicional. Pero el refugio no es seguro, a juzgar por la creciente difusión de los trabajos académicos en la red, así como por las múltiples iniciativas en favor del acceso abierto a determinados estudios académicos. Si conectamos eso con las otras cuestiones previas (soporte, lectura,

escritura, fuentes, colaboración) no sería de extrañar que en las humanidades se acabara favoreciendo también el artículo frente al libro, el ensayo breve frente al largo, por una simple cuestión de rapidez, facilidad, acceso y eficacia; o por las mismas razones que, ahora sí, fueron apuntadas por Italo Calvino. No es así de momento, pero la monografía impresa lucha con escasas armas en el mundo digital.

En fin, el escritor italiano jamás llegó a redactar la sexta y última de sus propuestas, pues la muerte le sobrevino en el preciso instante en que se disponía a ponerla por escrito. Sabemos por su viuda Esther que iba a tratar parcialmente sobre *Bartleby, el escribiente,* el relato de Herman Melville. Podemos conjeturarlo todo o nada sobre sus intenciones y sobre las palabras que consignaría, así que me abstendré de hacerlo. Debe recordarse, no obstante, que el relato de Melville trata sobre un amanuense que es incapaz de cumplir los encargos que se le solicitan. A cualquiera de las peticiones del abogado para el que trabaja responde negativamente y, cuando se le pregunta por qué rehúsa cumplir sus obligaciones, solo añade: «Preferiría no hacerlo». Para quienes estudiamos el pasado, para historiadores y humanistas en general, no parece una buena manera de encarar el futuro digital, ni siquiera creo que ese fuera el propósito de Calvino.

Quizá para aplacar el desconcierto, el narrador del cuento de Melville nos desvela finalmente un rumor sobre la vida de Bartleby, sobre quién fue antes de haberlo conocido: habría sido un empleado subalterno en la Oficina de Cartas Muertas de Washington. Un oficio, añade, para la desesperanza, ese de clasificar misivas que finalmente serán pasto de las llamas, pues no hay lugar al que destinarlas ni buzón donde depositarlas. Cartas con mensajes de vida que se apresuran hacia la muerte. Me niego a pensar que el mundo textual, impreso, esté condenado a desaparecer, a funcionar como oficina de cartas muertas, pero tampoco servirá la negación, ni bastará encogerse de hombros. Si alguien me pregunta, pues, cuál es el futuro (digital) de nuestra disciplina, preferiré acopiarme con Paul Valéry, con las palabras que escribió sobre la moderna conquista de la ubicuidad, las mismas que sirvieron de epígrafe a Walter Benjamin en su ensayo sobre la obra de arte en la era de la reproductibilidad técnica:

> Se instituyeron nuestras Bellas Artes y se fijaron sus tipos y usos en tiempos bien distintos de los nuestros, por obra de hombres cuyo poder de actuar sobre las cosas era insignificante frente al que hoy

tenemos. Pero el pasmoso crecimiento de nuestros medios, la flexibilidad y la precisión que estos alcanzan, las ideas y costumbres que introducen, nos garantizan cambios próximos y muy hondos en la antigua industria de lo Bello. En todo arte hay una parte física que no puede contemplarse ni tratarse como antaño, que no puede sustraerse a las empresas del conocimiento y el poder modernos. Ni la materia, ni el espacio, ni el tiempo son desde hace veinte años lo que eran desde siempre. Hay que esperar que tan grandes novedades transformen toda la técnica de las artes y de ese modo actúen sobre el propio proceso de invención, llegando quizás hasta a modificar prodigiosamente la idea misma de arte[4].

[4] Paul Valéry, *Piezas sobre arte,* Madrid, Visor, 1999, p. 131.

No es solo la historia o las humanidades, es el mundo el que está cambiando, en ocasiones de forma estimulante; en otras, de una manera que nos sobresalta. Muy pocos son los que pueden presumir de comprender esa mutación. En medio de la transformación digital, zarandeados por el remolino del cambio, la sensación de confusión y desconcierto es inevitable.

Este volumen se ofrece como ayuda, como guía para comprender algunos de los fenómenos que acompañan al «desorden digital» en el que estamos inmersos: los cambios en los soportes, en la lectura, en la escritura, en el documento y el archivo mismos, en la condición y la función de autor, en los modos de colaboración y en la difusión del conocimiento. El autor nos muestra una mutación que afecta a procesos con los que captamos el mundo, que utilizamos para conocerlo, muchos de los cuales pasan inadvertidos precisamente por su obviedad, por su familiaridad, cuando lo que hacen es modificar nuestro trabajo de una manera profunda. De ahí la necesidad de sobreponerse a la confusión, al extravío, y la exigencia de pensar lo que supone ese entorno digital, de aquilatar lo que sucede a nuestro alrededor.

SIGLO XXI ESPAÑA

Creative Commons

ISBN 978-84-323-1642-5

9 788432 316425

www.sigloxxieditores.com

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.